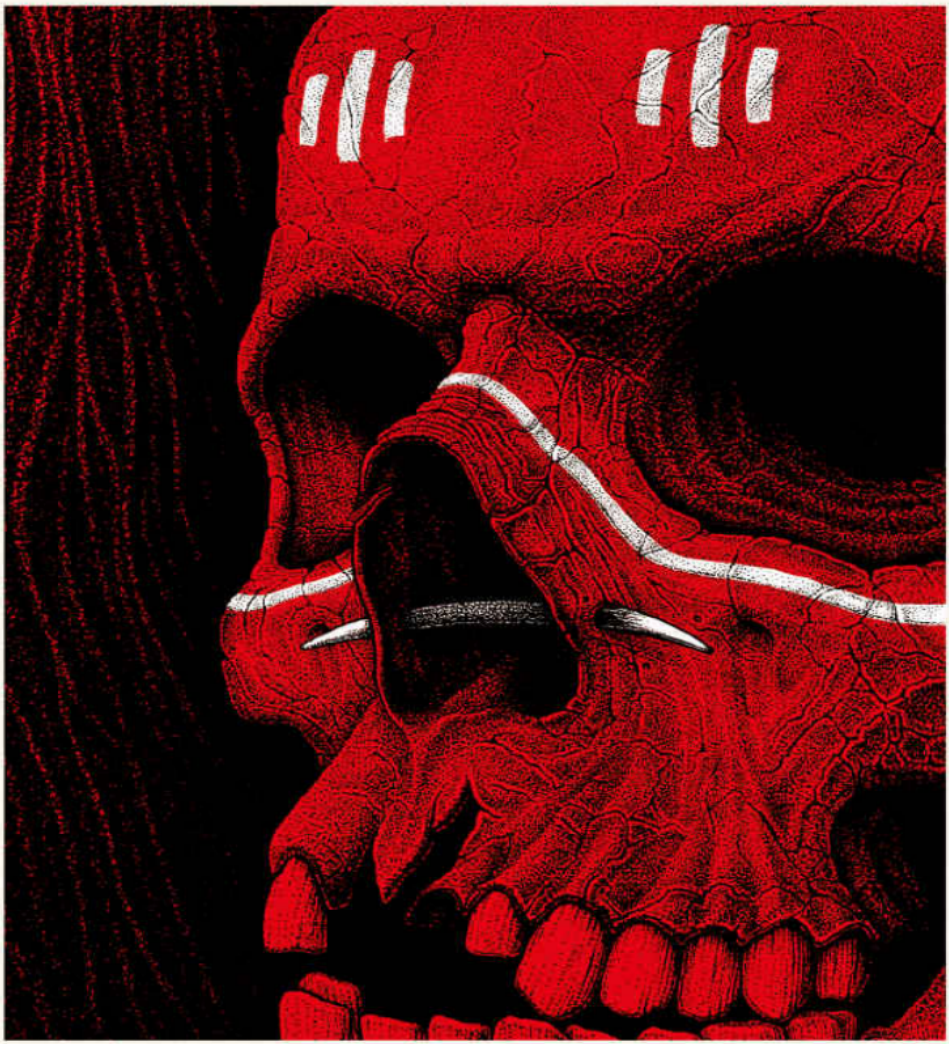
JON BILBAO

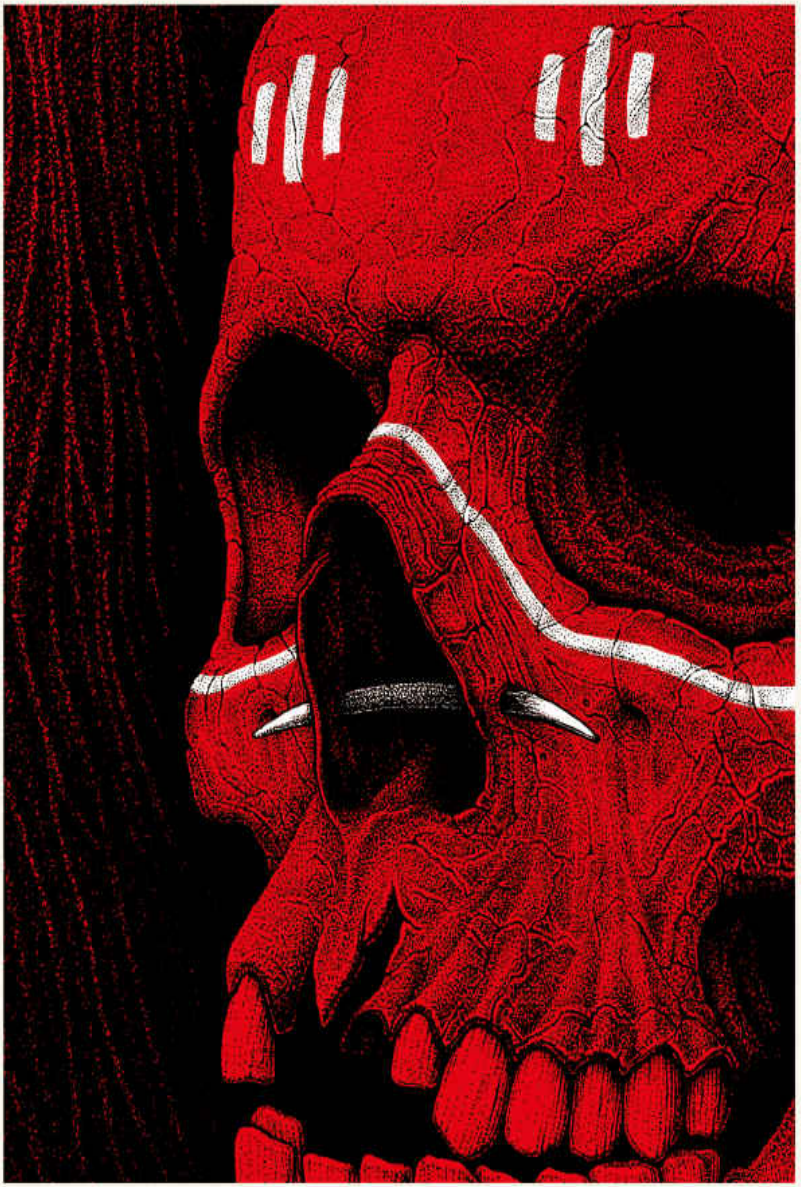
Matamonstruos

II



Jon Bilbao

Matamonstruos



JON BILBAO

MATAMONSTRUOS

IMPEDIMENTA

Mujer de la casa, tu hijo ha regresado.

WARD BOND en *Fort Apache*

PREFACIO EN EL CINE DIVINO ARGÜELLES DE RIBADESELLA

A Jon le cuesta precisar cuándo sucedió. Cree que tenía siete años, casi ocho. Supone que fue una tarde de sábado o de domingo porque era entonces cuando iba al cine. Tampoco sabe cuál fue la película. No guarda ningún recuerdo de ella.

Supongamos que fue *Meteoro*. Se estrenó en España en la misma época. Era una película apta para menores y del tipo que le gustaba, una combinación de ciencia ficción y del cine de catástrofes tan de moda en la década de los setenta. Además, desde el punto de vista de su padre, la presencia de Sean Connery en el reparto habría significado un «sello de calidad». Sí, *Meteoro* es una película que él podría haber querido ver, y sus padres le habrían concedido permiso.

Tampoco recuerda si fue al cine solo o con algún amigo. Sus padres acostumbraban a comprarle una entrada, acompañarlo a la sala y dejarlo en su butaca con la promesa de que cuando la película terminara, irían a buscarlo, una práctica contra la que él nunca protestó.

Supongamos también que el cine estaba lleno. En el Divino Argüelles a nadie le preocupaba el límite de aforo. Mientras hubiera gente que quisiera entrar, se continuaban vendiendo entradas. El público para el que ya no quedaban butacas se acomodaba como

buenamente podía en el pasillo o veía la película en pie desde el fondo de la sala. Se apagaron las luces. Se iluminó la pantalla. Aparecieron las primeras imágenes y, con ellas, llegó el espanto.

Aquella tarde de sábado o de domingo, antes de la película, fuera cual fuera, en el cine Divino Argüelles de Ribadesella se proyectó el tráiler de *Tarántula*.

Jon no les tenía miedo a las arañas. Vivía en una casa de campo. En el terreno semisalvaje que la rodeaba abundaban los animales, y a menudo se colaban en la vivienda: arañas, ratones, murciélagos, serpientes y en una ocasión hasta una lechuza, que fue a buscar refugio bajo la cama de él. Veía arañas a diario y las ignoraba igual que a las gaviotas que sobrevolaban la ría. Los libros de animales que acumulaba en su habitación —estaba convencido de que de mayor sería veterinario— mostraban en detalle arañas de todas las especies, tamaños y niveles de peligrosidad, y él leía sobre ellas con interés y ningún asomo de repulsión.

Sin embargo, bastó un avance, de menos de dos minutos de duración, de una película de serie B no solo para que su miedo a las arañas se despertara, sino para que Jon experimentara el mayor horror que había padecido hasta entonces.

Cabe que fuera el sentimiento más intenso que había vivido nunca.

En la primera imagen del tráiler, una avioneta despegaba de una pista en el desierto. Apenas el tren de aterrizaje dejaba de tocar el suelo, una tarántula hacía aparición a una sorpresiva velocidad, siguiendo el mismo recorrido que la avioneta. Esto era mostrado en un plano fijo, a ras de suelo y desde muy cerca de la araña, para que esta pareciera lo más grande y amenazadora posible, y producir la impresión de que la avioneta había escapado de una criatura monstruosa.

Jon dio un respingo y apretó la espalda contra el respaldo de la butaca.

No dijo nada. Ni los amigos que lo acompañaban —si había alguno— ni el resto de los espectadores se percataron de la debacle que estaba sufriendo. Tampoco se levantó y se fue; no porque le avergonzara mostrar su miedo repentino e incontrolable, sino porque su cerebro, incapacitado momentáneamente, no envió al resto del

cuerpo ninguna orden que lo protegiera del horror y redujera su impacto.

La ruta migratoria de una horda de tarántulas pasa por un pequeño pueblo de Arizona. El alcalde opta por el método expeditivo de la fumigación para librarse de ellas, desoyendo el consejo del veterinario local y de una experta en entomología, quienes opinan que así solo conseguirá enardecer a las arañas, como en efecto sucede.

Concluyó el tráiler y empezó la película, durante la que Jon siguió sin moverse, aunque ahora sin ver nada de lo que aparecía en la pantalla. En su cabeza continuaba proyectándose, una vez tras otra, el tráiler de *Tarántula*. Los cadáveres momificados, envueltos en capullos de tela de araña. La niña que grita aterrada porque docenas de tarántulas trepan a su cama por los cuatro costados. El piloto de la avioneta, que descubre con pavor que varias arañas han logrado colarse en el estrecho espacio de la cabina, del que no hay escapatoria. Jon lo había visto todo. Su cerebro ni siquiera había enviado la orden de cerrar los párpados. En contra de su voluntad, había memorizado todos y cada uno de los detalles.

En los momentos en que lograba despegarse de esas imágenes, miraba sorprendido a su alrededor. El público disfrutaba de la película. Seguramente nadie más en la sala había sufrido un impacto comparable al suyo. Durante el tráiler habían seguido hablando, fumando, comiendo palomitas de maíz demasiado saladas. Y quienes habían sentido asco cerraron los ojos, tuvieron un escalofrío, se agarraron del brazo de la persona que iba con ellos, y luego se rieron avergonzados y se olvidaron de inmediato y para siempre del avance de *Tarántula*.

Si tal como él cree tenía siete años, no le dejarían volver solo a casa, a más de un kilómetro del pueblo y al otro lado de la ría. Seguramente su padre lo estaría esperando a la salida. Jon lo vería desde lo alto de los escalones de la entrada del cine, en la acera de enfrente, con las manos en los bolsillos, charlando con algún otro padre que también había ido a recoger a su hijo. Seguramente su padre le pasó el brazo sobre los hombros y le preguntó qué tal había estado la película, y Jon respondió a media voz: Bien. ¿Nos vamos? Y volvieron juntos a su casa, lo que no supuso ningún alivio.

Sentado en el borde de su cama, miró la estantería, con baldas

enteras de libros de animales, entre cuyas páginas ahora se escondían horrores. Se estaba haciendo de noche. Pensó en todas las arañas que había al otro lado de la ventana, en los innumerables recovecos de aquel terreno irregular y frondoso, en las cuevas, en el sótano, en el antiguo gallinero, que ahora su padre usaba como cuarto para las herramientas. Arañas a las que no les costaría nada entrar en la casa y trepar por los cuatro costados de la cama de Jon cuando él estuviera dormido.

Aquella noche no durmió. Dejó encendida la luz hasta el amanecer. Las siguientes noches durmió poco. Se despertaba continuamente e inspeccionaba los alrededores de su cama. Se hizo con un palo que podía usar como garrote y dormía con él debajo de las mantas. Su madre acabó por encontrarlo y le preguntó para qué lo quería. A Jon no le quedó más remedio que confesar su miedo.

Su madre lo escuchó sorprendida. Supongamos que ella tenía un mal día, que estaba atareada, que no se sentía bien, porque contestó con un resoplido desdeñoso.

¿Arañas? Aquí no hay arañas. No hay arañas grandes. Tira ese palo. Déjate de bobadas y a dormir. ¿Desde cuándo tienes tú miedo de las arañas?

Su madre tenía razón, pensó él, y siguió pensándolo mucho tiempo después, años más tarde. Las ilustraciones de arañas en sus libros eran imágenes fijas, aisladas, sin relación con nada, desligadas unas de otras y asimismo del mundo real. Y de las arañas que veía en los alrededores de la casa —pequeñas e inofensivas arañas de jardín— podía decir casi lo mismo, pues en nada influía su existencia en la de él ni en la de nadie más.

Pero en el tráiler de *Tarántula* no sucedía así. El veterinario del pueblo —interpretado por William Shatner— y la entomóloga —Tiffany Bolling, cantautora, *playmate* y estrella del cine de serie B— especulan con que un ternero que ha muerto en un rancho cercano ha sido víctima de veneno de araña. A continuación la cámara avanza a ras de suelo, apartando tallos de hierba a su paso, hacia una niña que juega sola en un campo. Unos caballos miran hacia abajo con los ojos desorbitados y se revuelven. Pero cuando creemos que por fin se va a ver a la supuesta araña que se acerca a la niña, el tráiler nos sorprende, corta a un escenario y una situación que guardan

similitudes con lo anterior pero que sin embargo son muy diferentes. Ya no estamos en un campo sino en el jardín de una casa. Otra niña se balancea en un columpio colgado de la rama de un árbol, y en el suelo, a escasísima distancia de sus pies calzados con zapatitos blancos, no hay una, sino docenas de tarántulas, que corretean entre la hierba y se amontonan unas sobre otras. Se mantiene lo esencial respecto a la escena anterior, pero la amenaza ha crecido, no solo por el número de arañas, sino por haber penetrado en el ámbito doméstico. A continuación aparecen de nuevo la entomóloga y el veterinario, mucho más preocupados que antes, y ella afirma que las arañas de la zona se han organizado en un ejército agresivo.

Todo se hallaba vinculado entre sí. Cada imagen era causa de la siguiente y entre todas construían el mensaje preciso e insoslayable de que las tarántulas eran desagradables, peligrosas y podían llegar a cualquier parte.

Incluso cuando el título de la película aparecía en mitad del tráiler lo hacía por sorpresa y de manera agresiva: «¡¡Tarántula!!», en caracteres rojos sobre fondo negro, un rótulo animado que se agrandaba y se encogía rápidamente, como si te saltara a la cara, al mismo tiempo que se oía un grito agudo de mujer. La mera palabra causaba miedo.

Para el Jon de siete años, casi ocho, no representó ningún alivio que *Tarántula* solo fuera un subproducto, una película más que buscaba sacar provecho de la moda de los animales furibundos que arrancó en 1977 con *Tiburón*. Una vez agotadas las opciones acuáticas —orcas, pulpos, pirañas, barracudas, tintoreras, caimanes…— hubo que buscar nuevas amenazas en tierra, y las arañas eran una opción lógica, dada la aversión que a mucha gente le producen, pero asimismo iban lastradas por serias limitaciones desde el punto de vista narrativo; al fin y al cabo, por muy venenosa y grande que sea una araña, la puedes aplastar de un pisotón. Ni siquiera los cientos de tarántulas que toman las calles del pueblo en el tráiler explican las escenas de pánico desatado, las masas de vecinos a la carrera, los vehículos en fuga que pierden el control y se estrellan contra los postes del tendido eléctrico, las personas que se arrojan sobre el capó del coche del sheriff suplicando auxilio. Tampoco eso fue un consuelo para Jon.

Tardó meses en regresar al cine, temeroso de volver a encontrarse con el tráiler, pues sabía que, si llegaba a suceder, tampoco esa vez cerraría los ojos.

Siendo ya un adulto y dedicándose a la escritura de ficción, Jon solía leer declaraciones de otros escritores en las que afirmaban que la ficción no ofrece respuestas, no alberga verdades, no resuelve nada, no construye, no restaura, no limpia, no cura, palabras tras las que él veía resabio, cinismo y un reconocimiento implícito si no del fracaso sí de la sensación de fracaso.

Al cabo de muchos libros leídos y algunos escritos, le remordía la tentación de compartir ese parecer. Se sentía avergonzado y culpable porque tras semejante conclusión, aunque fuera tan solo parcial, borrosa, no definitiva, se ocultaba un descargo de la responsabilidad, se ocultaba una renuncia a continuar buscando, más lejos, más hondo, se ocultaba la cobardía.

¿Acaso no había experimentado él, en carne propia, el efecto profundo y permanente que una ficción —en su caso el mero anuncio de una obra de ficción— puede ejercer sobre alguien? Para entonces, las arañas ya no le quitaban el sueño ni dormía con un arma para protegerse de ellas, pero sí pervivía la repulsión que le producían, hasta el punto de que para él eran —no las arañas reales, que tejen sus telas en los aleros de las casas y mantienen a raya la población de insectos, sino las arañas en la ficción— la representación de lo dañino, de lo malsano, de lo ofensivo, de todo cuanto despierta un miedo real y fundado.

Por lo tanto, ¿era descabellado pensar que la ficción pudiera tener un efecto asimismo hondo y duradero, pero positivo?

Ahora Jon se despierta algunas mañanas y cree sentirse bien, piensa que por fin se ha sacudido de encima la tristeza. Pero se equivoca. La tristeza no está con él en la habitación por la única razón de que se ha levantado y despabilado mucho antes, y aguarda agazapada en algún rincón de la casa.

La tristeza le concede una tregua breve. Generalmente lo sorprende mientras él prepara el café del desayuno. Lo abraza con fuerza por la espalda y de inmediato empieza a susurrarle al oído. Él sabe que puede hacer muy poco por resistirse. Al menos durante unas horas, no es rival para ella, no tiene fuerzas para doblegarla ni para

forzarla a guardar silencio.

Se sienta en su despacho y, antes de ponerse a trabajar, mira dentro de sí mismo en busca de una reserva de energía. Lo habitual es que rebañe la suficiente para capear las siguientes horas, hasta que se siente capaz de plantar cara a la tristeza, cuando esta ha cedido parte de su protagonismo a las contrariedades y rutinas de la jornada.

Pero hay ciertos días, no todos, solo algunos, en que necesita pensar que dentro de sí lleva algo más, algo mucho mayor. En un rincón poco frecuentado tiene que existir un almacén de energía nunca antes utilizada, y si lo encuentra y acierta a abrir la puerta herrumbrosa que lo guarda, esa energía desmesurada y pura se expandirá por todo su cuerpo y emanará de cuanto haga y de su trato con los demás. Jon ha emprendido viajes, ha cultivado nuevas amistades, ha derrochado dinero y ha buscado sin descanso quehaceres con la esperanza de que algo de ello le ayude a dar con ese lugar.

No todos los días, solo algunos, rebaja sus esperanzas y piensa que en efecto la ficción no alberga ningún poder sanador en sí misma, pero que quizá sí pueda servir como brújula, como mapa desdibujado, como instrucciones en forma de acertijo intrincado que orienten sus pasos hacia ese espacio interior donde se convertirá en alguien más fuerte.

Con esa aspiración, empieza a teclear, no todos los días, solo algunos.

VIRGINIA CITY

I

UN HOMBRE QUE NO ERA MERECEDOR DE SU CONFIANZA , que había cabalgado en el bando enemigo, quizá de resultas de un compromiso recóndito, quizá de una curiosidad insaciable y a la postre dañina para sí mismo, quizá de la cobardía que como un aura oscura lo circundaba desde la cuna, un hombre que había cabalgado del lado de los enemigos quizá con menos entrega que el resto de ingratos, traidores, conjurados y que los pistoleros a sueldo contratados solapadamente para respaldarlos en la noche elegida y tan anhelada, pero que sin duda había sido uno más en la usurpación de La Tejera, el rancho que James Closter había hecho prosperar a lo largo de cinco décadas, un hombre que asimismo sin duda había contribuido al final violento del anciano Closter, aquel hombre les había prometido que serían felices, por un tiempo al menos, y se había despedido de ellos haciéndoles entrega de regalos y con buenas palabras y una suerte de agradecimiento deshilvanado e incomprensible, y junto con ellos había mirado una última vez hacia atrás y compartido congoja y rabia

al ver las llamas asomar por cada ventana de la gran casa de la colina, trepar serpenteando por las fachadas y congregarse, se diría que trenzándose, en la crestería del tejado, que poco después se hundió como si no soportara el peso de un fuego tan denso, y aquel hombre negó con la cabeza y dio una palmada en la grupa del caballo que cargaba con John Dunbar, Lucrecia Grouard, la niña aún sin nombre que crecía en su vientre, hija de ambos, y el perro Horacio, y el caballo se puso en marcha.

Ya con el sol en lo más alto se detuvieron en una estancia para la pernocta de los vaqueros, la misma donde solo tres días antes habían preguntado si aquellas tierras formaban parte de La Tejera, y salió a su encuentro el mismo cocinero azorado, que al reconocerlos arrancó a maldecir y a señalar a su alrededor con el índice, y luego se señaló a sí mismo y negó enfática y altivamente, jactándose de orgullo herido, y prosiguió reprendiendo a una multitud cabizbaja solo presente en su sesera, y cuando el cocinero vio las heridas de Lucrecia, trotó hacia ellos redoblando las maldiciones, pero se detuvo, indeciso, receloso de tocarlos y, asintiendo y sonriendo como un perturbado que esperara una caricia de agradecimiento por su contribución, sostuvo la brida del caballo, al que ni aliento para resoplar le quedaba. John Dunbar descolgó a Horacio hasta el suelo, descabalgó él y ayudó a desmontar a Lucrecia. Pero el caballo todavía hubo de brindarles un último sostén, porque Dunbar se agarró de su cuello y Lucrecia del cuerno de la silla hasta estar medio seguros de que las rodillas no les iban a flaquear.

Pasen. No hay nadie.

¿Cómo te llamas?, preguntó Dunbar.

El cocinero se llamaba Nazario.

¿Adónde se han ido todos, Nazario?

A La Tejera, señor, respondió avergonzado e indignado. Yo apreciaba mucho a su papá, señor. Por eso me han dejado aquí.

¿Cuándo volverán?

Nazario se rascó la barriga, reacio a contestar.

Todavía no. Estarán celebrando.

Apoyándose uno en el otro, John y Lucrecia entraron en la estancia, una única habitación con suelo de tierra apisonada y techo tan bajo que no podían permanecer erguidos. Horacio los siguió

cojeando y buscó un rincón donde tenderse. Nazario se ocupó del caballo.

John ayudó a Lucrecia a tumbarse en un catre. La manta desprendía un olor rancio. Quizá allí dormía uno de los hombres que la habían golpeado. Sin esperar a que el cocinero volviera, John buscó algo con lo que limpiar las heridas de Lucrecia.

John, ven aquí.

¿Qué?

Ella le hizo un gesto para que se acercara.

¿Qué? ¿Dónde te duele?

Lucrecia siguió haciéndole señas hasta que él se agachó a su lado. Ella le puso una mano en la nuca y acercó la cabeza de John a la suya.

Estamos vivos, dijo Lucrecia. Y vamos a tener un hijo.

Se quedaron así, respirando uno en la boca del otro, como si soplaran el último rescoldo del que dispusieran en una noche helada.

Nazario entró intentando pasar desapercibido y atizó el horno holandés donde lo cocinaba todo. Empezó a preparar arroz, alubias y tocino, y abrió un frasco de albaricoques en conserva.

No habiendo encontrado ninguna tela limpia, Dunbar hizo jirones su camisa, vertió agua en una palangana y limpió las heridas de Lucrecia. Las que no dejaban de sangrar, las restañó frotándolas con harina.

Los esfuerzos de Nazario por no hacerse notar habían durado poco. Apenas se puso a trabajar arrancó a discutir consigo mismo, y si el recuerdo repentino y breve de que no estaba solo le hacía callar, asimismo quedaban paralizadas sus manos, como si cocinar y sostener el parloteo abstruso fueran dos acciones ligadas y dependientes una de la otra. En aquellos intervalos de inmovilidad y silencio miraba por encima del hombro lo que sucedía a su espalda.

John Dunbar, el pistolero al que también llamaban el Basilisco, quien cuando solo era un niño de teta fue alejado de su padre y de su madre por decisión del primero y que pocos años más tarde huyó de la casa donde en un primer momento le habían dado cobijo y después nada más que palizas, y donde había crecido engañado, creyendo que aquella mujer, Zora Elizabeth, tan parca de carnes como de cariño, prima mal avenida del padre pero codiciosa y por lo tanto siempre dispuesta a embolsarse unas monedas, de las que el padre poseía en

abundancia, y que aquel hombre, un tal Jerome Dunbar, tasador de tierras de San Francisco, asimismo prendado del dinero y también del whisky, que solo tenía para el niño miradas de burla y de desprecio, eran su familia verdadera, de la que de hecho cargaba con el apellido —todo eso lo sabía el cocinero Nazario, pues la historia había corrido por La Tejera hasta que el último peón la hubo aprendido de memoria en vísperas de la llegada de John Dunbar, cuyo apellido verdadero era Closter, el hijo único y perdido y añorado y lamentado del patrón del rancho, adonde a la postre regresaba para tomar posesión de lo que le correspondía por derecho de sangre, intención no plenamente consciente pero que no había logrado llevar a cabo, ni siquiera concretar en forma de proyecto, debido al arteramente planeado asalto al poder de doña Alejandra, la concubina de James Closter, con la que el ranchero había compartido cama mucho más tiempo que con su esposa, y que en los últimos años había sido gestora incontestable de La Tejera—, recorría encorvado la estancia masticando una manzana arrugada mientras arramblaba con cuanto podía. El ampliamente renombrado pistolero, protagonista de una colección de novelas —Nazario, analfabeto y nunca avergonzado de serlo, había pagado dos dólares para que le leyeran una a lo largo de cuatro noches—, pero que no había podido disparar ni una bala para defender a su padre, ni su herencia, ni a la mujer que lo acompañaba, reventaba con un martillo de herrar el candado de los cofres de los vaqueros e iba dejando caer sobre un catre prendas de ropa, munición, un quinqué, tabaco, cerillas… Gruñía cada vez que descubría algo especialmente útil: un estuche con herramientas y grasa para limpiar armas, un frasco de paregórico…

Se acercó al rincón destinado a cocina. Nazario reculó ante la mole barbuda, de pelambrera negra y revuelta. Dunbar cogió una cafetera, la sacudió; estaba llena a medias. Olió el contenido. Lo arrojó al suelo.

Prepara más café. ¿Cuándo volverán?

Se tambaleaba de fatiga. Hablaba en voz baja para no molestar a Lucrecia, que se había dormido.

Hoy no. Mañana puede.

Nos iremos esta noche. ¿Hay un carro?

El cocinero asintió y dijo que podían disponer de él. Los vaqueros

no los seguirían cuando regresaran. Tendrían demasiada faena pendiente y una nueva patrona, más exigente que el anterior, a la que contentar. Además sufrirían su peor resaca en años. Y en cualquier caso no se atreverían a enfrentarse al Basilisco siendo un grupo pequeño.

John Dunbar sirvió dos platos de comida. Puso uno delante del perro y se sentó con el otro en un catre.

Mantén el resto caliente para cuando ella se despierte. Y no te olvides del café. Mucho café.

Nazario asentía una y otra vez, y seguía haciéndolo cuando a Dunbar se le cerraron los ojos y se le venció la cabeza y, en un mismo movimiento, dejó el plato a medio comer en el suelo y se tumbó en el catre, quedándose dormido antes de terminar de hacer ambas cosas.

El cocinero llenó de agua un tazón y lo puso junto al perro. Horacio, sin dejar de comer, lo miró de reojo. Cuando el perro terminó su comida, continuó con la que Dunbar había dejado a medias. Nazario observaba a Lucrecia. También sabía quién era ella: la dama del este, hija de una familia adinerada, más adinerada incluso que James Closter, hermana de un iluminado, el incitador de una peregrinación hasta una recóndita entalladura en la parte septentrional de la costa, donde era su afán y su obligación fundar un nuevo Paraíso, peregrinación abundante en penalidades y en la que ella lo había acompañado, siendo además la única mujer del grupo de adeptos, y donde había conocido a John Dunbar, contratado por el líder herético como guía, peregrinación de la que ella había tenido el buen tino de desligarse cuando el supuesto Paraíso se encontraba ya a la vista, con lo que evitó compartir el final aciago y absurdo de aquella banda de hombres desnortados, final que también John Dunbar supo evitar, para, tiempo después, desandar parte del camino peregrinado e ir en busca de Lucrecia Grouard, heredera de una factoría textil y minas de carbón inagotables.

No se pusieron en marcha esa noche sino a la mañana siguiente. Ellos y el caballo estaban demasiado cansados. Nazario aprovisionó el carro y enganchó el animal.

Nos llevamos muchas cosas, dijo Lucrecia. ¿Tendrás problemas?

El cocinero negó con la cabeza.

Descuide. Les diré que el Basilisco y su señora me robaron. Que no

pude hacer nada. Los vaqueros piensan que soy cobarde.

John Dunbar subió al pescante y empuñó las riendas. Lucrecia iba sentada en la plataforma, con la espalda apoyada en un saco de patatas y el rifle sobre las rodillas, mirando hacia atrás para vigilar si los seguían. El vestido que llevaba la víspera iba hecho un ovillo entre los víveres; en su lugar vestía ropas de hombre, demasiado grandes. Las botas eran las de Nazario, con jirones de manta retacados dentro de las punteras. El cocinero los despidió con la mano.

El caballo hizo un intento de ponerse al paso, pero en cuanto notó el peso del carro se detuvo. Se le marcaban las costillas y el hueso de la cadera. Nazario dudó que con ese animal pudieran llegar a su destino. No preguntó cuál era porque no se lo dirían. Se quitó el sombrero y sacudió con él las ancas del caballo, que resopló y arrancó a andar.

En la anterior visita de John Dunbar, casi doce años antes, Virginia City era un poblado minero por cuya longevidad nadie apostaba. La mayoría de los habitantes malvivía en tiendas de campaña plantadas en un erial llagado por las explotaciones de oro y plata a cielo abierto. Era un lugar desabrido del que Dunbar recordaba con especial desagrado el estruendo de los molinos de martillos que trituraban la mena para luego reducirla en balsas de mercurio.

Semanas después de salir de La Tejera, se encontraron con una auténtica ciudad que trepaba por la ladera oriental del monte Davidson. Al pie de este se hallaban las sedes de las compañías mineras, con oficinas, establos, almacenes y casas para los trabajadores, todo ello apenas visible entre las escombreras y las chimeneas. Y el ruido había empeorado. Las compañías competían entre sí añadiendo martillos a sus molinos para procesar cada vez más mineral —ocho martillos, veinticuatro, sesenta y cuatro…—, y a ese estrépito se sumaba el de las máquinas de vapor que accionaban los molinos y el de las bombas que achicaban el agua de los pozos y el de las que insuflaban aire para ventilarlos, pues, agotadas las vetas

superficiales, la explotación se realizaba ahora bajo tierra.

John Dunbar no supo identificar dónde había estado la ferretería de su hermano Matthew, emplazada originariamente en una tienda de lona que también servía de vivienda para él y su familia. Chascó las riendas y se adentraron en las calles. Tiraba del carro una mula de labranza con el lomo hundido que habían cambiado en Modesto por el caballo. A Lucrecia no le intimidaba el fragor de la ciudad minera, conocedora como era del matraqueo de los telares hidráulicos de su padre. Miraba a su alrededor satisfecha por estar de vuelta en la civilización.

Después de preguntar a tres personas, sofrenaron el carro ante un edificio con falsa fachada de madera y cristaleras en las que un elegante rótulo negro y dorado informaba del nombre del negocio: Almacenes Dunbar. El local se hallaba en el centro de la ciudad, frente a la iglesia metodista. Una calle más allá asomaba la aguja de la iglesia católica, y otra calle más allá, la de la episcopal. Un encargado suspicaz los informó de que los dueños no estaban allí en ese momento, pero que podrían encontrarlos en su casa, en lo alto de la ladera, donde residían los vecinos más prósperos, lo más lejos posible de las minas.

Por el camino pasaron ante el teatro de la ópera, tiendas donde solo se vendían ostras, estudios fotográficos y grupos de turistas venidos en tren desde Reno y San Francisco para admirar la prosperidad fruto del ubérrimo filón Comstock.

Todas las casas en el barrio alto eran similares: de madera, una o dos plantas y tejado a dos aguas. Compartían unas líneas sencillas y el color blanco, como si buscaran distanciarse de la suciedad y del desarreglo de la actividad minera. Reconocieron la que buscaban gracias a la indicación del encargado: la que tenía a un costado un jardincito de tierra negra. La tierra había sido transportada desde las orillas del lago Washoe. El terreno arcilloso sobre el que se alzaba Virginia City, saturado de agua, inestable y que tantos peligros causaba al excavar las galerías, no era el apropiado para cultivar flores.

Ante la casa esperaba un cupé de dos caballos. Al mismo tiempo que Dunbar detenía el carro, salió al porche una mujer. Llevaba un vestido con polisón y aplicaciones de otomán, y se ajustaba los

guantes mientras sostenía bajo el codo un cartapacio y daba instrucciones a la criada china que la seguía.

Dios mío. ¿John? ¿Pero cómo…? Dios mío… Pensábamos que habías muerto. ¿Qué tal estás? Pero no te quedes ahí. Pasemos adentro. Perdón, querida, qué desatenta puedo ser. Soy Mary Ellen, la cuñada de John. Pasemos. Querréis descansar. ¿De dónde venís? Shui, ¿está el señor Dunbar en casa? Sí, señora. En su habitación, leyendo. Dile que baje. Tenemos visita. Dios mío, no puedo creerlo. Y trae algo de beber. Limonada. Cerveza. Ese perro puede quedarse aquí fuera. Vamos al salón. El salón tenía una ventana que miraba al jardín. Se sentó Lucrecia. Se sentó John Dunbar, en el borde de una butaca. Lucrecia le tomó de la mano. Mary Ellen miraba a su alrededor con el cartapacio aún bajo el codo. Alisó un almohadón. Enderezó la fotografía enmarcada de un niño de unos diez años y de una niña un poco mayor. Ambos guardaban parecido con ella. Mis hijos. Tú la conociste a ella, John. Entonces era un bebé. Están en el colegio, en San Francisco. Ah, ya estás aquí, por fin. Entró en el salón Matthew Dunbar, abrigado con un batín burdeos, sosteniendo unas gafas de montura ovalada. ¿John? Sí, sí, es tu hermano. No te quedes ahí parado y siéntate. Gracias, Shui, deja aquí la bandeja. No. Aquí. Yo serviré la limonada. Vuelve a la cocina. Tome, querida. Tiene aspecto de necesitarlo. ¿Me ha dicho su nombre? ¿Lo he olvidado? Toma, John, bebe algo, dijo ofreciéndole un vaso de limonada. ¿O prefieres otra cosa? ¿De veras que estás cómodo? John asintió y seguidamente, sin preámbulos ni saludos, dijo que no eran familia, que Matthew y él no eran hermanos. Había cogido el vaso pero ni un sorbo había probado. Sin hacer ninguna pausa, temeroso de interrumpir sus palabras por si se le apagaba el arrojo, les habló de su padre verdadero, James Closter, y de su madre, Elvira Closter, que, perdida la razón, había huido una noche de tormenta de su casa y se había convertido en la Araña, la líder de una banda de ladrones y asesinos solo medio humanos, y que ahora el padre y la madre habían encontrado la muerte, él por desgracia, ella por fortuna, ambos de forma violenta y cruel e inenarrable, y que aquella mujer que lo acompañaba, que era lo que él más quería en el mundo, él, que había llegado a pensar que nunca llegaría a querer a alguien, y mucho menos a ser querido por alguien, estaba embarazada y necesitaba un

sitio donde descansar, pero que si ahora que Matthew y Mary Ellen sabían que no eran familia y que por lo tanto no tenían obligación ninguna para con él, entonces ellos, Lucrecia y él, lo comprenderían y no podrían culparlos…

Ya basta, le cortó Mary Ellen. Por fin se había sentado y posado el cartapacio en el regazo. Ya basta, repitió, más suavemente, y se sacó los guantes y se llevó una mano a la frente y cerró los ojos y apretó los labios como si fuera a echarse a llorar. Pero no lo hizo. Asintió y dijo que por supuesto que se podían quedar allí, todo el tiempo que necesitaran o que fuera de su agrado, y que con eso ni siquiera podrían ellos, Matthew y ella, y los dos niños que estaban en el colegio en San Francisco, comenzar a compensarle por cuanto le debían, que era todo: aquella casa, sus negocios, la prosperidad de la que gozaban y por la que cada mañana, con el toque de sirena que anunciaba el arranque del primer turno de trabajo en las minas, daban humildemente las gracias al Señor, porque ¿no había sido John quien los ayudó a recuperar el anillo de diamantes de la difunta Zora Elizabeth Dunbar, la madre de Matthew, ahora sabían que de Matthew y de nadie más, anillo gracias a cuya venta habían adquirido su primer techo digno de tal nombre en Virginia City y dado inicio verdadero a sus negocios, y no había sido John quien los libró de la amenaza de LePage, el tahúr, el pistolero, el usurero cuya desaparición aún se celebraba en la ciudad y con el que Matthew, llevado por la angustia y la irreflexión, había contraído una deuda imposible de saldar?

Quedaos con nosotros, por favor.

Y Matthew añadió: Esta es vuestra casa. Más vuestra que nuestra.

John posó el vaso de limonada en una mesa y, ante la mirada desconcertada de todos, se encorvó hasta tocarse las rodillas con la frente. Se descubrió llorando. Lloró como era propio de él hacerlo todo. Lloró como si se desangrara. Lloró como quien achica agua de un bote a punto de hundirse. Lloró por la muerte de su amigo Clement, el dibujante de la expedición Drummond, lloró por la muerte de Lengua Azul, jefe de guerra shoshone, enemigo respetable al que él dio muerte después de que el indio le propusiera una tregua, lloró por la muerte de su padre, con el que solo se le había concedido la oportunidad de hablar en dos ocasiones, lloró por la muerte de su

madre, cuya sangre ponzoñosa había llovido sobre él y violado su cuerpo, lloró por las penurias a las que él había arrastrado a Lucrecia, aquella mujer excepcional que aun así continuaba a su lado, lloró para purgar el dolor vivido y el dolor heredado, y lloró asimismo de incredulidad, pues quizá la promesa tan escasamente fiable de aquel hombre que cabalgaba en el bando enemigo fuera a hacerse realidad y Lucrecia y él conocerían lo que era ser felices, al menos por un tiempo.

Aún con la frente pegada a las rodillas, el cuerpo plegado, convertido en una cueva para refugio de sí mismo, trató de decir algo pero de su boca solo salieron hipidos y suspiros, amortiguados y lejanos.

Gracias, dijo Lucrecia. Os da las gracias. Os damos las gracias.

John se irguió mojado como si se hubiera lavado la cara en una palangana de agua bendita, con el ceño relajado y la mirada limpia, si bien confuso por verse donde se encontraba. La luz era diferente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se rindió al llanto? Los demás permanecían inmóviles. Tenía la mano de Lucrecia entre las suyas. No recordaba en qué momento se la había tomado. La mano de Lucrecia estaba enrojecida y muy caliente. La soltó y ella se la frotó con la otra mano.

Le he dado las gracias a tu familia, le dijo Lucrecia.

Él la miró sin comprender, como si durante el llanto no hubiera oído nada de lo que se decía en el salón, o como si sus intentos fracasados por comunicarse no hubieran tenido como destinatario a ninguno de los allí presentes.

Bien, dijo reaccionando por fin. Sí. Gracias.

En tono alegre, buscando aligerar el momento, Matthew le preguntó si ahora usaba el apellido Closter. John se encogió de hombros.

No lo sé.

¿No lo sabes?

No sé si está bien.

¿Tú quieres? ¿Para ti significa algo?

Tampoco lo sé.

Para nosotros siempre serás un Dunbar, dijo Mary Ellen.

John asintió.

Eso lo zanja todo, dijo él, deseoso de cambiar de tema, y miró a Lucrecia.

Como quieras, dijo ella. Entonces, John Dunbar.

Y usted, querida, dijo Matthew, es la señora Dunbar.

En realidad no, dijo Lucrecia, incómoda. No estamos casados.

¡Eso hay que solucionarlo de inmediato!, exclamó Mary Ellen. John, ¿qué vas a hacer al respecto?

Y sin ceremonias ni preparativos ni anillo, tomados de la mano en el salón de la que al final sí era su familia, para sorpresa de los presentes y asimismo nuestra propia sorpresa, pero revestido de la serenidad y la lucidez que el llanto le habían proporcionado, John Dunbar le preguntó a Lucrecia Grouard si quería casarse con él, y ella respondió: Ya sabes que sí.

¡Champán! ¡Shui, trae champán! ¿Dónde te has metido, Shui?

Contrajeron matrimonio en aquella misma habitación unas semanas después. El banquete se celebró frente a la casa, en mesas de campaña, un día fresco y luminoso en el que había un hálito de primavera. Los invitados eran propietarios de minas, banqueros, comerciantes escogidos y empleados de confianza de los negocios regentados por Mary Ellen. La anfitriona llevaba a los recién casados de grupo en grupo de personas sonrientes, aunque un tanto envaradas. La boda sirvió como presentación en sociedad de la pareja.

John Dunbar era objeto de estudio. Para entonces Virginia City entera sabía que el Basilisco se había sumado a sus vecinos y todos estaban ansiosos por comparar lo que habían oído y leído sobre él con la realidad. John se dejaba conducir por su cuñada y saludaba a los desconocidos haciendo gala de paciencia, sosegado por la cercanía de Lucrecia.

Mary Ellen había cambiado mucho desde que él la había visto hacía once años. La mujer que malvivía en una tienda de campaña con suelo de barro, siempre preocupada por conseguir leña para la estufa y dependiente de las atolondradas decisiones de su esposo, se había convertido en una de las damas de Virginia City. Era dueña de sus actos y la responsable de la buena marcha de sus negocios, que dirigía con una combinación de sentido común y osadía. Para entonces John y Lucrecia ya eran sabedores de la opinión que la ciudad tenía sobre ella, y en la boda fueron testigos de una demostración más cercana.

Los apellidos más importantes de Virginia City escuchaban a Mary Ellen con una atención fruto de algo más que la simple deferencia; entre ellos, propietarios de minas que se podían vanagloriar de haber otorgado, con sus contribuciones de oro y plata, el triunfo a la Unión sobre los estados sublevados del Sur.

En cuanto a Matthew, también había experimentado cambios. Físicamente parecía no haberse recuperado por completo de la herida de bala sufrida cuando él y John Dunbar se enfrentaron en el entonces casi despoblado cementerio de la ciudad al usurero Lepage y a sus secuaces, los trillizos Tilburg. Se debatía a diario contra una fatiga enraizada más en el alma que en el cuerpo. Tanto en público como entre las paredes de su propia casa, se mantenía en segundo plano, por querencia personal y también porque, con los años, su esposa había llegado a hacerle sentir que siempre estaba atravesado en medio, molestando, hiciera lo que hiciera. Se había vuelto un solitario que, para irritación de Mary Ellen, hacía gala de una relajada desatención de las formas. Cuando iba de excursión al lago Washoe, acolchaba la silla de su caballo con un trozo de alfombra.

El día de la boda, Matthew se mostró más expansivo que de ordinario. La familia había decidido mantener, de puertas afuera, la creencia de que él y John eran hermanos, y el vínculo con el Basilisco le había insuflado seguridad en sí mismo, a la vez que había hecho crecer su estima entre los vecinos.

Debajo de una mesa, Horacio se atiborraba de sobras que le ofrecían los niños, disfrutando de un banquete, en proporción, mucho más abundante que el de las personas.

Llegada la noche, Lucrecia y John se retiraron a su nueva casa, al igual que la de Mary Ellen y Matthew, en la parte alta de Virginia City y pintada de blanco, pero más modesta, de una sola planta y sin porche. La fachada delantera miraba hacia las instalaciones de la mina Savage, cuya chimenea asomaba entre los tejados.

De madrugada, Matthew y varios empleados del almacén que se habían sentido en la obligación de acompañarlo se presentaron ante la casa aporreando sartenes y cazuelas. Hicieron disparos al aire, teniendo cuidado de no romper ningún cristal.

John Dunbar salió a la calle en calzoncillos y les dedicó una sarta de maldiciones con rabia simulada. Si se hubiera tratado de otra

persona, los invitados habrían echado la puerta abajo y se lo habrían llevado a rastras para lanzarlo al primer arroyo, estanque o balsa de decantación que encontraran, por fría y hedionda que estuviera el agua. Tratándose del Basilisco, se conformaron con hacer un poco más de ruido y con recoger las monedas que John les arrojó para que siguieran bebiendo en otra parte.

Habían conseguido la casa gracias a las gestiones de Lucrecia. La noche en que doña Alejandra, la concubina de James Closter, y sus partidarios se sublevaron, Lucrecia había tenido la lucidez y la presencia de ánimo necesarias para correr a su habitación esquivando balas y criadas aterradas, coger la carta donde su difunto hermano la ponía al frente de los negocios familiares y esconderla bajo el corpiño. El documento incluía un listado del patrimonio de la familia Grouard en la fecha en que los dos hermanos partieron en busca del Paraíso, así como de los negocios en que contaba con participaciones. El primer paso fue acudir al despacho de abogados Handelin, Routsis & Benson II, con sede en Virginia City, donde fue reconocida la validez legal del documento. Días después, un socio de la firma, provisto de un poder firmado por Lucrecia, partió en tren hacia Boston. Su primera misión sería averiguar el estado de las posesiones de la familia, que David Grouard había dejado en manos de gestores. La segunda, iniciar la liquidación de las mismas con el mayor beneficio que pudiera obtener. Lucrecia no tenía ninguna intención de volver a su ciudad natal.

A continuación, Mary Ellen facilitó a Lucrecia una reunión con su buen amigo y consejero William Sharon, director de la sucursal en Virginia City del Banco de California. Los subalternos de Sharon estudiaron la carta de David Grouard y efectuaron una estimación a la baja del valor de las propiedades. Esto, junto con el aval firmado por Mary Ellen, bastó para que el banco le concediera a Lucrecia un préstamo con el que adquirir una casa. En Handelin, Routsis & Benson II le habían advertido que las gestiones en Boston se prolongarían durante meses. En cualquier caso, ella y John habían decidido que se quedarían en la ciudad al menos hasta que diera a luz.

La casa la había construido un topógrafo de la mina Hale & Norcross que había regresado a Los Ángeles cuando la contaminación de Virginia City causó una afección pulmonar a su mujer. Mary Ellen

los había acompañado a visitarla. Ciertamente no era muy grande, dijo al fijarse en el gesto ceñudo de John, pero con el ir y venir de habitantes en Virginia City no les costaría nada venderla en cuanto quisieran. Podrían comprar otra de dos plantas cuando naciera su segundo o su tercer hijo. John salió a tomar el aire.

Entre los negocios de Mary Ellen figuraba el del suministro de hielo a las minas. En el subsuelo de Virginia City se alcanzaban temperaturas muy altas a pocos pies de profundidad. Para que los hombres resistieran las jornadas de trabajo, las minas disponían de «salas frías» adonde iban a refrescarse.

El hielo era transportado por cuadrillas de chinos desde las tierras altas de Truckee. Mary Ellen dirigía un comité que luchaba por la integración de la población asiática de Virginia City. La mayor oposición la encontraba entre los inmigrantes irlandeses, en particular entre sus viudas, que competían con los chinos por el negocio del lavado de ropa. Dentro de Chinatown, los chinos se sentían seguros, pero más allá de los límites de su barrio eran frecuentes las agresiones. Mary Ellen propuso a John Dunbar ponerse al frente de las cuadrillas, no tanto para supervisar su labor como para prestarles protección.

John aceptó aunque no necesitaba el salario. El préstamo que el Banco de California le había concedido a Lucrecia no solo había bastado para comprar la casa, también les permitiría vivir cómodamente hasta que llegara el dinero de Boston, pero John se alegraba de tener un motivo para alejarse de Virginia City. Se llevaba bien con los chinos, que mantenían con él una distancia cortés. Observaba cómo se metían hasta las rodillas en los arroyos y los embalsaban. Luego se sentaban a esperar a que el agua se helara. Los trabajadores le ofrecían de su comida, que él aceptaba de buen grado aunque nunca le saciaba.

Al regreso de uno de los primeros viajes, encontraron un pino piñonero atravesado en el camino. No se veía a nadie. Levantando la voz, John Dunbar anunció quién era. Añadió que él y sus chinos harían un alto para almorzar. Cuando se pusieran en marcha de nuevo el camino estaría despejado. Regresó con los trabajadores y les ordenó poner los carros de hielo a la sombra de unos árboles. Minutos después un hombre al que le faltaba una pierna salió de detrás de unas rocas. Llevaba una escopeta colgada en bandolera. Apoyándose en una

muleta llegó al centro del camino. Se encajó la muleta en la axila, empuñó la escopeta y montó guardia mientras tres mujeres ataban una cuerda a un extremo del árbol y, tirando de él con una mula, despejaban el camino.

En otra ocasión, mientras volvían a Virginia City, unas explosiones repentinas, poco más potentes que petardos, asustaron a las mulas. Les lanzaban detonantes de fulminato de mercurio robados en las minas. John Dunbar respondió disparando, pero lo bastante alto como para no alcanzar a nadie.

Entre viaje y viaje, se mantenía ocupado haciendo reformas en la casa, a la que añadió el porche sin el que parecía incompleta. Por las tardes, Matthew los visitaba. Mary Ellen, rara vez; siempre estaba demasiado ocupada.

Matthew reconoció ante la pareja que creerse pariente de John Dunbar había sido para él causa de bochorno y pesadumbre. Sin embargo, ahora que había descubierto que no eran hermanos, su amistad le enorgullecía, y la cultivaba con tanto gusto como moderación.

También John disfrutaba de esa amistad. Al margen de Patrick Clement, de cuya compañía había disfrutado solo brevemente, Matthew era el primer amigo que John Dunbar tenía.

Pero le dedicaba la mayor parte del tiempo a Lucrecia. Mientras el embarazo se lo permitió, salían a pasear en caballos de alquiler. Ella llevaba a modo de fusta su querido rascador de espalda, con mango de bambú y una pequeña mano tallada en hueso en el extremo.

John Dunbar vigilaba con curiosidad y temor el vientre de Lucrecia. No dejaba de sorprenderle la serenidad con que ella vivía el embarazo. Varias veces al día le preguntaba si estaba bien.

Puedes estar tranquilo, John.

Él interrumpió la construcción de un cobertizo y fabricó una cuna. No tomaba ninguna decisión sin antes conocer la opinión de Lucrecia. ¿Le parecía bien que volviera a ir en busca de hielo? ¿Podría ella quedarse sola unos días? ¿La cuna era lo bastante grande? Estaba convencido de que iban a tener un hijo enorme.

Llegó el verano y Matthew hizo un breve viaje a San Francisco para ver a sus hijos. Ninguno de los dos iría a Virginia City en las vacaciones. Pasarían el verano en otros centros educativos; ella, como

premio por sus buenos resultados, y él, peor estudiante, como castigo. La verdadera razón era que Mary Ellen prefería tenerlos lejos. Decía que aquella ciudad no era un lugar para criar a los hijos.

En el mes de agosto más polvoriento que John había conocido, la partera depositó en sus manos una niña. La llamaron Felicidad, en español. Y, en efecto, era muy grande. Lucrecia con tacto y John con brusquedad se opusieron a la propuesta de Mary Ellen de presentar a la niña a uno de los concursos que se celebraban periódicamente en la ciudad para premiar al bebé más gordo. La cuñada alivió su frustración buscando para ellos una criada china. De pronto, la casa parecía diminuta. John se vio desterrado al porche, adonde Matthew iba a hacerle compañía. Los potentes lloros de Felicidad los obligaban a interrumpir su conversación. Horacio se largaba en busca de otro sitio donde tumbarse.

Cuando la niña cumplió tres meses, Mary Ellen y Matthew se ofrecieron a cuidarla una noche para que Lucrecia y John fueran al teatro. Mary Ellen les había conseguido entradas para el Piper's Opera House. Los vecinos de Virginia City, siempre deseosos de esparcimiento, pagaban hasta cien dólares por una entrada en la reventa. En esa ocasión disfrutarían de un programa doble: una versión teatralizada de *La cabaña del tío Tom* y un «número de baile femenino».

En los palcos, los banqueros y los magnates mineros apuraban los minutos previos a la función hablando de negocios. La platea estaba ocupada por un público variopinto, entre el que había mineros recién salidos del turno de trabajo, sin haber tenido tiempo siquiera para cambiarse de ropa ni asearse. Lucrecia estrenó un vestido con polisón y unos pendientes de ámbar.

Durante la función de teatro, el público mantuvo un silencio al principio tenso y luego aburrido. Mucha gente daba tragos disimulados a la botella que llevaba escondida bajo la chaqueta o en el bolso. Lucrecia le susurró a John que la versión era muy floja; a ella ni siquiera le había gustado la novela. Pero en cuanto los actores hicieron la última reverencia y las bailarinas salieron al escenario quedó clara la razón por la que estaba allí la mayoría del público. La platea rompió en vítores, silbidos y alaridos. Las bailarinas se turnaban para ocupar la posición central del grupo, un poco

adelantadas al resto, y la admiración que despertaba cada una se medía por las monedas y los saquitos de pepitas de oro que llovían a sus pies. Lucrecia reía y daba palmas como una niña. Llevados por el entusiasmo, dos mineros desenfundaron el revólver y dispararon al aire. Cayeron cascotes y polvo de escayola del techo. Los encargados de seguridad —empleados tanto en el teatro como en un salón vecino — desarmaron a los perpetradores y los echaron a la calle. El espectáculo no se interrumpió ni las sudorosas bailarinas perdieron la sonrisa. Lucrecia les lanzó monedas a todas.

Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto, le dijo a John.

Ya habían salido a la calle. El público se dividía, encaminándose a los salones cercanos. Lucrecia se detuvo para intercambiar unas palabras con el encargado de los Almacenes Dunbar y su mujer.

Mientras esperaba fumando un cigarro, poco deseoso de volver a casa, John oyó la conversación que dos hombres mantenían en la acera. Uno era un tratante de madera al que había visto por la ciudad. Le contaba al otro que había llegado ese mismo día del norte del estado, donde los indios habían vuelto a los saqueos y las escaramuzas. Entre ellos los shoshones; la tribu del desaparecido jefe Lengua Azul.

El tratante de madera recibió un codazo de su amigo advirtiéndole de la presencia de John Dunbar. Era sabido que entre este y Lengua Azul había existido una enconada enemistad. Los dos hombres se escabulleron apretando el paso, pero John había tenido tiempo de oír que la familia de Lengua Azul seguía al frente de la tribu.

II

¿Qué vas a hacer ? ¿Viajarás hasta allí para averiguar sus intenciones?, había preguntado ella. Y él: Es el hijo de Lengua Azul, del enemigo al que yo maté (al que maté no una sino dos veces), y lo hice a traición, cuando él no lo esperaba ni lo merecía. Y ella: Tú no lo mataste. Lo mató el Basilisco. Y él: Para su hijo no hay diferencia. ¿Acaso la habría para ti? Es una amenaza. Es más que nunca una amenaza, porque ya no estoy solo, ahora estás tú, está Felicidad. Y ella: ¿Cómo puede ese indio saber que estás aquí? Y si consigue averiguarlo, ¿vendrá? Lucrecia señaló las chimeneas de las fundiciones, los elevadores de cangilones y las balsas de decantación de las minas como si fueran torres de piedra, murallas y fosos. Y él: Si se parece a su padre lo sabrá y vendrá. Y ella: Y prefieres salir a su encuentro. Y él: Así es. Y ella: Y lo matarás. Y él: Sí, lo mataré yo, John Dunbar. Y ella: No te llamas John Dunbar. Ni siquiera sabes quién eres. Y yo tampoco sé con quién estoy casada. Y él: Lo mataré yo. Por mi propia voluntad, siendo consciente de lo que hago y asumiendo las consecuencias. No lo matará el Basilisco. No recurriré al Basilisco para que resuelva mis problemas. No haré lo que Lengua Azul me dijo que en algún momento tendría que hacer, sin que hubiera alternativa, para mi supervivencia y la de los míos. Le demostraré que se equivocaba. Y ella: ¿Lo que Lengua Azul te dijo en la visión, cuando estábamos en La Tejera? Y él (apartando la mirada): Mientras los demás luchabais y mi padre era asesinado. Y ella: ¿Lo que un indio que lleva años muerto, que no es más que huesos roídos por alimañas, te dijo en una suerte de pesadilla? ¿Les concedes más importancia a sus palabras que a las de tu mujer, que se encuentra aquí, contigo, aferrándote la mano? Y como él no respondió nada, ella siguió: ¿Crees que eres el centro de los pensamientos de ese indio al que no conoces? Y él: Lo vi. Él era un niño entonces. Y ella: Un niño (dicho con incredulidad, dicho con desprecio, como si hablaran de la cría sin pelo, sin fuerza, sin dientes, recién nacida de algún animal ruin). Un niño al que ahora, si es que hay un ahora para él porque ni siquiera sabes si vive, solo sabes, porque se lo has oído decir a unos desconocidos en la calle, que vive alguien de su familia, de la familia de Lengua Azul, un niño al que ahora tú no reconocerías ni él te reconocería a ti. Y ella aún continuó: Y si lo reconocieras y te reconociera, ¿crees (insistió) que en todos

estos años no ha dejado de pensar en ti ni de incubar su venganza? Y, aunque fueras en efecto el lamentable centro de los pensamientos de ese indio, ¿no eres también el centro de mis pensamientos y no debería eso ser más importante para ti? Y él: Es más importante para mí, por eso debo ir a su encuentro, para seguir siendo el centro de tus pensamientos y de los de nadie más y para que tú puedas continuar teniendo pensamientos. Y ella (negando con la cabeza, incapaz de entender): ¿Puedes explicarme, John, por qué tus sueños, tus fantasías, son siempre menos felices que la realidad que habitas? Lo deseable, lo benéfico ¿no es ansiar algo mejor que lo que tenemos? ¿Por qué todo has de interpretarlo como un vaticinio del desastre, como el prefacio de una historia calamitosa? Tu imaginación es más peligrosa que cualquier indio. Es una fuerza magnética y oscura que te arrastra a lo fantástico, hacia lo imposible, hacia tramas demasiado complicadas, hacia creer que las cosas son más complejas de lo que en realidad son. Y ella aún continuó: Se diría que contra tu imaginación nada puede la realidad, incapaz de desvelar la carencia de pretexto de todas esas fabulaciones, y más incapaces son aún las palabras, las palabras que yo te dedico, que para ti siempre van seguidas de un *pero* mudo: Te quiero, *pero*… Deseo pasar el resto de mi vida a tu lado, *pero*… Soy muy feliz de tener una hija contigo, *pero*… ¿Por qué no te crees merecedor del cariño que recibes, de tu ración de bienestar? Y ella aún continuó (ahora con vacilación, bajando la mirada a las manos de John, que sostenía entre las suyas): ¿Y si la inquietud que te envuelve como un manto pestilente, ese revolverte contra la bienaventuranza, no surge sino de una cobardía de carácter? Temes el cambio aunque suponga mejoría. Has tenido la mala fortuna de sufrir compañías toscas, poco recomendables, nada enriquecedoras, has perdido amigos, has perdido a un padre al día siguiente de haberlo conocido. Todo esto es cierto, pero no de todo eres culpable. Has tropezado y caído a la charca del padecimiento, y tu pavor al cambio no te deja ponerte en pie, limpiarte y continuar caminando. Has acabado por hacer de la tristeza tu verdadera familia. Tu hija y yo no somos más que un engaño, un carnaval. Ahora sientes añoranza y vuelves corriendo junto a tu familia de verdad. Y ella aún dijo: Por añoranza no. Por cobardía. Y ella aún dijo: ¿Sabes cuánto daño hace esa querencia tuya a quienes estamos a tu lado y queremos disfrutar

contigo de este presente imperfecto pero sólido y de un futuro aún mejor? Nos decepcionas. Nos arrastras a tu tristeza. Nos invitas a dudar de nosotras mismas. Nos haces pensar: ¿Y si tiene razón? ¿Y si lo que yo creía que era una tara, algo podrido enraizado en el alma de John, es en realidad un rasgo de lucidez? ¿Y si ve más que yo, y si sabe más que yo? Y ella aún dijo (haciendo acopio de orgullo): Yo no pienso así, John. No dudo de mí ni de lo que ven mis ojos ni de lo que tocan mis manos ni de lo que siente mi corazón. Y te hago saber que nunca llegaré a hacerlo. Daré todos los pasos necesarios con tal de no dudar de mí misma, porque si dudara, si dudara tan profunda y largamente como tú me invitas a hacerlo, me convertiría en nada.

Los argumentos de Lucrecia habían tenido mayor peso y sido más constructivos y generosos, a la par que duros. John Dunbar continuaba oyéndolos en su cabeza mientras cabalgaba hacia el norte, rumbo al territorio shoshone.

Y él había dicho: Pero debo ir.

Había comprado un caballo con el dinero ganado guiando cuadrillas de chinos. Llegada la hora de partir, Lucrecia no había bajado del porche para despedirlo. Él llevaba en su equipaje un ejemplar de *Grandes esperanzas* de Dickens. Ella ya lo había leído. Montado en el caballo, él había dicho que lo comentarían a su regreso. Pronto estaría de vuelta. Ella había asentido. Horacio lo contemplaba, tumbado en el suelo, sin intención de acompañarlo.

Y ella había dicho (antes, cuando todavía sostenía las manos de John): Si crees que te voy a suplicar, es que no me conoces. Si crees que voy a endulzar mis argumentos, es que no me conoces. Si crees que voy a recurrir a estratagemas para que no hagas lo que quieres hacer, es que no me conoces. Y ella aún había dicho: Te recuerdo que no intenté disuadir a mi hermano, que estaba más demente que tú. Atravesé el país a caballo, soportando penurias, vejaciones, condescendencia y desdén, con el único propósito de asegurarme de que se estrellaba contra su propia sinrazón.

John Dunbar llegó al condado de Elko. Avanzaba hacia noreste, siguiendo la vertiente occidental de los montes Ruby. Dormía al raso. Se despertaba en el centro de praderas de artemisa. Cada día, antes de retomar la marcha, limpiaba sus armas.

Entraba en pueblos efímeros donde casi toda la población era

china, antiguos trabajadores de la compañía ferroviaria Central Pacific, y se acercaba con las manos en alto a placeres auríferos de bajo rendimiento donde los prospectores lo recibían a punta de escopeta. Preguntaba por el paradero de los shoshones y rectificaba el rumbo basándose en informaciones deslavazadas. Los indios estaban furiosos por el incumplimiento del tratado de Ruby Valley. Doce jefes lo habían firmado, permitiendo el libre paso de los colonos por su territorio, el tendido de líneas de telégrafo y la explotación minera. A cambio debían recibir cinco mil dólares anuales en ganado y bienes de primera necesidad durante veinte años, pero el gobierno de Washington se había olvidado de su parte del acuerdo tras el primer pago. Lengua Azul había sido uno de los jefes que trazaron una marca al pie del tratado. Una parte de su tribu no se lo había perdonado nunca. Hacía una semana, una partida de shoshones esquivos había sido avistada cerca de Tuscarora.

Pasó una noche en vela en el centro de una pradera, atento al avance de un incendio causado por un rayo. Inmóvil sobre la montura contempló el fuego durante horas como en la primera fila de un teatro. Entre las patas del caballo pasaban corriendo liebres y ratones que huían de las llamas.

Se puso en marcha al amanecer entre el olor agrio de la artemisa quemada. No tardó en ver una figura que avanzaba hacia él. Un hombre a pie. Dunbar se irguió sobre los estribos. No distinguió a nadie más; tampoco rastros de ningún poblado. Desenfundó el rifle. El hombre siguió caminando como si no lo hubiera visto o como si no le importara su presencia. Renqueaba. Cuando estuvo más cerca, John Dunbar vio que era un indio joven, sangrando por varias heridas. El indio se desplomó.

Dunbar aguardó, temeroso de una trampa. Al cabo de un rato el chico seguía sin moverse. Dunbar se acercó y, desde lo alto del caballo, vertió agua de la cantimplora sobre él. Tenía la cara deformada por los golpes y estaba sucio de ceniza después de atravesar la zona quemada. Volvió en sí y retrocedió acobardado.

Tú eres Dunbar, el enemigo de mi padre Lengua Azul, dijo en shoshoni, la lengua de su pueblo.

III

Se llamaba Ambos Lados del Río . Tendría unos quince años, estimó John Dunbar. El liderazgo de su tribu le correspondía por herencia, pero se había tenido que enfrentar a un rival mayor y más fuerte, perteneciente a otra familia y al que no le cohibía ningún respeto por Lengua Azul. El rival contaba con el apoyo de guerreros y de ancianos. Le había ofrecido a Ambos Lados del Río abandonar la tribu a cambio de que el resto de su familia se pudiera quedar y fuera respetada. Ni siquiera había mediado un reto. Ambos Lados del Río había aceptado y se había ganado el desprecio de los suyos. Niños, mujeres y ancianos de su propia familia lo habían expulsado lanzándole piedras, rescoldos al rojo y basura.

Las heridas estaban casi curadas cuando llegó, en compañía de John Dunbar, a Virginia City. Vestía aún polainas y mocasines de piel, pero iba abrigado con una pelliza de lana y tocado con un sombrero de hombre blanco. Nunca había estado en un sitio tan populoso. Miraba con curiosidad y temor. Fueron directamente al orfanato de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Pablo. Ambos Lados del Río se quedaría allí hasta que se le encontrara un mejor acomodo.

Durante el viaje, John no había dejado de vigilarlo. El indio no había hecho ningún intento de huir. Por las miradas cariacontecidas que le dedicaba, quedaba claro que atacarle no entraba en sus planes. A John nada en el indio le recordaba a Lengua Azul. A mitad del viaje, había dejado de atarlo por las noches y se acostaba deseando ser víctima de un ataque o siquiera de un robo. Cuando abría los ojos al amanecer, el indio estaba avivando la hoguera para preparar el desayuno.

También con asombro asistió Lucrecia al regreso de su esposo, pues había llegado a convencerse de que no volvería nunca, bien porque los shoshones lo mataran; bien porque, lejos de casa, languideciera el vínculo con su familia y volviera a ser el huraño ensimismado de antes; bien porque, pese a su intención de partida, se había visto forzado a recurrir al Basilisco para zanjar la amenaza que suponía el hijo de Lengua Azul, tras lo que se habría sentido atemorizado o indigno de regresar junto a su mujer y su hija. No obstante, allí estaba, en apariencia satisfecho y sosegado, deseoso de sostener a Felicidad en brazos, riéndose a carcajadas de los brincos

que Horacio daba en busca de captar su atención, y había regresado trayendo bajo su protección al indio al que había pretendido matar, porque no era más que un muchacho necesitado de auxilio, dijo él, porque él (John Dunbar) había fijado sus ojos en la realidad y dado la espalda a premoniciones ajenas e imaginaciones extravagantes y destructivas, dijo él, porque ¿qué mayor evidencia, para sí mismo, para ella y para todos, de que tenía al Basilisco de las riendas que haber acogido en su casa al hijo del que fue su mayor enemigo?, dijo él. Y aún continuó: Ese será el primer paso para dejar de ser visto con miedo y pasar a ser visto con respeto primero y luego con impasibilidad nada más. Eso quiero, para mí, para ti y para todos. Y ella: Me alegro tanto de verte. Comprendo tus motivos. Son buenos motivos. Y ella (para sus adentros): Pero ha traído consigo al hijo de un jefe de guerra al que mató sin nobleza, le ha mostrado dónde vive, le ha hecho sabedor de que tiene una mujer y una hija.

John volvió a escoltar cuadrillas de chinos en busca de hielo. Por las tardes bebía con Matthew en el porche.

Durante la ausencia de su marido, Lucrecia había vuelto a llevar un diario. No lo hacía desde su viaje al Paraíso. Esta vez John no le pidió que le leyera fragmentos; por la expresión de ella cuando se inclinaba pluma en mano sobre las páginas en blanco, deducía que no se hallaba complacida.

¿Estás bien? ¿Hay algo que me quieras decir?

Ella respondía negativamente sin apartar la mirada del diario, sin dejar de acunar a Felicidad, sin soltar el frasco de compota en conserva del que dudaba que estuviera bien cerrado.

Ambos Lados del Río se había aclimatado a la disciplina del orfanato con una docilidad desconcertante. Pese a su carácter reservado, se comunicaba con las monjas con mayor soltura que algunos huérfanos blancos. No tardó en asimilar los rudimentos del inglés y suplía sus limitaciones verbales mediante sensibilidad e intuición. John lo visitaba a diario cuando estaba en la ciudad y se aseguraba de que no le faltara de nada. Interrogaba a las monjas sobre el comportamiento del muchacho. Le decían que evitaba los conflictos, que no hablaba si no le hablaban y que era difícil saber lo que pasaba por su cabeza, pero que no causaba problemas. También le recordaron que estaban haciendo una excepción; con su edad, a Ambos Lados del

Río no le correspondía estar en el orfanato. Tendría que encontrar otro sitio adonde ir. John hizo un nuevo donativo a la directora y en el siguiente viaje a por hielo llevó con él a Ambos Lados del Río.

El indio no mostró ninguna emoción por salir de la ciudad. Miraba con recelo a los chinos, cumplía con presteza las órdenes de John y buscaba la soledad siempre que podía. John respetaba su reserva, pero la última noche en el campamento no pudo retrasar más el momento de hablar con él. En una mezcla de inglés y shoshoni le dijo: Yo admiraba a Lengua Azul. Era un gran guerrero. No quise matarlo. Pero si no lo hubiera hecho, él me habría matado a mí.

Y Ambos Lados del Río: Quizá te hubiera matado. Pero lo entiendo.

Y John Dunbar percibió en el muchacho, por primera vez, un envaramiento que quiso interpretar como una señal de altivez, que a su vez quiso interpretar como un rastro de su linaje.

¿Era posible que Ambos Lados del Río no albergara ánimo vengativo, que lo hubiera perdonado por matar a su padre? ¿Era posible, incluso, que al chico ni siquiera le hubiera importado la muerte de Lengua Azul? ¿No era demostración suficiente su presencia serena, día tras día, en la ciudad? Si el indio hubiera buscado un resarcimiento, que le podría haber reportado el perdón de su familia y el respeto de la tribu, ¿no se lo habría cobrado durante el viaje a Virginia City, cuando estaban los dos solos y le habría sido sencillo? En lugar de eso, vivía en un orfanato, toleraba la disciplina de las monjas y aprendía a recitar en inglés el Credo de los Apóstoles, en un aula donde los demás alumnos eran más jóvenes y se reían de él. ¿Pero acaso no había tolerado él (John Dunbar) la muerte de su propio padre? Ningún afán de reparación lo había empujado a regresar a La Tejera y meter una bala en la cabeza a doña Alejandra, la concubina de su padre y urdidora del crimen. Ni siquiera había visto alterado su descanso nocturno. Rebuscaba en su interior y no hallaba, para su sorpresa y asimismo para su alivio, ningún desquite pendiente. Quizá fuera porque, al fin y al cabo, en el final de su padre había habido justedad y merecimiento. John apenas había conocido a James Closter, mientras que doña Alejandra había compartido con él cama, angustias y proyectos durante décadas, y aun así ella había concluido que debía morir. ¿Tenía John derecho a discutirlo? ¿No era

similar el caso de Lengua Azul, con quien John Dunbar había mantenido una relación más duradera y comprometida que la que el jefe shoshone tuvo con su hijo?

Y, si en efecto era así, si Ambos Lados del Río no ambicionaba el daño de John Dunbar ni el de los suyos, ¿no era el muchacho merecedor de admiración por haber escapado a las obligaciones heredadas, al destino impuesto, a las deudas de la sangre? Quizá, sopesó con cautela Dunbar, los golpes que Ambos Lados del Río había padecido al ser expulsado del poblado habían sido un precio bajo a cambio de evitar convertirse en su líder y de vivir bajo la mirada enjuiciadora de los suyos, de vivir demostrando día tras día una valía de la que él mismo albergaba dudas.

De regreso en Virginia City, John llevó al indio a cenar a su casa. Lucrecia no se opuso, pese a que la idea no era de su agrado. Ella se mantenía al margen de los esfuerzos de John por ayudar a Ambos Lados del Río. Solo toleraba al indio cuando había más personas presentes y si una de ellas era John. Durante la cena, Ambos Lados del Río, vestido de cristiano, demostró los modales aprendidos en el orfanato; hizo correcto uso de los cubiertos y de la servilleta. Lucrecia le preguntó si le gustaban las monjas. Él asintió. Ella le preguntó (insistente): ¿No te dan miedo? Y él: No me dan miedo los gansos de Dios. Lucrecia miró a John en busca de una aclaración. Es por las cofias. Después Lucrecia le preguntó a Ambos Lados del Río si planeaba volver con los suyos, a lo que el indio respondió que él ya no existía para los suyos de antes y que todavía no existía para los suyos de ahora. John le tuvo que traducir la respuesta a Lucrecia, que asintió, no para indicar que había comprendido sino para otorgarle la razón. Seguidamente John propuso un brindis con limonada. Dado el buen comportamiento de Ambos Lados del Río, en el orfanato le habían permitido empezar a salir sin vigilancia.

A la mañana siguiente, Lucrecia estaba sola en casa con la niña cuando alguien llamó a la puerta. Vio por una ventana a Ambos Lados del Río. El indio estaba en pie frente a la puerta. Sostenía un ramillete de flores. Lucrecia retrocedió teniendo cuidado de evitar las tablas que crujían. Fue a su habitación, donde estaba la niña, y se quedó con ella. No hubo más golpes en la puerta.

Al cabo de un rato, se volvió a asomar a la ventana. Ambos Lados

del Río estaba sentado en el suelo del porche con las piernas cruzadas, de espaldas a la puerta. Lucrecia se quedó vigilándolo hasta que el indio por fin se puso en pie, con un movimiento ágil, sin apoyar las manos en el suelo, y se fue. En los escalones del porche había dejado las flores y algo más que Lucrecia no pudo distinguir desde la ventana. Una vez que el indio se hubo perdido de vista, Lucrecia salió de la casa. Junto a las flores había una navaja de barbero. Era vieja. No tenía filo y la hoja estaba moteada de herrumbre. Lucrecia se preguntó de dónde la habría sacado. Supuso que la habría robado, al igual que las flores, provenientes sin duda de algún jardín del vecindario. Tiró ambas cosas al cubo de los desperdicios y no le contó nada a John. Estaba segura de que Ambos Lados del Río no haría preguntas sobre sus regalos.

Volvió a mirar por la ventana, temerosa de pronto de que el indio hubiera vuelto. En la casa guardaba aún el rifle que les dieron al salir de La Tejera, aquella arma «vieja pero fiable», en parte regalo, en parte limosna, en parte ofrenda, entregada por un hombre que había cabalgado en el bando enemigo y que aseguraba que habían tenido mucha suerte en conocerse (Lucrecia y John), así como aseguraba que también él era afortunado por haberlos conocido a ellos. Pensó que, si hubiera sabido que el indio traía la navaja, ella habría abierto la puerta y le habría disparado. Luego habría hecho desaparecer las flores y dejado la navaja. ¿Quién se lo podría reprochar? Una mujer sola que protegía a su bebé de un indio armado y vengativo. Ni siquiera John podría. Porque ¿acaso él, pese a su obstinación, pese a todo su optimismo recién estrenado y temerario, no intuía en el indio lo mismo que ella veía claramente? Especulación. Terquedad. Irrevocabilidad. La sobresaltaron los lloros de la niña y se apresuró a consolarla, agradecida por apartarse de pensamientos semejantes. No escribiría nada en su diario sobre la visita de aquel sucio indio.

El domingo siguiente, Matthew se presentó en la casa cuando John y Lucrecia estaban desayunando. Su ánimo era acorde con el día primaveral del que disfrutaban. Les apremió a que lo acompañaran. Daos prisa, yo llevo a la niña. Hay algo que tenéis que ver.

En cuanto se había enterado, les explicó, había ido corriendo a buscarlos. A Mary Ellen no le había dicho nada; estaba ocupada incluso en domingo.

Frente al centro masónico se hicieron un hueco entre la gente que abarrotaba la acera, justo a tiempo de ver pasar el desfile. La víspera, un circo había llegado en tren a Virginia City. Una representación de los artistas recorría la ciudad anunciando la función de esa noche. Abría la marcha un calíope montado en un carro. A continuación: cinco chicas con traje de vaquero adornado con lentejuelas hacían acrobacias a caballo. A continuación: un camello. A continuación, un carro con una jaula donde cinco babuinos se rascaban los sobacos. A continuación, un palanquín acarreado por cuatro porteadores, y en él, sentada en un sillón dorado, una mujer con el rostro cubierto de pelo que invitaba a todos los habitantes de la ciudad a ir esa noche al circo a conocer a su familia.

Un payaso se plantó de un salto ante John Dunbar, hizo una reverencia exagerada y le puso frente a las narices una octavilla de publicidad. John la aceptó para que se largara.

En la octavilla: «El mastodonte sin parangón en el ancho mundo», y debajo: «El poderoso señor de todas las bestias», y debajo: «El mayor cuadrúpedo que pisa la Tierra», y debajo el dibujo de tres elefantes con la trompa alzada.

Iremos a verlos esta noche, dijo Matthew. No he podido resistirme y he comprado entradas para todos, aunque seguro que Mary Ellen no querrá ir.

John respondió que, en ese caso, Ambos Lados del Río podría hacer uso de la entrada. A lo mejor ver semejantes portentos de la naturaleza lo espabilaba.

El circo había levantado la carpa al pie de Gold Hill. Como Matthew había supuesto, Mary Ellen rehusó acompañarlos. Había otros indios entre el público, paiutes que trabajaban sirviendo en casas de la ciudad, lavando ropa o recogiendo desperdicios y que disponían de dinero para la entrada. Contemplaban el espectáculo taciturnos, sin aplaudir ni intercambiar comentarios. La actitud de Ambos Lados del Río era la misma.

Por fin aparecieron los elefantes, dos hembras y un macho, presentados por el jefe de pista como Zanzíbar, Yocasta y Agamenón. John miró de reojo a Ambos Lados del Río. No le había advertido sobre los paquidermos. Dudaba que el indio pudiera creer en la existencia de criaturas semejantes. Pero Ambos Lados del Río no hizo

más que erguirse un poco; eso sí, con la mirada clavada en la pista, atento a lo que fuera a suceder.

Y acerca de lo que sucedió se habló mucho durante los días siguientes.

En la pista había tres plataformas circulares de madera, a las que los elefantes se fueron subiendo a medida que eran anunciados. Allí aguardaron Zanzíbar, adornada con una gualdrapa blanca, y Yocasta, cuya gualdrapa era roja, con las patas muy juntas en la, para ellas, pequeña superficie de la plataforma, a que Agamenón, con una gualdrapa azul, el más grande de los tres y el más lento, se encaramara a su puesto. Una vez que los tres estuvieron arriba, sonó un toque de platillos y los paquidermos alzaron la cabeza y apuntaron con la trompa hacia lo más alto de la carpa, donde revoloteaban una nube de polillas y una docena de murciélagos.

Se produjo un temblor. Uno de los mástiles que sostenían la carpa se inclinó, sin llegar a desplomarse. Más tarde, varios miembros del público afirmarían que la grada donde estaban sentados se había hundido de golpe varias pulgadas. Siguió un tenso silencio, y al cabo de unos segundos el público abandonó con prisa sus asientos. Viviendo en una ciudad minera, levantada sobre un terreno horadado por un entresijo de galerías, todos habían deducido lo sucedido. Los hundimientos eran tristemente frecuentes. En el recuerdo de todos estaba el producido recientemente en la mina Yellow Jacket, donde habían perecido docenas de trabajadores. El público salió del circo a la carrera para enterarse de qué había sucedido. No había casi ninguna familia en Virginia City que no tuviera a algún miembro empleado en las minas.

Tanto en las páginas del *Virginia City Daily Territorial Enterprise* como en las barras de los salones de la ciudad, se debatiría largamente si la salida a la pista de los pesados paquidermos fue la causa del hundimiento o si no se trató más que de una coincidencia. Pero era una coincidencia demasiado jugosa como para no aferrarse a ella y recubrirla de capas y capas de palabras, que la acabaron proveyendo de solidez, justificación y lustre.

También se discutiría si fue el hundimiento del suelo o bien la avalancha de personas lo que espantó a Zanzíbar, Yocasta y Agamenón.

El elefante macho se apeó de su plataforma y trotó como uno más hacia la salida. Nada pudo hacer por impedírselo el domador, que se plantó ante él con los brazos alzados y vociferando órdenes. El paquidermo lo atrapó por la cintura y con el domador colgando de la trompa prosiguió su camino hacia el exterior. Con cada paso que daba, le asestaba una patada. Para cuando Agamenón salió a la calle, el hombre colgaba inerte. Las dos hembras lo siguieron haciendo oscilar la trompa como si de una escoba se tratara, para apartar a la gente. Los trabajadores del circo corrían detrás de los animales.

John Dunbar, su familia y Ambos Lados del Río se quedaron en sus asientos hasta que la carpa se hubo vaciado. Lucrecia acunaba a Felicidad, que había roto a llorar. Con Matthew de avanzadilla, abandonaron la grada y salieron a la calle. Los recibió un coro de gritos de terror. Agamenón había soltado al domador y se ensañaba con alguien más. Había apoyado las rodillas delanteras en el suelo y aplastaba con el ceño a un espectador. Usaba las patas traseras para empujar mientras los colmillos araban surcos en la tierra. Agamenón se incorporó, pasó sobre el cuerpo de la víctima y trotó hacia las calles de Virginia City, por donde sus dos compañeras ya se habían perdido.

Una parte del público, junto con la gente del circo, siguió a los elefantes, aunque la mayoría prefirió indagar acerca del accidente subterráneo.

Voy a casa con la niña, dijo Lucrecia, encorvada sobre su hija como si quisiera protegerla de un chaparrón.

Matthew se ofreció a acompañarlas.

Yo iré en seguida, dijo John. Antes me enteraré de qué ha pasado.

Ambos Lados del Río dijo que se quedaría con él.

En la parte alta de la ciudad las calles estaban casi desiertas. Lucrecia se detuvo y miró atrás. Al aplacarse la preocupación por la seguridad de su hija, la había asaltado una angustia diferente. Antes de separarse de su marido y de Ambos Lados del Río, había cruzado una mirada con el indio. Ni siquiera lo sucedido en el circo había sacado al shoshone de su impasibilidad, como si la función hubiera concluido de manera rutinaria, dejándolo indiferente, quizá un poco decepcionado, o como si su pensamiento se centrara en un propósito demasiado apremiante como para dejarse distraer por nada más.

Oyeron barritar a un elefante a pocas calles de allí.

Si el indio iba a hacer algo, sería esa noche avariciosa de desgracias. Tenía que advertir a John.

Hubo disparos en respuesta al barrito. Los vecinos se asomaban a las ventanas de sus casas y disparaban al paquidermo.

Lucrecia, tenemos que seguir, la apremió Matthew. Aquí no estamos seguros. Lucrecia… La niña…

Ella acabó por asentir y se dejó llevar a casa, teniendo que confiar en que John se supiera defender.

La corriente de personas había guiado a Dunbar y al shoshone hasta la entrada de la mina Bullion. Entre los curiosos congregados circulaban las noticias. La mina estaba probando un nuevo sistema de entiba. Consistía en una variante más económica del sistema en panal de abejas que tan buenos resultados había dado a la hora de sustentar el inestable subsuelo de la ciudad, rico en arcilla y cuarzo fragmentado. El ingeniero creador de la variante había bajado con sus ayudantes para hacer una prueba fuera de los turnos de laboreo. La bolsa de mineral donde estaban trabajando se había hundido, y también parte de la galería que llevaba hasta ella.

Hubo un vocerío y a continuación peticiones de silencio. Uno de los socios propietarios de la mina se había subido a la plataforma de un carromato y aguardaba a que todos se callaran para empezar a hablar.

Eran tres las personas atrapadas: el ingeniero y dos ayudantes, informó. Seguían con vida, aunque el ingeniero estaba herido. Por el momento se desconocía la gravedad de las lesiones. A continuación dijo el nombre del ingeniero y de los otros dos hombres.

Tuvo que esperar a que cesaran los comentarios antes de proseguir.

Ya se había empezado a despejar la galería de cascotes, dijo.

¿Cómo saben que siguen vivos?, lo interrumpió alguien.

El socio explicó que la galería no se había desplomado por completo. Quedaba libre un pasadizo a través del que habían conseguido comunicarse con los tres hombres. Aunque había un problema, y era esa la razón por la que se dirigía a ellos. Como el equipo del ingeniero pensaba que la prueba no se prolongaría mucho tiempo, no habían llevado consigo agua, y las labores de desescombro podían durar unas cuantas horas.

El problema, amigos, continuó el socio propietario, es que el pasadizo es demasiado estrecho para que un adulto pase por él, y es urgente llevar agua a esos hombres. Por este motivo, la mina Bullion ofrece una compensación de trescientos dólares a quien se preste a facilitarles auxilio.

¿Qué quiere decir?, preguntó alguien. ¿Habla de meterse en ese agujero a cambio de trescientos asquerosos dólares?

Tú puedes olvidarte de los trescientos dólares, asquerosos o no, dijo el socio propietario. No pasarías por el pasadizo.

Todas las miradas se volvieron hacia quien había hablado para comprobar su talla. No era especialmente alto ni corpulento.

Quizá un chino, dijo otro.

La propuesta fue recibida con aprobaciones, pero el socio propietario negó vehementemente y volvió a solicitar silencio.

Ni siquiera un chino pasaría por ahí, les aseguró. Al menos no un chino adulto. Yo había pensado en un niño. Vamos, ¿alguno de vuestros hijos está dispuesto a ganar trescientos dólares? Para un niño no supondría ningún problema. Sería casi un juego. Entrar y salir. Y podemos subir la compensación a quinientos dólares, siempre que alguien se decida con rapidez y me traiga a un niño.

Le llovieron insultos por proponer algo semejante.

Ambos Lados del Río tiró a John Dunbar de la manga.

Yo puedo.

¿Qué dices?

Yo puedo.

Sí, él puede, dijo alguien que lo había oído.

Tú a callar, dijo John Dunbar.

Pero la voz ya había empezado a correr.

Él es perfecto.

¡Que entre el indio del Basilisco!

Alguien hasta se atrevió a palpar al shoshone para comprobar si bajo la ropa estaba tan delgado como parecía. John Dunbar lo lanzó al suelo de un empujón.

Yo puedo, repitió Ambos Lados del Río.

¿Qué sucede?, quiso saber el socio propietario. ¿Ya tenemos a un valiente? Que se adelante para que pueda verlo.

El shoshone caminó hacia la parte delantera del grupo, seguido

por John Dunbar. Los demás les abrieron paso.

El socio propietario estudió a Ambos Lados del Río con una mirada más propia de un tratante de caballos que del magnate minero de media categoría que era.

Es alto, dijo, pero también muy delgado. Yo diría que sirve. Y estoy seguro de que puedes dar buen uso a quinientos dólares, ¿no es así, muchacho?

John Dunbar se opuso.

¿Es usted el tutor de este chico?, preguntó el socio propietario. ¿Puede demostrar que lo es?

Dunbar tuvo que reconocer que no lo era.

¡Entonces deja que baje!, gritó alguien al amparo de la multitud.

¡Sí! ¡Que baje el piel roja!

¡Eso es! Si no lo consigue, ya encontraremos a alguien mejor.

Hubo carcajadas y vítores.

Con las manos apoyadas en las caderas, el socio propietario le dijo a Dunbar: Me temo que él decide.

Ambos Lados del Río se volvió hacia John Dunbar y asintió.

Como quieras. Y dirigiéndose al socio propietario: Pero yo bajo con él.

El socio condujo al shoshone y a Dunbar a la bocamina. Provisto cada uno de un farol entraron en la jaula y bajaron al pozo. En la galería que se había hundido, seis hombres retiraban escombros. Dunbar preguntó por qué no había más; a ese ritmo no terminarían nunca.

El capataz, cubierto de una capa de polvo gris en la que brillaban unos ojos inyectados en sangre, le respondió que más personas se estorbarían entre sí. Además, la labor de desescombro se tenía que realizar con un tiento extremo. Las prisas podían causar un nuevo derrumbe.

¿Es este?, preguntó señalando al shoshone.

Lo miró de la cabeza a los pies y suspiró.

Bueno. Probemos. Tomó al muchacho del brazo y lo guio al fondo de la galería. Debes de necesitar mucho el dinero. Yo no entraría ahí ni por todo el oro y la plata de esta ciudad.

¿Siguen vivos?, preguntó el socio propietario.

Al menos dos. El herido no responde. Puede que se haya

desmayado. Los otros no lo saben. Y dirigiéndose a Dunbar: Han perdido las lámparas. Están en la completa oscuridad.

Al pie de un talud de escombros y de mampuestas reducidas a astillas había un agujero poco mayor que la entrada de una zorrera. El capataz se arrodilló, metió la cabeza y gritó: ¡Muchachos, os mandamos luz y agua! ¡No desesperéis!

Si hubo respuesta, ninguno de quienes estaban a su espalda pudo oírla.

¿Tu indio entiende americano?, le preguntó acto seguido a Dunbar.

No es mi indio. Entiende perfectamente.

Sin mirarle a los ojos, el capataz explicó a Ambos Lados del Río que le habían buscado la lámpara más pequeña que había en la mina. Le ató una cuerda a la cintura. A rastras detrás de él, atada al otro extremo de la cuerda, llevaría una bolsa de lona. El capataz metió una cantimplora con agua.

¿Y algo para curar al herido?, preguntó el socio propietario.

No sabemos qué le pasa así que tampoco sabemos qué necesita. Pero seguro que esto les ayuda a todos, dijo, y metió también una botella de whisky. Vamos, muchacho. Avanza despacio. No te apoyes en los cascotes de las paredes. Intenta no tocar nada. ¿Lo entiendes?

Ambos Lados del Río asintió, cogió la lámpara y se introdujo en el agujero con una fluidez que dejó a todos pasmados.

Por Dios, dijo el capataz. Igual que una víbora entrando en una conejera.

Ha entrado, pensaba John Dunbar. Se abre paso por las entrañas de la tierra sin saber con qué se va a encontrar, quizá con la muerte. Es algo que yo he hecho y que tendría que estar haciendo ahora, pero en mi lugar dejo que lo haga él, el hijo de mi enemigo.

Y pensó también: ¿Es esto lo que quiero, lo que en realidad he querido desde que volví a tener noticia de él: su desaparición, verlo bajo tierra, pero sin yo involucrarme?

Se oyó un rumor áspero, quejumbroso, creciente, y por instinto todos se apartaron del talud. El raquítico pasadizo exhaló una bocanada de polvo.

¡Se ha venido abajo!, dijo el capataz.

¿Al piel roja le ha dado tiempo a pasar?, preguntó el socio

propietario.

¿Cómo voy a saberlo?, respondió el capataz.

John Dunbar empezó a retirar cascotes con tanta ansia como si fuera su hija a quien tuviera que rescatar. Lanzaba las piedras hacia atrás sin fijarse en dónde caían.

¡Más despacio!, le increpó el capataz mirando con temor el techo de la galería.

Dunbar arrancó un zapapico clavado a una mampuesta y amenazándolos con él dijo: A qué esperáis. Empezad a trabajar.

Retomó la labor ayudándose con la herramienta. Solo se detenía cuando el capataz le rogaba que le dejara examinar el espacio abierto. En esos casos, el ojo experto del capataz detectaba dónde el techo del nuevo pasadizo debía ser reforzado y se instalaba un puntal de madera, fabricado a toda prisa a golpe de hacha.

Horas después, John Dunbar asestó otro golpe y el zapapico no encontró resistencia. Al retirar la herramienta, se abrió una mirilla entre los escombros. Al otro lado había luz. Llamó a gritos a Ambos Lados del Río.

La voz del indio llegó por el agujero.

Estamos aquí, dijo sin inflexión. Yo estoy bien.

Ignorando al socio propietario y a los demás, que se esforzaban por ver algo y le interrogaban sobre lo que sucedía, John ensanchó el agujero.

Penetró en un hueco abovedado. El sistema de entibación probado por el ingeniero, aunque quizá había causado del hundimiento, también lo había contenido en parte. La lámpara que el shoshone había llevado consigo alumbraba con flojera el espacio. John Dunbar contempló angustiado, aliviado, incrédulo, admirado, y luego angustiado de nuevo, la composición casi pictórica de figuras allí dispuesta. En el centro, en lo alto de un montón de escombros, se encontraba sentado Ambos Lados del Río, en cuyo regazo descansaba la cabeza de uno de los hombres, que yacía con los ojos cerrados. John sabría después que era el ingeniero. Ambos Lados del Río le abrazaba protectoramente con un brazo, mientras que su otra mano seguía aferrada a un zapapico. La cara y el pecho del shoshone estaban cubiertos de sangre.

En la breve ladera de escombros yacían los cuerpos de los otros

dos. Ambos empuñaban asimismo zapapicos. Ambos habían visto impedido su intento de alcanzar la cima. Ambos tenían el cráneo abierto.

El capataz y el socio propietario se colaron en el hueco y dedicaron apenas un vistazo horrorizado a la escena antes de exclamar: ¡Maldito piel roja!

John Dunbar se interpuso entre ellos y Ambos Lados del Río.

Él vive.

¿Cómo?, preguntaron de nuevo al unísono el capataz, el socio propietario y esta vez también John Dunbar.

Él vive, repitió Ambos Lados del Río, señalando al ingeniero.

Vivía, aunque apenas. El capataz y el socio propietario se lo arrancaron de los brazos y llamaron a los mineros para que los ayudaran a sacarlo. El socio propietario no se abstuvo de dirigir mientras tanto amenazas al shoshone.

No permitieron a Ambos Lados del Río subir a la superficie junto con el ingeniero. Tuvo que esperar en la galería mientras la jaula subía y volvía a bajar, y luego mientras volvía a subir, esta vez con los cadáveres de los ayudantes, y bajaba de nuevo. John Dunbar se quedó con él.

Hasta que pudieron salir al exterior sucedieron dos cosas. Ambos Lados del Río le contó a Dunbar lo que había pasado después de que se viniera abajo el pasadizo. Cuando llegó a la cavidad, el ingeniero estaba tendido en un rincón. Varios cascotes le habían golpeado durante el hundimiento. Los dos ayudantes le arrebataron a Ambos Lados del Río el agua y el whisky, negándose a compartirlos con el ingeniero, al que daban por muerto. Quién sabía cuánto tardarían en sacarlos de allí. Qué sentido tenía desperdiciar agua, y ya no digamos whisky, con un moribundo.

Un rato después, soliviantados por el alcohol y por la tardanza del rescate, a los ayudantes empezó a preocuparles quedarse sin aire. ¿Por qué el ingeniero, por cuya culpa estaban atrapados, no terminaba de morirse? Y el piel roja también les robaba el aire. A Ambos Lados del Río no le había quedado más salida que defender al ingeniero y defenderse él mismo.

Lo segundo que sucedió fue el fallecimiento del ingeniero.

Fuera, una muchedumbre acusó al shoshone de haber matado a

los tres hombres. ¿El motivo? La maldad connatural de su raza, que ni siquiera hacía salvedades con la ciudad que tan generosamente lo había acogido y que incluso estaba dispuesta a regalarle quinientos dólares. No tardaron en asomar voces pidiendo una soga. Lo colgarían allí mismo, del castillete sobre el pozo de la mina.

John Dunbar protegió al shoshone. Quien le pusiera la mano encima a Ambos Lados del Río se las vería con él, atronó. El indio no había hecho más que prestar su ayuda e intentar salvar al ingeniero.

¡Eso tendrá que demostrarlo!, exigió el socio propietario.

John Dunbar estuvo de acuerdo, pero las explicaciones solo le serían dadas a la autoridad, añadió, y ordenó al socio propietario que trajera al alguacil.

¿El alguacil?, dijo uno de los presentes. ¿Te has olvidado de que hay tres elefantes salvajes destrozando la ciudad? El alguacil tiene demasiado trabajo como para venir a dar su merecido a un indio asqueroso. Para eso nos bastamos nosotros.

No, dijo John Dunbar. El indio declarará ante el alguacil. Yo me aseguraré de que lo haga. Tenéis mi palabra. Hasta que el alguacil esté disponible, esperaremos en mi casa.

Vayamos con ellos, dijo alguien. Es el Basilisco, un asesino tan salvaje como ese indio. Puede ayudarlo a escapar.

John Dunbar no se detuvo a responder. Caminó junto a Ambos Lados del Río hacia el barrio alto. Una columna de gente los siguió.

Por el camino se encontraron con señales del paso de los elefantes: un carro volcado, aceras hundidas, cercados rotos, dos indias paiutes disputándose la gualdrapa de uno de los animales —la de Zanzíbar—, en la que había agujeros de bala. Los transeúntes informaron al grupo de que los paquidermos seguían sueltos.

En el porche de la casa los esperaban Lucrecia y Matthew, a quienes se había sumado Mary Ellen. Los tres contemplaron atemorizados a Ambos Lados del Río cuando subió las escaleras escoltado por John Dunbar. El shoshone no se había limpiado la sangre, parte de la cual era suya. Había recibido varios golpes en el trance de proteger al ingeniero.

Ocupaos de él, les dijo John a las mujeres. Y a Lucrecia: ¿La niña está bien?

Ella asintió. Felicidad dormía.

Es mejor que entres y te quedes con ella, dijo John.

Sí, vamos adentro, intervino Mary Ellen con su resolución característica. Tú cuida de la niña. Yo me encargo del indio.

John Dunbar entró con ellas, les explicó lo sucedido y volvió a salir al porche para montar guardia junto a Matthew. El grupo de gente no dejó de fijarse en que ahora Dunbar llevaba un revólver a la cintura.

El ánimo bronco del grupo se había aplacado en el trayecto. Perdido de vista el indio, la atención se volvió hacia lo que sucedía en la ciudad. Desde la casa de John y de Lucrecia se veía buena parte de Virginia City. Los barritos, los gritos y los disparos dejaban adivinar el recorrido de los elefantes. Más personas se sumaron a los congregados. Contaron que pelotones de vecinos formaban barreras armadas para proteger una calle o un grupo de casas. Se habían producido enfrentamientos entre los vecinos y los trabajadores del circo, que trataban de impedir que dispararan a los elefantes.

Llegó asimismo la información de que el ingeniero fallecido tenía mujer y tres hijos en San Francisco, y que en breve iba a traerlos a vivir con él.

Las miradas apuntaron hacia un incendio brotado cerca de Gold Hill, y hubo cruces de opiniones acerca de lo que estaba ardiendo. Lucrecia salió al porche con la niña en brazos, atraída por las voces de alarma. El incendio se sofocó antes de que se propagara a otras construcciones. No había noticias del alguacil. Varias personas echaron a caminar hacia sus casas, perdido el interés por el shoshone, pero se detuvieron cuando dentro de la vivienda sonó un disparo.

Un instante después salió Mary Ellen y, como si, al matarlo, la imperturbabilidad del shoshone se hubiera transferido a ella, dijo haber dejado al indio solo un momento y que, cuando volvió a la habitación, lo sorprendió en el acto de escapar por la ventana, y que el indio soltó la funda de almohada donde había metido varios objetos robados y la atacó. Y dijo que, por suerte, ella nunca salía de casa sin llevar un pequeño revólver en el bolso. Y dijo también que Virginia City ya era una ciudad lo bastante peligrosa de por sí como para además dar cobijo a pieles rojas asesinos y ladrones.

IV

A la mañana siguiente, Matthew llamó a la puerta . Lo recibió John. Lucrecia y la niña dormían. El cadáver de Ambos Lados del Río había sido retirado. Matthew le hizo una seña indicando la ciudad.

Caminemos.

John Dunbar lo siguió sin interrumpir sus pensamientos desmadejados.

¿Cómo había podido ser tan necio e irresponsable? ¿Cómo había corrido tamaño riesgo en su afán por ponerse a prueba? ¿Cómo no había acertado a interpretar las señales, que habían sido clamorosas? El mismo suelo que pisaba se había desplomado, ofendido, sobre el indio, heredero de la vena pérfida de sus ancestros, la cual podía solo provenir de su rama materna, pues, en comparación con él, Lengua Azul no era más que nobleza hecha carne, hueso, sangre, arco y plumas de águila. El mismísimo suelo había asumido el deber de aplastarlo, de hacerlo desaparecer como solo pueden hacer desaparecer a un hombre las negras profundidades de la tierra, no existiendo en el mundo mandíbulas comparables, ofendido el suelo por el pecado de impostura, por la falsa intención de generosidad al ofrecerse a llevar auxilio a aquellos hombres atrapados, cuando lo que perseguía de veras, lo que venía incubando en su seno, protegiéndolo con un manto de impenetrabilidad, no era sino ganarse su favor (el de John Dunbar) y el de su familia y el de toda Virginia City para que le permitieran obrar con mayor facilidad y acceder al que desde siempre había sido su propósito, pudiendo así añadir al dolor causado por la venganza el dolor causado por la burla, y una vez el suelo había fracasado les había llegado el turno a dos hombres anónimos, de los que él (John Dunbar) ni siquiera los nombres conocía, pero aun así ellos se habían prestado a cargar sobre sus espaldas la responsabilidad que le atañía a él (John Dunbar, de nuevo) y asumir los riesgos que tal asunción conllevaba, y allí, bajo tierra, maltrechos y al borde de desfallecer, no se habían dejado engañar por las simulaciones del indio, libres ellos de profecías del futuro y de cargas del pasado, y habían vislumbrado su naturaleza verdadera y, sirviéndose de las primeras herramientas que encontraron a mano, habían tratado de acabar con su intolerable existencia, y no habiéndolo conseguido ellos, había tenido que ser (y era esta la tercera oportunidad de acabar con

el indio y de zanjar la amenaza que suponía, y si esta oportunidad no se hubiera aprovechado ya nada habría podido detenerlo) Mary Ellen, la esposa de quien ni siquiera era su verdadero hermano (de John Dunbar), la que dio un paso adelante y clavó una bala en el corazón del indio. ¿Qué habría sucedido si ella no hubiera tenido la decisión y la capacidad de hacerlo? Extinguido todo resto de sospecha y de duda que el indio aún inspirara, se habría presentado una mañana en su casa (la de John Dunbar) con la intención aparente de realizar una humilde visita de cortesía o acaso de llevar un presente y, no estando él (John Dunbar) en casa en ese momento, como bien sabía el indio, y siéndole abierta la puerta con una desarmada sonrisa de recibimiento, habría secuestrado a su familia y la habría llevado a las montañas para vengarse de él (de John Dunbar) a través de su esposa, de su hija y de su perro, o acaso, incapaz de seguir conteniendo el ansia, habría llevado a efecto la venganza allí mismo, en la estancia donde en otras ocasiones se le había recibido con respeto y se le había dado de comer y de beber con generosidad. Y si esto hubiera llegado a suceder (y si no iba a suceder era gracias solo a una mujer que ni siquiera pertenecía a su familia) él habría sido el único responsable (John Dunbar), empeñado en contener, en negar, algo que decía (se decía a sí mismo) que se había colado en su interior y que había llegado a ser conocido, e incluso celebrado, como el Basilisco, esa quimera de tristeza, fantasías negativas y enfado, pero que en realidad siempre había formado parte consustancial de él, porque qué mejor forma de negar tal parte de sí mismo que invitando a su propia casa a una amenaza ante la cual tal parte de sí mismo tendría que haber salido al paso, y negando también que la amenaza lo fuera. Pero no había llegado a suceder, gracias a Mary Ellen, de cuya clarividencia y buen juicio les había dado muestras (a John Dunbar y a Lucrecia) desde el día en que aparecieron ante su puerta sin nada que ofrecer ni derecho a reclamar ni otra puerta a la que llamar.

John Dunbar siguió a Matthew al centro de Virginia City y continuaron bajando la ladera por la calle Washington. Matthew dobló a la derecha cuando sobre los tejados asomó la escombrera de la mina Gould & Curry, a cuyo pie había congregada gran cantidad de gente, mirando todos hacia algo que la propia multitud ocultaba a la vista. Matthew, seguido por John, trepó por el talud hasta poder ver por

encima de la congregación. Buscó una piedra lo bastante grande y tomó asiento. Hizo una seña a John para que también se acomodara. Contemplaron el cuerpo sin vida de Agamenón.

De madrugada, después de causar numerosos destrozos en su errático recorrido y de recibir disparos de diversos calibres, el elefante se había hincado de rodillas y renunciado a seguir moviéndose. Más tarde se extraerían de su cuerpo setenta y cuatro proyectiles.

Las dos hembras, Zanzíbar y Yocasta, habían sido capturadas y devueltas al circo.

Un fotógrafo pedía al grupo de hombres armados que posaba ante el animal que permanecieran inmóviles. En cuanto terminó su trabajo, unos niños treparon a la espalda del paquidermo.

John, dijo Matthew, que se había cambiado de traje y se había afeitado pero estaba pálido y visiblemente cansado, John, tú tienes tanta culpa de lo que sucedió anoche como la que tiene ese elefante. Ninguna.

John Dunbar negó con la cabeza. También él estaba exhausto. Ni siquiera la visión del elefante lo había apartado de sus pensamientos, en repetición permanente desde hacía horas.

¿Qué quieres decir?

El ingeniero y Mary Ellen eran amantes. Desde hacía meses. Fueron amantes, rectificó Matthew. Sí, dijo adelantándose a la pregunta de John. Yo lo sabía. De igual manera que sabía lo de los otros. Los que hubo y los que hay. Que yo esté informado forma parte del acuerdo. Pero al margen de mí, no lo sabe nadie más. Ella siempre ha sido cuidadosa en extremo. También eso es parte del acuerdo.

Al pie de la escombrera, unos vecinos arrancaban trozos de los colmillos de Agamenón con martillos y escoplos. John miraba a Matthew, que hablaba con la vista perdida más allá de la gente.

El ingeniero se había enamorado de ella. Aseguraba estar dispuesto a abandonar a su familia para vivir con Mary Ellen. Ella rechazó la posibilidad. Él insistió, tanto que estuvo a punto de trasgredir la norma de mesura que Mary Ellen impone a todos los hombres con quienes está.

John Dunbar asintió. La comprensión se abría paso a través del asombro.

Anoche, dijo John, en la mina, el ingeniero le dijo algo a Ambos

Lados del Río. Le habló de Mary Ellen.

Es posible, respondió Matthew. Quizá le diera un mensaje para ella. Quizá le dedicara sus últimas palabras.

¿Quizá?

Sí, quizá. Nunca lo sabremos con certeza porque ella nunca hablará de ello. Puede ser que el ingeniero no llegara a contarle nada al indio, y también puede ser que, si lo hizo, el indio no llegara a decírselo a Mary Ellen antes de que ella lo matara.

¿Le disparó por temor a que supiera algo y a que se lo contara a alguien más?

Es posible, respondió Matthew lacónicamente.

Ambos Lados del Río no había robado nada, ni Mary Ellen lo sorprendió intentando escapar, ni él la atacó, dijo John.

No. Nada de eso sucedió, dijo Matthew, y se apresuró a añadir: Pero que esto no haga cambiar la estima en que has tenido a mi esposa. No actuó llevada por el egoísmo; menos aún por la cobardía. Hizo lo que hizo no para protegerse a sí misma sino para proteger a sus hijos y para protegerme a mí.

Y aún añadió: ¿Comprendes ahora, John, por qué no debes culparte?

Y John: Sí. Comprendo.

Y Matthew: Es importante que no tengas una opinión equivocada de Mary Ellen.

Y John: Comprendo por qué lo hizo.

Y Matthew: Me alegro de que así sea. Y también es importante que no tengas una opinión equivocada de Mary Ellen porque, si la tuvieras, ella se percataría, le bastaría el menor cambio en tu actitud, cualquier vacilación, para deducir que tú y yo hemos tenido esta conversación, y en tal caso lo que hizo, y estoy seguro de que no halló satisfacción ninguna en hacerlo, no habría servido de nada, porque, pese a todo, ahora alguien sabe que ella y el ingeniero eran amantes.

Y John: También eso lo comprendo.

Y Matthew: Y por último, has de saber el gran aprecio que siento por ti, aunque no seamos hermanos, o quizá porque no lo somos, y has de saber también lo mucho que lamento tener que contarte todo esto.

Y John, al cabo de un momento, asintió.

Un vecino provisto de un hacha se disponía a cortar la trompa del

elefante. Se lo impidió en el último segundo el director del circo, que se abrió paso entre el público, le arrebató el hacha y anunció que los restos del paquidermo eran de su propiedad. El director tenía un ojo hinchado y llevaba un brazo en cabestrillo. Lo acompañaban un taxidermista y varios empleados del circo cargados con pértigas y lonas, con las que comenzaron a levantar un cerco alrededor del cadáver. Ante las quejas de los vecinos por verse privados del espectáculo, el director del circo dijo que estaría encantado y orgulloso de permitirles presenciar cómo desollaban a Agamenón, a cambio de una entrada de cinco centavos por persona.

John y Matthew bajaron de la escombrera.

Se separaron en el centro. Matthew dijo que tenía un asunto que tratar en el almacén. John no lo creyó. Supuso que su amigo no quería seguir caminando con él hasta la parte alta de la ciudad, o que no deseaba volver a su casa, donde Mary Ellen se reponía de lo sucedido y quizá lloraba al amante muerto. John continuó solo.

Caminaba pesadamente, si bien animado por una ligereza interior, descargado de culpa: una sensación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Las palabras de Matthew le habían aliviado de un pesar que se remontaba a antes incluso de que él partiera en busca del hijo de Lengua Azul.

Se cruzó con cuadrillas de carpinteros que reparaban los destrozos producidos la noche anterior. El recorrido de los elefantes también se podía seguir por los cartuchos quemados caídos en las calles.

¿Cómo le diría a Lucrecia que se tenían que ir? Matthew le había dejado claro que sería lo más conveniente para todos. ¿Cómo se lo diría a Lucrecia sin contarle lo que Matthew le había confesado? ¿O sí debía hacerlo? No quería esconderle secretos. Y tampoco quería que Lucrecia tuviera una opinión equivocada de Mary Ellen.

Llegó a su casa sin haber decidido nada.

Lucrecia estaba sentada en una mecedora en el porche. Sostenía a Felicidad en las rodillas y le hacía arrumacos. Horacio estaba tumbado a sus pies.

Mira quién viene. Ha vuelto papá. Mira a papá.

La niña se revolvió buscando a su padre. John subió al porche, cogió en brazos a la niña y se sentó en una silla junto a Lucrecia.

La casa miraba al levante. Lucrecia le tomó una mano a John.

Disfrutaron de la calidez del sol, los dos adultos en silencio y la niña lanzando chillidos mientras hundía las manitas en la barba del padre.

¿Has desayunado?, preguntó Lucrecia.

Él dijo que no tenía hambre. Pero tomaría un café.

Ella preguntó: ¿Cómo está Matthew?

Preocupado por Mary Ellen, respondió John. Pensó que la respuesta era sincera a la vez que discreta.

¿Y Mary Ellen?

Descansando.

Luego iré a verla, dijo ella, y se levantó, entró en la casa y volvió a salir un momento después con dos tazas de café.

Sorprendió a John ensimismado, con la mirada perdida.

Gracias, dijo él.

Cogió la taza, tomó un sorbo y la apartó para que la niña no se la volcara de un manotazo.

¿En qué pensabas?, le preguntó Lucrecia.

Él hizo un gesto ambiguo.

Yo también he estado pensando, dijo ella.

Se había vuelto a sentar en la mecedora, con el rostro vuelto hacia el sol y una sonrisa. John la miró a la defensiva.

Tendríamos que vender esta casa y buscar otra más grande. No te asustes. Qué cara has puesto. No estoy embarazada. He pensado que sería agradable tener una casa más cómoda, a lo mejor en otro sitio. ¿No estás cansado de esta ciudad? Llevamos aquí un año y medio.

Él asintió, todavía a la expectativa.

¿Está demasiado caliente el café?

No. Está bien.

John tomó otro sorbo y posó la taza en el suelo. Aprovechó el movimiento para acariciar la coronilla de Horacio.

Dame a la niña. Ven con mamá, preciosa. Así, muy bien. Deja que papá descanse. Los abogados ya han liquidado parte de los bienes de mi familia. Podríamos irnos sin esperar a vender la casa. Estoy segura de que a Mary Ellen no le importará ocuparse de eso, con tanta gente como conoce en la ciudad.

John la miraba con fijeza.

¿No crees? Conoce a mucha gente.

Sí, dijo él.

Además, siguió ella, a Mary Ellen le será más fácil venderla si no estamos aquí. Los interesados ni se atreverían a acercarse si supieran que es donde vive el Basilisco.

Él le dio la razón.

A lo mejor eso nos permite pedir un precio mayor, especuló Lucrecia. A lo mejor alguien quiere instalar aquí un museo dedicado a ti, o una tienda de recuerdos. Se lo comentaré a Mary Ellen. Seguro que se le ocurren montones de ideas. Se lo diré hoy mismo, cuando vaya a visitarla. Le vendrá bien pensar en algo que no sea… ya sabes. Le diré que nos vamos. ¿Te parece bien?

Me parece bien.

Tenían mucho que agradecer a Matthew y a Mary Ellen, coincidieron. Los echarían de menos, pero en sus planes nunca había entrado establecerse de manera permanente en Virginia City. Solo estaban allí de paso, una simple parada antes de partir hacia otro lugar.

ÁREA 51

Virginia City no le había causado la misma impresión que en su primera visita, hacía más de trece años, en compañía de Katharina, para asistir al desfile de Acción de Gracias, el mismo día en que oyó hablar de John Dunbar, un hombre cuyas botas habían hollado con rotundidad las calles de aquella ciudad siglo y medio antes, alguien sobre quien más tarde él comenzaría a escribir, embarcándose en un proceso de años durante el que se apropiaría sin recato de su existencia y lo convertiría en un personaje de ficción y, por lo tanto, en alguien más real.

Entonces tan solo había visto lo que Virginia City era: una calle que parecía un decorado del Lejano Oeste, con aceras de tablones y tiendas de recuerdos donde vendían alfombras de piel de puma fabricadas en China y cabezas disecadas de liebre con cuernos de antílope postizos. El resto de la localidad lo formaban un puñado de viviendas desperdigadas por la ladera del monte Davidson y restos herrumbrosos de arqueología industrial. En esta ocasión había visto lo que era pero también, después de todo lo que había leído sobre el lugar, lo había comparado con lo que había sido: una incontestable urbe minera en la segunda mitad del siglo diecinueve, la ciudad que albergaba la mayor concentración de riqueza del mundo entero, supuestamente.

Había hecho una parada para visitar el museo de historia de la minería. Luego había peinado las calles del pueblo, pues Virginia City no era ya merecedora de llamarse ciudad, las había peinado en dos ocasiones, en busca de algún vestigio genuino y aprovechable de lo que había sido. Hizo fotos a patios delanteros adornados con antiguas vagonetas reutilizadas como jardineras, a un enano de jardín que empuñaba un rifle Winchester de escayola, a un crucifijo de madera, de un tamaño más que sobrado para dar martirio a una persona adulta, engalanado con bombillas de colores.

Pasó la noche en un motel a las afueras. A la mañana siguiente tuvo que despertar a los tres gatos que dormían sobre el capó del coche de alquiler. Tomó la Ruta 50 en dirección este. A continuación la 95 hacia el sur. Hasta Yerington se cruzó con signos de vida: otros vehículos, ciclistas, los jirones de un neumático reventado y después, a lo largo de media milla, un cargamento de tomates desparramado por la cuneta. Bordeó el lago Walker, dejó atrás los más de dos mil búnkeres del depósito militar de municiones de Hawthorne y se adentró en el yermo interior de Nevada.

Dos días después, Jon se detuvo en el restaurante Little A'Le'Inn. De acuerdo al navegador del coche, estaba en Rachel, un lugar merecedor de un nombre y de figurar en el mapa, aunque solo vio una docena de remolques vivienda, algunos en aparente estado de abandono. La carretera discurría en una recta aparentemente interminable hacia el sureste.

Tenía los hombros y el cuello agarrotados al cabo de las muchas horas al volante, y aún estaba solo a mitad de camino de su destino. Habiendo visitado en varias ocasiones aquella zona del país, esta vez había evitado las rutas más transitadas. Durante la última hora no había visto ningún otro vehículo. El letrero del restaurante estaba adornado con la imagen de un alienígena calvo con enormes ojos almendrados y la leyenda: «EARTHLINGS WELCOME». A modo de reclamo para los clientes, una vieja grúa de carretera con los neumáticos deshinchados sostenía un platillo volante fabricado con chatarra. A pocas millas de allí, una desviación sin asfaltar conducía al Área 51.

Jon se sentó a una mesa. Era el único cliente. Una camarera de piel muy blanca y que hablaba mediante susurros le entregó la carta y

le sirvió café.

Antes de escoger qué iba a comer, introdujo en el móvil la clave del *wifi* del local, anotada al pie de la carta. Cada día, cuando llegaba al motel donde iba a pasar la noche, enviaba mensajes a su padre, a su madre y a sus dos hijos. Los informaba del progreso del viaje, adjuntaba alguna foto pintoresca y los tranquilizaba asegurando que se encontraba perfectamente. La diferencia horaria entre Nevada y España era de nueve horas. Su familia recibía los mensajes de madrugada. Si había respuesta, a él le llegaba a la mañana siguiente, cuando ya estaba en carretera, pero en el desierto no había cobertura.

Varios mensajes entraron en rápida sucesión. Leyó las contestaciones de su familia. Los niños le mandaban una foto de ellos dos repantigados en tumbonas, mirando al infinito, con un fondo de praderas herbosas y cumbres nevadas, como en un pasaje de *La montaña mágica.* Estaban de vacaciones en los Pirineos, con Katharina y la nueva familia de esta. No había más mensajes. Dejó el móvil a un lado, reprimiendo un conato de decaimiento, y miró la carta.

En los últimos meses había vuelto a ver a Emilia. Ya había tenido al bebé. Continuaba con su pareja. Había sido ella quien reinició el contacto. Quedaban para tomar un café. Daban paseos. Él le decía que estaba muy guapa. Ella, ojerosa después de una noche en vela tratando de dormir a un niño que no dejaba de llorar, negaba con la cabeza. Pero él era franco. Al final de cada encuentro, ella miraba el reloj y suspiraba. No tenían planes. Se aferraban al presente. El de ella, insoslayable, los observaba desde el cochecito. Se conformaban con el presente, sin analizarlo, sin dar nombre a lo que sentía cada uno, sin recapitular cómo habían llegado hasta aquel punto ni especular sobre qué podían hacer a continuación. Al presente no lo sucedía el futuro sino otro presente. O ni siquiera eso. Solo la posibilidad susurrada, bosquejada, inconcreta de otro presente, en forma de un nuevo encuentro, asimismo breve, al cabo de unos días. Vivían, o vivía él, con anteojeras y la cabeza gacha.

Vuelvo a los Estados Unidos.

¿Tú solo?

La última vez que Jon había viajado a los Estados Unidos fue con Emilia. Ella había dejado a su pareja para estar con él. Unos meses después ella volvió con su pareja; no con su expareja sino con su

pareja, porque, tal como Jon lo sentía, aquel hombre nunca había dejado de ser su pareja. Casi de inmediato ella se había quedado embarazada.

Sí, yo solo.

¿Adónde? ¿Alguno de los sitios donde estuvimos?

¿Había anhelo en su voz, quizá un asomo de angustia?

Él había negado con la cabeza. Iría al Monument Valley, en la frontera de Utah y Arizona. Nunca había estado allí. Viajaría por carreteras secundarias.

La excusa, manida y grandilocuente: documentarse para un libro. Eso les dijo a todos, así se justificó ante ellos y ante sí mismo. No habló de su pretensión de vivir un viaje iniciático al filo de los cincuenta años, de zambullirse en un presente tan severo y sugestivo que imposibilitara pensar en nada más, de peregrinar a un lugar que, por haber sido localización de tantas y tan admiradas ficciones, pudiera actuar como un decorado de trescientos sesenta grados que ocultara tras él hasta el menor atisbo de una realidad poco esperanzadora.

Desde el primero al último, los argumentos eran absurdos. Se apilaban unos sobre otros y su peso acumulado le oprimía el pecho. Sin embargo, no vislumbraba ninguna otra alternativa.

Emilia se había quedado inquieta. Le había pedido que le escribiera. A ella también le enviaba un mensaje cada noche.

La camarera anotó la comanda. Estaba tan pálida como si nunca le diera el sol. El Little A'Le'Inn solo tenía una pequeña ventana a cada lado de la puerta, las dos con las venecianas echadas. El local estaba agresivamente iluminado por tubos fluorescentes. Un rincón lo ocupaba la tienda de recuerdos: tazones con forma de cabeza de alienígena, cerveza Alien Amber Ale, camisetas con ilustraciones de platillos volantes abduciendo vacas y demás parafernalia relacionada con lo que había oculto en el Área 51, supuestamente.

Mientras llegaba la comida, se levantó a curiosear un poco. Hojeó libros autoeditados que pretendían revelar la verdad sobre la opaca instalación militar. No libros realmente sino fotocopias borrosas encuadernadas con espiral. Vio menciones a la relación del Área 51 con el caso Roswell, a la nave espacial de origen extraterrestre guardada allí, junto con los restos de sus ocupantes, al desarrollo de

aeronaves basadas en tecnología alienígena, a los ferrocarriles subterráneos en que representantes del Gobierno llegaban al Área 51 para asistir a cumbres diplomáticas con embajadores de más allá del sistema solar y al desarrollo de dispositivos de manipulación climática, de teletransportación y para viajar en el tiempo.

Aquello lo llevó a pensar en su primo Markel, desaparecido en circunstancias que nunca se habían terminado de esclarecer. Sucedió doce años atrás, durante el primer invierno que Jon y Katharina pasaron juntos en Ribadesella, en la casa familiar de Jon, el infortunado invierno en que Katharina se quedó embarazada sin que lo hubieran planeado y luego sufrió un aborto, el invierno en que Jon llegó a estar seguro de que ella iba a abandonarlo, el mismo invierno en que unos objetos luminosos, de naturaleza inexplicable, hicieron aparición una noche en el cielo del pueblo y llevaron a cabo una coreografía, asimismo impenetrable, tras lo que se perdieron de vista volando a gran velocidad rumbo al mar.

A la mañana siguiente llegó Markel. Se presentó como un primo lejano de Jon, aunque este no guardaba ningún recuerdo de él. No venía solo. Lo acompañaba Virginia, a quien tomaron en un primer momento por su pareja, pero que era en realidad una suerte de asistente personal, alguien contratado para resolver cuantos problemas surgieran al paso de Markel. Luego sabrían, Jon y Katharina, que Virginia era más que eso, mucho más, que era también la amante de Markel, al que tenía sometido y manipulaba a su antojo, quizá mediante el chantaje. También era la socia de Markel en un plan para apropiarse de la casa familiar de Jon, la socia y, casi con plena seguridad, la incitadora y el cerebro del plan. Un plan que Jon y Katharina, compenetrados como nunca antes lo habían estado, lograron desbaratar, aunque no sin pagar un precio, pues para entonces Katharina ya había sufrido el aborto. Seguidamente, Virginia desapareció. Truncado su propósito, abandonó Ribadesella sin perder ni un minuto. Se fue sin despedirse, sin que nadie la viera, dejando todo atrás, incluido un Markel frustrado, incrédulo y, de repente, desvalido.

Luego aconteció la desaparición de Markel, para la que ya no cupo explicación. Una noche, los objetos luminosos volvieron a presentarse sobre el cielo riosellano. Uno de ellos, con forma de rueda gigantesca,

sobrevoló el pueblo y la ría y tocó tierra en el monte boscoso a la espalda de la casa de Jon. Markel subió la ladera, presa de un ataque de entusiasmo o acaso de locura. Jon fue tras él. Lo que siguió fue muy confuso: violentas luces de color verde, sonidos ensordecedores, animales que corrían, brincaban, volaban, presas de la desorientación y el pánico. Al cabo, cuando todo cesó y el bosquecillo que sirvió de escenario a aquella escena recobró su serenidad nocturna, de Markel no había ni rastro.

En los años posteriores, a Jon lo asaltó de cuando en cuando la curiosidad por el paradero del que había dicho que era su primo, curiosidad tan solo, nunca una verdadera necesidad de respuestas. Él y Katharina apenas pensaban en Markel y nunca hablaban de él, del mismo modo que no lo hacían del hijo que habían perdido.

La camarera le llevó la comida. Con el estómago lleno, todo le importó un poco menos. Además de él y la camarera, las únicas personas en el restaurante eran una anciana vestida con vaqueros y una camiseta de Pearl Jam demasiado grande, y un par de hombres con ropa de trabajo manchada de grasa. Por el aplomo con que se desenvolvía y su modo de impartir órdenes tanto a la camarera como a los hombres, la anciana debía de ser la propietaria del negocio. Los hombres trataban de reparar una vieja máquina recreativa de Space Invaders. No parecían saber cómo proceder. Habían desmontado el panel trasero, contemplaban el interior de la máquina con las manos apoyadas en la cadera e intercambiaban miradas, acaso arrepintiéndose de una promesa formulada con excesiva precipitación. Las herramientas esparcidas por el suelo eran las que se utilizarían para arreglar el motor de una furgoneta.

Después de comer, Jon continuó curioseando, esta vez los emblemas de vuelo expuestos en las paredes del local. Al margen de lo que afirmaban las teorías de la conspiración sobre ocultamiento extraterrestre, el Área 51 era un centro de pruebas de vuelo de la Fuerza Aérea. Examinó fotos de pilotos que brindaban con botellas de cerveza en la barra del Little A'Le'Inn.

Debería ponerse en marcha, aún le quedaba un largo trecho ese día. Sin embargo miró una vez más los artículos de la triste tienda de regalos. Se reprochó el demorarse de aquella manera. Había viajado hasta allí para no pensar en Emilia, o para pensar menos en ella. Sin

embargo, perdía el tiempo a la espera de recibir un mensaje suyo. En cuanto subiera al coche, se quedaría sin cobertura hasta el cabo de unas cuantas horas.

Ya era suficiente. Dijo adiós a la camarera.

Antes de que llegara a la puerta, su móvil emitió un tono de aviso. Un mensaje.

No, un correo electrónico.

«Hola, Jon. Soy Markel. Tu primo. ¿Me recuerdas? No sé por qué razón, he pensado en ti. Ha sido muy extraño. De repente, te he visto de una manera muy vívida, casi como si estuvieras aquí conmigo.»

Lo releyó varias veces. Se percató del silencio que se había hecho en el local, alterado solo por el ronroneo del aire acondicionado. La camarera, la anciana y los dos hombres lo miraban fijamente.

¿Está usted bien, señor?, susurró la camarera.

Respondió que sí y, sin pensarlo, tecleó: «¿Dónde estás?».

No se detuvo a esperar la respuesta. Salió a paso ligero y subió al coche. Al otro lado del parabrisas, el paisaje de Nevada se confundía con el bosquecillo de Ribadesella donde había desaparecido Markel: la flácida bandera con las barras y las estrellas frente al restaurante, un jabalí que atravesaba desbocado los helechos, el día cegador, las ruinas de un horno de cal, nubes lenticulares sobre el horizonte, la noche ensordecedora, ondas de calor deformando el desierto, un sonido pulsátil que le atravesaba el cerebro, como dos transparencias superpuestas en las que ninguna de las imágenes se impusiera a la otra.

EL VALLE DE LAS ROCAS
UN RELATO EN TRES ACTOS
I. EL MATAMONSTRUOS

El valle no era un valle en realidad, ni lo ha sido nunca. Lo primero en vislumbrarse fue un altiplano de paredes verticales descollando sobre el discreto perfil del desierto. El sol vespertino exageraba hasta el artificio el rojo de la roca, y pensaron ambos, sí, los dos, al mismo tiempo y sin intercambiar palabra, en la obra de un pintor audaz e impetuoso que usara un pincel viejo que ha perdido muchas de sus cerdas.

Tan concentrados lo observaban que ninguno se percató del momento, o momentos, en que otros altiplanos, otras mesas, aparecieron en el horizonte, tanto a su derecha como a su izquierda. A la vera de algunas se alzaba una estructura similar salvo que más esbelta, una columna de roca, de modo que la pareja recordaba a una mano gigantesca enfundada en un mitón, cuatro dedos juntos y el pulgar un poco separado, una mano alzada en gesto de alto o solicitud de paz. Cuatro mesas, cinco mesas. Y más aún se fueron dejando ver detrás de estas. John Dunbar tiró de las riendas de la carreta, miró a su espalda y vio que allí había más aún, pese a que hasta entonces habían marchado por un paisaje desnudo de hitos naturales.

Los habían rodeado, pensó, y mucho después continuaría creyéndolo, que el valle que no era un valle les había salido al paso. John y Lucrecia no habían entrado en el valle sino que el valle había aparecido a su alrededor.

Ellos no iban en su busca, ni siquiera sabían de su existencia, y sin embargo, ambos, sí, de nuevo los dos y simultáneamente, sintieron que el lugar, *Tsé Bii' Ndzisgaii,* como lo llamaban los navajos, el Valle de las Rocas, les era familiar.

También ha llegado a serlo para nosotros. Es el primer paisaje que nos acude a la mente si pensamos en el Lejano Oeste: las monumentales mesas de limonita, las dunas, los toques verdes de la artemisa, los arcos de piedra perforados y pulidos por el viento, las cavernas ilustradas con petroglifos y dotadas de una acústica fantasmagórica, escenario y motivo de ceremonias nativas, el rojo de los óxidos de hierro, el gris violáceo de los óxidos de manganeso y el cielo vigorizado por el Technicolor y engrandecido por el Cinemascope. Sus menos de ciento cincuenta millas cuadradas son una metonimia forzada donde encuentran cabida todo el suroeste de los Estados Unidos, parte de Méjico e incluso Texas, un paraje por donde pueden cabalgar indios de cualquier tribu, la que mejor se acomode a las necesidades y caprichos de quien imagine el relato de turno.

Y si su superficie posee la capacidad de crecer y mermar para amoldarse a la narrativa, y si el mal llamado valle se puede desplazar hasta ubicaciones muy alejadas de la frontera entre Utah y Arizona, que lo corta como una línea secante, si sortea cuanta limitación el espacio trate de ponerle, asimismo ostenta el poder de imponerse al tiempo. Sus rocas son erosionadas por los elementos, transcurren en él las estaciones y envejecen sus moradores; no obstante, el valle existe al margen de la historia. Mucho antes de que el primer hombre blanco se adentrara entre las elevaciones rocosas, alcanzara su centro y se sintiera, nos gusta suponer, rodeado por las ruinas de una suerte de circo de la antigüedad, el valle era ya La Frontera, y ahora, mucho después de que la Oficina del Censo de los Estados Unidos declarara en 1890, de manera prematura, pomposa y chapada en vanagloria, que la conquista del Oeste había llegado a su fin, continúa siendo La Frontera.

Cada elevación parecía aupada a lo alto de un apilamiento terroso: fragmentos desprendidos de sus paredes a lo largo de cientos de miles de años y que la rodeaban formando un talud estratificado.

John Dunbar hizo subir la carreta por el talud de una de las mesas. En la base de la pared había un punto donde la roca era más oscura y a su alrededor se concentraba la artemisa. No fue difícil localizar el manantial. La mesa les proporcionaba abrigo contra el viento. Comenzaron a descargar. Horacio exploró los alrededores. Felicidad aguardaba con los pies colgando por la parte trasera de la carreta.

Dunbar desplegó la lona de la tienda. Lucrecia, que ya había encendido una lumbre para la cena, lo miró extrañada.

¿Nos quedamos más de una noche?, preguntó.

Y se respondió a sí misma: Sí, claro que nos quedamos.

Más adelante John construiría una plataforma de tablas para separar la tienda del suelo. En verano, cocinarían fuera, a la sombra de un toldo, para que en el interior no hiciera demasiado calor; en invierno lo harían dentro.

Antes de cenar, recibieron tres visitas.

La primera fue un cordero. Apareció brincando entre las rocas y se detuvo cuando vio a Horacio. El perro dio dos vueltas alrededor del animal recién llegado, marcando un cerco del que este no podía salir, y el cordero lo entendió. Ahora Felicidad estaba ansiosa por apearse y acariciar al primer visitante.

¿De dónde sales tú?, preguntó John Dunbar, y vio entonces a la segunda visita.

Un hombre a caballo se acercaba bordeando la mesa. Dunbar no se movió. Por el rabillo del ojo vio a Lucrecia retroceder hasta la carreta para coger un rifle y ordenar a Felicidad que se escondiera.

El hombre avanzaba al paso. Montaba a pelo pero con una cabezada y bridas de cuerda, sin la confianza de los indios. No llevaba sombrero, lo que significaba que no venía de lejos. Sobre el hombro derecho asomaba el cañón de un rifle colgado en bandolera.

Buenas tardes, saludó cuando detuvo a su caballo.

Era negro. Vestía una camisa encarnada a la que el uso había vuelto rosa, con los faldones por fuera del pantalón.

Aquí estás, le dijo al cordero, que tembló como si quisiera trotar

hacia él pero la mirada de Horacio lo inmovilizara. Quiere sal, explicó el negro. Cuando no tengo nada para ofrecerle se escapa y viene aquí, y bien sabe Dios que casi nunca tengo nada para ofrecerle, ¿verdad, pequeño? Hay un yacimiento de lutita cerca. Le gusta lamerla. Tan pequeño y ya ha aprendido el camino.

¿Eres prospector?, preguntó Dunbar.

Lo fui. Como todo el mundo. Pero ya no.

Sus palabras no eran del todo ciertas, como bien llegaría a saber Dunbar. Periódicamente, una o dos veces al año, cuando le llegaban noticias de que alguien había tenido suerte con el pico y la batea, o si necesitaba dar alivio a un ímpetu insatisfecho, no siempre relacionado con el enriquecimiento del bolsillo o el del espíritu, el negro lo abandonaba todo y partía hacia el río San Juan, donde dedicaba unos días a buscar oro de manera infructuosa.

¿Les importa si me acerco a por mi cordero?

Adelante.

John Dunbar continuó sin moverse. Lucrecia permanecía junto a la carreta rifle en ristre.

Señora…, dijo el negro y se llevó una mano a la cabeza como si se tocara el ala de un sombrero.

Desmontó. Llevaba los pantalones parcheados con una culera de ante. Tomó al cordero en brazos, lo colocó atravesado sobre la espalda del caballo y volvió a montar. Entonces se presentó. Se llamaba Baca. Criaba ovejas y vivía cerca de allí con su familia. Les dijo también que ellos —John, Lucrecia y la niña que asomaba la nariz por el costado de la carreta— habían escogido un buen sitio para acampar. Se conocía como Black Mesa. El manantial era uno de los pocos de la zona que no se secaban en verano.

Me llamo Dunbar. Ella es mi mujer, Lucrecia.

Baca repitió el gesto de tocarse el sombrero invisible e hizo dar media vuelta al caballo.

Espera, le dijo Lucrecia.

Los dos hombres aguardaron mientras ella rebuscaba dentro de la carreta. Poco después anudaba las cuatro puntas de un pañuelo donde había guardado algo.

Un poco de sal, le dijo a Baca. No bastará para todo el rebaño pero al menos este pequeño no habrá hecho el viaje en balde.

Baca se mostró agradecido pero también incomodado.

Es demasiado generosa, señora.

Ella negó con la cabeza.

Es en pago por habernos dicho el nombre de este sitio y que aquí estaremos bien.

La extrañeza apenas tuvo tiempo de manifestarse en la expresión de Baca. Algo atrajo su atención. John y Lucrecia miraron hacia donde lo hacía el negro. Llegaba la tercera visita.

Un navajo subía el talud. Venía a pie, con paso sereno, muy erguido, directamente hacia el grupo, sin mirar a nadie en particular. Una manta adornada con un motivo de líneas en zigzag le cubría los hombros.

Se detuvo junto a la lumbre y se agachó a examinar los utensilios de cocina que Lucrecia había desplegado.

Lo conozco, dijo Baca. No hay que alarmarse.

El negro pronunció una palabra en navajo. El indio respondió de manera igualmente concisa, sin dejar de mirar una sartén. Se irguió con ella en la mano y dijo algo más.

Quiere hacer trueque, explicó Baca.

El navajo se desprendió de la manta y se la ofreció a Dunbar.

¿Dónde vamos a cocinar?

Algo encontraremos, dijo Lucrecia. Acepta la manta. Me gusta.

Durante años, aquella manta cubriría un baúl a los pies de la cama de Lucrecia, donde ella guardaba sus pertenencias más queridas.

Después de que Felicidad se durmiera esa noche, Lucrecia y John se sentaron a compartir una petaca de whisky. Desde lo alto del talud, el valle se extendía ante ellos alumbrado por la luna llena: una equilibrada composición de elementos, iluminados se diría que por la misma cantidad de luz que durante el día; tan solo había variado la paleta de colores.

Intercambiaron sus impresiones y vieron que eran coincidentes: cómo la primera mesa los había hecho pensar en pinceladas rojas y la sensación de familiaridad que les despertaba el valle. A media voz, como si temiera ser oído por alguien más que por Lucrecia, John Dunbar dijo que sentía que aquel podía ser su lugar en el mundo, que allí podrían ser felices, que aquel sitio estaba hecho para ellos.

Sorprendida por oírlo hablar así, Lucrecia se dejó contagiar por el

entusiasmo y cedió a la autocomplacencia.

El valle es perfecto, dijo.

Lo es ahora que hemos llegado nosotros, dijo luego.

Las piedras se alegran. El valle nos estaba buscando, dijo también.

Y ahora regresaban al valle —una meseta, en realidad, aunque por plegarnos a la creencia extendida insistamos en llamarlo valle— al cabo de uno de los viajes de Lucrecia a San Francisco para reunirse con su banquero. La diligencia la había dejado en Tuba City y John había ido a buscarla con la carreta. En esas ocasiones, Felicidad se quedaba con Pipa Colorada, la esposa navajo de Baca.

Las mesas rojizas asomaron sobre el horizonte. Una vez más, a Lucrecia le recordaron a cuando su hija jugaba a acercarse a ella sigilosamente para darle un susto. En esta ocasión, el poder dúctil y acomodadizo del valle de alterar sus dimensiones y su emplazamiento había jugado en contra de Lucrecia. El viaje nunca le había parecido tan largo, como si el valle reculara tratando de retrasar lo más posible el momento de su llegada.

Como siempre que viajaba, Lucrecia vestía ropa de hombre. Bajo el abrigo escondía un revólver y un cuchillo, y en el bolsillo guardaba una petaca de vino. El agua que ofrecían en las casas de postas era de mala calidad; mezclarla con un poco de vino disimulaba el sabor.

En la diligencia había viajado más incómoda aún de lo habitual, con las piernas sobre una gruesa saca de correo para la que no quedaba espacio en el portaequipajes. Y ahora no iba mucho más cómoda. John había aprovechado la visita a Tuba City para cargar la carreta de provisiones, además de mercancía para su tienda. Cocchi, el suministrador que los visitaba periódicamente en el valle, llevaba más de dos meses sin aparecer. John había preguntado por él en el almacén de Tuba City, pero nadie tenía noticias de Cocchi ni de sus dos hijos, que siempre lo acompañaban.

Lucrecia guardaba silencio. Le inquietan sus finanzas. La desmonetización de la plata había tenido un efecto adverso en sus

inversiones en Virginia City. También había invertido en bonos de la Northern Pacific Railroad. La compañía había asumido con derroche de alharacas la construcción de la segunda línea de ferrocarril transcontinental del país, pero casi desde el inicio la gestión había sido calamitosa, sobreestimando su capacidad para atraer inversores y subestimando las dificultades técnicas de tender una vía entre los Grandes Lagos y la costa del Pacífico. Lucrecia había desoído a sus consejeros y decidido otorgar a la Northern Pacific un voto de confianza. El oeste necesitaba líneas de comunicación; a la larga, sería un negocio seguro. Sin embargo, el valor de los bonos no cesaba de menguar y la inestabilidad de la compañía se había contagiado a las demás empresas del ramo. Pese a la alta demanda de comunicaciones, cada año eran menos las millas de vía que se tendían.

Comprendía ahora el gesto siempre desazonado de su padre, y él había residido en el centro mismo de Boston, recibía la prensa a diario, disponía de la ayuda de seis secretarios y los banqueros acudían personalmente a reunirse con él en su despacho, donde asimismo lo visitaba un variopinto plantel de cazadores de bulos, rumores y noticias en gestación.

Ella ni siquiera podía compartir sus dudas y temores con su marido. John no hacía ningún esfuerzo por comprender los quehaceres de ella más allá del valle. Hablarle del daño que suponían para la economía los brotes de gripe equina o la guerra franco-prusiana solo atizaba su desdén. La opinión de su marido era que en el valle tenían todo cuanto necesitaban. No obstante, tal convencimiento por parte de John no tenía un reflejo en forma de serenidad ni en apariencia de bienestar.

Independientemente de quién fuera el autor, en la primera página de cada novela del Basilisco figuraba una descripción casi idéntica: «Medía siete pies, nunca se había recortado la barba y su cabellera desgreñada era una continua tentación para los indios». El dato de la altura era correcto y también era cierto que John prefería llevar la barba crecida para disimular la cicatriz que le afeaba la mejilla derecha. El pelo se lo cortaba Lucrecia, que no le permitía llevarlo desgreñado. Al margen de este detalle, desde que ella lo conocía, John Dunbar no había cambiado. Aparentemente, no envejecía. Lucrecia pensaba que su esposo se empezaba a parecer a uno de esos héroes

literarios condenados por sus autores a una suerte de inmortalidad, para que su vida pudiera dar cabida a tantas aventuras como a ellos se les antojara. Esto hacía que cualquier variación en el aspecto de John Dunbar resultara más llamativa que si se produjera en otra persona.

Sentados en el pescante de la carreta, Lucrecia observaba con disimulo a su marido. Parecía afiebrado, y en Tuba City ella había reparado en sus resoplidos y sudores al cargar la carreta, una tarea que pocos meses atrás no le habría supuesto ninguna dificultad. Claro está, cuando le había preguntado si se encontraba mal, había obtenido una negación tajante.

Al igual que, tras cada viaje a San Francisco, Lucrecia veía con asombro y una punzada de dolor cuánto había crecido Felicidad en el espacio de unas semanas, advertía el cambio padecido por John y por lo que este llevaba dentro, o decía llevar. Pasados los primeros meses de entusiasmo y trabajo inclemente en el valle, el Basilisco se había vuelto a retorcer en el interior de John Dunbar. Retenerlo dentro parecía requerir de John un esfuerzo continuado y exigente, por momentos se diría que exclusivo, un desvelo que lo vaciaba de alegría y energía, y lo aislaba de los demás.

La brusquedad del cambio en su marido la mareaba. A Lucrecia le parecía haber saltado directamente del júbilo vivido cuando llegaron al valle, al momento actual. Había tenido que forzar a John para que le contara lo que sucedía. Y él se lo había dicho.

¿Le había creído Lucrecia? No por completo. No podía ni deseaba hacerlo.

Ella nunca había visto al Basilisco; esto no debemos olvidarlo. Sabía de él, más que por lo que John le había contado, por lo que había leído en las novelitas protagonizadas por el aparatoso personaje, las mismas novelitas que antes la hacían reír a carcajadas y que usaba para zaherir a John, pero que ahora aborrecía. Para ella, todo cuanto decían los demás del Basilisco no era más que el resultado de una fama poco halagadora, inofensivas exageraciones y generalizaciones de incidentes aislados, como lo eran, al fin y al cabo, casi todas las historias en circulación por el oeste, narradas y escuchadas con avidez ante las chimeneas, en los cambios de turno de las minas o en las barras de los salones.

Le costaba ser igual de tolerante si era John quien hablaba del

Basilisco.

Haciendo ostentación de confianza y de osadía, y según él también de sinceridad, John le había contado las visiones de las que había sido partícipe, detallando el papel del Basilisco en cada una.

No obstante, Lucrecia había escogido pensar que el Basilisco no existía, que no era más que una metáfora usada por John para explicar, a la par que disfrazar, un aspecto poco agraciado de su carácter; un aspecto de su carácter que Lucrecia pensaba que había quedado atrás, dominado y luego olvidado en virtud de la influencia íntima y afectuosa que ella y la hija que tenían en común ejercían sobre él. En consecuencia, interpretaba el distanciamiento de John como un fracaso de ella. El ascendiente sobre él, del que tan convencida y orgullosa había llegado a sentirse, en realidad no era tan profundo ni permanente como pensaba.

Lucrecia se había atrevido a preguntarle si la razón de los silencios y de su ceño siempre fruncido era que había dejado de quererla. Él lo había negado, al punto y rotundamente. Le había hablado, de nuevo, del Basilisco, le había contado cómo volvía a cocearle las entrañas. El Basilisco, esa metáfora inmunda y agotadora. Y con tal negativa había confirmado los temores de Lucrecia.

Pero eso no podía ser. Él no podía haber dejado de quererla. Ella no lo sentía así. No era eso lo que debía temer.

La alternativa, no obstante, quizá no fuera mejor, y recordemos una vez más que ella nunca había presenciado una aparición del Basilico. La alternativa, la única posible, según su parecer, era que para John Dunbar la metáfora no fuera una metáfora, sino que había llegado a creer que dentro de él existía realmente algo llamado el Basilisco.

Ahora, el silencio de John consiguió que el viaje en diligencia, apretujada entre pasajeros malolientes y sacas de correo, ya no le pareciera tan insufrible. Lucrecia reprimió el impulso de saltar al suelo y hacer el resto del camino a pie, las millas que fueran, las que al valle se le encapricharan esta vez.

Hacía semanas que no escribía en su diario. Escaseaban las cosas gratas que podía contar, y escribir sobre sus males no le ayudaba a comprenderlos, ni mucho menos a vencerlos; solo le parecía una forma morbosa de revolcarse en ellos. No obstante, le pesaba no

escribir. Como le dijo a John en una ocasión, no escribir es una forma de permanecer inmóvil, y ella, y los suyos, necesitaban un cambio. ¿No debería vencer la renuencia y poner por escrito lo que sentía? No haciéndolo, ¿contribuía a perpetuar su situación, si no a agravarla?

He visitado otro colegio. Es el que más me ha gustado. Creo que Felicidad estaría bien allí.

John no dijo nada.

Ella añadió: Estamos de acuerdo en que crecer aquí no es lo mejor para ella.

Confío en tu parecer, dijo él, con la voz ahogada por una tristeza salvaje, fruto en parte de su lid interna y en parte de la perspectiva, ineludible en apariencia, de separarse de su hija, que ya había cumplido cuatro años.

Lucrecia apartó la mirada. Era insoportable volver así a casa. El tiempo de dicha que se les había prometido, una promesa en la que ella había llegado a creer, opuestamente a la razón, como si de un contrato legal se tratara, había tocado a su fin. Y no sabía qué hacer para recuperar aquella dicha. Quizá llevarse a su hija a San Francisco sirviera, al menos, para poner a salvo lo más valioso que John y ella compartían.

Es muy pequeña aún, dijo él. Y le gusta esto.

Lucrecia estaba de acuerdo.

A lo mejor podemos esperar otro año, dijo, y de inmediato se arrepintió. Tengo muchas ganas de verla, añadió, intentando paliar mediante una aserción indiscutible el escaso convencimiento de sus palabras anteriores.

Y yo de que la veas.

¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Nada, respondió él. No ha pasado nada. Está perfectamente. Solo quiero que la veas.

Solo quiere que la vea, pensó Lucrecia. E igualmente para sí misma: Porque él no puede fiarse de lo que ve ni de lo que siente y me necesita a mí para que le asegure que la niña continúa bien.

John Dunbar velaba por su hija, eso era algo que a Lucrecia no le cabía reprocharle. Y en los últimos tiempos, todo el cariño que John era capaz de rascar de su interior se lo regalaba a la niña, no solo experimentándolo de manera íntima, con su reserva tristemente

característica, sino que lo manifestaba mediante atenciones, juegos y enseñanzas. No obstante, Lucrecia se preguntaba qué parte del tiempo que John pasaba con su hija lo dedicaba a escrutar el comportamiento de ella en busca de indicios de que la calamidad que él llevaba dentro, que enturbiaba su visión de la vida y le vetaba la confianza en los demás y en sí mismo, se hubiera transmitido a su heredera.

La mitad superior de las mesas seguía alumbrada de rojo pero el desierto ya estaba cubierto de oscuridad. La cima de la Black Mesa apareció ante la carreta. Oyeron los ladridos de Horacio. El perro corría hacia ellos con la lengua fuera.

Es tonto, dijo John. No tiene edad para correr así.

Detrás del perro, Felicidad se acercaba también a la carrera. John aminoró la marcha para que la niña pudiera encaramarse al pescante, donde se arrojó a los brazos de su madre, que con la disculpa del reencuentro dejó por fin de contener las lágrimas.

Sí, está bien, pensó Lucrecia. Es una niña sana y contenta, y lo seguirá siendo. Yo voy a asegurarme de ello.

Horacio trotaba a la par de la carreta, soltando ladridos espaciados mientras recuperaba el aliento.

En el mismo lugar donde habían plantado la tienda de campaña hacía más de dos años había una casa de piedra. Junto a la vivienda estaba el almacén donde John Dunbar y Lucrecia vendían utensilios de cocina, arreos, comida y otros productos a los navajos. La familia contaba además con un corral para los caballos y un cobertizo. También habían comprado un rebaño de ovejas, que habían juntado con el de Baca.

El almacén, lo primero que construyeron, era de adobe encalado y se encontraba a pocos pasos de la vivienda. Abrían los siete días de la semana; los indios aparecían a cualquier hora del día.

Cuando empezaron a comerciar con los navajos, a Lucrecia le molestaba que, si un indio se presentaba a comprar una brida o una lata de tomates en conserva a una hora tardía, ya no regresaba al poblado. Plantaba una pequeña tienda, siempre con la entrada orientada al este, y pernoctaba a escasa distancia de donde Lucrecia y su familia intentaban dormir. Los navajos parecían incapaces de pasar la noche en silencio. Tan pronto se habían instalado, empezaban a cantar mirando el sol poniente. Si varios indios coincidían, los

cánticos se alargaban hasta el amanecer.

Con el tiempo, a Lucrecia llegó a gustarle su forma de cantar, un monótono destejer de palabras. Una vez levantado el almacén de adobe, propuso a John construir un hogan, una vivienda tradicional navajo. Asimismo de adobe, el hogan que John Dunbar fabricó tenía forma cónica, con troncos a modo de jambas y dintel, una puerta para protegerse del frío en invierno e incluso una estufa. Podía dar cabida a media docena de personas. Fue un gesto de deferencia hacia los navajos, que ya no necesitaban cargar con su propia tienda cuando iban al almacén de los Dunbar.

Esa noche, ningún navajo pernoctaba allí. Delante de la casa había un banco de carpintero con una tabla a medio serrar. Esparcidas por el suelo: herramientas y más madera. Los huecos de las ventanas estaban cubiertos por retales de lona. John Dunbar ladró una exclamación de fastidio. Varios navajos le estaban ayudando a terminar la casa. Antes de partir en busca de Lucrecia les había ordenado colocar las ventanas, lo último que restaba por hacer.

Pipa Colorada, la esposa navajo de Baca, salió de la casa. Tenía quince años. Llevaba el pelo peinado con la raya al centro y recogido en la nuca. El vientre de embarazada le hinchaba la blusa. Les dio la bienvenida sonriendo apocada.

Sin soltar las riendas, John Dunbar le preguntó por qué nadie había ido a trabajar. Pipa Colorada respondió que un muchacho navajo se había presentado allí por la mañana para traer la noticia de la muerte de Atsidi Sani. De inmediato había vuelto al poblado, donde ya había dado inicio el periodo de luto y purificación de cuatro días, los mismos que duraría el tránsito del difunto al inframundo. Durante ese tiempo todos interrumpirían sus quehaceres.

Atsidi Sani era un anciano muy respetado, un superviviente de la Larga Marcha y del internamiento en el fuerte Sumner. Sus palabras habían sido escuchadas con atención por el mismísimo jefe Manuelito.

Pipa Colorada dijo que Atsidi Sani había fallecido de fatiga al cabo de sus muchos años. La noche pasada, le había pedido a su familia que lo sacaran del hogan para que pudiera morir como debe hacerlo un navajo, al aire libre.

John Dunbar sobresaltó a las dos mujeres y a la niña con una maldición.

¡No se puede confiar en estos indios!

¡John!, dijo Lucrecia. ¿Cómo te atreves?

Pipa Colorada se metió en la casa.

Lucrecia se apeó enfurecida y ayudó a bajar a Felicidad.

La has avergonzado. Y también a mí. Mañana iremos al poblado para presentar nuestros respetos a la familia de Atsidi Sani.

Quería que la casa estuviera terminada cuando volvieras. He trabajado mucho para conseguirlo, se disculpó John, pero Lucrecia entró en la vivienda sin mirarlo.

A la mañana siguiente, Lucrecia encontró a Pipa Colorada en la cocina. La navajo le sirvió una taza de café y un trozo de bizcocho. Parecía preocupada, miraba sin cesar por la ventana, de la que había quitado el retal de lona. Fuera, John serraba listones de madera. Le ayudaba Lorenzo, el hijo mayor de Baca. Lucrecia pensó que la chica seguía ofendida.

Pipa Colorada se movía con lentitud. Había entrado en el sexto mes de embarazo. Como cada día, Lorenzo la había traído a la casa al amanecer. De vez en cuando, una, dos o hasta tres chicas del poblado se acercaban para echarle una mano con las tareas y charlar con ella. Lucrecia ignoraba si lo hacían solo por amistad o si Pipa Colorada les ofrecía algo en pago por la ayuda. Esa mañana, a causa del luto, ninguna había ido y Pipa Colorada había tenido que ocuparse sola de preparar el desayuno.

Lucrecia le preguntó por qué no cumplía también ella el luto de cuatro días.

Desde que me casé con Baca, no soy del poblado.

Pero añadió que le gustaría ir con ella y con John para decir a la familia de Atsidi Sani cuánto le apenaba la muerte del anciano.

La joven volvió a mirar por la ventana como si algo le alarmara. Lucrecia se asomó, pero no vio nada fuera de lo normal. John cepillaba los listones mientras Lorenzo limaba la sierra. Lorenzo era un par de años mayor que Pipa Colorada. Tenía el mismo pelo ensortijado que su padre, pero la piel más clara y los ojos verdes. Ni Baca ni él hablaban nunca de la madre. Lorenzo era un muchacho callado, afectado por una procacidad contenida, no carente de

atractivo. Costaba saber lo que se le pasaba por la cabeza, pero lo cierto era que Lucrecia nunca se preguntaba por ello. Después de traer a Pipa Colorada por la mañana, si John no encontraba ninguna tarea para él, Lorenzo ayudaba a su padre con las ovejas.

¿Te inquieta algo?

No, señora.

¿Dónde está Felicidad?

Fuera.

Ve a buscarla. Salimos en diez minutos.

Lucrecia vio a John dejar el cepillo y apoyarse en el banco. Tenía peor aspecto que la víspera, pálido y con los ojos enrojecidos.

John, lo llamó por la ventana. Prepara la carreta. Vamos al poblado.

Él le dedicó una mirada vacía.

¿Estás bien?

Él asintió y dio a Lorenzo instrucciones para concluir el trabajo.

Mientras John enganchaba el caballo, Pipa Colorada miraba el cielo. Lucrecia siguió la dirección de su mirada, y eso llevó a que John hiciera lo mismo. La india observaba una nube gris, al sur, que podría ser un presagio de tormenta si no se hallara inmóvil y tan aislada en el cielo azul. A continuación Pipa Colorada se volvió hacia el este, donde había otra nube solitaria y fija en el cielo, esta de una tonalidad ocre, en virtud de algún reflejo o juego de la luz, pensó Lucrecia.

¿Nos ponemos en marcha?, dijo John.

A Lucrecia le pareció al borde del desmayo.

¿Seguro que estás bien?

Intentó tocarle la frente, pero él hurtó el cuerpo.

Deberías quedarte, dijo ella.

Si me quedo, será para trabajar. Y además debo ir. Tenemos que presentar nuestros respetos.

Subieron a la carreta; John a las riendas y Lucrecia a su lado en el pescante; Pipa Colorada con Felicidad en la plataforma. Horacio se quedó en la casa con Lorenzo.

Descendieron el talud de la Black Mesa y se encaminaron al este. El poblado estaba en el centro del valle.

Hicieron el trayecto en un tenso silencio. Cuando Lucrecia miraba por encima del hombro para comprobar cómo estaba Felicidad, veía a

Pipa Colorada atenta al cielo. Detrás de ellos había otra nube, blanca y anodina. Pipa Colorada se giraba para mirar ahora la falsa nube de tormenta, ahora la nube ocre, ahora la nube blanca.

Una docena de hogans formaba el poblado. Cuanto más abundantes eran los recursos de una familia, más amplio era su hogan y mayor la cantidad de madera empleada en su construcción. Los más grandes se diferenciaban poco de las cabañas de los colonos blancos y eran más confortables. Los pequeños eran exclusivamente de adobe y no tenían más que una manta para cubrir la entrada.

Lucrecia y John habían visitado el poblado pocas veces. No todos los navajos aceptaban su presencia en el valle. Incluso algunos de los que eran clientes habituales del almacén les preguntaban siempre, una vez concluido el canje, cuándo se iban a ir.

No obstante, la familia Dunbar no se sentía amenazada. En el sesenta y tres, el ejército de la Unión había ordenado al coronel Kit Carson aplicar con los navajos la misma táctica que tan buenos resultados había dado con los apaches mescaleros. Al frente de un cuerpo de soldados y de milicias voluntarias, el antaño trampero y explorador masacró guerreros, quemó cosechas, incautó rebaños y envenenó pozos. La implacable campaña de Carson y el posterior internamiento de los navajos supervivientes en el fuerte Sumner habían amilanado a la tribu, y la merma de sus recursos y de la confianza en sí mismos seguían siendo notorias.

Lucrecia percibió una atmósfera más fría de lo habitual, que achacó al luto. Quizá algunos en el poblado no veían con buenos ojos que John y ella se inmiscuyeran en sus ritos, aunque fuera como gesto de cortesía. John detuvo la carreta ignorando las miradas de disconformidad y recelo.

Uno a cada lado de Felicidad, con la niña tomada de la mano, y seguidos por Pipa Colorada, que haría de intérprete, entraron en el hogan de la familia de Atsidi Sani. La hija del difunto les agradeció sin ninguna efusividad su presencia. Contó que habían enterrado a su padre la víspera. No lo habían enterrado junto con su caballo porque Atsidi Sani ya no tenía ninguno, y solo habían sacrificado dos ovejas porque eran todas las que se podían permitir. Pero la hija añadió con orgullo que sí lo habían enterrado junto con su antigua silla de montar y también con su cafetera favorita, comprada en el almacén de los

Dunbar. Antes de proceder al enterramiento, habían cortado en tiras la silla y abollado la cafetera a pedradas; de ese modo «mataban» también los objetos, para que pudieran acompañar al difunto a los terrenos de caza sagrados.

Lucrecia prometió a la hija del anciano difunto —asimismo una anciana— regalarle otra cafetera como la que tanto le había gustado a Atsidi Sani.

Al volver a la carreta se toparon con un revuelo. Dos hombres peroraban en tono belicoso, dando trancos arriba y abajo y señalando al cielo. Ninguno se atrevía a interpelar directamente a los visitantes blancos, pero era evidente que su interpretación iba dirigida a ellos. Se formó un cerco de navajos silenciosos alrededor de los dos hombres, la familia Dunbar y Pipa Colorada, que, intimidada, dudaba entre arrimarse a Lucrecia o sumarse al círculo de testigos.

Ni Lucrecia ni John los entendían. Los dos hombres parecían indignados e insistían en señalar al cielo. Lucrecia miró hacia donde apuntaban, pero no vio más que la nube blanca y la oscura; la ocre quedaba oculta por una de las mesas del valle.

Lo que fuera que pretendían hacer se vio interrumpido cuando la hija de Atsidi Sani irrumpió a codazos en el círculo de espectadores y los obligó a callarse. Los navajos se dispersaron en silencio. Pipa Colorada tiró de la manga de Lucrecia en dirección a la carreta. Felicidad había percibido la tensión y lloraba sin hacer ruido.

En cuanto perdieron de vista el poblado, John Dunbar detuvo la carreta.

¿A qué ha venido eso?, preguntó.

Cálmate, John, dijo Lucrecia. Pipa Colorada, ¿qué querían esos hombres?

Con las manos entrelazadas sobre el vientre, la joven dijo que en el poblado estaban preocupados por el regreso de las cuatro nubes.

Anticipándose a la pregunta de los Dunbar, explicó que para los navajos la creación del mundo había comenzado con la aparición de cuatro nubes en el cielo: una blanca, una negra, una amarilla y una azul. Antes de las cuatro nubes no había nada más que una oscuridad helada por la que deambulaban a tientas hormigas, abejas, avispas y arañas. De la unión de las nubes había surgido todo lo demás, empezando por el nutritivo maíz, la preciada turquesa, las blancas

conchas para adornarse y la yuca, de hojas ricas en agua. Tal había sido el principio.

Lucrecia sintió un arrebato de incredulidad y de repulsa. ¿Cuántas veces había tenido que escuchar la misma historia? Los navajos encontraban gran placer en repetirla cada vez que iban al almacén. Al principio ella escuchaba alarmada y solicitaba a Pipa Colorada que tradujera lo que decían, creyendo que se trataba de algo importante, hasta que aprendió a dejar de escuchar y a ponerse a ordenar las estanterías cuando arrancaban otra vez con la cantinela. Algunos navajos guardaban un silencio circunspecto al terminar, a la espera de un pago por su relato no solicitado: un poco de sal o de levadura, o poder llevarse algo a crédito.

Que las cuatro nubes hubieran vuelto solo podía significar, en opinión de los navajos, que se iba a producir un cambio profundo, quizá que todo iba a comenzar de nuevo, lo que obligaba a la desaparición de cuanto ahora existía, dijo Pipa Colorada mirándose preocupada el vientre.

Lucrecia y John alzaron la vista hacia los cuatro puntos cardinales del cielo.

Solo hay tres nubes, dijo Lucrecia.

Pipa Colorada negó con la cabeza.

Son cuatro. La azul está allí, dijo señalando hacia el oeste. Es una nube del mismo color que el cielo. Y añadió: Aparecieron ayer y no se han movido, aunque esta noche ha soplado el viento.

John se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la frente. Al contrario de lo que Lucrecia esperaba, no hizo ningún comentario desdeñoso, sino que se quedó pensativo.

Y en el poblado, empezó a decir Lucrecia con cautela, ¿creen que tenemos algo que ver con esas nubes?

La joven no respondió.

¿Pipa Colorada?

Solo el señor. Su casa está en el centro de las cuatro nubes.

También es mi casa, dijo Lucrecia. Y la de Felicidad, añadió con un leve temblor en la voz.

Pipa Colorada dijo que no.

Es por el señor. Dicen que no tiene armonía. Dicen que sufre un dolor ancestral que viene de antes y de fuera de él. Dicen que el dolor

es tan grande que la única forma de borrarlo, de reparar el equilibrio, es volver a comenzar desde el principio para que todo sea distinto.

¿De eso hablaban los dos hombres?

Pipa Colorada asintió.

Seguro que esas nubes desaparecerán hoy mismo, dijo Lucrecia haciendo un esfuerzo por hablar en tono tranquilizador. No es más que una casualidad, un prodigio pasajero que nos regala este sitio donde los navajos nos habéis permitido vivir. Las nubes desaparecerán y luego sucederá algo más que nos invitará a maravillarnos y a hacernos preguntas. Debemos dar gracias por que sucedan cosas así.

La navajo guardó silencio. John chascó las riendas y retomaron la marcha.

Nadie dijo nada, ni siquiera Felicidad, pero se subió al pescante y se sentó entre su padre y su madre. Pipa Colorada se quedó sola en la plataforma de la carreta.

Era innegable la falta de armonía en su esposo, pensó Lucrecia. El desequilibrio con el que lidiaba a diario, en la vigilia y en los sueños que perturbaban su descanso, rezumaba de él.

¿Y qué podía decir de sí misma? Convivía con un sentimiento de zozobra permanente. No podía huir de la sensación de que toda empresa que iniciara acabaría conduciendo a un fin negativo o cuando menos decepcionante. Estaba agotada de mirar dentro de sí misma en busca de motivos de ilusión.

Mamá, me haces daño.

Había pasado un brazo sobre los hombros de Felicidad y la estrujaba contra ella.

Perdona, cariño.

Se recriminó ser una necia. ¿No tenía acaso motivos verdaderos, constatables y civilizados para sentirse como lo hacía? La marcha insatisfactoria de los negocios. Lo aislado de la vida en el valle, que comenzaba a pesarle en el ánimo y que se hacía sentir más intensamente después de cada viaje a la ciudad. El carácter de John.

¿Pero no era todo ello afrontable? No era nada que ella no pudiera superar, se dijo, bien sola, bien con la ayuda de su familia o de las personas que tenía en San Francisco, con cuyo consejo y consuelo podía contar. ¿Cómo había permitido que las palabras de Pipa Colorada la preocuparan? ¿Tan debilitadas estaban su entereza y

su capacidad de juicio que daba crédito a las supersticiones de unos salvajes? Y tampoco podía creer que ella se hubiera contagiado del mal de John, proviniera este de donde proviniera, como si de cólera o viruela se tratara, no tanto porque la mera idea de que una enfermedad del alma fuera contagiosa era algo insostenible y blasfemo y que ofendía a la razón, como porque ella se había jurado conservarse firme e incólume ante las mudanzas de ánimo de su marido.

Las nubes que tanto alteraban a los navajos permanecían en el cielo. La blanca a la derecha de Lucrecia y la oscura —no negra, como había dicho Pipa Colorada, sino una vulgar nube gris— a su izquierda. En cuanto llegaran a casa, le diría a Lorenzo que podía llevarse a Pipa Colorada. Por ese día no la necesitarían más.

Frente a ella, donde supuestamente estaba la nube azul, no veía más que el cielo despejado. El escrutinio, en parte involuntario, en parte desdeñoso, la llevó no obstante a fijarse en algo. La silueta de un ave se aproximaba a ellos.

Cuando el pájaro estuvo más cerca, Lucrecia vio que era de gran tamaño, un águila, supuso, y que sujetaba una presa en las garras.

John guiaba la carreta con las riendas flojas y expresión vacía. Felicidad se había dormido. Solo Lucrecia había visto al pájaro. Volaba lo bastante bajo como para que saliera de dudas; en efecto, era un águila. Respecto a lo que transportaba entre las garras, no alcanzaba a distinguirlo.

Al sobrevolar la carreta, el águila soltó su presa.

Lucrecia levantó un brazo para protegerse y con el otro envolvió a Felicidad.

En el regazo de John Dunbar, con un golpe blando, cayó un monstruo de Gila. Era uno de los grandes, de más de medio metro de largo, con un cuerpo grueso y compacto. A John se le escapó un grito ronco y se puso en pie, soltando las riendas. El lagarto venenoso se contorsionaba en busca de algo que morder.

John trastabilló y se cayó de la carreta. En la plataforma, Pipa Colorada se volvió para ver lo que sucedía. Felicidad se despertó bruscamente cuando su madre la colocó detrás de ella de un empujón. El lagarto había caído al reposapiés del pescante. Tenía unas escamas oscuras, abombadas y brillantes, como las drupas de una mora, y

manchas irregulares de un rosa íntimo y arrebatado por todo el cuerpo. Abrió una boca negra, mostrando los dientes afilados y acanalados con los que inoculaba el veneno, y una lengua asimismo negra, que le colgaba por un costado de la mandíbula. Felicidad soltó un grito. Pipa Colorada agarró a la niña y tiró de ella. Las dos cayeron de espaldas en la plataforma. El caballo había apretado el paso. En un mismo movimiento, Lucrecia atrapó las riendas y asestó una patada al lagarto, lanzándolo fuera de la carreta.

¿Estáis bien?, preguntó después de sofrenar al caballo.

Pipa Colorada y Felicidad se levantaron; la joven navajo palpándose el vientre y la niña soltando hipidos y mirando aterrada a su alrededor.

Tranquila, cariño. Ya no está.

Lucrecia trabó el freno y saltó al suelo. Desenfundó su revólver. El monstruo de Gila se alejaba arrastrando la cola hinchada de grasa. Disparó una, dos, tres veces. No acertó. El reptil era sorprendentemente ágil. Lucrecia afinó la puntería, pero no llegó a disparar de nuevo. El lagarto había desaparecido en un hueco entre dos rocas.

¡Maldito bicho repugnante! ¡Maldito seas!

Señora…

Lucrecia apretaba la empuñadura del revólver. Respiraba entre los dientes con la vista clavada en el escondite del reptil.

Señora…

¿Qué quieres?

Sin moverse de la plataforma de la carreta, Pipa Colorada mantenía abrazada a Felicidad.

El señor…

Lucrecia corrió hacia John Dunbar, que yacía en el suelo. Al intentar incorporarlo se manchó de sangre. Junto a la cabeza de John había una piedra, manchada también de sangre. Lucrecia no consiguió hacerlo volver en sí.

Pipa Colorada escrutaba el cielo. El águila había desaparecido, una vez cumplido su propósito.

Furiosa, Lucrecia ordenó a la joven que la ayudara. Ella sola no podía subir a John a la carreta.

Baca había dejado a su perro cuidando de las ovejas e ido adonde los Dunbar para ayudar a su hijo con las ventanas.

Entre Lorenzo y Baca acarrearon a John adentro y lo tumbaron en la cama. La herida estaba en el costado izquierdo de la cabeza. Lucrecia la limpió, cortó los jirones de piel desgarrada usando sus tijeras de bordar y la cosió con una aguja de hueso y una de las cuerdas de violín que guardaba con ese propósito. Cuando terminó de vendar la herida, John seguía sin recuperar la consciencia y tenía fiebre.

¿Voy a buscar al médico?, preguntó Baca.

El más cercano vivía en Tuba City, a casi cien millas, catorce horas a caballo. John era fuerte y Lucrecia lo creía capaz de recuperarse. Había sufrido lesiones peores en su vida. Pero si Lucrecia retrasaba el momento de enviar a Baca a por el médico y la fiebre no remitía, la ayuda podía llegar demasiado tarde.

Ve a por él.

Añadió que se llevara dos caballos, para alternarlos e ir más rápido.

Baca dijo que saldría en cuanto Pipa Colorada le preparara algo de comida para el viaje. Lorenzo se quedaría por si su ayuda era necesaria. Dormiría en el cobertizo.

Un rato después, Lucrecia dejó a Felicidad encargada de refrescar la frente de su padre con un paño humedecido y fue en busca de Pipa Colorada. Le ordenó preparar té de sasafrás. Quizá con eso bajara la fiebre. Baca ya se había ido.

En una de las idas y venidas mientras atendía a su marido, Lucrecia vio a dos navajos ante la puerta del almacén. Supuso que querían comprar algo.

Volvió a verlos más tarde. No los reconoció; no debían de ser del poblado. Junto al poste de amarre había dos caballos y cada indio acunaba en los brazos un rifle dentro de una funda de piel de ciervo. Gente de paso, se dijo Lucrecia. Estaban hablando con Pipa Colorada.

¿Quieren algo?, preguntó Lucrecia desde la puerta de la casa.

Pipa Colorada se sobresaltó.

No, señora. No quieren nada.

Los dos indios desataron sus caballos. Lucrecia los vio descender el talud de la Black Mesa y tomar la dirección del poblado.

El té de sasafrás no surtió efecto. Al anochecer John Dunbar continuaba sin despertarse y la fiebre había subido. Horacio dormía junto a la cama de su amo. Lucrecia calculó que, en el mejor de los casos, si el médico de Tuba City se ponía en camino en cuanto Baca le diera el aviso, no llegaría hasta la tarde del día siguiente.

Lucrecia dejó un momento a solas a su marido para acostar a Felicidad. La niña seguía alterada por lo sucedido y su madre lamentó no poder darle ninguna respuesta real y capaz de serenarla.

Después de que la niña se durmiera, Lucrecia fue a la cocina. Pipa Colorada acababa de preparar café, en previsión de una noche larga. Sin mirar a Lucrecia, la navajo dijo que no era necesario esperar al médico de los blancos. Podían pedir consejo al *hatáálii* del poblado, el hombre medicina. Lorenzo podía ir a buscarlo.

¿Vendría?, preguntó Lucrecia. ¿Querría ayudar al Basilisco?

Pipa Colorada tardó en responder.

En el poblado apreciarían que usted les pidiese ayuda, que estuviera dispuesta a escucharlos.

Hablaremos por la mañana, zanjó Lucrecia.

Se sirvió una taza de café y salió a tomarla al porche. La noche estaba despejada. Al oeste, la luna iluminaba una nube azul claro fija en el cielo.

John Dunbar no mejoró esa noche. Lucrecia estaba preocupada. Quizá el daño era mayor del que había juzgado. Le retiró las vendas y volvió a limpiar la herida. Su marido quemaba al tacto.

En cuanto Felicidad se despertó por la mañana fue corriendo a ver a su padre. Sin tener una verdadera razón para hacerlo, Lucrecia le ordenó que no se acercara a él.

Desde la primera luz del amanecer, varios navajos aguardaban ante la casa, los dos de la víspera y cuatro más, estos caras conocidas del poblado. A lo largo de la mañana el número fue aumentando hasta dos docenas: pequeños grupos de hombres y familias completas. Ocuparon el hogan de cortesía y plantaron tiendas, como si su intención fuera quedarse mucho tiempo.

Lucrecia le pidió a Pipa Colorada que les dijera que el almacén no abriría esa mañana, aunque sabía que no estaban allí para comprar

nada. Delegó en la joven toda comunicación con los indios. A los navajos les preocupaba de veras el destino de John Dunbar si habían abandonado el luto por Atsidi Sani.

El incidente con el monstruo de Gila se había difundido por el valle y los indios parecían haber interpretado tan lamentable casualidad como una confirmación de sus sospechas. En primer lugar, el mal augurio de las cuatro nubes, con su advertencia de destrucción y reinicio; y a continuación, los dioses señalaban a John Dunbar, el Basilisco, arrojando con sumo desprecio un lagarto venenoso sobre él.

¿Esa mañana las nubes eran más espesas, quizá un poco mayores? ¿O era la atención con que Lucrecia las miraba lo que las hacía parecer más definidas? La nube azul había vuelto a tornarse invisible.

Se abrochó la pistolera sobre el vestido y dejó un rifle cargado en la habitación donde su marido ardía de fiebre. Dio las gracias por que John hubiera construido la casa a semejanza de una fortaleza, con paredes gruesas y ventanas pequeñas como troneras. A Felicidad le había prohibido salir. La niña mataba el tiempo simulando que jugaba con su muñeca.

También Lorenzo se quedó dentro, mudo y guardando las distancias con todos. A través de las ventanas, miraba a los indios con un desprecio indisimulado.

La única que salía al exterior, a por agua, a dar de comer a los caballos, era Pipa Colorada, y cada una de las veces, alguno de los navajos le decía algo y ella se detenía a responder.

Por la tarde causó revuelo el regreso de Baca. Venía solo.

El negro le comunicó a Lucrecia que no había encontrado al médico en Tuba City. Se había ido a atender a un enfermo grave al fuerte Wingate.

¿Al fuerte Wingate? ¿No tienen allí su propio médico?

Es al médico del fuerte al que ha ido a atender.

Baca añadió que había enviado un mensajero al fuerte para que, en cuanto estuviera disponible, el médico viniera al valle. Él había preferido volver de inmediato para informarla.

Y también para entregarle esto. Me lo dieron en Tuba City.

Le tendió un telegrama.

Ella lo leyó y se lo guardó en el bolsillo.

Ni Lucrecia ni Pipa Colorada conocían más remedios contra la

fiebre y no era prudente confiar en que el médico llegara a tiempo. A la caída del sol, usando una camilla improvisada, Baca y Lorenzo trasladaron a John Dunbar al hogan. Los navajos lo habían desalojado en cuanto Pipa Colorada les comunicó lo que pretendían hacer.

Lucrecia entregó dos ovejas y una cabra al niño que atizaba una hoguera ante la puerta.

Quiero que me expliques todo lo que pasa, le dijo a Pipa Colorada.

Dentro del hogan aguardaba un anciano. Permanecía sentado en el suelo con los ojos cerrados. Lucrecia vio, entre sus collares de cuentas y de bayas de enebro, uno confeccionado con gran número de crucifijos cristianos ensartados en un cordón, provenientes de rosarios. La mayoría colgaban del derecho, pero también había unos cuantos invertidos.

No era un *hatáálii* . Para que un hombre medicina celebrara una ceremonia de purificación, explicó Pipa Colorada, antes debía saber cuál era el mal del enfermo. Por eso estaba allí aquel hombre, una suerte de diagnosticador.

Lucrecia se sentó con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared, junto a Pipa Colorada, tratando de ignorar el fuerte calor y el olor a indio concentrados en el hogan. Baca y Lorenzo habían vuelto a la casa para cuidar de Felicidad. John Dunbar yacía en el suelo. Lo habían desnudado. A Lucrecia le abochornó que Pipa Colorada viera así a su marido. La ceremonia debería haberse practicado en un hogan sagrado, en el poblado, pero debido al estado del enfermo se había considerado aceptable llevarla a cabo allí.

El niño al que Lucrecia había visto fuera, el aprendiz del anciano, entró con un cuenco de madera humeante.

Té, susurró Pipa Colorada. Purifica.

El aprendiz se arrodilló junto a John y le alzó la cabeza con una mano. Con la otra, le acercó el cuenco a la boca. La cabeza de John era demasiado pesada para él. Se le escapó y cayó con un golpe sordo contra el suelo. Lucrecia trató instintivamente de levantarse, pero Pipa Colorada la retuvo. El aprendiz logró verter un poco de té entre los labios de John Dunbar. El anciano empezó a canturrear.

Durante unos minutos no sucedió nada más, hasta que el anciano alargó una mano y la puso sobre la cabeza de John, sin tocarla. La mano le temblaba.

Sin interrumpir el canturreo, el anciano pasó la mano temblorosa por encima del cuerpo de John. Se detuvo sobre el corazón, sobre el vientre, sobre los genitales, sobre las manos. Al alcanzar algunas de estas partes, el temblor se agudizaba, como si la mano fuera una varita de zahorí.

Al mismo tiempo, con la otra mano trazaba en el suelo símbolos, dibujos, caracteres que Lucrecia no llegaba a comprender. Solo dedujo que el temblor de una mano dictaba las cábalas a la otra. El anciano no miraba ni a John ni a la mano con la que dibujaba. El suelo era de tierra, apisonada por las docenas de navajos que habían pernoctado en el hogan. Algunos movimientos de la mano encargada de registrar el diagnóstico no dejaban trazo alguno. En otros casos, los trazos se superponían a los anteriores y los borraban en parte o por completo. Acuclillado junto a la pared, el aprendiz observaba atentamente.

El proceso se repitió varias veces. La mano temblorosa llegaba a los pies de John Dunbar, volvía a subir, deteniéndose en los mismos lugares, y al alcanzar la cabeza comenzaba de nuevo el recorrido. En varias ocasiones el aprendiz salió para avivar el fuego. Atizaba las llamas de manera que el calor entrara en el hogan. Lucrecia sudaba bajo el vestido. Sentía que se ahogaba, como si el cántico del anciano, más que el calor, dificultara que el aire le llegara a los pulmones. John también había roto a sudar.

El cántico se detuvo. La mano dejó de temblar y el anciano la recogió, junto con la otra, en el regazo. La superficie cubierta de marcas ante él era tan reveladora como el suelo de un gallinero. El aprendiz cubrió el cuerpo de John Dunbar con una manta.

¿Qué pasa?, quiso saber Lucrecia.

Pipa Colorada le ordenó guardar silencio. El anciano observaba a John Dunbar con gesto pensativo.

¿Se va a curar?, preguntó Lucrecia.

Se enjugó la frente. ¿Es que había perdido el juicio? ¿En qué momento había empezado a creer que aquel salvaje podía ofrecerle respuestas fidedignas? El calor era insoportable. Tenía que salir de allí. Pero no podía abandonar a su marido. El aprendiz había salido. ¿Seguía atizando el fuego? Quizá ella pudiera salir también, despejarse y volver luego a por John.

El anciano habló en un tono tan monocorde como el empleado al

cantar. Pipa Colorada tradujo sus palabras.

Este hombre está muy enfermo. Ha estado en contacto con *chindi.* Con un fantasma. Con varios. Entró en contacto con ellos y se han quedado a vivir en su interior. Son tantos los *chindi* y tan codiciosos, reclaman tanto espacio para sí mismos, que no permiten que él sea él. Son ellos los que arrasan como una riada repugnante su armonía. Aúllan, gruñen y se arañan, igual que animales viles compitiendo por una madriguera demasiado pequeña. La barahúnda le quita el hambre y el sueño, le hace vivir en una alerta permanente, le causa terror y culpa, pues no sabe qué parte del fragor es suya propia y qué parte proviene de los *chindi.*

El anciano hizo una pausa cuando el aprendiz entró de nuevo y le ofreció una calabaza de agua. Lucrecia a punto estuvo de arrancársela de las manos para beber ella.

Necesita purificarse, que lo ayudemos a sacar de dentro de él a los *chindi.* La mano temblorosa es solo el primer paso. La mano temblorosa permite que el *Naayéé' Neizghání,* el Matamonstruos, entre también en el enfermo. El *Naayéé' Neizghání* fue el bravo guerrero encargado de matar a los monstruos que nacieron a lo largo del *Diné Bahane',* la historia de nuestra creación. Porque para que algo sea real, debe tener una parte buena y una parte mala. Con estas palabras los dioses justificaron sus errores. Los monstruos se escondían en los recodos de los caminos, mataban a mucha gente y eran motivo de terror. *Naayéé' Neizghání* acabó con ellos uno por uno y ofrendó los pulmones y los intestinos de los monstruos a la Mujer Cambiante y a la Primera Mujer, y pensó que su labor había finalizado y que podría descansar, pero el viento le susurró al oído que algunos monstruos habían sobrevivido y que aguardaban ocultos, y por eso desde entonces el *Naayéé' Neizghání* espera a que otro monstruo se desperece. Mientras tanto, porque se aburre y teme que su cuchillo de piedra desaparezca de tanto afilarlo, el *Naayéé' Neizghání* se ofrece para ayudar a este hombre a expulsar a los *chindi* de su interior.

Lucrecia no entendía nada. ¿Cuánto tiempo llevaban allí dentro? ¿Estaba ya cerca el amanecer? Si era así, el médico podía llegar en cualquier momento.

Pero este hombre no quiere nuestra ayuda, continuó el anciano y tradujo Pipa Colorada. No está dispuesto a curarse aún. Cree que

puede dominar a los *chindi.* Se cree capaz de hacerlo solo. Ha dejado pasar al *Naayéé' Neizghání* y de inmediato ha vuelto a cerrar la entrada a su cuerpo. Dentro de él viven ahora los *chindi,* el *Naayéé' Neizghání* y él mismo, y como ya no hay sitio para tanta gente, él se ha unido al *Naayéé' Neizghání.* Él es ahora el Matamonstruos.

Baca y Lorenzo llevaron a John Dunbar a la casa. Al arroparlo, Lucrecia vio que la fiebre había remitido. Faltaban horas para el amanecer. Durante lo que restaba de la noche, la fiebre desapareció por completo. Agotada, Lucrecia se tendió en la cama junto a su marido y notó que tenía una erección.

Con los primeros rayos del sol, Lucrecia cogió ropa limpia y su revólver y subió el talud de la Black Mesa hacia el manantial. Los navajos continuaban alrededor de la casa. Los ignoró.

El agua manaba con comodidad gracias al caño que John había insertado en la hendidura por donde brotaba. También había hincado postes en el suelo y tendido lonas entre ellos para crear un espacio de intimidad, y colocado un banco de madera. Lucrecia se aseó y se cambió de ropa.

El médico llegó poco después procedente del fuerte Wingate, quejoso y exigiendo un desayuno abundante, pero para entonces John Dunbar ya estaba despierto.

El porche de la casa estaba hecho para el relajo, al mismo tiempo que era un puesto aventajado de vigilancia. John Dunbar lo había construido en el lugar donde años atrás, la primera noche que pasaron en el valle, él y Lucrecia se habían sentado a beber whisky, habían alimentado mutuamente sus esperanzas y se habían amado.

Sentado en una silla con Felicidad en el regazo, padre e hija contemplaban una tormenta en la lejanía. La niña no se había despegado de él desde que John recuperó la consciencia la víspera, y él no podía dejar de mirarla con asombro, como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde la última vez que la vio.

Unas horas después de volver en sí, en cuanto tuvo fuerzas para

sostenerse en pie, John Dunbar había salido al porche. Los navajos se pusieron en guardia. Empleando la lengua de los nativos, con la ayuda de Pipa Colorada, Dunbar agradeció el apoyo prestado por los navajos a su familia, que había pasado por horas oscuras. Él había sentido en todo momento aquel apoyo, tan grande, en su corazón. Sabía también que una gran preocupación perturbaba a los navajos. Pero asimismo eso se solucionaría. Los navajos lo habían ayudado a él y ahora él devolvería el favor a los navajos. Él, John Dunbar, haría lo que hubiera que hacer. Ahora era mejor que los navajos regresaran a sus hogans y concluyeran el luto por el venerable Atsidi Sani. El almacén volvía a estar abierto.

Lentamente, los navajos levantaron el campamento y volvieron a su poblado.

La tormenta se concentraba sobre una de las mesas. El cielo encima de ella era de un gris violáceo que se aclaraba por los bordes hasta diluirse en el azul que cubría el resto del valle. Descargaban rayos en la cima. Al cabo de unos segundos llegaba el sonido apagado de los truenos. Padre e hija especulaban sobre lo que podría haber en aquella cima y en otras igualmente inaccesibles del valle. ¿Viviría algo allí, entre restos de bosques petrificados, bebiendo agua de lluvia? Tendrían que ser animales o personas muy fuertes para habitar en un sitio así. ¿Por qué nunca se asomaban al borde a otear lo que había abajo? ¿No los asustarían los rayos? Si cayeran rayos suficientes, ¿lo que allí vivía podría verse forzado a salir de la mesa? ¿Descendería la pared de roca cabeza abajo, como las hormigas y las arañas? No, como las arañas seguro que no. La niña estaba convencida de que lo que allí vivía debía ser hermoso, pues pasaba los días alimentándose de los rayos del sol y estaba cerca del cielo, lejos de las tormentas de polvo, a diferencia de los bichos que viven en la oscuridad bajo el suelo y son todo fealdad, y muerden y envenenan. Era una pena, opinaba la niña, que lo que allí vivía solo pudiera ser visto por los pájaros, que son tontos y no saben maravillarse.

Felicidad, entra en casa.

Lucrecia había salido al porche.

¿No puedo quedarme con papá?

Déjanos hablar un momento.

No os voy a molestar.

Felicidad…

Haz caso a tu madre.

La niña entró en la casa arrastrando exageradamente los pies.

¿Qué tal estás?

Bien.

¿Te duele la cabeza?

Él se tocó la venda y dijo que no.

¿Qué pasa?

Esas nubes siguen ahí, dijo Lucrecia.

John asintió, mirándola a ella, no al cielo. Estaba relajado. Lucrecia pensó que hacía mucho que él no la miraba así, viéndola a ella y solo a ella, con toda su atención puesta en lo que le iba a decir.

Pipa Colorada ha traído un mensaje del poblado.

¿Ha ido al poblado?

No. Pero se han puesto en contacto con ella.

No he visto a ningún navajo hoy.

Yo tampoco. Pero han hablado. No sé cómo lo hacen.

¿Cuál es el mensaje?

Es para ti, dijo Lucrecia.

John apoyó un pie en la barandilla del porche y se columpió sobre las patas traseras de la silla.

¿Cuál es el mensaje?, preguntó tranquilamente.

Quieren que hagas una ofrenda. Para que las nubes se vayan.

¿Qué clase de ofrenda?

Es muy sencilla. Tienes que agasajar a los dioses, a sus dioses, con lo que las cuatro nubes crearon en primer lugar: maíz, turquesa, conchas y yuca. Así los dioses o las nubes o quien sea sabrán que eso ya existe y que no es necesario comenzar de nuevo.

Bueno, es fácil. Maíz, turquesa…

Conchas y yuca. Nada más que eso.

Y así desaparecerán las nubes.

¿Vas a hacerlo?

John Dunbar negó con la cabeza. Sin dejar de columpiarse empezó a liar un cigarrillo. Las nubes eran el augurio de un gran cambio. Pero los augurios nunca se ofrecen aislados. Quien fuera su responsable debía asegurarse de que los destinatarios los percibieran y los comprendieran. El monstruo de Gila caído del cielo era otro. Para los

navajos no cabía duda. Un augurio que lo señalaba a él. Claro que no podía haber dos sin tres. ¿Cuál era el tercero? ¿La muerte de Atsidi Sani? ¿Tenía algo que ver con lo que estaba sucediendo? ¿Era posible que el tercer augurio no se hubiera producido aún?

¿Por qué no lo vas a hacer?

Esas nubes dejarán de estar ahí dentro de poco. ¿Qué te preocupa?

A mí también me parece absurdo, pero los indios no lo ven igual. Ni ayer ni hoy ha venido nadie al almacén. Pipa Colorada dice que no volverán hasta que se haga la ofrenda.

Hasta que yo la haga.

Eso es.

Porque tengo que hacerla yo.

Eso es.

Volverán. Les gustan los tomates en conserva. Y no irán hasta Tuba City a comprarlos.

Están alarmados.

Volverán.

No si los ofendes. Hacer lo que te piden no supone ningún esfuerzo.

Lo sé. Pero no voy a hacerlo.

Hemos trabajado mucho para que este negocio funcione.

Él volvió a mirarla. Fumaba pausadamente.

¿Ahora te preocupa el almacén? ¿Ya no es solo una disculpa para vivir aquí, un servicio que prestamos a los navajos a cambio de que nos dejen quedarnos? Porque eso es lo que piensas. Y también que con lo que ganas con tus negocios no necesitamos ningún almacén, que podríamos vivir en cualquier sitio, preferiblemente en la ciudad.

Ella se acercó. John posó las cuatro patas de la silla en el suelo. Lucrecia le tendió el telegrama que había llegado mientras él estaba inconsciente. John lo leyó y se lo devolvió.

Este tal Katcher es tu…

Un banquero.

¿El dueño del banco?

Alguien importante en el banco. Es quien trata conmigo.

Y quiere que vayas corriendo a su despacho para tratar algo con él. ¿Qué significa eso?

Que ha visto la posibilidad de que ganemos dinero o de que lo

perdamos. Seguramente lo segundo.

Perdamos. Ganemos.

Si yo pierdo, él pierde.

Entonces, te vas a San Francisco.

Alguien debe velar por nuestro sustento ahora que el almacén se va a quedar sin clientela.

¿Cuándo?

Mañana. Baca o Lorenzo pueden llevarme a Tuba City. Tomaré allí la diligencia.

Atiende tus negocios. Yo cuidaré de todo aquí.

¿Y si aquel mensaje enviado gracias a una tecnología que él nunca había llegado a comprender era otro augurio? Sí que lo era, decidió John. El augurio concluyente.

Hay algo más, dijo ella.

¿Qué?

Me llevo a Felicidad. Quiero que conozca ese colegio.

Dunbar asintió. Guardó silencio unos segundos y luego: Será mejor que yo me quede para esperar a Cocchi.

Ante el gesto de desconcierto de Lucrecia, añadió: Baca me ha dicho que han visto su carromato por los alrededores. Por fin ha aparecido. Hay varias cosas que necesitamos para el almacén. Has tenido suerte.

¿Qué quieres decir?

Nunca te ha gustado Cocchi.

Era cierto. A Lucrecia tanto Cocchi como sus dos hijos, Osro y Andrus, siempre le habían dado escalofríos.

Si te vas a San Francisco te librarás de verlos.

Lucrecia se sentó en el borde de la cama y apretó un pañuelo contra los labios. Baca se podía ocupar de atender al suministrador. Que John hubiera presentado de antemano esa disculpa para no ir a San Francisco había sido un reproche dirigido a ella, por no haberle pedido que las acompañara. Las circunstancias no podían hacer más recomendable que viajaran los tres. A Felicidad le alegraría la compañía de su padre. Los navajos se serenarían si John se ausentara por un tiempo.

Igualmente, John habría respondido con una negativa si Lucrecia se lo hubiera propuesto, pero ella no lo había hecho.

Cabalgó hasta donde Baca cuidaba de las ovejas. El negro vigilaba a caballo desde lo alto de una duna. John Dunbar percibió cómo dudaba entre salir a su encuentro, lo que habría sido una muestra de cortesía, o quedarse donde estaba, simulando dedicación al rebaño.

¿Todo tranquilo?, preguntó Dunbar alcanzando la cima.

Lo estaba. Los dos rebaños entremezclados pastaban a la sombra de un promontorio. Entre las ovejas había algunas cabras, que criaban por la carne.

¿Cómo se encuentra usted?, preguntó Baca.

Mañana mi mujer se va a San Francisco. Hay que llevarla a la diligencia de Tuba City.

No se preocupe.

Al cabo de un intervalo durante el que contemplaron en silencio al ganado, John Dunbar le preguntó si él también creía que algo iba a suceder. Baca se inclinó a un lado para escupir.

No haga caso de los indios.

Antes de estar con Pipa Colorada, Baca había convivido con otra navajo, una mujer que tampoco era la madre de Lorenzo. Era asimismo del poblado, y había muerto. Baca la había llevado con él en una de sus expediciones al río San Juan. Supuestamente, la navajo se había despeñado mientras recogía leña en las cercanías de Mexican Hat, donde el río discurría por una garganta de paredes escarpadas.

No les hago caso, dijo Dunbar. Siento que algo va a pasar.

¿El qué?

¿Crees en los augurios?

No sé lo que son.

¿Crees en los avisos? ¿En los anunciamientos?

¿Como en la Biblia?

Eso es.

No lo sé, dijo el negro después de pensarlo.

Había sido un error preguntárselo, pensó Dunbar.

Tengo un presentimiento, eso quiero decir.

Baca le aseguró que no debía preocuparse por los navajos.

No harán nada. No tienen cojones. Kit Carson y el ejército se los cortaron hace años y no les han vuelto a crecer. Como mucho algunos jóvenes se pueden envalentonar e intentar darnos un susto. Pero eso podemos manejarlo.

En el poblado no todos creyeron que la mujer de Baca se había despeñado. Él tenía fama de violento y era sabido que la mayor parte del tiempo que pasaba en el San Juan no la dedicaba a batear sedimentos, sino a beber. Pensaban que Baca, frustrado por no haber encontrado oro, había desahogado su frustración con ella.

El negro plantó cara a los navajos, rebatió sus acusaciones y proclamó el cariño que había sentido por la difunta y los cuidados prodigados. Se negó a abandonar el valle y buscó una nueva compañera en el poblado: Pipa Colorada, la hermana menor de la fallecida.

Puede que no sea más que eso, que veo a los indios revueltos, dijo Dunbar. Aun así hay que estar vigilantes. Si sucede algo puede ser una amenaza para mi familia y para la tuya, y para nuestras posesiones.

Baca fruncía el ceño. No percibía amenaza alguna, y llevaba mucho más tiempo que Dunbar viviendo en el valle y lidiando con los navajos.

Lo que quiero que me digas es si, en caso de que suceda algo que ponga en peligro a nuestras familias, puedo contar contigo para hacerle frente.

Baca le aseguró que si algo llegaba a pasar, él y su hijo estarían a su lado.

No somos gente que se deje arredrar.

Dunbar agradeció su apoyo.

Nunca le había gustado Baca. La suya era una relación nacida de la necesidad, no del aprecio. Veía algo escabroso en él, un rasgo que años atrás habría pasado por alto o al que no le habría concedido importancia, pero la convivencia con Lucrecia y la paternidad habían afinado sus dictámenes sobre las personas.

Que Pipa Colorada viviera con la antigua pareja de su hermana, a la que Baca quizá había matado a golpes en un arrebato de cólera etílica, era algo que Dunbar no juzgaba en ningún sentido, diciéndose, simplemente, que eran cosas propias de los indios y los negros. No obstante, cuando Lucrecia y él aún se leían uno al otro en voz alta por

las noches e intercambiaban impresiones sobre la lectura, a veces sus escrutinios y especulaciones acerca de los personajes de los libros se extendían a las personas reales de su entorno. Alguna vez habían jugado con la idea de que Pipa Colorada se había juntado con Baca como parte de un dilatado plan de venganza contra el presunto asesino de su hermana.

Mañana prefiero que Lorenzo lleve a mi esposa a Tuba City. A ti te quiero cerca.

Ninguno alargó la despedida. Que Felicidad estuviera emocionada ante la perspectiva de conocer San Francisco no atenuó la tristeza de sus padres. Lorenzo esperaba subido al pescante de la carreta, cargada con el doble de equipaje que en viajes anteriores.

Cuida mucho de ella.

Por supuesto. Y tú cuídate mucho también.

John pensó que aún no sabía hacerlo, que necesitaba a Lucrecia para que continuara enseñándole, que era un alumno lento para ciertas cosas, pero no se lo podía decir.

Lo haré.

John abrazó a su hija.

No tan fuerte, papá. No te preocupes, te traeremos un regalo. ¿Verdad que le traeremos un regalo?

Sube a la carreta, cariño, dijo Lucrecia.

Se abrazaron, se miraron a los ojos como si fueran besarse y Lucrecia subió también al pescante. Felicidad estaba tan alegre que ni siquiera se fijó en las lágrimas de su madre.

Los vio alejarse. Horacio trotó un trecho junto a la carreta, hasta que Lorenzo le hizo un gesto, y el perro subió lentamente el talud. John no quería seguir mirando a Lucrecia y a Felicidad, pero tampoco darles la espalda. Si lo hacía se encontraría de frente con la casa, que ahora le parecía demasiado grande. Se imaginó viviendo allí solo, un huraño que se cocía en sus rencores, resentido en particular con las mujeres. Los viajeros de paso señalarían la casa, convertida en un lugar a evitar, y susurrarían sobre él con una mezcla de lástima y de espanto, de realidad y de ficciones.

Horacio llegó junto a él y se dejó caer al suelo. Su única

compañía, pensó Dunbar, sería ese perro, al que le faltaba poco para morir de viejo.

La carreta había dejado atrás el talud y comenzado a rodear la Black Mesa.

En su opinión los augurios solo significaban una cosa: la reaparición del Basilisco después de varios años. Él, John Dunbar, lo dejaría salir. De manera definitiva. Se liberaría del pesar y de la responsabilidad de albergar algo semejante dentro de él. ¿Pero cuáles serían las consecuencias de esa liberación? ¿Y cómo sucedería?

En la visión que había experimentado en la casa de su padre, en California, Lengua Azul, su antiguo enemigo y luego su guía en el mundo de las representaciones, le había advertido de que por mucho que él, John Dunbar, se resistiera, llegaría el momento en que se rendiría al empuje del Basilisco. Que tendría que hacerlo para sobrevivir.

Pero ahora, para John Dunbar sobrevivir solo tenía sentido si lo hacía junto a su familia. Proteger la vida de Lucrecia y de Felicidad era la única razón por la que podría ceder el control de sí mismo a aquello que llevaba dentro. Sin embargo, ellas ya no estaban.

Alzó la vista. Aquella mañana el firmamento había amanecido límpido. Las cuatro nubes habían desaparecido.

También acababa de hacerlo la carreta. El valle había vuelto a exhibir sus inexplicables poderes de traslación y la carreta se había perdido bruscamente de vista. Quizá Lucrecia y Felicidad estuvieran ya a medio camino de Tuba City, quizá ya abordando la diligencia o quizá ya olieran la bruma fría y salada de la bahía de San Francisco.

Con un vacío repentino en el pecho siguió escrutando el paisaje, pero el valle jamás deshacía sus trucos. Solo vio a un navajo que subía pausadamente el talud camino del almacén.

John encontró a Pipa Colorada detrás de la casa. A la sombra de una tejavana había un tocón de álamo que usaban como tajo de carnicero. La joven troceaba una cabra. A medida que separaba los cortes, envolvía cada uno en un paño empapado en vinagre. Se quedó inmóvil al ver a John.

¿Dónde habéis celebrado la ceremonia?

Pipa Colorada no respondió.

Has tenido que ayudarla.

La navajo siguió sin decir nada. Le goteaba vinagre de los dedos. Se los secó en la falda.

¿Estuvo alguien del poblado presente?

Ella negó con la cabeza.

¿Y de tu familia?

Volvió a negar.

No estoy enfadado. Dime dónde.

Se le tendría que haber ocurrido.

Cabalgó hasta donde el águila había dejado caer el monstruo de Gila. Buscó el hueco donde el reptil venenoso se había escondido. Había huellas a su alrededor. Parecía la boca de una madriguera. Se asomó con cautela. Introdujo una mano, el brazo entero. Tocó algo blando. Instintivamente, retrocedió y desenfundó el revólver.

Lo guardó de nuevo.

Se agachó, metió el brazo en el agujero. Sacó una piel sagrada de ciervo. La marca de ningún arma la mancillaba. El animal había sido perseguido hasta su extenuación y luego estrangulado. Estaba plegada formando un paquete. Dentro encontró una mazorca de maíz, tres hojas de yuca, un puñado de conchas y una hermosa bandeja de turquesa pura. Esta era una pieza notable. Nunca la había visto y estaba seguro de que no pertenecía a Pipa Colorada; Baca la habría vendido. Alguien del poblado debía de haberla donado para la ceremonia o cambiado por algo. Por esa bandeja se podría obtener una buena cantidad de mercancía en el almacén.

La hizo añicos contra una piedra. Pisoteó las conchas, la mazorca y las hojas de yuca. Envolvió los restos entremezclados y polvorientos en la piel sagrada y la metió de nuevo, sin contemplaciones, en el hueco entre las rocas.

Se adentró en el valle. Rodeó por el sur la mesa Mitchel para evitar el poblado.

Avanzaba con calma, disfrutando de la soledad. Le gustaba el carácter limitado y a la vez inabarcable del valle. Su facultad de desplazarse, de dilatarse, de girar en torno a unos ejes invisibles, inverosímiles y cambiantes impedía apresar una imagen de conjunto del lugar, no digamos tener un conocimiento exhaustivo del mismo.

Se detuvo a mirar hacia lo alto de la mesa del Dios de la Lluvia, tras la que se estaba ocultando el sol. Le habría gustado que un geólogo le explicara lo que estaba viendo, que le ayudara a rebajar en parte, nada más que en parte, su desconocimiento del valle, que le revelara el significado de las fallas y de las diferentes tonalidades de los estratos. Pero pensó que, muy probablemente, ningún geólogo había traspasado nunca los bordes mutables del Valle de las Rocas. De igual modo que jamás lo había hecho ningún arquitecto ni ningún topógrafo ni ningún político ni ningún banquero. Y eso era bueno. Tal era la razón por la que evitaba saber de los quehaceres de Lucrecia en San Francisco. No quería que las noticias de sus estrategias y de sus estratagemas, de los éxitos y de los fracasos, llegaran al valle y lo ensuciaran.

Y si algún día, ojalá muy distante, un geólogo —o un físico, o un matemático…— llegara al valle, quizá este reaccionaría recurriendo a sus poderes de desplazamiento para evitar al experto, para conservar sus secretos intocados, envueltos en una densa y sabrosa pulpa de leyenda, especulación y pesadilla. Quizá empleara sus poderes de un modo agresivo, como la fiera que parece retroceder ante una amenaza pero que tan solo está cobrando apoyo, localizando el punto débil antes de abalanzarse y aplastar a lo que la importuna.

En todo el trayecto solo vio a una persona, un anciano navajo a caballo, con las riendas sueltas. Iba cantando y al cruzarse con él no se detuvo ni lo miró ni interrumpió el cántico, cedida al animal la decisión de la ruta. Tampoco Dunbar frenó su montura, pero se volvió para mirar al indio hasta que lo perdió de vista.

Le complacían los navajos por el modo como habían aprendido a convivir con las particularidades del Valle de las Rocas. La mayoría de la gente se sentiría abrumada, vería perturbados sus sueños, trastornados el equilibrio, la orientación física y la noción del tiempo. Ellos aceptaban lo incomprensible, o quizá no le concedían importancia, con lo que la incomprensibilidad se borraba de la consciencia, como una criatura de pelaje negro escondida entre las sombras.

Cruzó la franja de dunas que mediaba entre las mesas mayores y la ringlera de elevaciones conocidas como Yei Bi Chei. Siguió cabalgando un buen trecho aún, hasta los restos de un enebro seco.

No estaba claro si el árbol se había caído o si había crecido tendido a ras de suelo. Las raíces permanecían bajo tierra y algunas ramas se habían hincado asimismo en el suelo con tesón. Todo el árbol se hallaba apretadamente retorcido, desde la base y hasta la punta de cada de una de las ramas, tan sin paliativos que parecía imposible que se debiera a las caprichosas e intermitentes imposiciones del clima.

A distancia suficiente del enebro para eludir las raíces, había una fosa abierta. Era amplia y profunda, con cabida para unos cuantos cuerpos. Seis. Diez, bien apretados. No sabía con qué se tendría que enfrentar, así que cuando la cavó meses atrás le dio unas buenas dimensiones.

La visitaba periódicamente, como el que acude a asear la lápida de un ser querido y se sienta a tener unas palabras con el difunto o consigo mismo. Desde la última vez, el viento había metido arena dentro y uno de los costados se había desmoronado.

De debajo del enebro sacó la lona donde guardaba envueltas las herramientas. Cogió la pala y saltó a la fosa para devolverle su profundidad original. Daba cada palada con la misma meticulosidad y el mismo anhelo que había puesto en la construcción de su casa.

BAJAMAR EN EL EGEO

Mientras esperaba en la barra de la taberna a que le atendieran, sintió vibrar el móvil en el bolsillo. Había estado antes en el local e introducido la clave del *wifi*. Pagó y salió a la terraza con un café. Vio sin sobresalto que tenía un correo de Markel. No era la contestación a ninguno anterior. Hacía meses que Jon no escribía a su primo. Había concluido que no servía de nada. Aun así, Markel le continuaba enviando correos con regularidad, cada vez más extensos. Los primeros, los que Jon había empezado a recibir un año antes, mientras estaba en los Estados Unidos, tenían apenas unas pocas frases; los más recientes, si se transcribieran a papel, llenarían páginas y páginas.

Jon los leía en diagonal o ni siquiera los leía. Al principio había interrogado a Markel sobre su paradero, sobre su estado de salud, incluso sobre Virginia, preguntas que nunca obtuvieron respuesta. Luego había escudriñado los textos en busca de deslices, algún dato que a Markel se le hubiera escapado acerca de lo que había hecho desde su desaparición. Tampoco en eso había tenido éxito. Al cabo, había terminado reconociendo que no le importaba.

Sin embargo, los correos le reportaban tranquilidad. Markel no había desaparecido. Era dueño de una existencia que le permitía, cuando menos, teclear en un ordenador o en un teléfono. Esto aliviaba el remordimiento de Jon por haber causado su desaparición, una

responsabilidad que, en caso de ser real, punto que estaba lejos de ser aclarado, había de compartir con Katharina.

Le gustaba aquella taberna. Frente a ella, las antiguas y feas construcciones portuarias continuaban desempeñando sus funciones originales. Había amontonamientos de redes que parecían imposibles de desenmarañar. Un burro había vaciado los intestinos en mitad de la calle. Cada vez que un vehículo pasaba sobre los excrementos, el olor volvía a propagarse; luego regresaban los del gasoil y el pescado podrido. El café era denso y tenía que hacer una pausa entre sorbo y sorbo para que se asentaran los posos. Cuando lo terminó, ellas no habían llegado aún. Pidió vino. Se lo sirvieron en una jarra de cristal rallado. Era áspero, en seguida se le subió a la cabeza.

Su madre y su hija aparecieron a su lado sin que las hubiera visto acercarse. La madre llevaba un cartón de tabaco bajo el brazo y la niña, que ya tenía seis años, un sombrero de paja nuevo.

Vamos al mercado, dijo la niña.

La madre caminaba por delante, abrazada al bolso. Jon agarraba con fuerza la mano de su hija. Avanzar era un continuo rozarse y golpearse contra hombros, codos, mochilas. Desde una artesa llena de agua salada, almejas vivas escupían a quienes pasaban por su lado. Un carnicero había colgado del techo de su puesto, por las patas traseras, un cordero desollado y lo cortaba en dos a lo largo. Tenía las cejas muy pobladas, barba acabada en punta y se movía como un autómata, el machete subía y los ojos miraban a la derecha, el machete bajaba y los ojos miraban a la izquierda, sin dejar de sonreír enseñando los dientes. No se fijaba en dónde asestaba los golpes, pero partió el cordero en dos mitades perfectas, también la fina cabeza. Con el último golpe, las mitades se separaron y se balancearon, cada una de su cuerda. Tres adolescentes inglesas chillaron de espanto y se apartaron para que no las tocara la carne sanguinolenta.

¿Volvemos a casa?, preguntó él.

La niña asintió sin dejar de mirar el cordero cortado en dos.

Hay que comprar agua mineral, dijo la madre. La de aquí me sigue revolviendo el estómago.

Llevaban una semana en la isla de Samos. La madre de Jon había accedido a que la acompañaran en sus vacaciones. Como condición, había impuesto que solo irían Jon y la niña. El niño se tendría que quedar con su madre. El niño y la niña eran demasiado. Veía una suerte de equilibrio en que únicamente fuera su nieta. Jon pensó igual. Él era el fulcro de la palanca. La madre de Jon también había exigido que la niña durmiera con él.

Se alojaban en la parte oriental de la isla, en una casa cerca de la iglesia ortodoxa de Agios Efstathios, con vistas al estrecho de Mícala y la costa turca. La encargada de la agencia de alquiler había ido a esperarlos al muelle del ferry. Cuando abrió la puerta de la casa, despotricó en griego. Un poste de teléfono tumbado en el suelo del salón dividía la estancia en dos mitades. Un extremo estaba introducido en la chimenea y carbonizado. Quienes habían ocupado la casa durante el invierno lo habían metido por una ventana; lo empujaban un poco a medida que se iba consumiendo. Ahora el poste solo entorpecía el paso.

La mujer de la agencia les dijo en inglés que ordenaría que lo sacaran de allí. La madre de Jon respondió que no era necesario.

Cada vez que cruzaban el salón camino de sus habitaciones o de la piscina, tenían que pasar por encima del poste. La madre lo miraba como si fuera un perro viejo y elegante e incluso le daba unas palmaditas de cuando en cuando.

Jon también había recibido un correo de Emilia. Continuaban viéndose. Ya no se limitaban a tomar café y pasear. No obstante, su relación seguía siendo una sucesión de momentos anclados en el presente, idénticos entre sí, como monedas de valor incierto, con un anverso de dicha y un reverso de frustración.

Los límites de tales momentos habían cedido, pero no tenían holgura suficiente para dar cabida a unas vacaciones juntos. El bebé de Emilia había cumplido un año.

Es mejor aclarar, antes de que sea demasiado tarde, que esta historia no tratará sobre Markel. Tampoco lo hará sobre Emilia.

Los correos de Markel no dejarán paso a llamadas telefónicas, a un merodeo fantasmal y luego a un acoso franco, cada vez más amenazador, tanto para Jon como para los suyos. Ni mucho menos Markel hará aparición por sorpresa, en el momento menos esperado, cuando más deslumbrante el efecto dramático pueda resultar, como sucedió doce años antes en la casa de Ribadesella.

Tampoco el nudo que ata a Jon y a Emilia, y que los ata a su vez a una suerte de presente continuo, hallará resolución en las presentes páginas, pues aún requerirá de más tiempo para desatarse.

Ninguno de ellos, Emilia y Markel, es el centro de esta historia. Son solo dos partes más de la misma, de una historia que no es necesariamente mayor que la que cada uno de ellos entraña, desencadena, se merece, pero sí es la historia que corresponde contar antes de abordar las suyas.

Jon observaba con recelo a su madre. Se podría aducir que se debía a su falta de cercanía y en parte así era. Nunca habían ido juntos de vacaciones. Cuando él era niño, siempre pasaban los veranos en Ribadesella. Al margen de la ausencia de clases y de la posibilidad de ir a la playa, la rutina doméstica no variaba. Las dos semanas en la isla de Samos eran también el periodo más largo que Jon y su madre pasaban bajo el mismo techo en años.

Le había causado reparo la intimidad a que el viaje los obligaría, la perspectiva de verla en bañador, en camisón, de fatigarse de oír su voz.

Pasaban la mayor parte del día bajo un emparrado, alrededor de una mesa cubierta por un hule. Por las tardes, desplegaban lápices, difuminos y pasteles y los tres dibujaban. Si no dibujaban, leían. Jon, *Doctor Zhivago*. Su madre, un libro de Paul Valéry sobre Eupalino de Megara, el arquitecto. La niña se bañaba en la piscina.

Todas las mañanas, Ademia, una isleña que solo hablaba griego, iba a limpiar y a cocinar. También sacaba los colchones y los apoyaba contra la fachada para que se orearan. Parecía una labor crucial para ella. Les preparaba hojas de parra rellenas de arroz y piñones, también pastelitos salados y queso frito.

Un frontón triangular coronaba la fachada delantera. Las

habitaciones tenían suelo de baldosas ajedrezadas y volutas moldeadas en el techo, que se elevaba hasta los cuatro metros. El escusado era una dependencia aparte, de construcción reciente. La casa era mucho más grande de lo que necesitaban. Había una habitación ocupada por una montaña de muebles apolillados. Se asomaron a ella el primer día, vieron escabullirse a varios ratones, cerraron la puerta y no volvieron a entrar. Otra habitación estaba repleta de tramos de tubería de plomo y más piezas viejas de fontanería.

Cenaban bajo el emparrado. A la madre le gustaba que se vistieran para ese momento. Nada especial. Una camisa él; vestidos de verano ellas. Y había que peinarse. La conversación fluía sin silencios incómodos. La madre parecía una desconocida sobre la que no dejaban de sentir curiosidad y a la que nunca se le acababan las historias que contar. Sus relatos abarcaban vivencias personales inexcusablemente recientes y de carácter positivo, e información extraída de sus lecturas. Les habló de Eupalino, el gran arquitecto e ingeniero hidráulico de la Antigüedad. No era mucho lo que se sabía sobre él, más allá de la mención hecha por Heródoto. Su persona era tan oscura como la de los misteriosos constructores de las pirámides de Egipto. La parquedad informativa soliviantaba el interés de la madre. Los restos de las principales construcciones de Eupalino se encontraban en Samos. En parte por eso estaban ellos allí, o estaba ella allí; Jon y la niña se habían sumado en el último momento.

Les habló del túnel que Eupalino había construido bajo el monte Kastro, por orden del tirano Polícrates, en el siglo sexto antes de Cristo, para llevar agua a la capital de la isla. Un equipo excavó desde cada extremo y se reunieron en el centro, explicó a la vez que acercaba una mano a la otra con los índices extendidos hasta que las puntas de los dedos se tocaron. Fue la primera vez que se abrió un túnel con esa técnica.

A medida que las cenas progresaban, los gestos de los tres se hacían más lentos. La niña se abandonaba a la molicie, que la hacía sentir adulta. Se alumbraban con una lámpara de gas colocada sobre la mesa. Cuando alguno tenía que ir al escusado, se llevaba la lámpara y los otros dos proseguían la charla a oscuras. De postre la niña tomaba mandarinas; Jon, whisky; la madre fumaba dejando caer la ceniza al suelo.

La luz de la lámpara atraía a los insectos, que ellos espantaban agitando una mano ante la cara, y los insectos atraían a los murciélagos. Los contemplaban en silencio, recostados en las sillas, masticando, bebiendo, fumando. Sus quiebros eran tan nerviosos que era imposible seguir la trayectoria de uno sin terminar, al cabo de unos segundos, por confundirlo con otro. Jugaban a lanzar al aire pequeños trozos de comida y huesos de aceitunas. Los murciélagos se desviaban de sus trayectorias para atraparlos, tomándolos por insectos. Los restos de comida caían sobre la mesa o sobre los tres comensales.

Antes de Eupalino de Megara, la madre había tenido otras aficiones, todas trascendentes, nunca comprometidas ni peligrosas. Agotada una, pasaba a otra. Jamás retomaba ninguna de las anteriores. No volvía la vista al pasado. Precisaba de tales aficiones, que encadenaba sin cesura entre una y la siguiente. Mientras subrayaba el libro de Valéry dedicado a Eupalino, el tema que absorbería todo su interés dentro de unos meses, o puede que de solo unos días, se incubaba en su interior sin que ella fuera del todo consciente.

El túnel de Eupalino estaba abierto al público. Habían intentado visitarlo en dos ocasiones y en ambas la madre había cambiado de parecer en el último minuto, en la misma entrada del túnel. La primera vez, desanimada por el gran número y el aspecto de los turistas; la segunda, había alegado sentirse mareada por el calor. Jon creía que postergaba la visita porque, una vez recorrido el túnel, su interés por Eupalino se extinguiría y ella se vería en la coyuntura de seguir en la isla sin otro tema al que aferrarse.

El padre de Jon disfrutaba trabajando con las manos, era diestro en planificar obras domésticas, en llevar a cabo mejoras sin la ayuda de nadie, instruyéndose sobre la marcha, sobrepasando metas de por sí ambiciosas. Mientras sus padres estuvieron casados, ella jamás demostró interés por esa índole de tareas. Sin embargo, ahora rebuscaba en las bibliotecas información sobre un arquitecto e ingeniero de la Antigüedad.

Jon lo sacó a relucir sin malicia.

No es lo mismo, dijo ella. Cómo vas a comparar.

La casa tenía piscina, una alberca reformada. Era pequeña; a un adulto le bastaban tres brazadas para cruzarla. Para la niña era mejor que todo el Mediterráneo, sobre todo de noche. Jon le dejaba darse un último baño antes de irse a dormir.

La niña chapoteaba y él vigilaba desde una silla, con la lámpara de gas a un lado. Sostenía *Doctor Zhivago* en el regazo, el índice marcando la página por la que iba leyendo, como si empuñara un revólver, con un dedo posado en el gatillo.

Otro motivo por el que Jon observaba con recelo a su madre…

Aunque es mejor no repetir el verbo «recelar». Es mejor ser concreto y claro.

Otro motivo por el que Jon miraba a su madre con curiosidad y temor era que dudaba de que su madre fuera por completo su madre.

La miraba cuando creía que no se daba cuenta, mientras ella dibujaba bajo el emparrado o cuando caminaba unos pasos por delante de él. Buscaba señales de la Araña.

Así era como Jon denominaba al sentimiento de melancolía que a él, en algunos momentos de su vida, se le había arraigado en el fondo del pecho. La última vez se hallaba todavía reciente. Algunos días aún sentía su influjo debilitador durante las primeras horas de la mañana.

La Araña que había hincado los dientes ponzoñosos en su madre cuando él era un niño había pertenecido a una especie mucho mayor y más dañina. Durante años, la madre había permanecido encerrada en su habitación en la casa de Ribadesella, poseída por la Araña. Ya no era tanto una mujer, madre de un hijo, esposa de un marido, alguien a quien le gustaba leer libros de historia clásica y dibujar, como la Araña. En las raras ocasiones en que salía de la habitación y hablaba con su familia, como si de repente hubiera recordado que tenía una familia, Jon la miraba preso de congoja. Lo que tenía ante sus ojos, lo que por primera vez en semanas le acariciaba el pelo o le servía la comida, no era su madre, era una marioneta con la apariencia de su madre. Sus extremidades enflaquecidas y pálidas colgaban de hilos de seda manejados por la Araña y su voz y sus palabras no eran las de ella sino las de la Araña, que la imitaba con escaso disimulo, mofándose del hijo, del padre y, sobre todo, de la madre.

Años después, cuando supuestamente la madre había vencido a la Araña, o bien cuando la Araña había rebañado todo el sustento que residía en ella, tras lo que se había desgajado de su anfitriona y partido a la caza de nuevas víctimas, años después, Jon aún sentía escalofríos si oía a su madre acercarse a él por la espalda. Se apartaba instintivamente si trataba de tocarlo.

Pensaba que seguía siendo la Araña, embarcada en una impostura prolongada, la obra de toda una vida, o bien que ella no era nada, solo una carcasa vacía, los rancios restos de un banquete, una carroña devorada y barrida con repentina repugnancia a un rincón discreto de la madriguera, animada ella, la carcasa, la carroña, por nada más que el rebufo de vida de la Araña, o bien que ella era ella pero que también era portadora en su interior, en algún recoveco sin utilidad fisiológica, de un huevo depositado a la sazón por la Araña.

Claro está, ella había acabado por percibir, identificar y digerir aquella ponzoña emocional confeccionada con nostalgia, desconfianza y lástima; a su vez, también la obra de toda una vida.

Vas para probarte a ti mismo, como cuando fuiste al Monument Valley, había dicho Katharina.

No es lo mismo.

Vas para compararte con ella. Vas para vigilarte a ti mismo vigilándola a ella. No lo niegues.

No lo niego.

Está bien. Supongo que lo necesitas. Y reconozco que siento curiosidad por lo que pase.

¿Qué crees que va pasar?

Nada, seguramente. Nada de lo que temes. Pero puede que pase algo diferente. Porque sí es cierto que vas para probarte. Vas para probarte que podéis estar juntos, que podéis hablar. Y si no lo conseguís, si fracasas, o si lo hace ella, aunque no creo que esto suceda, os limitaréis a vivir cada uno por su lado, como habéis hecho siempre.

Katharina había estado segura de que Jon y su madre no discutirían, de que nunca harían nada que violentara a la niña.

¿Eso te parece bien?, había preguntado él. Que vaya la niña.

Katharina había asentido. Comprendía las razones sin necesidad de que nadie se las explicara.

¿Y que el niño se quede contigo?

Estará bien. No quiere ir a una isla para aburrirse con dos viejos y su hermana pequeña.

Habían quedado en una cafetería del casco viejo de Bilbao, un día de labor a media mañana. Sus horarios laborales eran flexibles. Hablaban casi a diario y se veían con regularidad.

A lo largo del último año, además de sus hijos, el principal motivo de sus encuentros había sido Markel. Siempre terminaban hablando de él, un tema de conversación que tenía parte de cotilleo especulativo, parte de rememoración complaciente y parte de estimulante amenaza.

Markel también había comenzado a escribir a Katharina, correos electrónicos similares a los que le enviaba a Jon. Se los intercambiaban para compararlos. Cavilaban sobre lo que Markel podía saber de ellos, sobre si estaba al tanto de que ya no eran pareja, de que tenían hijos, de que llegado el caso estarían dispuestos a plantarle cara unidos.

Ninguno concebía desde dónde escribía Markel. Se lo imaginaban en una habitación sin ventanas, un lugar similar a una celda monacal, o a una celda carcelaria, o a una cabina individual, de diseño minimalista, a bordo de una astronave que surcara el vacío entre galaxias. A veces se figuraban aquel lugar sumido en una penumbra acogedora, mecido por el ronroneo de unos motores lejanos y poderosos. No eran capaces de aventurar si Markel se comunicaba con alguien más que ellos, ni si había vuelto a ver a Virginia, su ayudante, su amante y acaso la persona que lo había manipulado a su antojo, ni cuál sería ahora el aspecto de quien, cuando lo conocieron, pensaron que parecía un Robert Redford con nariz de vasco, uno de los hombres más atractivos que Katharina había visto nunca, ingenuo y pese a ello interesante, lo que la había llevado a espiar su ventana con unos prismáticos, a esconderse en el sótano de la casa de Ribadesella para escuchar las conversaciones de Markel con Virginia, cómo él le suplicaba sexo a ella, cómo follaban.

También cabe preguntarse cuándo escribió los correos que recibimos, había dicho Katharina apartándose el pelo de la frente, gesto hecho para encubrir una sonrisa maliciosa. Si está muy lejos,

lejos de verdad, puede que los escribiera hace mucho. A lo mejor los escribió poco después de desaparecer y han hecho falta todos estos años para que llegaran hasta nosotros.

Durante sus conversaciones sobre Markel, sentían reavivarse la exaltación compartida en no pocos momentos de su pasado, como cuando al cabo de una noche de lluvias torrenciales y árboles caídos golpearon y abandonaron maniatados, en una cabaña cerca del parque nacional de Yosemite, a Messias, un brasileño que daba clases de portugués en una academia de San Francisco, y a su pareja, María, también brasileña, o como el día en que visitaron juntos Virginia City y luego asistieron a la comida de Acción de Gracias en un rancho de Palomino Valley, el mismo día en que Jon oyó hablar de John Dunbar y también el mismo día en que vio a Katharina saltar en una cama elástica bajo un cielo surcado por rayos y pensó que ella era la mujer de su vida, una revelación que a la postre había sido errónea.

Antes de despedirse hasta su siguiente encuentro, se preguntaban uno al otro cómo estaban. Sin especificarlo, se referían a lo personal. De una parte ya estaban informados, gracias a la mediación de sus hijos: la nueva pareja de Katharina, el enroque de Jon con Emilia; otra parte la adivinaban; el resto, la parte mayor, preferían desconocerlo.

Muy bien, respondían ambos, muy rápido.

Fueron de excursión al volcán Kerkis, en el centro de la isla. Vistas de lejos, sus laderas parecían cubiertas de nieve por el alto contenido en tiza de la roca. Tú escribiste algo sobre un volcán, dijo la madre de Jon. Y él: No exactamente. Era un relato sobre una pareja que viajaba a la isla de Estrómboli. Y ella, después de masticar un puñado de pasas y de beber un trago de agua para ayudarse a tragarlas: Es cierto. No me gustó. Y ella, de nuevo: Esta vez harás lo mismo, usar esta isla maravillosa como nada más que un decorado exótico para narrar otra ruptura. Esas historias os atraen de una manera irresistible a los escritores. En el fondo sois crueles. Os encanta destrozarlo todo.

Siguieron caminando. Buscaban una cueva en la ladera oriental, donde al parecer Pitágoras se había ocultado del tirano Polícrates.

Y él: Ya no me interesan esas historias.

Pero la madre no se iba a dejar convencer. Caminaba mirando al

suelo. Pisaba con fuerza, asentando bien cada pie. Si la niña pedía que se detuvieran a descansar, la madre de Jon seguía delante. Era él quien se paraba.

Y ella: Escribiendo esas cosas os preparáis para lo que os pueda suceder. Y una vez más ella, después de una pausa: O al escribirlas tratáis de rectificar lo que ya ha sucedido. Y él: No se puede rectificar. No así. Somos lo que somos. Cuando escribimos cometemos los mismos errores que en la vida.

Ella lo miraba a él con sospecha, como una tendera que viera entrar en su negocio a alguien con fama de ladrón.

También él percibía, identificaba y digería, aunque esto solo a medias, la sospecha de ella. Él pensaba que ella pensaba que la observaba como hace el médico con el paciente que, después de desahuciado, se recupera milagrosamente: anhela conocer el modo como ha logrado salvarse, a la vez que desconfía de él.

Él pensaba que ella pensaba que su recuperación, la de la madre, no era una obra conclusa, ni mucho menos olvidada, sino un proceso aún en marcha, que requería de una vigilancia constante y de adaptaciones periódicas.

Y él pensaba que ella pensaba que su labor de observación, la de él a ella, la podía distraer de aquella vigilancia constante y hacerla tropezar en su proceso. Y si eso podía causarlo una mera observación atenta, ¿qué no podría desencadenar que ella tuviera que verbalizar, que explicarle a él, cómo había conseguido llegar por sí misma hasta donde se encontraba, hasta ir sola de vacaciones cuando era su deseo, hasta tolerar esa soledad, hasta tolerar asimismo, con entereza, una compañía grata únicamente a medias? ¿Acaso no desbarataría eso su trabajo? Quizá no la haría retroceder en su recuperación pero sí podría dejarla sin recursos para continuar adelante. Hablar, pormenorizar, revivir podría poner en evidencia lo frágil de sus recursos, acaso lo ficticio de los mismos.

Pese a lo mucho que a Jon le gustaba concluir sus relatos con una conversación franca entre dos personajes, era consciente de que, en las semanas que pasarían en Samos, nada comparable llegaría a darse.

Y pensó, de nuevo él, que si su madre había aceptado que la niña

se uniera al viaje fue para que ella, la niña, actuara sin saberlo como barrera defensiva. Y si la madre dosificaba la atención que dedicaba a su nieta, dejándole casi todo el trabajo a Jon, no era por racanería emocional, sino para mantenerlo a él ocupado. En realidad, la niña era el fulcro de la palanca.

Detrás de la casa había un cobertizo lleno de herramientas cubiertas de polvo. Jon rebuscó hasta encontrar casi todo lo que necesitaba.

Fue al puerto. Tuvo que preguntar a tres pescadores. Le enorgulleció hacerse entender. Por unas monedas compró un anzuelo para atunes usado.

De regreso en la casa, cortó un trozo de medio metro de largo de un palo de escoba. Fijó el anzuelo a un extremo atornillándolo por el ojo y lo aseguró con varias vueltas de alambre.

En el viaje al puerto se había detenido en la taberna para tomar un café y leer sus correos. Había otro de Markel. Apenas se diferenciaba de los últimos: un desbarre repetitivo, un encadenamiento de exabruptos, acusaciones y reproches que con el tiempo, a fuerza de reiteración y de ausencia de matices y desarrollo, había acabado por no significar nada.

Markel ofrecía una versión tras otra de lo que había sucedido en la casa de Ribadesella durante las semanas previas a la huida de Virginia y a su presunta desaparición. Exageraba los hechos y atribuía nuevas palabras y acciones a los personajes de su relato.

Jon y la niña bajaron a la costa a pie.

Fíjate en cómo lo hago yo.

Estaban metidos hasta los muslos en una charca. A Jon le escocían las espinillas, despellejadas a fuerza de tropezar con el poste atravesado en el salón. Introdujo el gancho bajo una roca.

Tantea despacio. Cuando notes algo blando, tira con fuerza. ¡Así!

Sacó el primer pulpo con una inmediatez asombrosa, fruto de la

suerte, no de la pericia de antaño, que necesitaría varios días para reactivarse. Lo sostuvo en el aire, enganchado por detrás de la cabeza, con los tentáculos extendidos, el cefalópodo exhibiéndose en todo su tamaño para intimidar al depredador. La niña admiró aquella galaxia muscular, que expulsó un chorro negro y eclipsó por un instante el sol.

Se aficionaron a pescar. Ademia cocinaba los pulpos a la brasa. A la niña le maravillaba cómo se aferraban a la vida, que arrastraran consigo piedras adheridas a las ventosas, que de su pico cayeran trozos de otros pulpos que estaban devorando. El camino de regreso, cuesta arriba, se hacía eterno. Cada día la niña decía que no quería volver a pescar. Llevaba las capturas en una bolsa de malla por cuyos agujeros asomaban los tentáculos. Pasaban ante casas aisladas. Delante de algunas había un árbol, solo uno, rodeado por un muro, como una posesión preciadísima que era necesario salvaguardar.

Él no se sentía frustrado por no estar en la isla con Emilia en lugar de con su madre y su hija. Eso sería agradable, pero no se trataba de un anhelo permanente. Quizá disfrutaría más de los baños en el Egeo y del vino. Dormiría desnudo, junto a ella, con las ventanas abiertas. En ese momento, sería Emilia quien subiría la ladera por delante de él. Ella caminaría con la espalda erguida y paso calmo y seguro, sin que le afectara lo empinado del sendero, con un surco de sudor brillando entre los pechos. Los tentáculos de los pulpos se mecerían al ritmo de sus caderas.

Sus aspiraciones respecto a Emilia eran concretas y ambiciosas: intimar hasta reconocer su estado de ánimo por su modo de dejar las llaves sobre la mesa, o de toser, o de buscar un pañuelo en el bolso.

Y ella, la madre: ¿Estás escribiendo algo? ¿Sigues con las historias de vaqueros? Él asintió. Y ella: ¿El mismo personaje? Él asintió de nuevo. Y ella: ¿Qué va a hacer ahora? Y él: Luchar contra monstruos. Y ella: ¿En el oeste? Y él: En todas partes puede haberlos. Y ella: Y esos monstruos contra los que luchará Dunbar ¿serán reales o simbólicos? Y él: Ambas cosas.

¿Puedo bañarme un rato más o tengo que salir?, preguntó la niña desde la piscina.

Puedes seguir bañándote.

Jon se había servido un whisky.

La madre estaba enfrascada en sus pensamientos. Se sacudía suavemente las hormigas que le trepaban por las pantorrillas.

Y él, respondiendo la pregunta que quizá a ella le rondara la cabeza: Escribir esas historias es una forma de avanzar. Y él otra vez: Es una forma de hacer que sucedan cosas.

Y ella: Has de dejar que baje la marea. Una marea poderosa, como solo las hay unos pocos días al año. Que deje a la vista lo que habitualmente ocultan las aguas: lo sólido y permanente. Y él: Los escollos. Y ella: Los escollos, los cimientos. A eso hemos venido aquí: a dejar que baje la marea. No, no a dejar que baje sino a hacer que baje, a empujar las aguas lejos de la costa, a apartar de nosotros su ir y venir mareante, su zarandeo, su corrosión. Y él: ¿Cómo se hace eso? Y ella: No haciendo nada. Te quedas inmóvil y observas lo que asoma cuando el agua baja. Y él: Para eso hay que ser muy valiente.

Cada mañana, Jon y la niña volvían a ponerse la ropa que se habían quitado por la noche, a lo sumo antes la sacudían con brío, como si eso bastara para limpiar los vaqueros cortados por las rodillas y las camisetas.

Cuando la madre de Jon se lo ordenaba, él y la niña hacían la colada en un barreño. Tendían la ropa en la calle con tanto cuidado como si pintaran un cuadro.

Ademia iba a la casa acompañada por sus dos pastores alemanes: una hembra anciana y casi ciega, y un macho joven, sobrino de aquella. Los perros iban unidos entre sí por un cabo marinero atado al collar de cada uno. El joven servía de lazarillo a la casi ciega.

Por la tarde sesteaban a la sombra del emparrado, completando el cuadro que formaban abuela, padre, nieta, libros, sol y piscina. La niña y la abuela los dibujaban. Si los perros cambiaban de postura, ellas pasaban la página del cuaderno y empezaban otro boceto. Los

pastores alemanes no dejaban de enredarse en las patas de la mesa y de las sillas. El poste atravesado en el salón era para ellos una trampa insalvable.

A la perra casi ciega le supuraban los ojos. La madre de Jon se los lavó con gasas empapadas en infusión de manzanilla. El mismo día, Jon volvió a rebuscar en el cobertizo de las herramientas y encontró una garrafa medio llena de queroseno. Dio friegas a los perros para liberarlos de los racimos de garrapatas.

Al día siguiente Ademia no los llevó. Tampoco al siguiente. La niña le preguntó a su abuela por qué.

Está celosa.

Alquilaron un bote fueraborda. Apenas había espacio para los tres. La madre se ponía al timón. El cielo era una superficie blanca y el sol una mancha amarilla de bordes difusos.

Indagaban en las angosturas de la costa como quien busca una vía para penetrar en terreno enemigo. Divisaron un velero fondeado y tres mujeres, jóvenes, casi niñas, casi desnudas, tendidas en cubierta. Las acompañaba un hombre de edad avanzada, muy bronceado, que cada poco rato tomaba entre las manos agua de una palangana y la asperjaba sobre el cuerpo de las chicas. Iba de una a otra refrescándolas sin que ellas dieran muestras de agradecerlo, ni siquiera de notarlo. El barco estaba avejentado y sucio, como si hubiera pasado por una tormenta africana. Algas secas cubrían el cabo del ancla. La madre acercó el bote, se deslizó a pocos metros del velero. Las tres mujeres alzaron la cabeza y los miraron sin entusiasmo ni disgusto. Aunque llevaban bikini parecían cubiertas de fruncidos y lazos. Al viejo le temblaba la mandíbula, a punto de romper a llorar.

Se acercaba el día de su partida y la madre de Jon seguía sin visitar el túnel de Eupalinos. Había vuelto a intentarlo, pero la gran cantidad de turistas la había desanimado de nuevo.

Salía sola a pasear. Los primeros días, a Jon le había causado reparo. Se quedaba inquieto hasta que volvía a oír las pisadas de ella sobre la tierra rojiza y crujiente. Era absurdo, después de años sin

apenas tratarse, de meses sin verse, de semanas sin hablar con ella ni pensar en ella.

Por aquí. Ten cuidado.

Estas piedras cortan.

Por eso digo que tengas cuidado.

Jon y la niña seguían la línea de la costa en busca de nuevos rincones donde pescar. Saltaban de roca en roca cuando no vadeaban con el agua por las rodillas, por la cintura, por el pecho.

¿Me ayudas?

Jon levantó a la niña con un brazo. En la otra mano, bien apartado de ella, el gancho para pulpos.

Doblaron un recodo y se vieron en una playa de guijarros minúscula donde había un hombre sentado en una roca. Estaba solo. Llevaba pantalones de lona, camisa azul y americana marfil, todas las prendas arrugadas. Se había remangado las perneras de los pantalones y se refrescaba los pies en el agua mientras escribía en un cuaderno. Trabajaba tan concentrado que no alzó la vista hasta que estuvieron muy cerca de él. No pareció sobresaltado ni molesto.

Buenos días, dijo en inglés, quitándose el sombrero de paja con el que se protegía del sol. ¿Cómo te llamas?, le preguntó a la niña. Ella le respondió y a continuación él les dijo su nombre como quien desenvaina un arma antigua: William Henry Jacques.

Entablaron conversación con una naturalidad que más tarde a Jon le desconcertaría, los tres con los pies en el agua.

Era un arqueólogo londinense. Rondaría los sesenta años y hacía cinco que vivía en Samos, estudiando la obra de Eupalino de Megara.

Jon dijo que a su madre le gustaría mucho hablar con él sobre el arquitecto. William Henry respondió que estaría encantado de conocerla. Les dio las señas de una fonda a las afueras de Pitagoreo donde acostumbraba a ir por las tardes. Podrían encontrarlo allí.

Se despidió de ellos y se alejó descalzo, con el cuaderno en una mano y unas gruesas botas de trabajo en la otra, por un sendero casi invisible que serpenteaba bajo unos plátanos de sombra.

Fueron en coche. La madre de Jon había escuchado con incredulidad el relato de cómo habían conocido a William Henry, luego se había mostrado recelosa ante la oportunidad de conocer a un experto en Eupalino, pero cuando llegaron a la fonda estaba sencillamente emocionada.

El arqueólogo aguardaba sentado en un banco junto a la entrada, jugando con una camada de gatitos. Al ponerse en pie se tambaleó levemente. A Jon le pareció que estaba un poco borracho.

Los adultos tomaron asiento en el banco y la niña en el suelo, rodeada de gatos. La madre de Jon abordó sin preámbulos el tema de Eupalino. Jon servía de intérprete entre ella y el inglés cuando se hacía necesario. William Henry les preguntó si habían visitado el túnel. Ante su respuesta negativa, se ofreció a servirles de guía.

Lamentablemente, no podía ser, dijo la madre. Se iban al día siguiente.

¿En el ferry de la mañana?

Así es.

El arqueólogo dijo que quizá pudieran ir esa misma tarde, cuando el túnel cerrara y no hubiera turistas. Conocía al guarda.

Jon se fijó en la sonrisa embelesada de su madre. El plan quedó aprobado. William Henry dijo que lo mejor sería entrar por la boca sur. Dejarían allí el coche y recorrerían el túnel hasta el punto medio, donde se juntaron las dos excavaciones. Luego darían media vuelta para regresar al vehículo.

Se pusieron en marcha de inmediato. Por el camino, William Henry encomió la figura de Eupalino de Megara.

El maestro de las artes mecánicas, dijo. Un Dédalo real. Dédalo, el artífice de las estatuas animadas de las que hablaba Platón.

William Henry vivía en un permanente estado de admiración por el arquitecto de Megara. Nadie antes que él había abierto un túnel como el de Samos, excavando a la vez desde los dos extremos. Existía un túnel similar, el de Hezekiah, en Jerusalén, un siglo más antiguo, pero en opinión de William Henry no era comparable pues su constructor se había limitado a seguir un curso de agua subterráneo, en vez de guiarse por cálculos matemáticos, como hizo Eupalino, el arquitecto que aspiraba a que sus construcciones cantaran.

Y añadió: A veces tengo la impresión de que me habla mientras

duermo. Me sorprendo pensando en si sería diestro o zurdo, si bebía vino mientras trabajaba…

Jon iba al volante. Por el espejo retrovisor vio a su madre, sentada en el asiento trasero, juntar las manos como si rezara y alzar los ojos al techo. William Henry ocupaba el sitio del acompañante. Jon lo miraba de reojo. El arqueólogo tenía un cerco de mugre bajo las uñas. No supo si eso hablaba en contra de su higiene o a favor de su entrega al trabajo. Se fijó también en que la ropa le iba holgada, como si hubiera perdido peso últimamente.

Ama, ¿entiendes lo que dice?, preguntó Jon en castellano.

¿Cómo no lo voy a entender?

La casa del guarda estaba al pie del monte Kastro, por debajo del que discurría el túnel. Se detuvieron y William Henry se apeó. El guarda salió a la puerta masticando algo, escuchó lo que William Henry le dijo mediante cuchicheos, miró el coche y sacó una llave, que llevaba colgada de una cadena alrededor del cuello. Volvió a entrar en la casa sin dejar de masticar y sin haber dicho palabra.

A la entrada se accedía por un sendero de tierra salpicado de basura. La boca del túnel era de sección aproximadamente cuadrada, de metro y medio de lado, y la protegía una puerta de reja que el arqueólogo abrió.

Puesto que no deberían estar allí a esa hora, les explicó William Henry, no podían encender la iluminación. Tendrían que usar linternas. Bastaría con dos. Él se quedó con una y le tendió la otra a Jon, que quiso saber si el túnel era seguro para la niña.

Si usted va con ella, será seguro.

Caminaban encorvados, pegados a la pared derecha. Al otro costado se abría una zanja, asimismo excavada en la roca caliza, cubierta por una reja a modo de protección. Jon apuntó hacia abajo con la linterna. La luz no llegó al fondo. Por allí había discurrido el agua que el túnel suministraba a Pitagoreo.

Agradecieron que el túnel aumentara de altura y pudieran avanzar erguidos. La temperatura había bajado. Procuraban no mirar la zanja, que se diría abismal. De lo visto hasta el momento, era lo único verdaderamente turbador. De cuando en cuando William Henry se detenía y señalaba con su linterna unas marcas en la pared. Eran meras rayas trazadas con algún tipo de pigmento rojo; otras veces,

signos medio borrados que podían ser letras griegas.

Se cree que las escribieron los esclavos.

El arqueólogo añadió que se habían empleado más de cuatro mil esclavos para excavar el kilómetro de longitud del túnel. Él abría la marcha, seguido por la madre de Jon. Unos pasos más atrás, iban Jon y la niña, tomados de la mano.

William Henry miraba de cuando en cuando por encima del hombro para decir algo a la madre de Jon. Parecía como si un acuerdo no escrito los obligara a los dos a sonreír todo el rato. Mientras siguieran sonriendo, todo iría bien.

Jon para nada compartía el entusiasmo de su madre. El túnel no respondía a lo que él pensaba que debía ser una maravilla arquitectónica de la antigüedad. Solo era un agujero en una montaña; sin armonía ni equilibrio ni luz.

No tardaron en llegar adonde se encontraron las excavaciones, que para sorpresa de Jon se cortaban casi en ángulo recto. Había dado por sentado una coincidencia limpia, frente a frente; un esclavo asestaría un golpe de pico que solo parecía uno más y la roca cedería y se abriría un agujero por el que asomaría la luz de la lámpara de aceite de un esclavo del otro equipo. Una vez allí, Jon evocó el momento de manera muy distinta, para nada como un triunfo, sino como un episodio aterrador. Cada día, cuando los sacaban de la ergástula y los obligaban a entrar en el túnel, los esclavos se enfrentaban al pavor de que su avance los condujera a una cavidad oculta en el seno de la montaña, donde dormían seres terribles, y, cuando finalmente los dos grupos se encontraron, los esclavos, cubiertos de sudor y polvo, con los ojos enrojecidos, gritaron de pavor ante la visión de sus iguales.

William Henry les aclaró que, cuando los dos grupos se habían hallado próximos uno al otro, avanzaron en zigzag para facilitar el encuentro. De ahí el corte en ángulo recto.

En el camino de regreso, William Henry les dijo que desde que salió de la universidad había vivido en diferentes lugares del Mediterráneo. Ya antes había caído enamorado de su luz y su historia. Vino especiado servido en copas de oro, chicharras, higos, tiempo medido por el sol durante el día y por el agua de las clepsidras durante la noche, aves de cuyas acrobacias se extraían mensajes,

troncos de cuatro caballos arrojados por un acantilado en sacrificio a los dioses. ¿Cómo no enamorarse?

Habló de la capacidad del Mediterráneo para elevar lo no refinado a la dimensión de mito. Durante la Segunda Guerra Mundial, dijo haciendo pausas enfáticas y sin dejar nunca de sonreír, las dotaciones alemanas e italianas en islas como Samos eran muy reducidas: unos pocos hombres con una ametralladora pesada, puede que un vehículo oruga. Pero eso los llevó a dar lo mejor de sí mismos, les permitió sobresalir. Hombres que en el frente oriental o en el Africa Korps jamás habrían destacado lograron que los isleños susurraran atemorizados sus nombres y especularan sobre su humor, sobre si dormían bien... La noticia de que una comida local les había provocado una mala digestión ponía en tensión a toda la isla. Las armas se mimaban, también se volvían célebres. Circulaban relatos sobre la llegada de tal o cual pieza de recambio. Se bautizaba con nombre propio a una biela, a un cargador de ametralladora, a un bidón de combustible.

William Henry afirmó, basándose en evidencias descubiertas por él y que aún era pronto para publicar, que las obras más ambiciosas del arquitecto de Megara se hallaban todavía por descubrir y que se encontraban en la isla.

A la madre de Jon se le cortó la respiración.

De regreso en el exterior, William Henry pareció inquieto, de pronto deseoso de despedirse de ellos, como si su compañía hubiera sido excesiva para él o como si se le estuviera haciendo tarde. Ni siquiera aceptó que lo llevaran en coche a su casa. Él se encargaría de devolver la llave al guarda del túnel.

¿Vive usted por aquí, en Pitagoreo?, preguntó la madre de Jon.

Cerca. Más o menos.

La madre de Jon agradeció sentidamente la visita y se despidió del arqueólogo con un abrazo que él le devolvió con incomodidad. Luego, como si se sintiera obligado por el gesto de la madre, William Henry abrazó a Jon. A la niña le dedicó una sencilla venia.

Ya habían vuelto a casa, se estaban cambiando de ropa para cenar, cuando Jon descubrió que le faltaba la cartera.

Por la noche descargaron sobre la isla tres tormentas a media máquina, separadas por intervalos de bochorno. Jon no pudo dormir. Estaba seguro de que William Henry le había robado la cartera, a sabiendas de que al día siguiente se iban de la isla y no tendrían tiempo de interponer una denuncia.

Entre la segunda tormenta y la tercera, subió a la azotea. Vio un buque asfaltero incendiado de cuya chimenea manaba una apretada estela de chispas como un cordón umbilical que ligara el barco a las nubes bajas. Llegaban truenos desde diferentes direcciones.

Por la mañana, Ademia llegó a la casa con la noticia de que algo sucedía en el puerto. Ferry no. Ferry no, repetía.

Estaban listos para irse. A Jon no se le había pasado el enfado. Se despidieron de Ademia sin hacer caso a lo que decía.

Ferry no, repitió la mujer, y se encogió de hombros cuando los vio cargar las maletas en el coche.

En el puerto el agua se había vuelto blanca, como una lechada de cal. Las embarcaciones atracadas lucían un cerco grumoso a lo largo de la línea de flotación.

Jon fue a la taquilla del ferry, ante la que había un grupo de turistas consternados. Regresó diciendo que un carguero había perdido parte de su carga y que los contenedores flotaban cerca de la costa. Al parecer suponían un riesgo para la navegación. No se sabía cuándo zarparía el próximo ferry. Ese día, sin duda no.

¿Qué le pasa al agua?, preguntó la niña.

Uno de los contenedores se había abierto. Llevaba leche en polvo. Los pescadores no sabían que hacer. Unos decían que los motores se podían averiar si los ponían en marcha, otros que era peor no moverse.

Fueron a la agencia inmobiliaria. Podían quedarse unos días más en la casa, no había problema. Por la misma razón que a ellos no les era posible irse de la isla, a los siguientes inquilinos no les era posible llegar. Tampoco encontraron inconveniente para prolongar el alquiler del coche.

En la casa, Ademia había sacado los colchones a la calle para orearlos. Se rio al verlos aparecer.

Y ella, la madre: Ahora recuperaremos tu cartera.

No era culpa suya continuar en la isla y, por lo tanto, tener que ir en busca de William Henry. Se podría pensar que, en realidad, ellos ya no estaban en Samos sino alejándose camino de su casa, con la cabeza puesta en la cotidianidad que allí les aguardaba. Se podría pensar que quienes se habían quedado en la isla eran unos dobles suyos, unos recuerdos corpóreos, unos ecos revoltosos, algo que hasta entonces habían llevado dentro pero que habían dejado abandonado en Samos en virtud de una combinación de argucias y prisas, y ahora esos ecos suyos correteaban de un lado a otro haciendo travesuras, sacando el máximo provecho a la libertad que se les había concedido, pues no sabían durante cuánto tiempo se prolongaría, como unos niños poco de fiar a los que sus padres hubieran dejado solos en casa debido a una urgencia inexcusable.

La madre de Jon volvió a la fonda donde había conocido a William Henry. No lo encontró allí, pero, con el argumento de querer contratarlo como guía, consiguió que un camarero arrancara una hoja de una libreta y le dibujara un plano para llegar a su casa.

La vieja cisterna de aceite escogida como puesto de vigilancia parecía una enorme pajarera. Cada vacío dejado por un ladrillo caído, cada mechinal estaban tomados por palomas y gorriones. Zureos y piares rebotaban en las paredes y apenas permitían oír nada del exterior.

No podían enfrentarse a William Henry hallándose presente la niña, y Jon no quería dejarla sola en la casa. En realidad tampoco se quería encarar con William Henry. Nadie sabía adónde los podría llevar eso. Y su madre quería participar. Necesitaba una distracción para aquella prórroga a su estancia en la isla. Y para distraerse pretendía vigilar la casa, esperar a que el arqueólogo, si es que de veras lo era, pues ahora incluso ella lo dudaba, se ausentara, entrar del modo más discreto posible y recuperar la cartera.

La casa de William Henry estaba rodeada por un muro bajo con una vieja rueda de carro a modo de puerta. Frente a la entrada, unos cartones servían de felpudo. No había ninguna otra vivienda cerca.

Llevaban dos horas en la cisterna de aceite y no habían visto a William Henry salir ni entrar en la casa. El agua se les había acabado. La niña estaba quejosa y aburrida.

El puerto seguía teñido de blanco y en la taquilla del ferry no les habían dado esperanzas de que pudieran irse al día siguiente.

Yo vuelvo a casa con ella, dijo la madre. ¿Te quedas un rato más?

Jon resistió el calor otra hora, durante la que no observó ningún movimiento.

Salió de la cisterna y fue a la fonda de la que el arqueólogo era parroquiano. Lo vio sentado en el banco junto a la entrada. William Henry hablaba con una pareja con aspecto de turistas y que al despedirse le dieron unas monedas. El arqueólogo entró en la fonda y volvió a salir con una jarra de vino. Se sentó en el banco a beberla.

Al día siguiente vigilaron la fonda. Cuando vieron aparecer a William Henry, fueron a la casa de este.

La rueda de carro que servía de puerta del muro estaba abierta. Entraron como unos visitantes habituales. Rodearon la casa tanteando las ventanas. La marquetería era de madera y estaba envejecida. La madre escogió una ventana donde el sol del amanecer había combado el marco. La hoja cedía levemente al empujarla. Jon introdujo la punta del gancho para pulpos en el hueco entre la ventana y el marco y tanteó en busca del pestillo.

¿La vas a romper?, preguntó la niña, nerviosa. Por el camino había repetido que no quería ir.

No voy a romper nada.

Pero estaba sacando astillas al marco.

Intercambió una mirada con su madre. Hasta ese momento no habían hecho nada malo, solo observar a distancia a un hombre. Se hallaban a tiempo de dar media vuelta y pasar aquella coda a sus vacaciones bañándose en la piscina y sesteando.

La ventana se abrió. Jon saltó al interior y ayudó a su madre y a su hija a entrar.

Estaban en una cocina pequeña y oscura. Los pies se les pegaban al suelo. Había platos con restos de comida en el fregadero y sobre la encimera. Flotaba un denso olor a ranciedad.

Aquí no ha entrado una mujer en años, susurró la madre con una mueca de asco. Seguro que hay ratas.

La niña se apretó aún más contra su padre.

No las hay, dijo él. Mira.

Había entrado un gato en la cocina. Les dedicó un único maullido.

Claro que hay ratas, insistió la madre. Ese animal está mejor alimentado que su dueño.

Vámonos, dijo la niña.

Enseguida.

La casa la formaban un salón, un baño, al que prefirieron no asomarse, y dos habitaciones. Apenas tenía el mobiliario básico y parecía recuperado de la basura. Las paredes estaban recorridas por grietas de anchura alarmante. Una de las habitaciones era el dormitorio de William Henry. Había una cama individual sin hacer y un armario al que le faltaban las puertas. Jon apartó con el pie prendas de ropa tiradas en el suelo, en busca de su cartera. El gato los había seguido soltando maullidos.

Me quiero ir.

He dicho que en seguida.

La segunda habitación era diferente, lo que no significa que estuviera más limpia u ordenada. Entraron en el despacho de William Henry. En un mapa del Mediterráneo fijado a un tablero de corcho había varios lugares señalados mediante alfileres con cabezas de colores. Como escritorio, una mesa de jardín. La cubrían carpetas y cuadernos. La madre de Jon abrió una carpeta; fotos abarquilladas de anodinos fragmentos de terreno, zanjas que más que pertenecer a una excavación arqueológica parecían destinadas a albergar conducciones de agua o gas. Ella lo contemplaba todo en profundo silencio.

¿Ya nos vamos?, preguntó la niña.

Escucha esto, dijo Jon a su madre. Había cogido uno de los cuadernos. El nombre de Eupalino asomaba aquí y allá. Parecía un diario de las investigaciones de William Henry. Leyó traduciendo del inglés: Esta noche he soñado de nuevo que Eupalino se abría paso hacia mí a través de la tierra, sirviéndose de sus dedos huesudos, para

comparecer ante mi persona, tenderse a mi lado y susurrarme sus secretos al oído.

Hojeó otros dos cuadernos, también dedicados al arquitecto.

Durante la primera parte de su vida, leyó en alto, Eupalino era de la opinión de que nada había más elevado para el espíritu que la labor de construir. Esta actividad podía nutrirse inicialmente de la imaginación y de la desmesura de los sueños, pero durante la ejecución, sus productos se debían concretar en lo factible e inteligible. Fruto de esta poética surgieron sus mayores obras, las que conocemos, y, sin que quepa ninguna duda, otras que fueron arrasadas sin dejar rastro.

La madre asintió calladamente. La niña se había sentado en una cama turca y acariciaba al gato, que se le había encaramado al regazo.

El Eupalino posterior buscó lo contrario, había escrito William Henry con una caligrafía febril. No la destrucción, lo que habría sido demasiado fácil y tosco. Pasó a perseguir el vacío. Se enfrascó en la creación de espacios vacíos. Cubos huecos, sin aberturas, grandes como una habitación. Vacío contenido. Pero eso no era suficiente. Allí dentro continuaba habiendo algo: el aire que llena los pulmones y permite el vuelo de los pájaros. Construyó válvulas de madera, bombas y mangueras de intestino de vaca y extrajo el aire. Le obsesionaba que algo quedara dentro, las trazas. Sus enemigos jurados eran las fisuras y los poros de sus cubos, el intervalo de cierre de las válvulas.

¿Eso es posible?, preguntó la madre.

Lo dudo mucho.

Un día Eupalino se dijo que había alcanzado un límite. No era posible extraer más aire. Si él no era capaz, nadie lo era.

Sin embargo, dentro de los cubos quedaba algo más: esquirlas de piedra, polvo de argamasa. Eso distaba de ser grave, no obstante. Lo que le desvelaba era la posibilidad de lo que pudiera haber. La posibilidad en sí, como entidad e incluso como cuerpo. Porque para Eupalino de Megara el vacío no surgía de la ausencia de elementos, sino que constituía un ente autónomo que anulaba la posibilidad de todo lo demás.

Creo que el gato tiene hambre. O sed, dijo la niña.

La madre de Jon suspiró y fue a la cocina, seguida por la niña y el

gato. Jon tomó asiento en la silla tras el escritorio y siguió leyendo para sí mismo.

Si se taladraba un orificio en el cubo y se obstruía con una cuenta de vidrio antes de que entrara el aire, un rayo de luz penetraría en el interior. Si el cubo se rodeaba de leña y se rociaba con nafta y se le acercaba una antorcha, el calor atravesaría las paredes y se difundiría dentro. Si la luz y el calor estaban allí, era porque el vacío verdadero se hallaba ausente. Si en el cubo se introdujera un reloj de arena, la arena continuaría cayendo. Eupalino deseaba una nada que anulara no solo la luz y el calor, sino el tiempo y el pensamiento y el deseo. Por lo tanto no era ya el vacío lo que perseguía, sino lo imposible. No solo eso. Quería construir lo imposible y encerrarlo entre seis paredes sólidas, fabricadas con materiales de nuestro mundo, porque de tal modo lo imposible, que es íntimo e inseparable de lo incomprensible, quedaría contenido, dominado, encarcelado por lo que es físico, familiar y fiable.

Dejó el cuaderno en la mesa y fue a la cocina. Su madre había puesto agua para el gato en un cuenco.

¿Nos vamos?, preguntó la niña.

Os vais vosotras.

¿Nosotras?, dijo la madre. Pero...

Llevamos mucho aquí. Volved a casa.

¿Y tú?, quiso saber su hija.

Yo buscaré un poco más. Vamos, salta, dijo alzándola hasta la ventana.

Ofreció la mano a su madre para ayudarla a saltar.

Yo prefiero…

No. Volved a casa. ¿De dónde has cogido eso?, preguntó señalando el cuenco del que bebía el gato.

Del fregadero.

Cuida de la niña, dijo Jon ignorando su mirada contrariada. Ahora voy.

Se quedó ante la ventana hasta verlas alejarse campo a través. Volvió al despacho y retomó la lectura con una sensación de lástima creciente.

En total había una veintena de cuadernos. Conformaban una biografía ficticia de Eupalino a la vez que ofrecían un relato de la

obsesión de William Henry, pareja, quizá, a su pérdida de la razón.

Dejó los cuadernos como los había encontrado. Había leído páginas al azar de unos y de otros. Llevaba más de una hora en la casa.

Contempló la habitación mísera y maloliente. Pensó en el hombre que trabajaba allí, un solitario que debía de llevar una vida mendicante; su labor arqueológica, si así se la podía denominar aún, reducida a lo que escribía en los cuadernos. Era imposible que participara en alguna excavación real. No podía contar con ningún respaldo económico ni académico. Imaginó que su familia habría acabado por darle la espalda. La obra de Eupalino, que en un principio había despertado su curiosidad y le había inspirado, había acabado por idiotizarlo.

Jon se levantó y puso la silla en su sitio empujándola con el gancho para pulpos. Recorrió de nuevo la casa. Miró en el armario de William Henry, abrió cajones, revisó el cuarto de baño. Si tenía que tocar algo, lo hacía con el gancho. Inspeccionó el lugar fijándose en cada triste detalle.

Cogió el cuenco donde su madre le había puesto agua al gato y lo devolvió al fregadero. Barrió con la mano las astillas de madera y las escamas de pintura caídas al alféizar cuando forzó la ventana y las guardó en el bolsillo. Al levantar la vista, vio a su madre y a su hija junto a la cisterna de aceite. Estaban tomadas de la mano, mirando hacia la casa, seguramente hacia la ventana a la que él se encontraba asomado. Por un instante, se vio a sí mismo a través de los ojos de ellas: una silueta inconcreta e indecisa tras los cristales casi opacos por el polvo amarillento.

Saltó al exterior. Cerró la ventana desde fuera. No pudo echar el pestillo, pero dudó que William Henry se percatara.

¿Qué hacéis aquí?

Esperarte. ¿Y la cartera?

No la he encontrado. No está. No importa.

En cuanto perdieron de vista la casa del arqueólogo, los asaltó un arrebato de júbilo. La niña se lanzó a corretear. Recuperar la cartera había sido la excusa para entrar en la casa; no haberla encontrado lo era para sacudirse de encima cualquier remordimiento. No habían arrebatado nada a aquel hombre, ni siquiera lo que no le pertenecía.

Llegaron a lo alto de una loma desde donde se veía el mar. El cielo estaba limpio, de un azul deslavado, salvo por una hilera de grandes nubes con forma de yunque posadas sobre el horizonte.

Habían terminado de cenar. Jon y su madre seguían sentados a la mesa bajo el emparrado. La niña estaba dándose el último baño del día en la piscina. La lámpara de gas se apagó. Se había acabado la bombona y no tenían otra.

¿Aita?

Estamos aquí. No pasa nada.

La niña continuó su baño. Al cabo de unos segundos, las siluetas del paisaje se hicieron más nítidas.

¿Volverás a la casa?, preguntó la madre de Jon.

He visto todo lo que había que ver.

¿Seguiste leyendo los cuadernos?

Jon asintió. Recordó que estaban a oscuras. Sí.

Y él, de nuevo, al cabo de una pausa durante la que tomó un sorbo de su copa: Todo lo que contenían era como la historia de los cubos de vacío: imposible de creer, delirios engañosos y fruto a su vez del autoengaño.

Siguió contando que los cuadernos arrancaban como un diario de las investigaciones de William Henry. No obstante, no había llegado a escribir sobre ningún hallazgo. Hablaba sobre lo que esperaba descubrir algún día. Con el paso del tiempo, su objetivo parecía haber pasado de dar con rastros de Eupalino, fueran estos cuales fueran, bien pasmosos, bien decepcionantes, a encontrar algo que coincidiera con lo previamente imaginado, pero esto había crecido tanto, ocupaba para entonces tantas páginas, se había tornado tan complejo y específico, que era imposible que la realidad desvaída y disgregada bajo los suelos mediterráneos lo satisficiera. Por último, desaparecía toda mención a la búsqueda, al afán académico, y no había más que escritura, no ya especulaciones, hipótesis argumentadas en mayor o menor cuantía y contenidas por las riendas de la verosimilitud, sino lo que solo se podía calificar como ficción pura.

¿Cuándo pasó eso?

Jon dijo que hacía años. Todo había pasado hacía muchos años.

La mayoría de los cuadernos eran un relato de ficción y solo ficción, errático e inconcluso, sin un final hacia el que apuntara.

Hizo otra pausa. Volvía a ahogarle la lástima sentida durante la lectura. La madre guardaba silencio.

Jon se interrogó en voz alta sobre si William Henry habría sido consciente del momento en que se produjo el cambio. Quizá la ficción se había presentado como método paliatorio contra el desengaño por no obtener resultados reales, por no desenterrar del suelo de Samos nada de lo que había soñado que allí languidecía.

Luego, quizá, siempre quizá, subrayó Jon, porque a lo mejor lo que él mismo estaba haciendo era a su vez un relato de ficción hilvanado con «quizás», luego el paliativo, el desahogo, disimulado bajo la apariencia de la especulación histórica, se había convertido en una trampa. Para entonces a William Henry quizá ya le habría sido imposible escapar de la enredadera de ficción que había regado y abonado durante años y que había crecido trepando por sus piernas. Para entonces los tallos eran demasiados, se trenzaban unos con otros para dotarse de mayor resistencia mientras no dejaban de distraer a William Henry, de agasajar sus sentidos adornándose con flores siempre distintas, provistas de la capacidad de fecundarse a sí mismas y que desplegaban sus pétalos en las cuatro estaciones del año.

No hablaba en tono declamatorio sino calculador y calmado, escogiendo las palabras adecuadas para expresar lo que había venido pensando desde que saltó por la ventana de la casa de William Henry, haciéndolo comprensible para su madre y también para sí mismo. La madre de Jon emitió un gruñido leve, quizá manifestando su desagrado, quizá su aquiescencia, quizá solo una invitación a que siguiera hablando.

Y él, sin detenerse a pensar si el gruñido de su madre significaba una cosa u otra u otra, sin ni siquiera haberlo oído: Y cabe además preguntarse, porque solo tengo preguntas, ama, porque aunque tú hables de hacer que baje la marea para descubrir lo que es sólido y permanente, esa solidez y esa permanencia no están hechas de certezas sino únicamente de más preguntas, cabe preguntarse no solo si para entonces seguía siendo consciente o no de lo que estaba haciendo, no solo si podía o no escapar de su relato, sino si, en caso de que fuera consciente y en caso de que le fuera posible, si él quería

hacerlo o no. Y se me ocurre otra pregunta. Y la madre: ¿Otra? Y él: Sí, otra. Otra de las muchas que nos podríamos hacer. Nos podríamos preguntar dónde estaba William Henry cuando la enredadera se volvió tan fuerte como para atraparlo, en Samos o en otro sitio, allá donde viviera o estudiara. Cuando viajó aquí, ¿lo hizo motivado por su interés primero de investigador o bien lo hizo por la ficción que a la sazón ya estaba construyendo, para empaparse de este entorno, para abonar la enredadera con una materia aún más nutritiva, para que la enredadera se beneficiara de la por él elogiada capacidad del Mediterráneo para elevar lo no refinado a la condición de mito? O podríamos decir: ¿Vino él o más bien fue traído? Y la madre: ¿Traído por quién? Y él: Por quién no, por qué. Fue traído aquí por la ficción. Y la madre: ¿Cómo responderías tú esas preguntas? ¿Qué piensas que sucedió? Y él, sin necesidad de pensarlo: La única respuesta, o el único material con el que dar forma a una respuesta, ama, es lo que hemos visto: un hombre que se pasa los días en una fonda, a la espera de incautos que lo inviten a beber a cambio de compartir con ellos unas muestras de erudición colorida y manoseada, y que luego, cuando se hace de noche, vuelve a esa casa desolada y escribe, abandonándose a otra clase de borrachera, a una ensoñación enfervorizante que lo evade de la realidad de una manera más atinada y duradera que el vino, ciego a la pobreza de su casa y a la suciedad que se acumula en ella. Y la madre: No parece que mañana podamos irnos. Tienes tiempo aún. Y él: ¿Tiempo para qué? Y ella: Para hablar con él. Y él, como si ella hubiera dicho algo inaceptable, ofensivo incluso: No voy a hablar con él. Y ella, después de emitir otro gruñido, en este caso provocado sin duda por la contrariedad: Y ahora me dirás que no vas a hacerlo porque eso podría causarle daño y dejar a ese hombre en una situación aún peor. Te ampararás en tu sensibilidad y en tu conocimiento íntimo del ser humano, el cual, si de veras lo tienes, es menor de lo que tú presumes que es y procede más de lo que has leído que de lo que has vivido. Me dirás que si no lo haces es por él, no por ti. Cubrirás con una máscara tu interpretación personal, sesgada, miope, y la harás pasar, jugando con las palabras, apropiándote de ellas para ponerlas a tu servicio, por verdad universal, y al hacerlo le darás la espalda a una verdad que no sé si es universal pero que sí es sólida y permanente: que hablar de los problemas nunca es peor que

los propios problemas.

La madre se puso en pie en la oscuridad. La niña seguía bañándose.

Cariño, me voy a la cama. No cojas frío.

Salgo ahora, amama.

Y la madre, a su hijo, en pie junto a él y apoyándole una mano en el hombro: A pesar de todo, te doy las gracias. Y él: ¿Por qué, ama? Y ella: Por haber hablado conmigo.

Buenas noches.

Buenas noches.

La oyó entrar en la casa. Siguió sentado a oscuras bajo el emparrado, esperando que ella volviera. Su madre nunca decía de una sola vez todo lo que tenía que decir. Hacía pausas. Cuando creías que ya te lo había soltado todo, regresaba con más.

La madre no volvió. Jon pensó que lo haría al día siguiente, o en algún otro momento, cuando se hubieran ido de la isla. Entonces continuarían su conversación, quizá.

Es suficiente por hoy. Sal del agua.

La niña obedeció. Él se acercó con una toalla.

Es tarde. No me quiero duchar.

Bueno. Quítate el bañador.

Lo dejaron colgado de la rama de un olivo.

Entraron en la casa. Fueron a la habitación. Bajo la puerta de la madre había una franja de luz. Jon secó el pelo de la niña con un secador de viaje. Sus maletas estaban abiertas en el suelo. Como no sabían cuándo podrían irse, no las habían deshecho, pero con el paso de los días el contenido estaba cada vez más revuelto. A la niña se le cerraban los ojos mientras su padre le secaba los últimos restos de humedad.

Ya está. A la cama.

¿Te quedas aquí hasta que me duerma?

Claro.

Y ella: ¿Me cuentas una historia para que me duerma mejor? Y él: ¿Qué historia? Y ella: Una de las tuyas. Cuéntame la que estás escribiendo ahora. Y él, tras pensarlo un momento: La que estoy escribiendo no. Mejor te cuento otra. Una que te gustará más.

EL VALLE DE LAS ROCAS
UN RELATO EN TRES ACTOS
II. LOS SEIS MONSTRUOS

La navajo dio media vuelta y echó a correr. Acababa de pasar junto a una torrentera seca. Se dirigió hacia allí. Dejó caer el zurrón donde guardaba la verbena del desierto, la milenrama y la jara amarilla que estaba recogiendo. Las riberas de la torrentera eran escarpadas y quizá desanimaran al jinete o a su montura. Se había fijado en que era vieja y estaba mal cuidada. Apenas tenía fuerzas para espantar los tábanos con la cola. Imaginó al caballo deteniéndose por voluntad propia en el borde mismo, cargando el peso sobre los cuartos traseros, con las rodillas temblonas, sin responder a los golpes de rebenque con que el jinete lo azuzaba. Ella saltaría al vacío, rodaría hasta el fondo y treparía por el otro lado. Seguro que el daño sería menor que si el blanco llegaba a atraparla.

No tuvo tiempo de comprobarlo. Andrus la golpeó en la cabeza con el mango del rebenque, terminado en una gruesa argolla de hierro, y la navajo rodó por el suelo y quedó inmóvil.

Sin perderla de vista, Andrus desmontó. Se acercó desenfundando el revólver.

La sorpresa. Esa ha sido la clave. Lo último que esta india se

esperaba es que me lanzara a por ella. Ha reconocido el carromato y me ha reconocido a mí y se ha acercado sin desconfiar, la muy necia. Seguro que pretendía hacer trueque. Nunca desaprovechéis la sorpresa. Ni olvidéis ser precavidos.

Apuntándola con el arma, la registró por si llevaba escondido un cuchillo. El cuerpo estaba inerte. La había golpeado con demasiada fuerza. Enfundó el revólver. El rebenque le colgaba de la muñeca sujeto por un fiador.

Con estas indias nunca se sabe.

La atizó en el muslo. No se movió.

Bueno. Así será menos divertido, pero no por eso vamos a desaprovechar la oportunidad. Fijaos bien. Dentro de poco lo haréis vosotros. O alguien os lo hará a vosotras. Así que os conviene saber cómo va la cosa. Y mejor si aprendéis de uno que sabe bien lo que hace, dijo, y guiñó un ojo.

Se echó atrás el sombrero. Era pálido de piel y estaba quemado por el sol. Una pelusa rubia sobre el labio superior y unos parches en el mentón, eso era todo en cuanto a la barba.

Me desnudaré. No es que una india lo merezca. Pero así lo veréis mejor.

Se quitó la chaqueta, de corte clerical y demasiado grande para él, arrebatada a su padre adoptivo cuando el cuerpo de este aún estaba caliente. Se bajó los tirantes. Los pantalones cayeron hasta los tobillos. Se sacó la camisa por la cabeza. Tenía el torso sonrosado, los hombros pecosos, apenas vello en las axilas. La navajo era aún más joven que él.

Empujándola con el pie, la puso bocarriba. Se arrodilló entre sus piernas y le subió la falda y el refajo. Él se bajó los calzoncillos de lana.

¿Lo veis? Ya estoy dispuesto. Más tiesa no se puede poner. Y ahora, ¿puedo concederme el gusto? Nooo. ¿Qué os he dicho? Sí, aprovecharse de la sorpresa. Pero también ser precavidos.

Apartó varias piedras que había alrededor y con las que la india le podría golpear si se despertaba.

Ahora ya solo podrá tirarme puñados de tierra y por eso no me voy a parar. Llegas justo a tiempo.

Un carromato Conestoga se detuvo a pocos pasos. Lo habían

reconvertido primero para el transporte de una cocina de campaña y sus implementos y luego para el transporte de mercancías. En la lona tensada sobre los arcos, unas letras desvaídas rezaban: *Cocchi & Hijos.* Tiraban de él cuatro bueyes. En el pescante, Osro trabó el freno.

Llevaba el pelo corto y vestía ropa de hombre. Su padre adoptivo la obligaba a disfrazarse así. Aducía que era más seguro para ella, y también para él y su hermano, evitar tentaciones. Luego ella había seguido haciéndolo por comodidad, aunque sin pretender engañar a nadie. Sus nombres también habían venido impuestos por Cocchi. Si alguno cometía el descuido de usar su nombre verdadero, si se le podía llamar así al que les habían dado en el orfanato, se ganaba unos azotes con la tralla de los bueyes. El nombre de Osro era masculino por la misma razón que su ropa.

Tampoco eran hermanos. Cocchi había ido al orfanato buscando un niño que lo ayudara en el trabajo. El elegido fue Andrus. Pero también se fijó en Osro, que llevaba el pelo trasquilado para prevenir los piojos y vestía una combinación andrajosa bajo la que empezaban a abultar las formas femeninas, y se le ocurrió que a ella también le podría dar uso. Llevaba cien dólares para comprar al niño y no estaba dispuesto a soltar ni una moneda más. Las monjas le dejaron llevarse a la niña a cambio de mercancías del carromato. Le costó tres latas de ostras y un saco de levadura adulterada con cal. La violó por primera vez esa misma noche. Andrus, al que por precaución había atado a una rueda del carromato, no perdió detalle.

No te quedes ahí, hermanita. Baja para verme mejor.

Te he dicho que no me llames así.

No le hagáis caso. Le gusta. Lo que pasa es que está enfurruñada porque no le toca a ella pasarlo bien.

Osro se había metido la mano dentro del pantalón y se acariciaba desganadamente.

Aprovecha para hacer lo que yo no te dejo.

Andrus le sonrió sin dejar de moverse encima de la navajo.

No me dejas, pero quieres ver cómo se lo hago a ella.

Osro se acarició más rápido.

Muy bien, dijo Andrus. Fijaos vosotros también. Hoy vais a aprender muchas cosas.

Puso a la india bocabajo. La melena de la chica se enrolló

alrededor de la cabeza como una capucha negra. Le volvió a subir la ropa y forcejeó con el cuerpo. Quería que se quedara con las rodillas apuntaladas en el suelo y el culo levantado.

¿Por qué no haces algo útil y bajas a ayudarme?

Osro saltó del carromato. Se arrodilló sobre los hombros de la chica y le alzó la cadera.

Andrus se escupió en la mano y se la restregó por la polla.

Atentos.

Esto lo sabe porque se lo han hecho a él, dijo Osro. Como los dos vestimos igual, a veces Cocchi lo confundía conmigo. Y ya que había empezado, terminaba el trabajo. Al final le daba igual uno u otro. ¿Te desconcentro?

Andrus negó con la cabeza. Movía la cadera atrás y adelante mirando a Osro a los ojos. Ella arrugó la nariz.

Esta india apesta. Seguro que se llama Animal que Hiede Mientras le Meten por el Culo una Polla Demasiado Buena para Ella.

A Andrus se le escapó una carcajada. La cara se le había puesto de un rojo encendido. Resoplaba por la nariz. Osro le acarició el pecho lampiño, los hombros.

¿Lo vas a soltar? ¿Le vas a dar a la india tu diarrea blanca? Dásela. Dásela. Dásela, hermanito.

Andrus gruñó, cerró los ojos y se inclinó despacio hacia delante, hasta apoyar la frente contra la de ella. Se quedaron así unos segundos, formando un triángulo, él, ella y la india debajo. Al cabo, Andrus se levantó y se subió los calzoncillos y los pantalones.

¿Qué? ¿Lo habéis visto bien?

Osro también se puso en pie, desenganchó una pala de un costado del carromato y la tiró junto a la navajo.

Termina la lección.

Un minuto.

Ya nos hemos entretenido demasiado.

Andrus cogió la pala y empezó a cavar.

Ahora hay que enterrarla. Para hacerla desaparecer. Y borrar las huellas de lo que ha pasado.

Osro había recogido el zurrón de la navajo. Miró dentro por si había algo de valor y lo tiró junto al cuerpo.

¿Por qué lo hacemos?, siguió Andrus. En primer lugar, no

queremos que los navajos sepan lo que ha pasado y nos sigan la pista, ¿verdad? Esa es una buena razón. Pero también hay otras. A lo mejor después de hacer algo así os asalta la vergüenza y queréis ocultarlo. Sobre todo si es la primera vez o no os habéis acostumbrado todavía. A lo mejor queréis hacer como si no hubiera sucedido nada, igual que las bestias que entierran sus excrementos.

Hablaba sin dejar de cavar. Osro había cortado un manojo de ramas de salvia y barría las huellas de la navajo.

Es importante, continuó Andrus, que de este trabajo se ocupe el que ha disfrutado. Es una labor ingrata, como veis. Lo que ahora me gustaría hacer es montar a caballo, liar un cigarrillo y seguir adelante, desentenderme de lo que dejo atrás. Pero de esta manera, engrosándome los callos de las manos al cavar una tumba para alguien que no me importa una mierda, valoro lo que he hecho. Lo valoro ahora y, sobre todo, lo he valorado antes. No me he lanzado al galope detrás de la india sin haberlo pensado, obedeciendo solo a la picazón en los huevos. He reflexionado si la picazón era tan fuerte como para que aliviarla compensara el trabajo que me esperaba después.

Salió de la tumba. Osro tiró adentro a la india empujándola con el pie.

La que Va a Tragar Tierra por Toda la Eternidad.

Echó también el zurrón. Andrus rellenó la tumba. Terminaron de borrar las huellas.

¿Todos listos? En marcha.

Osro subió al pescante y Andrus montó a caballo.

Unas horas después asomó frente a ellos el perfil del Valle de las Rocas. Lo rodearon por el sur. No les preocupaba que los navajos los vieran. El carromato de Cocchi era bienvenido en el valle, pero en la medida de lo posible preferían evitar los encuentros. No estaban allí para hacer negocios, o no a la manera acostumbrada.

Bordearon la mesa del Ave de Trueno hasta dar con la cueva. Cocchi los había llevado allí dos años antes, buscando abrigo contra un temporal de nieve. El techo alcanzaba los cincuenta pies de altura y en el punto más elevado se abría un orificio por el que se veía el cielo, ya apenas iluminado a esa hora. El orificio era lo bastante amplio como para tragarse a un caballo y tenía la forma de un ojo humano. La lluvia que se colaba por él había pintado en la piedra

arenisca unas franjas oscuras similares a pestañas. Desde la comisura del ojo descendía por la pared de la cueva otro rastro oscuro, y donde tocaba el suelo crecía un enebro.

Desuncieron los bueyes y antes de montar el campamento les dieron de comer y de beber. Osro y Andrus encendieron un fuego.

¿Quieres ir ahora?, preguntó Osro.

Mañana. Estaremos allí cuando amanezca.

Hablaban con las cabezas juntas y en voz muy baja, igual que si intercambiaran palabras de cariño. Tenían cuidado de apenas mover los labios. Tampoco se miraban. Simulaban atender solo el fuego. La cueva tenía una acústica particular, las palabras dichas en un extremo, por bajo que se pronunciaran, se oían claramente en el extremo opuesto.

¿Tú y yo solos?

Andrus asintió. Y ahora vamos a preparar algo de comer, añadió levantando la voz.

Cuando se pusieron en marcha era aún de noche. No dijeron nada. No prepararon café. Andrus montó en su caballo y Osro en el que llevaban atado a la parte trasera del carromato. Volvieron a rodear el valle por el sur, en el sentido contrario al seguido la víspera.

¿Nos separamos?…, propuso Osro. Yo puedo ir a la casa del negro.

Andrus dijo que no. Quería verlo todo y que ella lo viera también.

Escondieron los caballos al sur de la Black Mesa y la bordearon pegados a la roca, hasta ver el almacén de Dunbar. Se tumbaron tras una mata de incienso. El aroma de las hojas los serenó un poco. Manaba humo de la chimenea. En el corral había tres caballos. No tardaron en verlo. Salió de la casa y entró en el almacén. Siguieron vigilando una hora, durante la que no vieron a nadie más. Andrus hizo una seña a Osro para que se fueran. Retrocedieron arrastrándose.

De camino a la casa de Baca evitaron los terrenos elevados. Había pieles secas de coyote clavadas a la fachada de madera. Pipa Colorada trajinaba lastrada por el embarazo. Baca y su hijo Lorenzo cuidaban de las ovejas. Una vez ubicados todos los personajes, los falsos hermanos emprendieron la vuelta a la cueva.

Quiero parar, dijo Osro.

¿Por qué?

Quiero parar.

Bien.

Estaban a mitad de camino.

Encendieron una lumbre. Mantuvieron las llamas bajas, lo justo para preparar café, sin hacer casi humo.

Tengo frío, dijo ella. Tengo frío, repitió poco después.

Estaban acuclillados junto al fuego.

No sé por qué te quedaste tú con el abrigo de Cocchi.

Tú te quedaste con las botas.

Tengo frío.

Andrus se quitó el abrigo y se lo echó a su falsa hermana sobre los hombros.

Gracias. Prefiero hablar aquí. Donde no nos oigan.

¿Por qué?

Tengo la cabeza más clara si no están.

No te entiendo.

Nunca hablan.

No molestan. Se las apañan solos. ¿Cuál es el problema?

No hablan, pero los oigo en mi cabeza.

¿Cómo los oyes en tu cabeza?

¿Tú no?

Andrus le aseguró que no. No sabía de qué le estaba hablando, dijo, aunque lo sabía muy bien.

La falsa hermana dijo que a veces tenía la impresión de que pensaban por ella. Lo que creía que eran sus propios pensamientos eran en realidad los de ellos. Miró al falso hermano esperando que la acusara de estar loca. Él revolvió las brasas con un palo.

Por eso prefiero que hablemos cuando no están.

Andrus tomó un sorbo de café.

Yo a veces pienso que siempre están, aunque no los veamos.

Les hablas como si siempre estuvieran, dijo ella.

Lo hago sin darme cuenta. Joder, tú tampoco me das mucha conversación.

Y de esa boca tuya solo salen necedades.

Guardaron silencio, enfurruñados, cogiendo piedrecitas del suelo y lanzándolas lejos con una mueca de desprecio.

Podríamos haberlo matado antes, dijo ella. Con el rifle.

No sé. Prefiero asegurarme.

Eso sería asegurarse. O tenderle una emboscada.

Que lo hagan ellos. Para eso los hemos traído.

¿Y si no lo consiguen?

Seguro que sí.

¿Y si no?

Entonces el rifle.

Andrus repasó el plan. Simuló entusiasmarse para animar a su falsa hermana. Lo primero que harían cuando estuviera muerto sería ir a ver al negro. Le enseñarían el cadáver de Dunbar y le dirían que ahora el almacén era de ellos, de Osro y de Andrus. Le ofrecerían ser el gerente.

¿Podrá? ¿Crees que sabe leer y escribir?

Tú tampoco sabes. Ni yo. Y nos encargaríamos del almacén.

Pero es negro.

Se las apañará. No tendrá más remedio. Y es mejor que pastorear ovejas. Seguro que se alegra. Tiene preñada a la india. Un negro y una india, lo que hay que ver.

Nos robará.

Nos robará. Pero no mucho porque hemos matado al Basilisco. Y porque podemos volver en cualquier momento. Y no querrá que nos enfademos.

No la estaba animando. Osro sorbía el café con la vista perdida en el fuego. Encorvada como estaba, la camisa se le había entreabierto dejando ver el comienzo de un pecho. Andrus se arrimó a ella y le pasó un brazo sobre los hombros. Ahora le veía el pezón.

Tranquila. No tenemos más que matar a Dunbar. Todo lo demás caerá por su propio peso.

No lo vamos a matar nosotros.

Lo vamos a matar nosotros. Será como si lo hiciéramos. ¿No somos los que lo hemos pensado todo?

Osro inspiró hondo y suspiró. De reojo, su falso hermano vio el pecho subir y bajar.

Nos haremos con más almacenes. Solo tendremos que plantarnos delante y enseñar el cadáver. Estoy dispuesto a disecar a ese cabrón. Si hace falta, lo aúpo en una plataforma encima del carro. Y, cuando no queden más que el pellejo y los huesos, enseñaré el pellejo y los huesos. Enseñaré su puta momia. Voy a pasear sus restos por todo

Utah, Arizona y Nevada. Podemos llevarlo hasta California, si nos da por ver el mar. Y en cada sitio por donde pasemos y haya un almacén, nos hacemos con él y dejamos a un gerente.

Estoy cansada de vivir en un carromato.

Lo sé. Cuando tengamos unos cuantos almacenes, buscaremos a alguien que se ocupe de visitarlos con el carromato. Además, para entonces ya no nos bastará con uno solo. Nos harán falta tres carromatos, o cuatro, o diez, quién sabe.

¿Y dónde viviremos?

Andrus la estrechó contra él. Le metió una mano por dentro de la camisa y le acarició el pecho. El pezón se endureció de inmediato.

En una casa. Tendremos una casa para nosotros.

¿Solo para nosotros?

Andrus le susurró que sí. Ella había cerrado los ojos. La taza de estaño le colgaba del índice, olvidada. Por fin se estaba relajando. Le abrió otro botón. Ella sonrió. Se dejó acariciar el otro pecho.

¿Y ellos?

Ellos no estarán. Ya no los necesitaremos.

¿Así de fácil?

¿Por qué no? Igual que los encontramos, los podemos perder.

Las palabras le salían flojas. En breve tendría que bajarse los pantalones y decirle a su falsa hermana que con nadie se le ponía tan dura como con ella. Eso siempre la terminaba de convencer.

¿Y qué pasa con los indios?

¿Qué indios?

La falsa hermana hizo un gesto con la barbilla señalando a su alrededor.

Los navajos. ¿Qué les parecerá que matemos a Dunbar?

No les importará, siempre que haya alguien que les siga vendiendo sartenes y azúcar. Y al negro lo conocen. Otra razón para ponerlo de gerente. Está familiarizado con los navajos. Sabe tratar con ellos. Cocchi nunca lo habría pensado. Solo porque es negro. Pero nosotros vemos más allá.

Nosotros sabemos cuidarnos mejor.

Se tumbaron junto a lo que quedaba del fuego.

Prolongaron la diversión cazando coyotes. Volvieron a la cueva con siete piezas. El único propósito: dejarse ver junto a algo que

habían matado. Con los troncos acarreados la víspera para tener leña, confeccionaron dos soportes en forma de trípode. Apoyada en el extremo superior de ambos, colocaron la rama más recta y larga que consiguieron, y de la rama colgaron por el cuello a los coyotes, que conformaron una suerte de telón sanguinolento. Lo hicieron sin hablar. Se sentaron tras el telón y encendieron una hoguera. Las llamas proyectaron sobre la pared de la cueva sus sombras encorvadas. A ellos solo se les entreveía tras los animales muertos.

Andrus tomó la palabra.

Estamos en territorio navajo. Un pueblo rico en leyendas. Algunas hablan de las criaturas nacidas de mujeres que no eligieron a hombres para ayuntarse. Hubo en el cuarto mundo de los navajos una mujer que se dio placer con un cuerno de antílope. Y quedó encinta. Al cabo de nueve meses parió a un niño. Su tribu celebró un consejo para decidir si aquel niño podía vivir con ellos. Decidieron que no podía. En realidad, decidieron que debía morir, pero nadie estaba dispuesto a dar muerte a un niño que al menos en parte compartía su sangre. Así que concluyeron abandonarlo en el fondo de una barranca donde no había agua ni alimento y por donde gustaban de transitar las alimañas. Sin embargo, aquel niño, que no era navajo sino algo más, sobrevivió y creció y se hizo fuerte. Se convirtió en el Monstruo Cornudo.

Las palabras de Andrus viajaban nítidas y certeras. No atravesaban el telón de coyotes muertos. Lo rodeaban. Viajaban recorriendo las paredes de piedra sin toparse con obstáculo alguno que las desgastara o tergiversara.

Y Osro: Hubo otra mujer que se dio placer con una pluma de águila. Y también quedó preñada. Parió a un niño con los hombros cubiertos de plumas, un bebé que asimismo fue motivo de un consejo de su tribu y sobre el que también se concluyó que había de ser abandonado en un lugar implacable y maligno, como pensaban que era él, y se hallaban en lo cierto. Lo abandonaron en el centro de un desierto de álcali, desde donde no se divisaba más que un horizonte blanco y llano. Pero aun así el niño sobrevivió, y se convirtió en el Monstruo Águila.

Y él: Otra mujer gozó con un canto rodado. Su hijo tuvo la piel más dura que la de cualquier navajo, y los suyos lo abandonaron en

una grieta en mitad de un acantilado, hasta donde se descolgaron con cuerdas y de donde no existía salida, más que la muerte segura que ofrecía un salto al vacío. Y aquel niño también sobrevivió, y más tarde lo llamaron el Monstruo que Arroja a Patadas a los Hombres por el Acantilado.

Y ella: Yo os hablaré ahora de la cuarta mujer navajo, la que se metió entre las piernas un cactus al que le había quitado todas las espinas. Como premio a su osadía, parió gemelos, destinados también al rechazo y el destierro: los Monstruos que Matan con la Mirada.

Y él: La quinta de aquellas mujeres había ido a recoger agua al río al amanecer. No habiendo nadie en los alrededores, aprovechó para hacer de vientre y luego cogió un guijarro de la orilla para limpiarse. Los primeros rayos del sol habían calentado aquel guijarro, que la corriente del río había redondeado y pulido, y a ella se le ocurrió probar cómo se sentía aquel calor y aquella lisura entre sus piernas. De inmediato quedó encinta y al cabo de solo nueve días parió un niño que ella misma abandonó en un pedregal. Claro está que el destino de aquel niño era la supervivencia y ser conocido como el Gran Gigante.

Y ella: Y fueron grandes el sufrimiento y el desvelo con que los seis monstruos escarmentaron a los navajos por haberlos abandonado.

Y él: Vosotros sois como aquellos niños. También a vosotros os abandonaron. Y también sois poderosos.

Y ella: Hay una diferencia importante. A vosotros os encontramos y os cuidamos.

Y él: Volvimos al orfanato donde crecimos. Queríamos ofrecer a algún niño una oportunidad mejor que la que se nos dio a nosotros. Perseguíamos una compensación. Sin embargo, cuando al cabo de varios años vimos el sitio de nuevo, no esperamos encontrar a nadie.

No esperaron encontrar a nadie porque las monjas lo habían abandonado. Casi había desaparecido el camino que llevaba hasta allí. Ninguna huella lo señalaba. En algún momento se había levantado un andamiaje de madera para reparar el tejado y ahora el tejado se había hundido mientras que el andamiaje aún continuaba en pie. El revoque de los muros se había desprendido y sus restos, como viejas conchas marinas de un blanco mate, asomaban entre la arena apilada por el viento contra los muros. La campana de la capilla yacía en el suelo,

lejos de la construcción. Alguien había intentado llevársela a rastras y había desistido. En su seno alguna criatura había levantado un nido.

Y ella: Cualquier otro, ante tamaña ruina, habría dejado que su determinación se arrugara y habría dado media vuelta. Nosotros no.

Y él: Nosotros entramos.

Y ella: Era mucho más grande de lo que recordábamos.

Llegaron a dudar que aquel fuera el sitio donde unas manos desconocidas los habían dejado a los pocos días de nacer. Buscando el dormitorio donde todos los niños dormían juntos, de dos en dos y de tres en tres en cada cama, se adentraron por un corredor abovedado que los condujo a unas escaleras que descendían hacia la oscuridad y que ellos nunca habían visto. Volvieron al carromato a por faroles, los dos; ninguno se quiso quedar solo.

Las escaleras los llevaron a otro corredor. La luz de los faroles no llegaba a alumbrar el otro extremo. Las paredes conservaban el revoque, pero lo cubría una mugre cenicienta. A los costados había puertas, algunas de metal, roblonadas, como cajas de caudales, la mayoría cerradas. Arrimaban la oreja a la superficie herrumbrosa y oían un zumbido sordo y continuo al otro lado.

Y ella: Bien está que sepáis que otros no habrían seguido adelante.

Y él: Bien está que sepáis la resolución puesta en juego.

Y ella: El temor doblegado.

Y él: No olvidéis que nosotros crecimos allí y que ningún buen recuerdo guardamos del lugar.

No obstante, no era el orfanato que habían conocido. El corredor se ramificaba y ellos avanzaban guiados por la curiosidad o azuzados por el temor. Sin que se percataran de cuándo se producía el cambio, el suelo que pisaban era ahora de madera, ahora de piedra, ahora de mármol negro. Era como si aquellos pasajes subterráneos los hubieron llevado a otro edificio, del que no había rastro sobre la superficie. Las paredes y el techo de los corredores estaban recorridos por haces de conductos metálicos, calientes al tacto y cubiertos de telarañas polvorientas.

Fueron a parar a otras escaleras. Subieron varios tramos, pero continuaron a oscuras. ¿Estaban aún bajo el nivel del suelo? No obstante, antes no habían tenido la impresión de bajar tanto. Enfilaron otro pasillo. Tanteaban puertas al azar. Detrás de las que se abrían:

estancias con apariencia de bibliotecas, con hileras de estanterías repletas de libros agrisados, y en el suelo una capa de papeles con letras impresas que les llegaba por encima de los tobillos; aulas, tantas que perdieron la cuenta de las que llevaban vistas, algunas tan amplias como plateas de teatro; lugares que identificaron en parte como bodega, en parte como cocina, con largas mesas provistas de mecheros de alcohol y fregaderos, y cubiertas por una panoplia de recipientes de cristal, algunos conectados entre sí mediante serpentines; y en las salas mayores, artefactos mecánicos que abundaban en bielas, ejes, ruedas, depósitos y válvulas, todo de un metal negro mate, y donde confluían los conductos del techo y de las paredes, y que ellos, en un apreciable ejercicio de cordura, compararon con locomotoras despojadas de ruedas y chimeneas.

Y él: Seguimos adelante.

Y ella: Finalmente os encontramos. Abrimos otra puerta y allí estabais.

Para entonces habían subido y bajado tantas escaleras y recorrido tantos pasillos que se encontraban completamente desorientados. Empujaron una puerta. No se diferenciaba en nada de todas las de aquel corredor. Podrían haber pasado por delante sin fijarse en ella. Como en los anteriores casos, los guio nada más que el capricho.

Un aula; por lo menos había pupitres, la mayoría reducidos a astillas y serrín de pura vejez. Solo quedaban los justos para ellos.

Y ella, con una risa nerviosa: Tan tranquilos. Muy callados.

Y él: ¿Cómo podíais vivir allí? ¿Qué comíais?

No comíamos.

Y ella: ¿De dónde sacabais el agua? El pozo estaba seco.

No pueden oírnos.

Y ella de nuevo: La puerta no estaba cerrada. Podríais haberos ido.

Y él: Nos estaban esperando. Eso fue. Nos esperabais.

Bebíamos en los laboratorios.
Los restos en el fondo de probetas y matraces.
Nada más que un sorbo cada vez para que durara todo lo posible.

En realidad había para una eternidad.

Sin decir palabra ni manifestar ninguna emoción, se habían puesto en pie y guiado a los falsos hermanos por el dédalo de corredores y escaleras hasta el exterior.

Desde entonces los habían acompañado. No hacían preguntas. No pedían nada. Siempre atentos al generoso magisterio de Osro y de Andrus.

Y él, no lo olvidemos, desde detrás del telón de coyotes muertos, con su sombra proyectada por las llamas de la hoguera, contando con la resonancia metálica dotada por la cueva a sus palabras, envuelto en todo ese dramatismo buscado: Ha llegado el momento de llevar a cabo el propósito por el que nos esperabais en aquella ruina de malos recuerdos. Nosotros, los abandonados, nosotros y vosotros, nos labraremos el porvenir que nuestros padres y madres y todos con los que después hemos tenido la mala fortuna de vivir quisieron segar. Y como compensación por el tiempo perdido y las afrentas padecidas, lo que no se nos quiera dar de buena voluntad, nosotros lo tomaremos.

Escuchad. Escuchad.

Y él de nuevo: Mañana visitaremos a un hombre que ha amasado una fortuna inmerecida, por lo que es de justicia que nosotros, que no hemos conocido más que la privación material, además del desprecio y el rigor injustificado, cuando no el abuso, le arrebatemos su riqueza. Es un hombre engañoso y tornadizo.

Y ella, susurrando para que solo la oyera su falso hermano: No te entenderán. Apenas lo hago yo.

Y él, al cabo de una pausa en la que buscó palabras comprensibles, ahuecando la voz: Ese hombre es dueño de un tesoro. Todo un filón de plata en forma de brazaletes y colgantes labrados por los navajos. Turquesas tan grandes como el corazón de un bisonte. Piezas que los indios, en su cortedad de mente y de espíritu, le han venido entregando durante años a cambio de las vituallas miserables que ese hombre ofrece en su almacén.

Mientras hablaba, Andrus veía en su cabeza a John Dunbar tal como lo había visto por la mañana: un hombre ceñudo que tomaba café de verdad, nada del maíz con sorgo tostado y molido que bebían

ellos, un hombre que desde el porche de su sólida casa, demasiado grande para él, se deleitaba contemplando el paisaje mientras esperaba la llegada de incautos a los que timar. Osro recordaba la misma imagen, junto con el perro fiel que recibía una caricia distraída de Dunbar, junto con los caballos del corral, más caballos de los que necesita cualquier persona, junto con el sol que, en cuanto asomó sobre el perfil dentado del Valle de las Rocas, se apresuró, como un sirviente disciplinado, a alumbrar y templar con sus rayos el rincón del universo donde vivía aquel hombre, mientras el resto del mundo tenía que esperar en la oscuridad, tiritando.

Es él.
Por fin sabemos dónde está.

La atmósfera en la cueva se tensó como cuando la sombra del zorro se desliza ante la conejera. Los falsos hermanos lo percibieron. Intercambiaron una mirada.

Y él, ansioso por terminar: Lo suyo será nuestro. Mañana al amanecer nos presentaremos en la casa de ese hombre y le arrebataremos su tesoro. Nunca habréis visto más riquezas juntas. Con ellas empezaremos a labrar nuestro futuro. Esta noche descansaremos libres de toda inquietud y temor, pues el tesoro ya nos pertenece, salvo que no está aún en nuestras manos. Nada puede torcer tal destino porque nada puede oponerse a la voluntad de los seis monstruos. A vuestra voluntad.

Nosotros no somos esos monstruos.

No esperaron al amanecer. Se pusieron en marcha esa misma noche. Salieron de la cueva y contemplaron el Valle de las Rocas. El Valle de las Rocas los contempló a ellos. Se comprendieron.

El sitio de donde procedían tenía algo en común con el valle: ambos existían al margen de la historia. Entrar en ellos implicaba desligarse de cuanto sucedía en el exterior, en un caso de manera voluntaria y en el otro forzosa. La vida proseguía, salvo que en una suerte de esfera diferente y apartada de cuanto había fuera del valle y fuera del, llamémoslo así, antivalle. No obstante, era muy distinto el modo como la vida transcurría en los dos lugares. Mientras que en el

valle se ceñía a los ritmos y los estadios naturales —nacimiento, crecimiento, reproducción y muerte, noche y día, estaciones del año, periodos de cosecha—, en el antivalle la vida, si es que de vida se la puede calificar, cosa que dudamos, discurría con la lentitud propia del letargo, propia del desprecio a cuanto una criatura sentiente puede hacer e imaginar, la vida avanzaba arrastrando los pies, con la mente embotada, presa de toses y de un escalofrío continuo, por un pasillo inacabable, polvoriento, con un embaldosado de colores fríos, combinados sin armonía, alumbrado por lámparas de luz cruda e inclemente que evidenciaba hasta el último rincón, para que ningún detalle de la tristeza del lugar se pudiera pasar por alto, todo de una zafiedad intencionada, obra de un arquitecto necio, que había renegado de la calidez y de la comodidad, y que debía de odiar a los futuros moradores de su obra, un pasillo que solo conducía a la decadencia, la degeneración y el afeamiento, y esto asimismo de un modo innegable, imposible de soslayar, a la vez que de una morosidad glaciar que imposibilitaba ver, incluso concebir, el final de la condena; los techos se seguirían enmoheciendo para siempre, las telarañas acumulándose unas sobre otras, gruesas como colchas de invierno, las paredes recolocándose para despojarte de todo rincón privado y protegido. Siempre restaría por delante otro tropiezo, otra decepción, otra postergación, otra renuncia, otra ilusión calcinada. El valle era santuario y refugio. El antivalle, trampa y prisión.

Hasta en plena noche el Valle de las Rocas exhibía más luz y color que el sitio de donde venían. Después de que Osro y Andrus los descubrieran en el antivalle y los invitaran a seguirlos, ellos habían persistido en la suerte de catalepsia animada en que habían vivido hasta entonces, en parte lastrados por la inercia del hábito, en parte por la incredulidad, en parte por la incomprensión. Hasta esta noche, en que por fin se les había revelado la razón por la que viajaban por un paisaje cambiante. Echaron a correr sin escoger ninguna dirección en particular, sabedores, sin que hubiera transitado ni un destello de reflexión por sus mentes atrofiadas, de que el valle pondría a su servicio su mutabilidad espacial para que fueran a parar a su destino.

Trepaban a las peñas y saltaban. Se revolcaban por el suelo. Hacían carreras. Sin ningún miedo, metían el brazo en cualquier hueco entre las rocas, en busca de apresar algo, lo que fuera. Dos de

ellos dieron con serpientes de cascabel. Los reptiles se les enroscaron en los brazos, desencajaron la mandíbula como quien fuerza las cubiertas de un libro, cabe incluso que llegaran a morderlos, que alguno vaciara su glándula de veneno en una extremidad escuálida y grisácea. Si esto sucedió, ellos no mostraron ningún síntoma de envenenamiento. Continuaron corriendo, los cuerpos de las serpientes sujetos por el cascabel, haciéndolos girar, zumbar, por encima de la cabeza como un látigo y despertando la envidia de los demás, que voltearon piedras en busca de serpientes dormidas. Eran mucho más atrayentes que las armas que habían cogido a los falsos hermanos.

Dejaron los juegos y marcharon en formación apretada, blandiendo serpientes, cuchillos y armas de fuego hacia la casa de quien recordaban, intuían, sabían, sí, sabían, que quizá no era el responsable primero pero seguro que sí era el beneficiario primero del largo encierro padecido. Se encaminaron hacia la casa donde John Dunbar, sentado en una mecedora, leía la *Anábasis* de Jenofonte.

Cerró el libro y lo dejó en la mesa. El relato de aquel largo y calamitoso regreso a casa le despertaba la melancolía. Hacía más de dos meses que Lucrecia y Felicidad habían partido hacia San Francisco. La única vez que John había pasado tanto tiempo separado de Lucrecia fue cuando él estuvo en el Paraíso de los Hombres. Ella había emprendido la ruta de regreso al este; aún conservaba la intención de retomar los negocios de su familia. No estaban casados entonces, no se conocían como ahora, no eran tan enormes los motivos para echarla de menos.

Y Felicidad. No compartir con su hija su primera visita a una gran urbe le causaba una tristeza diferente a cuantas había conocido, un sentimiento en sordina pero insoslayable por las impresiones con que se hacía acompañar: pérdida, irrevocabilidad innegociable y fracaso íntimo.

Sin que pudiera evitarlo, pese a ser consciente de que pensando así era injusto con Lucrecia y con su hija, sobre todo con Lucrecia, por

ser esta adulta y la más responsable en lo que a sus emociones concernía, John se fustigaba con la idea de que se estaban olvidando rápidamente de él, de que en realidad ya lo habían hecho. Imaginaba que en cuanto tomaron la diligencia en Tuba City, el recuerdo del marido y del padre se había empezado a desdibujar y seguidamente a desmoronar hasta no dejar rastro, como una escultura de arena ante el azote de un vendaval. La imagen no venía al caso solo por el carácter efímero de la obra en arena sino asimismo por lo que en esta había de banal y superfluo.

La semana anterior había enviado a Baca con la carreta a Tuba City. Había puesto como disculpa que hacían falta varias cosas para el almacén. La verdadera razón era comprobar si había llegado algún telegrama de Lucrecia en que le dijera cuándo planeaba regresar o, al menos, cómo se encontraban ella y la niña. Baca había partido encantado ante la perspectiva de pasar una noche en el pueblo. Había vuelto al cabo de cuatro días, sin que el trayecto de retorno hubiera bastado para que se le pasara la resaca y sin noticias de Lucrecia.

John se puso bruscamente en pie, decidido a buscar una ocupación que le distrajera. La mecedora se zarandeó briosa. Horacio, que había estado dormitando, levantó la cabeza y miró a su amo. En la mesa, junto a la *Anábasis,* había un revólver. John lo guardó en la funda de la cartuchera. Desde que su familia se había ido, siempre iba armado. Había un rifle junto a la puerta y más armas repartidas por la casa, todas cargadas.

Se sirvió café. Se había acostumbrado a tomarlo como hacían los navajos, con azúcar y leche de cabra. En la cocina había un barreño lleno de platos sucios. Hacía días que no fregaba. A la hora de las comidas, sacaba del barreño un plato que le pareciera aceptablemente limpio, le rascaba con las uñas algún resto de comida y lo reutilizaba. Sobre un fogón estaba la cazuela de chile navajo preparada la víspera y que esperaba que le durara una semana. Pipa Colorada ya no se ocupaba de la casa; John había prescindido de ella. Una capa de polvo y tierra cubría el suelo. John nunca había sacudido las alfombras fabricadas por Lucrecia cosiendo mantas del ejército.

Bajó la llama de la lámpara y recorrió la casa deteniéndose a mirar por cada ventana. No vio nada. Cesaron los crujidos de la mecedora. Tampoco se oía nada. Llevando consigo la taza de café,

salió al porche. No había mucho que hacer para distraerse.

Los primeros días después de que su familia se fuera, cada mañana había ido a inspeccionar el valle. Nunca veía nada sospechoso. Cambió de estrategia. Si algo venía a por él, John se lo pondría fácil. Se quedó en casa. Además contaba con los navajos para que lo informaran. Estaban mucho más al tanto que él de cuanto sucedía en el valle.

El trabajo en el almacén no era tan exigente como para apartar de su cabeza a Lucrecia y a Felicidad. Tampoco tenía ya una disculpa para enviar a Baca a Tuba City. Los navajos habían avistado el carromato de Cocchi. No habían visto a Cocchi pero sí a sus hijos, Osro y Andrus, además de a unos niños que los acompañaban. John daba por sentado que aparecerían por allí en cualquier momento. El almacén quedaría provisto para una buena temporada.

Volvió adentro. A los pies de la cama había un baúl donde Lucrecia guardaba la correspondencia de negocios, junto con recuerdos y pertenencias a las que otorgaba un valor especial. No estaba cerrado. De nuevo, reprimió el impulso de comprobar si se había llevado algo. El baúl estaba cubierto por una manta navajo, la que habían intercambiado por una sartén el día en que llegaron al Valle de las Rocas. Lucrecia le tenía mucho cariño. No se habría ido para siempre sin llevársela. Por otro lado, pensó John, si se la hubiera llevado, eso habría sido un motivo de alarma para él, y ella no habría tenido tiempo de poner tierra de por medio. Lucrecia podía haber dejado la manta para encubrir su abandono. Era capaz de eso y de mucho más. Desde que John la conocía, ella le había demostrado en repetidas ocasiones su amplia competencia para la renuncia.

Tiró la taza al barreño de los platos sucios. Horacio se acercó a la puerta y gimió.

¿Qué pasa?

John se asomó a una ventana. A otra.

No hay nada. ¿Quieres salir?

Horacio soltó un gemido ronco. Estaba viejo. Ya nunca se alejaba de la casa. Pasaba los días tumbado.

Le abrió la puerta. El animal olfateó el aire sin decidirse a salir.

Perro imbécil.

No tenía excusa para mandar a Baca a Tuba City pero podía ir él mismo. Los navajos estaban muy tranquilos. No había habido

incidentes desde que las nubes de colores desaparecieron. ¿La ofrenda de Lucrecia había surtido efecto y revocado la amenaza? ¿Se había solucionado todo de una manera tan inopinada y simple? ¿Había llegado a existir una auténtica amenaza? Empezaba a dudar de su intuición. A lo mejor el Basilisco se había retirado a lo más profundo de su ser, decidido a no hacerse notar. A lo mejor solo había cambiado de postura en el transcurso de su sueño profundo y complejo. A lo mejor había tenido una pesadilla que se había filtrado a través de vísceras, huesos, sentimientos, preocupaciones cotidianas y pensamientos hasta llegar, tergiversada e indescifrable, a la superficie de la consciencia, de su consciencia, de la de John Dunbar, perturbándola.

Basta de majaderías. ¿Por qué las cosas no pueden ser fáciles por una vez? En cuanto llegue el carromato de Cocchi iré a Tuba City. Que Pipa Colorada y Baca se instalen aquí. Que él atienda el almacén. Iré a Tuba City a ver si ha llegado un telegrama. Y, si no ha llegado, lo enviaré yo. Tendría que haberlo hecho antes. Preguntar cómo están. Por qué hace falta tanto tiempo para hablar con los banqueros y visitar un internado. ¿Qué le pasa a este perro?

Por favor, señor.

Quieres salir, ¿sí o no?

Horacio volvía a gemir, pero sin acercarse a la puerta.

Ayuda, señor.

El perro se escondió bajo la mesa.

¿Qué pasa?

John miró por la ventana de la cocina.

Cállate, imbécil. Así no oigo nada.

Alguien estaba llorando. Un niño. Una sombra asomaba tras la esquina del almacén. Podría ser un niño en cuclillas.

Los sollozos continuaron. Volvió a recorrer las ventanas. En el corral los caballos estaban nerviosos. Regresó a la ventana de la cocina. La sombra no se había movido.

Me duele mucho.

Horacio se tumbó en el suelo y se tapó la cabeza con las patas.

Cogió el rifle que había junto a la entrada y abrió la puerta una rendija.

¿Qué te pasa? ¿Estás herido?

Salió al porche teniendo cuidado de mirar a los costados por si había alguien oculto. Dijo unas palabras en navajo, pensando que el niño podía ser del poblado. El lloro siguió siendo la única respuesta.

Acércate. Aquí nadie va a hacerte daño.

La sombra no se movió. John Dunbar cruzó lentamente el espacio que mediaba entre la casa y el almacén, apuntando a la sombra con el rifle y sin dejar de lanzar miradas a su alrededor. Se relajó un poco cuando estuvo lo bastante cerca. En efecto era un niño, o una niña. La oscuridad dificultaba distinguirlo. Una melena negra y larga le tapaba la cara. Estaba en cuclillas con la espalda apoyada contra el muro del almacén. Tendría unos diez años, calculó John, e iba cubierto por una especie de camisón mugriento.

¿Qué te ha pasado? ¿Estás solo?

Se sobresaltó al ver a la serpiente entre los pies del niño.

Cuidado. No te muevas.

El niño dejó de llorar, se sorbió los mocos y alzó la cabeza. Con una mano, se apartó el pelo para mirar a John Dunbar, que al verle la cara retrocedió de espanto. El niño se había puesto en pie. Sostenía una cascabel muerta por la cola. Como si le decepcionara la reacción de Dunbar, hizo una mueca, que volvió su cara aún más horrible, y le asestó un latigazo con el reptil. La cabeza de la cascabel le alcanzó en el brazo derecho. Un colmillo se hundió en la carne.

De manera impensable, John Dunbar huyó. Corrió a la casa y cerró la puerta. Por el camino había visto a más niños. No supo de dónde habían salido. Todos llevaban el mismo camisón y el pelo largo y enmarañado. Uno más, por lo menos, tenía una serpiente muerta, que hacía girar sobre la cabeza. Sus risas sonaban a gruñidos.

Intercambió una mirada de miedo con Horacio. Escudriñó por una ventana. Contó cinco, seis niños. Tenían un rifle y un revólver, también cuchillos. Sin embargo, no usaron esas armas. Cogieron piedras del suelo y las lanzaron contra la casa, sin dejar de reírse, abriendo mucho la boca y enseñando los dientes torcidos y amarillos. Una piedra atravesó un cristal. John Dunbar cerró a toda prisa los

postigos interiores. Antes de echar el pestillo al último, el de la cocina, asomó el rifle e hizo tres disparos al aire.

Oyó carreras por el porche. Los caballos relinchaban histéricos en el corral.

¡Fuera de aquí!

Abrió la mirilla de la puerta. Los vio pasar. Acarreaban algo entre todos. Uno de los tablones sobrantes de la construcción de la casa, que Baca había apilado contra la fachada trasera. Usándolo como ariete, atacaron la puerta del almacén. Esto serenó un poco a Dunbar. Fueran quienes fueran habían ido a robar. Era una explicación a lo que estaba sucediendo, aunque solo fuera parcial y no respondiera a otros interrogantes más perentorios. Quizá cuando cogieran lo que querían se fueran.

Los tenía a tiro. Podría asomar el cañón del rifle por la mirilla y disparar. Tendría tiempo de abatir a uno o dos antes de que el resto se pusiera a cubierto. ¿Pero cómo iba a hacer algo así? Eran niños. Solo habían roto unos cristales.

No se podía engañar. Le había visto la cara a uno. Y no obstante, le era imposible abrir fuego.

Al cabo de media docena de embestidas, la puerta del almacén cedió. Los niños dejaron caer el tablón y entraron en tromba. Objetos tirados al suelo, ruidos de rotura, más risas.

Recordó la herida en el brazo. El colmillo le había desgarrado la piel. Aunque la serpiente estuviera muerta podía haberle inoculado veneno.

Con un cuchillo agrandó el desgarro y lo sangró. Del botiquín sacó una mezcla ya preparada de vinagre, amoniaco y pólvora. Se dio una friega para purgar el veneno. No le estaban saliendo ampollas, lo cual era buena señal. Limpió la herida con whisky y aprovechó para tomar un par de tragos. Trabajaba con rapidez, pero sin precipitarse ni dejar de prestar atención a lo que pasaba fuera. Continuaba el trajín en el almacén. Los caballos se habían serenado. Cauterizó el desgarro con nitrato de plata y lo vendó.

Bebió otro trago de whisky. Cerró los ojos. Se tomó un momento para recomponerse. Abrió los ojos y se encontró con la mirada de Horacio.

Tranquilo, amigo, no pasa nada. Se irán pronto.

Pero se forzó a reconocer que no sabía si era cierto. Recordó cuando los indios lo atacaron en el Paraíso de los Hombres. Él le había disparado a un niño. No obstante, era mucho lo que había sucedido desde entonces. Ahora tenía una hija. Conocía la aflicción de verla sufrir convulsiones por la fiebre y conocía la impotencia aplastante de dejarla partir sin saber cuándo se reencontrarían. No podría repetir lo que hizo en el Paraíso de los Hombres. No abriría fuego contra aquellos niños aunque le desvalijasen.

Tampoco abandonaría la casa para ir a amedrentarlos. El recuerdo de aquella cara le provocaba escalofríos. Se quedaría allí dentro hasta que se cansaran y se fueran.

Volvió a asomarse a la mirilla. Los niños sacaban brazadas de mercancía y las tiraban al suelo delante de la casa. Parecían dispuestos a vaciar el almacén. Entrechocaban ollas y sartenes. Se azotaban entre ellos con ristras de pimientos. Uno se vació encima un caneco de vinagre. Esparcieron el contenido de sacos de sal, de té, de café, de fécula, de alubias, de media docena de cajas de galletas saladas.

Los miraba incrédulo y fascinado. Redoblaron el entrechocar de cacharros, hasta que Horacio no puso soportarlo y rompió a ladrar.

Un niño estrelló contra el suelo un frasco de cristal lleno de caramelos de menta. Se quedó mirando los dulces desparramados. Cogió uno, lo examinó de cerca y se lo metió en la boca. Casi de inmediato sufrió una arcada. El caramelo se le cayó de la boca. Otra arcada le hizo doblarse en dos y vomitó hilos de bilis. Los demás se revolcaron de risa. También el que había vomitado. Otro masticó un puñado de uvas pasas y vomitó a su vez. A un par más le sucedió lo mismo. Cualquier alimento que se llevaban a la boca los hacía vomitar, antes incluso de tragarlo.

Cuando eso les aburrió, lanzaron contra la casa cubiertos de peltre, limas, latas de leche condensada, de peras en conserva, cántaros de miel, calabazas, azadas. Todos los cristales acabaron rotos. Una mantequera se hizo añicos contra el suelo del porche. Los niños salieron corriendo hacia el almacén.

No parecían indios, pero se comportaban como ellos. No tenían prisa. Más que atacarle, le estaban provocando.

Habían vuelto a levantar el tablón y se dirigían con él a la casa. John Dunbar dio por puesto que embestirían la puerta y se preguntó

qué haría él si la echaban abajo. Sin embargo, arremetieron contra las ventanas. Reventaron los postigos. Horacio iba de una ventana a otra soltando ladridos roncos y mirando desesperado a su alrededor. La casa tenía tres espacios. La estancia más amplia servía de cocina, comedor y sala de estar. Había además dos dormitorios, uno para John y Lucrecia, y otro para Felicidad. Pese a que John no podía cubrir todas las ventanas a la vez, los niños no entraron en la casa. Corrieron alrededor, lanzando gritos, asomándose a las ventanas y riéndose. John Dunbar se sentía como en el centro de un carrusel desquiciante. Todos los niños se parecían. Había instantes en que era como si el mismo niño se asomara a varias ventanas simultáneamente, riéndose a carcajadas del miedo de Dunbar.

Contraían la cara como hidrofóbicos. Nunca cerraban la boca. Tenían la mirada desorbitada y perdida. Interrumpían sus risas cuando los asaltaban ataques de tos. De entre los labios les colgaban hilos de una secreción viscosa.

Como si el carrusel estuviera frenando su giro, cada vez menos niños corrían alrededor de la casa, hasta que todos desaparecieron. Las ventanas rotas no dejaron ver más que la oscuridad de una noche que empezaba a parecer interminable.

Un disparo. Carcajadas. Otro. Desde la ventana del dormitorio de John y de Lucrecia se veía el corral. John se asomó con cuidado. Estaban disparando a los caballos. Tenían un revólver y un rifle, el viejo Henry que Cocchi se había comprado con dinero de su bolsillo cuando fue a combatir por la Unión. Disparaban al tuntún. Se peleaban. Todos querían ser el siguiente en abrir fuego. El retroceso los proyectaba hacia atrás. Dos berreaban sujetándose el hombro dolorido. Los animales corrían espantados, se lanzaban contra la valla, tropezaban entre sí.

Desde la casa, ofrecían un blanco fácil. Una vez más, John Dunbar apuntó. ¿Salvar a sus caballos justificaba disparar a unos niños? Bajó el arma. Quizá después se calmaran y se fueran, saciado su ánimo violento.

Un caballo derribó un travesaño del cercado, saltó y huyó al galope. Poco después cesaron el fuego. Se les había agotado la munición. Los otros dos caballos yacían en suelo; uno muerto, con las patas estiradas como leños; el otro lanzaba coces flojas y se empeñaba

en alzar la cabeza para localizar a los atacantes, pero una y otra vez se le desplomaba contra la tierra produciendo un ruido sordo. Dejaron caer el revólver y el rifle y parecieron debatir entre ellos. Dunbar alcanzó a ver que tenían dos cuchillos. Los que no disponían de arma blanca corrieron a rebuscar entre el revoltijo de mercancías esparcido frente a la casa. Volvieron al corral con hachas.

Horrorizado, Dunbar presenció cómo descuartizaban a los animales. Se levantaban la parte delantera del camisón para formar una bolsa donde guardar los pedazos. Acabaron cubiertos de sangre de caballo.

Sosteniendo con las dos manos el camisón lleno, caminando a horcajadas por el peso, dejando ver la entrepierna desnuda, se encaminaron a la casa. Tomaron posiciones delante de las ventanas. John Dunbar retrocedió temiéndose lo que iba a pasar, pero en realidad sin poder imaginarlo.

Se había quedado mudo. En cualquier caso, de nada habrían servido las amenazas. Horacio se agazapó pegado a su pierna. Podría volver a disparar al aire. Podría abrir fuego contra aquellas criaturas ferales, pero solo con la intención de herir a alguna y asustar a las demás.

Tampoco serviría de nada, pensó. Son peores que animales. A un animal se le puede amilanar con una exhibición de fuerza o si le haces daño suficiente.

Cuando se dejaran de juegos, no encontrarían dificultad para asaltar la casa. Rotos los cristales y reventados los postigos, cada ventana era una vía de acceso. Llegado ese momento, se dijo, abriría fuego. Se marcó ese límite.

Algo entró por una ventana y cayó al suelo con un chasquido húmedo. Dunbar se acercó sintiendo una repugnancia anticipada. Una lengua tan grande como su antebrazo. De un caballo. Fuera, se sujetaban con una mano el camisón mientras con la otra escogían piezas del botín y las lanzaban. Alrededor de Dunbar y de Horacio llovieron orejas, la otra lengua, testículos, tintinearon dientes, reventaron ojos, quedando estos reducidos a charquitos de humores en cuyo centro, a semejanza tenebrosa de un huevo cascado, flotaba un círculo perfecto, negro, reluciente y decepcionado. Los siguieron otros fragmentos cuya descripción resultaría compleja e improcedente. Para

entonces la capacidad de comprensión de John Dunbar se había visto desbordada. Los niños no desperdiciaban la munición. Si erraban un lanzamiento y el trozo de carne se estrellaba contra la fachada en lugar de entrar por una ventana, se acercaban a recogerlo y volvían a arrojarlo.

Está cagado de miedo.
¿No va a hacer nada?

¿Era esa la amenaza que él había venido percibiendo, la que había temido y asimismo por la que había suplicado? ¿Seis niños? ¿Por ellos habían aparecido nubes de colores en los cuatro puntos cardinales, supuesto anuncio de un nuevo génesis? ¿Por ellos habían exigido los navajos que se practicaran ofrendas a su panteón divino?

Entre lanzamiento y lanzamiento se reían, tosían, jadeaban. Se limpiaban en el camisón o en el pelo las manos manchadas de sangre. Se chupaban los dedos.

Fueran o no la amenaza sospechada, anhelada, John Dunbar dio las gracias por que su familia no estuviera allí.

Las mantas que servían de alfombras estaban arrugadas. Las armas repartidas por la casa habían cambiado de sitio. Estaban más cerca de él.

Qué sucio está todo. Tengo que limpiar antes de que vuelvan.

Cobarde.

Si lo eran, si ellos, si esos, si *eso* era la charnela, si eran lo que había de colmar la medida, ¿qué se esperaba de él, John Dunbar, y de él, el Basilisco, que hiciera?

¡Cobarde!

Y, si no lo eran, ¿qué había de hacer él? ¿Qué habían de hacer ellos? Apoyó una rodilla en el suelo, cerca de la oreja cortada de un caballo. Posó una mano en la espalda de Horacio, como gesto afectuoso, como petición de ayuda, como despedida, completa o parcial. Cerró los ojos y se apoyó el cañón del rifle en la cara, fresco, sólido, presto. Miró dentro de sí mismo en busca de consenso.

No eres para tanto.

¿Existía alguna diferencia entre que lo fueran y no lo fueran?

¿Nos oyes?

Volvía a estar junto a Horacio. Ya no sostenía el rifle. Lo había cambiado por una escopeta con los cañones recortados.

¡Gallina!

Un revólver a la cintura. Un cuchillo. El filo, tan largo como una lengua de caballo. Le hizo gracia la ocurrencia. Le guiñó el ojo a su perro. La próxima vez que se vieran, sería bajo una luz diferente.

No nos oye.

La lluvia de despojos había acabado. Ya no tenían nada que arrojar. Los camisones les colgaban pesados, rígidos, encostrados de una argamasa de sangre de caballo, de tierra del valle y de precipitados, isótopos y radiaciones cancerígenas del antivalle.

¿Por qué él en lugar de nosotros?
Miradlo. ¿Lo merece?

Uno recogió del suelo una serpiente de cascabel muerta. Varios avanzaron hacia la casa con las manos desnudas, como si bastara el mero contacto físico de ellos con él para que él, o él y ellos, desaparecieran en un fogonazo de luz y partículas innominadas. Se asomaron a las ventanas.

Queremos.

Los músculos faciales se les contraían como provistos de vida propia. En los segundos previos al asalto, se sucedieron en sus rostros tantas expresiones como una persona puede adoptar a lo largo de un día rico en sorpresas e imprevistos.

Que padezcas.

Irreverenciaaversiónparálisisnostalgiafervoreuforiadoloraliviotriunfo...

Nuestro desprecio.

Detrás de los niños aumentó la oscuridad. Desde derecha e izquierda se corrieron sendos telones de piedra. El valle se cerraba a su alrededor para facilitarles intimidad. John Dunbar lo comprendió sin extrañeza, como si hubiera visto de reojo a un amigo fiel que acudiera a ayudarlo en una pelea. Pero de inmediato se le ocurrió que quizá el valle actuara así para impedirle escapar, para obligarlo a hacer lo que tenía que hacer.

¿Y cuál es tu problema? ¿Tú también quieres provocarme?

La oscuridad se hizo más profunda. Él siguió viendo, no obstante. Lo habría hecho aunque hubiera cerrado los ojos. Estaba hecho para ver aquello.

¿Nos oyes?

Saltaron por las ventanas. Uno empuñaba con ambas manos, alzado sobre la cabeza como una maza, el miembro amputado y goteante de un caballo.

Os oigo.

Se detuvieron.

El Basilisco.
El Matamonstruos.
Todos.
Os oímos.

Los niños se miraron entre sí. Se apartaron de la cara el pelo polvoriento. Miradas bizcas, idas.

Pero no os hemos traído.
Aquí.
Para hablar.
Con vosotros.

Aún era de noche cuando Baca y su hijo Lorenzo llegaron al galope, alarmados por los disparos.

La casa estaba en silencio. Miraron recelosos y confundidos el batiburrillo de objetos del almacén, los cristales rotos, los postigos colgando de una bisagra, la carnicería del corral. Descabalgaron, se acercaron empuñando armas, boquiabiertos, el padre haciendo señas al hijo para que se quedara detrás de él, el adolescente obedeciendo. El padre se asomó a una ventana. La oscuridad se había hecho fuerte dentro de la casa; un residuo dejado por el valle, una oscuridad piadosa, que pensaba en los demás.

¿Dunbar?

Pronunciar ese nombre, con un tono de interrogación apenas marcado, consumió casi todo su valor.

No hubo respuesta.

Se aupó al alféizar. Se deslizó adentro. Resbaló en un charco y cayó al suelo. Tenía tanto miedo que se había olvidado de apoyar el índice en el gatillo. En otro caso, habría disparado sin querer. Patinando, fue a abrir la puerta para que entrara el hijo.

A tientas dio con el farol de queroseno que solía estar junto a la puerta. Le temblaban las manos. Le hicieron falta tres cerillas para encenderlo. Por fin hubo luz. Vieron a través de un velo rojo. La pantalla del farol estaba cubierta de sangre. Con el calor empezó a desprender vapor.

Hacía años, cuando su única ocupación era la búsqueda de oro, había visto los restos de un hombre al que un cartucho de dinamita le había estallado en la mano. De eso se acordó. El grueso de la lucha parecía haberse producido en aquella estancia, donde estaban la cocina, el comedor y el salón. Si es que había habido alguna lucha. Más bien parecía el escenario de una masacre.

Lorenzo no tenía ningún recuerdo con el que comparar lo que encontraron, pero imaginó que si un oso irrumpiera en una guardería el resultado sería similar.

Era difícil decir cuántos niños había. Ni el padre ni el hijo llegarían a saber el número. En un rincón junto a la chimenea, detrás de la leñera, dos cabezas yacían juntas, mirándose una a la otra, como dos caracoles prehistóricos que se hubieran arrastrado hasta allí en busca de refugio, dejando sendos rastros de sangre. Había dientes

incrustados en las vigas del techo. Había articulaciones dobladas a la contra. Un niño estaba tendido de espaldas, mirando el mapamundi rojo salpicado en el techo justo encima de él. En un costado del cráneo tenía un agujero del tamaño de un puño, por el que se veía el interior vaciado. Otro niño estaba encogido, de rodillas, la cara apoyada en el suelo, el pelo extendido como un nimbo negro, bullendo de piojos, sosteniéndose las tripas con las manos. Y aún era más lo que había: ojos reventados, manos cercenadas, cráneos escalpados, marcas de mordiscos, todo entremezclado con serpientes de cascabel muertas y despojos de caballo. Ni los indios habrían hecho algo así, pensó Baca, y los blancos tampoco, y no digamos los negros, al menos los que él había conocido. ¿Quiénes eran aquellos niños?

De una de las habitaciones salió Horacio, sucio de sangre, lamiéndose los belfos. Detrás de él, su dueño. El torso descubierto, también ensangrentado. La mirada fija y vidriosa. De la mano derecha le colgaba un revólver. No parecía haber advertido la presencia de Baca y de su hijo. Miró más allá de ellos.

¿Señor Dunbar? ¿Ha hecho usted esto?, preguntó Baca.

Su rifle apuntaba al hombre embadurnado, reluciente, que tenía ante él. Lorenzo había reculado hasta topar con la pared.

Señor Dunbar, ¿me oye?

Baca retrocedió cuando Dunbar, pues era John Dunbar, digámoslo ya, aliviado de rémoras internas, cuando Dunbar sufrió una arcada y vomitó. Con una mano apoyada en la pared, se vació largamente. Se apartó el pelo de la cara. Miró el charco a sus pies: los jugos del estómago entremezclados con cuajarones de sangre, trozos de carne sin digerir y mechones de pelo. Solo entonces se percató de la presencia de Baca. Lo miró y vio que el negro miraba lo que había en el charco, y Dunbar levantó el revólver y le disparó a la cabeza.

Los monstruos nunca tuvieron ninguna oportunidad. Habían estado guardados, ocultos a nuestra vista, hasta que les llegó la hora de ser transportados al valle, donde se limitaron a cumplir su misión: la de ser vehículos para purgar la ponzoña, sin que nada pudieran hacer para impedirlo. Tal posibilidad ni siquiera se tuvo en consideración.

Lo que acaba de suceder con Baca es diferente. Mientras que el despedazamiento de los monstruos había respondido a una causa

anterior, foránea y lejana a John Dunbar, la decisión de que Baca reciba una bala en el centro de la frente ha sido tomada pensando en él, en Dunbar. Los años venideros se acordará de aquel negro que le cuidaba las ovejas. En ocasiones recurrirá al autoengaño para aplacar la conciencia, diciéndose que no fue él quien apretó el gatillo, sino el Basilisco o alguno de los otros que entonces tenía incrustados en el alma, y que en el tránsito de salir de él, presas todos de la desorientación, alguno había, acaso como un acto reflejo, acaso como una rúbrica, acaso como un enrabietado acto de negación y resistencia, alguno había apretado el gatillo. Y llegará a decirse que, al margen del imperativo ejecutor, bien estaba acabar con alguien que quizá había matado a su anterior esposa, alguien cuya muerte, a su vez, venía siendo deseada, maquinada, por su esposa actual, alguien ladino y en definitiva poco de fiar. Sin embargo, para nosotros no hay confusión posible, ni la habrá finalmente para John Dunbar. Mató a Baca para que lo sucedido no se supiera.

Disparó también a Lorenzo. Un medio negro que en breve acabaría siendo igual o peor que su padre.

Horacio saltó por encima de los cuerpos y le hundió los colmillos en la mano con que sostenía el arma. John Dunbar gritó. Le sorprendió el sonido de su propia voz, como si hiciera mucho tiempo que no la oyera. Maldijo y golpeó al perro con la otra mano, pero el animal se resistía a soltarlo. Resbaló en la sangre del suelo y cayeron los dos. Le abrió las fauces a la fuerza. Lo alejó a patadas. Con la mano izquierda, volvió a coger el revólver y apuntó a su perro. Patinaron en la sangre al ponerse en pie. Horacio había dejado de gruñir y lo miraba con la cabeza gacha.

Tranquilo, amigo. Soy yo. Tranquilo. No pasa nada. ¿Lo ves?

Bajó el arma.

Estaba muy cansado. Levantó una silla, la acercó a la mesa y se sentó. El mordisco le sangraba mucho. ¿Es que nunca iba a terminar aquella noche? ¿Dónde había dejado la botella de whisky?

No supo cuánto tiempo pasó dormido. En cualquier caso, cuando abrió los ojos continuaba sin amanecer. La sangre que le goteaba de la mano había formado un charco del que lamía un monstruo de Gila. Supo que era el mismo que había caído del cielo. No hubo lugar para la incertidumbre. Si era un monstruo de Gila, tenía que ser el mismo

que el águila dejó caer sobre él. Lo miró sin moverse y un momento después el reptil se quedó asimismo inmóvil, con la mirada perdida y la lengua fuera. El monstruo de Gila cerró los ojos y encorvó el cuerpo en un incuestionable gesto de dolor. Se derrumbó de costado. La garganta se le contrajo como si quisiera regurgitar algo. De entre las mandíbulas asomó una pata larga, articulada y peluda. A continuación otra. Y dos más, mientras el reptil se convulsionaba. Se dejó ver la cabeza de una araña, una tarántula, y el tórax, el grueso abdomen y el resto de las patas, que como las de un potrillo recién parido parecían anormalmente largas e inseguras. Prendidas en su vello titilaban gotitas de sangre y de los jugos internos del lagarto. La araña se quedó muy quieta mientras se habituaba al nuevo medio. El lagarto yacía muerto, desinflado, blando.

John Dunbar miró esto como si no se tratara de algo extraño, que invitara a la conjetura. Un lagarto y una araña, nada más. Pero cuando algo le rozó una pierna dio un respingo. A punto estuvo de volcar la mesa. Era Horacio. Se había olvidado de él. El perro se había acercado con sigilo y se puso a gruñir, un sonido sibilante, de animal viejo.

Silencio, amigo.

Creyó que el perro seguía enfadado con él, o que le gruñía al lagarto muerto o a la araña. Solo podía pensar en dormir y en limpiar la casa. Pero Horacio gruñía hacia un rincón en penumbra, de donde se levantó un hombre. ¿Desde cuándo llevaba allí acuclillado, por completo invisible? Avanzó con las manos extendidas ante sí, las palmas hacia arriba, sonriendo, mirando a la araña.

Por detrás de John Dunbar, procedentes de las habitaciones, aparecieron otros dos hombres, en actitud similar a la del primero. Los tres vestían nada más que un taparrabos inmundo, pergeñado con harapos. El cuerpo gris, como si se hubieran restregado con ceniza. Barbudos. Pelambreras colgando hasta media espalda. Flacos como profetas mendicantes. De la cintura les colgaba una pequeña faltriquera de piel.

John Dunbar nunca los había visto, pero sí había visto a otros como ellos, hacía años. Así eran los miembros de la banda de la Araña, de Elvira Closter, su madre.

No habían entrado en la casa. Habían aparecido. Su señora había

vuelto y ellos, por tanto, también.

El que se había levantado del rincón sonrió a John Dunbar. Una sonrisa pacífica con la que le decía que nada debía temer. Una sonrisa hermosa, pese a los dientes mellados, de un amarillo subido. Habló con la voz de alguien mucho más joven de lo que parecía ser y sin duda era.

Dijo: Tranquilo.

Y a Horacio: Y tú también. Tranquilo.

El perro dejó de gruñir. Tosió.

Y el hombre gris: Para vosotros ya ha terminado. Ahora dejadnos hacer.

La araña continuaba sin moverse. Los otros dos hombres abrieron las faltriqueras y de dentro sacaron algo que al principio John Dunbar no pudo distinguir a la luz rojiza del farol, algo negro y pequeño. Grillos vivos. Depositaron uno ante la araña, que de súbito se abalanzó sobre él. Lo inmovilizó con las patas delanteras y comenzó a alimentarse. Dejaron otro. Y luego uno más. En diferentes sitios, obligándola a ir de un lado a otro. Y ellos dos rebuznaban viéndola tan viva. Se les humedecieron los ojos. Mientras tanto, el otro hombre se limitaba a sonreír. Para que la araña lo tuviera más fácil, a los grillos les arrancaban un par de patas.

El hombre gris: No lo hagáis. Necesita ejercicio.

¿Cuánto tiempo se prolongó aquel circo disparatado? John Dunbar y Horacio contemplaban las idas y venidas. Y continuaba sin amanecer.

El hombre gris hizo un gesto a los otros dos y estos cerraron las faltriqueras. La araña sorbía las entrañas disueltas del último grillo. El hombre gris se aproximó a ella, abrió su faltriquera y sacó un puñado de fino polvo rojo. Extendió la mano, sopló con fuerza y una nube roja descendió sobre la araña. Ahora volvía a ser la Araña.

Ya estás lista. Podemos irnos. Pero antes…

Miró a John Dunbar.

¿Quieres decirle algo?

Y Dunbar, con un gran esfuerzo: ¿A quién?

Y el hombre gris: A ella.

Y John Dunbar negó con la cabeza.

Y el hombre gris esperó, la sonrisa menguada por la decepción.

Y dijo: ¿Estás seguro, John Dunbar, John Closter, hijo de James y de Elvira e hijo también de otros?

Y John Dunbar asintió. Ese pequeño movimiento fue lo más fácil y, al mismo tiempo, lo más difícil que tuvo que hacer en su vida, tanto en la que quedaba a sus espaldas como en la que le aguardaba por delante.

Y el hombre gris: Si esa es tu voluntad…

Los otros dos se situaron uno a cada lado de la puerta y, mirando a la Araña, movieron los brazos como si barrieran el aire hacia el exterior, invitándola a salir. Obedeció igual que un perro amaestrado, vigorizada tras los insectos consumidos. Rodeó los cuerpos despedazados de los monstruos, el cadáver de Baca, el de Lorenzo y abandonó la casa. Los dos hombres de la puerta la siguieron. El tercero dedicó una mirada de despedida a John Dunbar. Nada dijo, consumida la deferencia que había tenido con él.

John Dunbar no dejó de observar a la Araña mientras esta se alejaba. Continuó viéndola largo rato, pese a su pequeñez, pese a la oscuridad, incluso después de que sus grises acompañantes ya se hubieran tornado invisibles en virtud de otro de los trucos del valle. Siguió viendo una mota escarlata que con parsimonia descendió la falda de la Black Mesa y se adentró en el valle, subiendo una loma, desapareciendo al otro lado, reapareciendo en la siguiente elevación, hasta perderse por fin de vista. Y cuando esto sucedió, John Dunbar se percató de que todo él se hallaba en tensión, aferrado al borde de la mesa, las uñas hincadas en la madera, tratando de impedir, con todas sus fuerzas, que la Araña se fuera.

Amaneció. Poco después se presentaron los navajos. Llegaron a caballo, armados. Habían descubierto los restos de Osro y Andrus en la cueva. Los monstruos habían intentado enterrarlos, tal como les habían enseñado a hacer. Desde el agujero en el techo, los buitres se dejaban caer. Prendían con el pico las partes que asomaban de los falsos hermanos y tiraban para sacarlos de la tierra amontonada

apresuradamente. Se ayudaban aleteando con violencia.

No descabalgaron. Desde los caballos atisbaron por las ventanas y la puerta y retrocedieron atemorizados. Llevaban agua y comida para Dunbar, como si hubieran sabido que estaría falto de fuerzas. Lo miraban con respeto temeroso. No preguntaron qué había sucedido.

También sin apearse de la montura, la hija de Atsidi Sani le curó el mordisco en la mano. Mediante señas le hizo entender que ellos se ocuparían de los cuerpos de Baca y de Lorenzo. Se los llevarían a Pipa Colorada. Pero él tendría que sacarlos. Ningún navajo pondría un pie en la casa. Varios hombres se alejaron para fabricar dos travois. Regresaron con ellos atados a sendos caballos. John Dunbar dejó caer el cuerpo de Baca en uno y el del hijo en el otro.

Un grupo de navajos se quedó para asegurarse de que limpiaba la casa. Le prestaron un caballo, que Dunbar ató a la carreta. Retenían a las monturas para que no se metieran en el estropicio de comida y objetos destrozados. Retrocedieron cuando John Dunbar empezó a sacar los cuerpos de los monstruos y a apilarlos en la carreta. Se les escapaban expresiones de repulsión. Se colocaron a favor del viento.

Lo escoltaron hasta la fosa. Durante el trayecto, varias veces estuvo a punto de quedarse dormido, acunado por el vaivén de la marcha. Nunca había estado más cansado. Se felicitó por haber cavado la fosa con anticipación. Ahora no habría sido capaz. Los monstruos iban cubiertos por la alfombra de la casa, que había quedado inservible. Para recoger los últimos restos, había usado una pala. Antes de echarles la alfombra por encima, había sumado el lagarto a lo alto del montón.

Cuando cubrió la fosa, los navajos se despidieron. Subió a la carreta y volvió a casa.

Horacio dormía en el porche, ajeno a la pareja de coyotes que rebuscaba entre la comida desparramada. Las alimañas salieron huyendo, pero Horacio no se despertó.

Arriba, amigo. Bien. Sigues vivo. Vamos a lavarnos.

Subieron el talud camino del manantial. John Dunbar se desnudó.

Tú primero.

Hubo de tirar de Horacio para ponerlo bajo el caño encajado en la roca. Lo enjabonó con parsimonia, susurrando palabras tranquilizadoras. Se lavó él.

Sin vestirse, tomó asiento en el banco junto al manantial. Dejó que la brisa lo secara. Anochecía. El perro no quería despegarse de él. Lo acarició entre las orejas. Se agachó para abrazarlo.

Ya está... Ya está…

No se sentía ni bien ni mal. Solo sereno. El valle se hallaba en silencio. Dentro de él, silencio asimismo.

Se vistió lentamente. Bajó el talud conteniendo los pasos, obligándose a ir despacio. A su alrededor zigzagueaban murciélagos. Le pasaban muy cerca. Sentía el aire movido por las alas. Horacio lanzó un par de dentelladas al aire.

Había decidido dormir en el hogan. Al día siguiente iría a ver a Pipa Colorada. No sabía qué contarle.

Entró en la casa. Encendió un farol. Volvió a escuchar dentro de sí mismo y una vez más halló solo silencio. Permaneció unos momentos escrutándose antes de abrir el baúl de Lucrecia. Fue sacando objetos y depositándolos sobre la cama. No echó en falta nada.

En el fondo estaba el fajo de la correspondencia. Se sentó en el baúl a leer. Solo cartas de negocios. Había varias remitidas por Katcher, el banquero de San Francisco. Cuando terminaba cada carta, volvía a meterla en su sobre. Tuvo cuidado de no alterar el orden del fajo. Leídas todas, las devolvió al baúl. A continuación, el resto de pertenencias. Cerró el baúl. Lo cubrió con la manta navajo.

Horacio se había vuelto a dormir en el porche. Al igual que los indios, él tampoco quería entrar en la casa por el momento.

De nuevo escuchó dentro de él. El silencio era el mismo de antes. El baño se había llevado parte del cansancio. No sentía apetito. Vio la botella de whisky, pero no le apeteció beber.

Apartó la cama a un lado. Un tablón del suelo sobresalía un poco. También los clavos que lo fijaban. Con un martillo de uña, extrajo los clavos. Levantó el tablón. Debajo encontró un hueco donde había otro fajo de cartas, más delgado.

Las leyó allí mismo, en el suelo polvoriento. Firmadas todas por el tal Katcher.

Volvió a dejarlas en el escondrijo. Clavó el tablón. Devolvió la cama a su sitio. Ahora, por fin, dormiría.

REGRESO A CASA
UN RELATO EN DOS ACTOS
I. EL REFUGIO DE LA ARAÑA

Jon estaba en pie antes del amanecer. Recorrió el largo pasillo sin pisar las tablas que crujían, ahora más numerosas, y entró en la cocina. La víspera había dejado a remojo el alternador de la lancha. Lo sacó del fregadero. El alternador olía aún a cieno de la ría. Lo limpió con jabón lavavajillas, dedicando una atención especial a los terminales y las escobillas. Frotó la suciedad usando un cepillo de alambre fino.

Antes de aclararlo, se secó las manos con un trapo y puso la cafetera al fuego.

Oyó ruido fuera, un gruñido. Todavía era noche cerrada. Apartó la cortina y se asomó a la ventana. Una silueta rechoncha y chepuda se rascaba contra la carretilla de orugas en que él había subido el alternador. El interruptor del farol exterior estaba en la cocina. Lo pulsó y el jabalí dio un brinco y trotó monte arriba. Al cabo de un trecho se detuvo, husmeó el aire y volvió a bajar. Pasó ante la ventana sin apuro. Rodeó la carretilla de orugas, un rollo de lana mineral empapado de lluvia, bidones de pintura y palés de madera con sacos de cemento. Las pezuñas trituraron los trozos de azulejo que

salpicaban la tierra desnuda. Jon apagó el farol y volvió al trabajo.

¿Qué pasaba ahí fuera?

Miró por encima del hombro sin dejar de aclarar el alternador. Su padre estaba en la puerta de la cocina, en calzoncillos y camiseta de tirantes, con cara de sueño.

No hables tan alto. No pasaba nada. Solo otro jabalí.

Sacó el alternador del fregadero y lo posó en la mesa, sobre unos cartones. Empezó a secarlo con un trapo.

¿Sabes lo que estás haciendo?, preguntó el padre.

Lo que tú me dijiste que hiciera.

¿Has usado desengrasante?

Agua y jabón nada más.

El padre bostezó a la vez que se pasaba una mano por el pelo.

¿Para qué madrugar tanto?

Que no hables tan alto. Vas a despertar a los niños. Si este no funciona, nos da tiempo a comprar otro y montarlo antes de la pleamar de la tarde.

Bueno. Si no se puede…

Podremos. Les he dicho a los niños que hoy botaríamos la lancha.

El padre se asomó a la ventana para mirar el cielo, aunque seguía sin amanecer. Luego miró el alternador como haría con un animal desahuciado.

¿Mucho óxido?

Algo había.

Tendrías que haber comprado uno nuevo directamente.

Dijimos que íbamos a recuperar el motor. Lo dijiste tú.

Es cierto.

Pues si lo dijimos, lo hacemos.

Aun así, no hace falta madrugar tanto. Te angustias por nada. Has salido a tu madre.

Vuelve a la cama.

Ya no me voy a dormir.

Vale. Pero no te quedes ahí.

El padre salió de la cocina arrastrando los pies.

Jon metió el alternador en el horno. Se sirvió una taza de café y se sentó a mirar cómo terminaba de secarse.

La casa familiar volvía a ser suya. Dos años atrás se la habían

vendido a Gallardo. Entonces ni Jon ni su padre vivían allí. Iban solo en ocasiones, para estancias breves, trabajosas y nunca del todo satisfactorias. Lo que antes no había sido causa de preocupación, lo que incluso había resultado atractivo por su singularidad, había pasado a ser visto de otra manera: las dimensiones de la casa, el exceso de habitaciones, las reparaciones inacabables, el entorno agreste, en una ladera caliza orientada a la desembocadura de la ría, con Ribadesella en la orilla opuesta. Gallardo pretendía derribarla y levantar una promoción de viviendas unifamiliares, pulcras y resultonas. Aun así, la vendieron, porque qué otra cosa podían hacer, salvo dejar que la humedad y la polilla descompusieran la madera y que las raíces desplazaran los pilares. Tuvieron que aceptar la oferta de Gallardo, un constructor que ni a Jon ni a su padre les gustaba, un hombre siempre apresurado y sudoroso, dado al compadreo, con maneras de una informalidad arrogante, como un malvado de folletín decimonónico, corto de estatura, oscuro de piel, abundante en carnes, una hechura que ni los trajes a medida podían disimular, el usurero con ínfulas o el padrino oportunista que aspira a casarse con su ahijada huérfana, desvalida e ignorante de su herencia, pero un malvado de segunda fila o de tercera, al fin y al cabo, de los que una vez han recibido su escarmiento despiertan un viso de compasión.

En cuanto compró la casa, Gallardo llevó una piqueta de demolición, derribó paredes, ninguna maestra, arrancó barandillas, hizo añicos ventanas y tiró abajo chimeneas. Las orugas de la piqueta aplastaron setos y llagaron la tierra. No fue más allá. Las obras no habían de comenzar aún. No estaba demoliendo, solo haciendo saber. Ningún daño era irreparable, pero Gallardo se aseguró de que fueran bien visibles desde la otra orilla de la ría. Aquella casa que desde su posición elevada miraba al pueblo con soberbia, aquella casa donde solo podían vivir ricos, venidos de fuera, por si fuera poco, aquella casa ya no era lo que había sido.

La piqueta se fue y ninguna otra maquinaria apareció por allí.

Gallardo no solo se dedicaba a la construcción. También era dueño de una granja de visones en Galicia. Nunca la visitaba. Lo dejaba todo en manos de un administrador y del hermano de su mujer, que se encargaba de los animales.

En la granja se presentó una mañana un equipo de televisión.

Estaban grabando un reportaje sobre los protocolos sanitarios en ese tipo de instalaciones. Gallardo había avisado al administrador para que los recibiera, pero a este, pluriempleado en varias empresas, le fue imposible acudir. El cuñado de Gallardo, al que nadie había advertido de nada y que padecía síndrome de Down, guio al equipo en la visita. La granja incumplía la normativa sanitaria, pero lo que de veras escandalizó al equipo de televisión fue el método empleado para sacrificar a los visones. El cuñado de Gallardo, muy gustoso, les hizo una demostración. Metió media docena de animales en un bidón vacío de gasoil. En el orificio de la tapa insertó una manguera, cuyo otro extremo insertó a su vez en el tubo de escape de un viejo Renault 5 montado sobre bloques de hormigón. El cuñado subió al coche, lo arrancó y aceleró a fondo una y otra vez al mismo tiempo que hacía girar el volante, tocaba el claxon, meneaba la cabeza y sonreía. Hasta invitó a la presentadora a montar en el asiento del acompañante.

Al día siguiente, la mujer de Gallardo vio a su hermano en las noticias. El reportaje se cerraba con un plano del hermano despidiéndose con un visón muerto en la mano, como quien sacude un pañuelo desde un crucero en el momento de zarpar.

Las autoridades sanitarias dictaminaron el cierre expeditivo de la granja. La mujer de Gallardo se sirvió de la humillación pública sufrida por su hermano como disculpa para solicitar el divorcio. En realidad, ella tenía un amante con el que quería irse a vivir. El amante era el socio de Gallardo en la promoción de viviendas en Ribadesella.

De todo esto tuvo noticia Jon a través de su amigo R, propietario de un restaurante en el pueblo. El socio se había desvinculado del proyecto. A Gallardo se le acumulaban las deudas y la casa languidecía mientras la humedad, la vegetación y los animales tomaban ventaja de las ventanas rotas y de las paredes derribadas.

Decidieron recomprarla. Jon vendería su estudio de Bilbao, adonde se había mudado después de separarse, y su padre vendería su piso de Oviedo. Se instalarían en Ribadesella. Repararían la casa. Vivirían juntos.

Fueron a verla. No le pidieron permiso a Gallardo. La puerta de la propiedad, al pie de la carretera que discurría por la orilla de la ría, estaba cerrada con un candado. Aun así se colaron con tanta facilidad como los jabalíes. El estado de la vivienda no les desalentó. No vieron

una casa a medio derribar sino una a medio construir.

Se reunieron con Gallardo en un café del pueblo, un local centenario, con barra de mármol. Gallardo se presentó con retraso y afectando estar muy ocupado. Puso sobre la mesa el móvil, un paquete de tabaco y un encendedor de platino. Había engordado aún más. Cuando el camarero les llevó las consumiciones, Gallardo sacó un fajo de billetes, entre los que había varios de cien euros, pagó y dejó el fajo en la mesa, junto al móvil, el tabaco y el encendedor.

Le ofrecieron menos dinero del que había pagado. Al cabo de un intercambio de ofertas y contraofertas, el regateo se detuvo en una cantidad que continuaba siendo menor que la desembolsada por el constructor.

No sé, no sé, decía pasándose la mano por el mentón azulado.

Y la lancha, dijo el padre.

¿Qué lancha?

Esa que tienes en el puerto. Va incluida en el precio.

Al padre le gustaba. Era una merlucera parecida a la que él había tenido cuando Jon era niño.

No habíamos hablado nada de ninguna lancha.

Lo hablamos ahora.

Salgo a pescar de vez en cuando.

No sales nunca y, aunque fuera verdad, no sabrías qué hacer con ella.

El constructor renegó entre dientes, olvidándose de que había gente mirándolo.

¿Has ido a verla al puerto?

No, no he ido, ¿por qué?

Por nada, por nada.

¿Cerramos la venta, sí o no, Gallardo? Incluyendo la lancha.

¿Incluida la lancha?

Eso acabo de decir.

Hecho, dijo el constructor, y se le escapó una risita.

Le estrechó la mano al padre.

Yo también compro, Gallardo, dijo Jon extendiendo su mano.

Gallardo se la estrechó como si el gesto supusiera para él una onerosa pérdida de tiempo.

A mí tampoco me habías dicho nada de la lancha, había dicho

luego Jon.

Algo le teníamos que sacar al seboso.

Fueron al puerto. La amarra de proa se había soltado con la última crecida de la ría. La embarcación estaba medio hundida, con el motor bajo la superficie.

La recuperaremos. Igual que la casa, había dicho el padre.

¿El motor también?

El motor también. Y le cambiaremos el nombre. *Mirentxu II*.

Dime la verdad. Sí habías venido a verla.

Jon y su padre volvieron a montar el alternador. Tenían la lancha en un remolque, a cubierto en la mayor de las cuevas que había en la casa. La vivienda familiar se hallaba en un macizo cárstico perforado por numerosas cavidades, entre las que se contaba el yacimiento rupestre de Tito Bustillo. La cueva donde guardaban la lancha estaba al pie de la ladera, frente a la entrada de la propiedad; a mano izquierda arrancaba la rampa adoquinada que subía hasta la casa. Tenía una boca de cinco metros de alto y una profundidad aparente de quince; aparente porque la cueva solo era el último tramo de un desaguadero natural al que se vertía la lluvia filtrada a todo un entramado oculto de galerías. En algún momento, una tromba o un derrumbe había colmatado la salida con barro y rocas.

Vertieron aceite en el circuito de lubricación y llenaron el depósito de gasoil.

Vamos allá, dijo el padre.

Giró la llave, la retuvo mientras se calentaba la resistencia de arranque y terminó de girarla. El motor se puso en marcha. La embarcación tiritó sobre el remolque y la cueva se empezó a llenar del humo azulado del escape. Jon lanzó una exclamación de triunfo. Su padre golpeó la regala con el puño y sonrió enseñando todos los dientes. Se dieron un abrazo, se palmearon la espalda uno al otro. En la entrada de la cueva, mirándolos como desde la primera fila de un patio de butacas, los niños aplaudieron y se abrazaron emulando a su padre y a su abuelo. Iban todavía en pijama, la niña con los pies metidos en unas botas de agua demasiado grandes y el niño, de once años, calzado con las Air Jordan que solo se quitaba para dormir desde que su madre se las había regalado el pasado verano.

¿Podemos hacer una foto para mandársela a ama?

¿No preferís esperar a tener la lancha en el agua?

¡No!, respondieron al unísono.

Era septiembre. Los niños acababan de empezar el colegio en Ribadesella. Durante ese curso vivirían y estudiarían en el pueblo. Hasta entonces lo habían hecho en Bilbao. No estaban contentos con el cambio. En el pueblo no tenían amigos. Les parecía que los niños hablaban de manera rara, que usaban palabras que ellos no entendían. Echaban de menos la casa de su madre y el pequeño estudio de su padre en Bilbao, donde habían tenido que compartir un sofá cama durante dos años, y aun así lo preferían a la casa de Ribadesella. Su padre y su abuelo se habían apresurado a hacer las reparaciones imprescindibles para que la vivienda fuera habitable, pero todavía faltaba mucho por hacer. Lo único por lo que los niños habían manifestado ilusión era la lancha. Debido a eso, tanto Jon como su padre habían invertido en la *Mirentxu II* un tiempo que le tendrían que haber dedicado a la casa.

Jon les había prometido que el primer sábado del curso botarían la lancha y darían un paseo. Su padre se lo había reprochado. No debería habérselo prometido. Aún no sabían si podrían recuperar el motor. Y estaba la marea. Y estaba el tiempo. Y estaba la mar. Y otras cosas. ¿Qué cosas? No sé. Lo que pueda pasar.

La madre de los niños, Katharina, estaba en Los Ángeles grabando una serie documental. El trabajo duraría no menos de seis meses y ella confiaba en que el proyecto hallara continuidad. ¿Te vas sola?, le había preguntado Jon. Sí, él no va a dejar a sus hijos aquí, dijo ella, refiriéndose a su pareja, pero Jon comprendió lo que había querido decir: Llevo mucho tiempo persiguiendo un proyecto así. No tengo claras las consecuencias que vivir separados medio año nos puede acarrear, pero estoy dispuesta a asumir el riesgo.

¿La ponemos ya en el agua?, preguntó la niña.

Se dice botarla, replicó el niño.

Todavía no, dijo el padre de Jon.

Les explicó que aún tenían que dejar el motor funcionando una hora y luego cambiarle el aceite. Habían tardado más de lo que esperaban. Para cuando pudieran llevar la lancha al muelle ya habría pasado la pleamar de la mañana, el agua llevaría varias horas bajando.

Jon le restó importancia. Propuso botar la lancha por la tarde y ver la puesta de sol desde la mar.

¿Y qué hacemos hasta entonces?, preguntó el niño.

Podéis jugar al baloncesto.

Habían instalado una canasta en una fachada lateral de la casa. Jon confiaba en que eso ayudara a que sus hijos hicieran amigos, en que alguien querría ir a jugar con ellos.

La cancha está sucia. Hay plumas.

Algún zorro cenaría ahí anoche, dijo el padre de Jon. Coge un escobón del garaje y barre las plumas.

También hay sangre.

También hay una manguera en el garaje.

Esta casa está muy sucia, se quejó la niña. Es una casa de hombres.

Estaban saliendo de casa cuando oyeron el helicóptero. Eran la seis de la tarde. Para ahorrar tiempo, por la mañana el padre de Jon había enganchado el remolque a su coche, llevado la lancha al puerto deportivo y la había dejado dispuesta para la botadura. El escape manchaba la popa con gotas de gasoil. El agua salada debía de haber corroído un cilindro. Había querido cambiarlo, pero Jon le convenció de que lo dejaran para otro día.

El sonido no pasó de largo, sino que se hizo más y más fuerte, entrando por las ventanas abiertas y embolsándose en la casa. Los niños salieron a la terraza superior.

¡Está aterrizando!

El helicóptero tomó tierra en el prado de San Juan. El prado era una franja de marisma desecada a lo largo del centro de la ría, de unos doscientos metros de longitud. Se comunicaba con la orilla izquierda mediante un puentecillo peatonal, a poca distancia de la vivienda. No era extraño que aterrizaran allí helicópteros, ya fueran de servicios de emergencias, ya de las cadenas de televisión que cubrían las competiciones de piraguas celebradas en la ría.

Si queréis botar hoy la *Mirentxu II,* dijo el padre de Jon, tenemos que irnos.

El puerto deportivo estaba a menos de quinientos metros. El padre de Jon dijo que irían a pie. Luego regresarían en su coche, que había dejado allí.

Cuando bajaban la cuesta vieron a una pareja al otro lado de la verja de entrada. La mujer observaba fijamente la vivienda. El hombre contemplaba la cueva. Echó atrás la cabeza para mirar la pared calcárea al pie de la cual se abría, de veinte metros de altura y abundante en cavidades donde anidaban los cárabos y las avispas. A continuación los vio a ellos.

Hola, dijo saludando con la mano, muy sonriente. ¿Es usted Jon?

Hablaba en castellano con acento británico.

Sí.

Me alegro mucho de conocerle. Soy Percy Blake. He leído sus libros.

Los dos estaban muy morenos. Él iba vestido con una cazadora de aviador y pantalones chinos. Tenía el rostro alargado, el cabello rubio y llevaba un bigote finamente recortado. Su ademán, bien plantado en el suelo a la par que sereno, y en especial su modo de mirar transmitían una inmediata y tranquilizadora impresión de franqueza. Tenía los ojos tan azules que parecían mirillas por las que se divisara un cielo matutino y despejado.

Jon se acercó receloso. Su padre y los niños permanecieron a la espera, sin despegar la vista de los recién llegados. Jon no miraba al hombre, sino a la mujer al otro lado de la puerta. Tenía las piernas muy largas y delgadas, y calzaba botas de tacón. Como en la ocasión anterior, llevaba un abrigo de piel y gafas de sol, ambos más discretos pero seguramente bastante más caros. Ella dejó de escrutar la casa y, sin quitarse las gafas, le devolvió la mirada con el ceño arrugado, como si le reprochara observarla tan fijamente.

¿Virginia?

Era casi de la misma edad que Jon, pero aparentaba ser mucho más joven. Él apenas encontraba diferencias con la mujer que había conocido hacía trece años. La impresión venía causada en parte por la sorpresa y la confusión. Ese mismo día sería testigo de los cambios experimentados por Virginia.

Es cierto, dijo el hombre. Se me olvidaba que usted y mi mujer se conocen.

Jon lo miraba ahora a él. Lo estudiaba intentando reconocer a Markel. Aunque no lo era. Era imposible que lo fuera. Había dicho que se llamaba Percy Blake. Y era mayor que Markel. Mayor que la edad que Markel habría tenido en ese momento si no hubiera desaparecido. Mayor que la edad que Markel tenía ahora, estuviera donde estuviese. A Jon le daba vueltas la cabeza.

Aita, ¿estás bien?, preguntó la niña.

Virginia estaba furiosa, se dijo Jon. ¿Pero por qué? ¿Qué quería?

Tenía que llamar a Katharina y contarle lo que estaba pasando. Miró hacia atrás y se asustó al ver a los niños, de los que se había olvidado por completo. Al mismo tiempo que pensaba en llamar a su exmujer, que estaba muy lejos de allí, en Los Ángeles, también creía que Katharina estaba con él, a su espalda, recibiendo a unos visitantes inesperados, porque ¿cómo podría ser de otra manera? Y Virginia continuaba sin decir nada, apretando los labios en una línea recta.

¿Nos pueden decir qué quieren?, dijo el padre. Estamos ocupados.

Virginia agarró a su marido por el codo y le susurró algo al oído. A nadie le pasó inadvertida la energía del gesto, el modo como sus dedos aferraban el brazo.

Sí, sí, cálmate, dijo él en inglés. Y luego, hablando de nuevo en castellano, mirando a Jon y a continuación a su padre, y otra vez a Jon, como si no supiera a quién dirigirse: Nos gustaría ver la casa. Se lo agradeceríamos mucho. Solo les robaremos unos minutos.

¿Pero no íbamos a botar la lancha?, dijo el niño, preocupado.

¿Dices que conoces a esta gente?, le preguntó a Jon su padre.

La conozco a ella. Trabajaba para… Estaba con Markel cuando él vino por última vez.

Entiendo. Y, dirigiéndose a Virginia, el padre dijo: Encantado. Bienvenida.

Lo dijo mirándola con una fijeza motivada por la curiosidad, no por el recelo ni por el temor, dedujo Jon, aunque le parecía imposible que su padre pudiera entender a un personaje como Virginia.

Ella no respondió.

Y el padre: En ese caso, dado que casi somos familia, subamos un momento.

Pulsó el botón del mando a distancia que llevaba en el bolsillo y la puerta enrejada se abrió silenciosamente.

Se lo agradezco mucho.

No respondió ella, sino el marido. Virginia ya subía taconeando la rampa hacia la casa.

Comenzaron por la terraza más alta de las dos que había en la vivienda, desde donde se disfrutaba de una panorámica de la ría, del pueblo y del monte Corbero. Desde aquella terraza habían sido testigos Jon y Katharina de la segunda aparición de las luces en el cielo y allí se les había unido Markel, quien asimismo las había contemplado, fuera de sí, anhelante de quién sabía qué, hasta el extremo de salir corriendo a su encuentro y no ser visto nunca más.

Percy apoyó las manos en la barandilla y asintió complacido, aunque Jon dudaba de la medida de su complacencia. Al cabo de años de abandono, el terreno estaba tomado por una maleza cerril y espinosa allí donde no mostraba la tierra desnuda, roturada por los vehículos de construcción. La vista pasaba de lo silvestre a lo a medio hacer, y de ahí a la mera suciedad y al desperdicio acumulado.

Tenías razón, Virginia. Es impresionante. ¿Qué es eso? ¿Otra cueva?

Señalaba una pequeña cavidad a su derecha, donde la ladera se curvaba como si quisiera arropar la casa.

Sí. No tan amplia como la de abajo pero bastante profunda, dijo el padre de Jon. Una familia del pueblo se refugió ahí durante la guerra.

Percy movía la mandíbula como si rumiara algo.

Tienen muchas cuevas por aquí.

El macizo está prácticamente hueco.

Si la casa fuera más grande o si en su lugar se construyera algo mayor, todo se podría venir abajo.

Yo no diría tanto, opinó el padre.

Perdón, dijo Jon, ¿a qué se dedica usted?

Es empresario, dijo Virginia. Percy tiene hoteles por todo el mundo.

Habló en castellano con acento chileno. Jon recordaba que Virginia era natural de Hull, en Yorkshire, y que había vivido varios años en Chile, donde trabajó como secretaria para el abuelo de Markel. Su marido hablaba castellano con mucha menos soltura que

ella.

Se había situado apartada de los demás, en el extremo de la terraza, donde esta se adelgazaba como el espolón de proa de un velero. No se había quitado las gafas de sol. Miraba hacia el pueblo cruzada de brazos. Estar allí se diría un agravio para ella, el último de una lista extensa, variopinta e indeleble.

No por todo el mundo, pero es cierto que soy dueño de unos cuantos establecimientos.

La casa no está en venta, dijo el padre de Jon.

Percy alzó las manos mostrando las palmas.

Lo sé. Nuestra información estaba equivocada. Teníamos entendido que la casa pertenecía ahora a un tal…

Gallardo.

Eso es. Pero por lo visto…

Mi hijo y yo la hemos recomprado.

Enhorabuena. Lo comprendo bien. Es su casa. Pero Virginia me había hablado tanto de ella que tenía que conocerla.

Por eso quiere visitarla.

Por eso.

Nada más.

Digamos que siento curiosidad profesional. Creo que usted me entiende.

El padre de Jon y el marido de Virginia se hallaban próximos en edad y en carácter. En otras circunstancias, intercambiarían gustosamente vivencias; uno había llegado más arriba en la vida; el otro se hallaba más satisfecho consigo mismo.

Lo entiendo. Empecemos el recorrido. ¿Su piloto les esperará?

El helicóptero estaba justo ante ellos, en el Prado de San Juan. Jon recordó, y es muy posible que también Virginia lo hiciera en aquel momento, cómo tras la aparición de las luces en el cielo, el prado se había llenado de ufólogos acampados. Sus telescopios y aparatos de medida apuntaban al cielo, prestos para un retorno de las luces. Luego, al cabo de días y noches sin que eso sucediera, el aburrimiento les había llevado a reorientar sus mirillas hacia la cercana vivienda y las dos parejas que la ocupaban.

Esperará. Yo soy el piloto.

¿Tú conduces el helicóptero?, preguntó el niño.

Él y su hermana se habían instalado en sendas mecedoras de mimbre, desde donde escuchaban para averiguar cuánto tardarían en irse las visitas.

Sí. ¿Quieres verlo?

¿Y volar?

No creo que tu padre nos deje.

Por supuesto que no os dejo. Id adentro.

Se levantaron de sopetón, asegurándose de que las mecedoras se siguieran balanceando el mayor tiempo posible, y se fueron a su cuarto.

El padre de Jon hizo un gesto a Percy invitándolo a entrar.

¿Vienes?, preguntó Percy a Virginia.

Dame un segundo.

Él siguió al padre de Jon al interior.

¿Son tus hijos?, preguntó Virginia.

Se quitó las gafas de sol y lo miró fijamente, separados por la mitad de la extensión de la terraza.

Sí.

¿Tuyos y de Katharina?

Jon volvió a asentir.

Así que al final tuvisteis hijos. No fue un daño irreparable.

Por supuesto que fue irreparable. ¿Cómo puedes decir eso?

¿Ella no está aquí?

No.

¿Porque no estáis juntos?

Eso es.

La intensidad con que ella lo miraba resultaba fustigadora. Años atrás, Jon había llegado a pensar que Markel era una creación fruto de la intensidad de Virginia, una herramienta materializada por la pura necesidad de ella. Él había desaparecido cuando dejó de serle útil. Se preguntó si con Percy Blake sucedía lo mismo. Distinguía cierta semejanza entre él y Markel: una desenvoltura y una mundanidad que encubrían cierta maleabilidad de carácter.

Virginia se acercó taconeando.

Cuéntame cómo desapareció.

El padre guio a Percy a la planta baja. Era donde las obras estaban menos avanzadas. El salón, la estancia más amplia de la casa, provisto

de una chimenea de piedra y paredes con paneles en madera, el lugar que Virginia había convertido en sus dominios privados durante su anterior visita, donde se encerraba con las persianas bajadas, donde, como si ejerciera un derecho de nacimiento, no permitía la entrada de nadie, donde sus pertenencias desperdigadas, entremezcladas, dejadas de lado, cubrían el suelo, donde sus olores, a sudor, a maquillaje, a sexo y a orina se adherían a la tapicería de los sofás, aunque de todo esto era poco probable que Percy Blake se hallara al tanto, ahora había pasado a ser un guardamuebles temporal, emulando, emulando tan solo, la maraña creada por Virginia. El antiguo despacho del padre continuaría desempeñando su función, aunque ahora para Jon, que allí escribiría y traduciría. Con cada estancia en la que entraban aumentaba la lista de reposiciones y de renovaciones, de cambios y de ampliaciones. El antiguo comedor, conectado con la sala de estar del piso de arriba, pasaría a ser el dormitorio de la niña. Los cuatro tendrían su propia habitación, todas mirando hacia la parte frontal de la casa, con la alborada como despertador. Las reformas no se ceñían al interior; fuera: desplazamiento de tierras, muros de contención arriostrados, cimentación reforzada para las columnas del garaje…

En el garaje volveré a instalar mi taller. Mi hijo quiere una biblioteca. Yo necesito un taller.

Lejos de desmoralizar al padre, la lista de trabajos le hacía crecerse. Ahora disponía de un objetivo, compuesto de objetivos menores, inacabables y gozosos. Lo más seguro, reconoció, empleando al hotelero como disculpa para hablar consigo mismo, para expresar en voz alta lo que hasta entonces solo había pensado y no quería compartir con su hijo para no enturbiar aquella nueva etapa verbalizando un horizonte de pesadumbre, lo más seguro era que, durante lo que le quedara de vida, ya no haría más que cuidar de la casa y plantar cara a la ladera, que se desplazaba y se desmoronaba, que empujaba en cuanto apartabas de ella la mirada, como un animal traicionero y resabiado. No era una mala perspectiva, pues en la casa viviría él, junto con su hijo, que cargaba con sus propias responsabilidades, y junto con sus nietos, e incluso habría espacio, esto tampoco se lo había dicho a Jon, habría espacio para aquella mujer, Emilia, de la que Jon hablaba en ocasiones contadas, como si se refrenara pero de repente ya no pudiera resistirlo más y tuviera que

traerla a colación con unas erupciones de sentimiento que al padre le cohibían a la vez que le revolvían una dolorosa envidia, habría espacio para aquella mujer y su hijo y los hijos que aún podrían venir.

El padre hablaba ajeno al hombre que lo seguía, cuyos pasos se hacían más lentos bajo el peso de una desazón creciente.

Jon terminó de narrar lo sucedido aquella noche, la parte de la que había sido testigo. Contó también que en los días posteriores había recorrido el bosque donde Markel desapareció. No había encontrado ningún rastro de quien afirmaba ser su primo lejano. Nadie más lo había hecho. La familia de Markel se había puesto en contacto con él, preocupados por su paradero, y Jon les había contado lo mismo que acababa de decirle a Virginia. La investigación emprendida por la familia tampoco había llegado a nada concluyente. Por su parte, Jon y Katharina habían terminado diciéndose que Markel no había desaparecido, que tan solo se había ido, de manera tan repentina y carente de aviso como había sido su llegada. La excepcionalidad de lo sucedido no residía en la marcha de Markel, sino en las circunstancias en que había tenido lugar.

La familia también habló conmigo, dijo Virginia.

Pero había sido ella la primera en llamarlos, Virginia, siempre tan astuta y previsora. Los había llamado en cuanto se fue de Ribadesella, cuando Markel ni siquiera había desaparecido aún. Había hablado con su jefe, el abuelo de Markel, y lo había informado de que había acompañado a su nieto hasta Ribadesella, donde se habían alojado con unos parientes. Allí Markel le había ofrecido dinero a cambio de mantener relaciones sexuales y ella se había largado enfurecida. Consideraba concluido su servicio como asistente de Markel.

¿Qué hiciste cuando te fuiste de aquí?

Volví a Inglaterra.

Jon se preguntó cómo había sido la vida de aquella mujer durante esos años y qué había sucedido con su padre, que también había pasado por Ribadesella, si bien a escondidas, una pieza más en la maquinación de su hija. Y en particular se preguntó si Virginia había tenido noticias de Markel, si también recibía correos, como él y Katharina, y si Markel era con ella más directo y franco.

¿Has sabido algo de él?

Virginia se acercó un poco más. Apoyó la cadera en la barandilla.

Sonrió para sí misma, arrullada por un recuerdo privado.

A veces me habla.

El marido de Virginia ya no escuchaba. Seguía al padre de Jon y sonreía como había aprendido a hacer en su trabajo, una sonrisa que tranquilizaba a quienes estaban a su alrededor pero que no guardaba relación con lo que sentía. Tenía la cara alargada, concluida en una barbilla afilada, y la boca pequeña, lo que causaba que, si no sonreía, siempre parecía estar frunciendo los labios en un mohín de mortificación. Envidiaba a aquel hombre de manos encallecidas y mirada entendida, armado con un proyecto claro, para el que la vida le había otorgado unos compañeros fiables. No lo escuchaba, pero quería que continuara hablando, que hubiera más rincones que mostrar, más encinas, eucaliptos y pinos que hubieran crecido demasiado como para que sus raíces los sostuvieran en el magro recubrimiento de tierra de la ladera, más nidos de avispas asiáticas a los que disparar con proyectiles de veneno, lo que fuera con tal de demorar el momento de reunirse con Virginia. Agradecía que ella no los acompañara, pero se preguntaba por qué no estaba con ellos. La idea de ver la casa había sido de Virginia, de visitarla para convencerlo de la idoneidad del lugar para levantar un hotel, un establecimiento reducido, selecto. Había insistido durante días, una vez superado su ataque de furia, sufrido en presencia de testigos, para bochorno y preocupación de Percy, furia al descubrir que la casa había estado durante dos años en manos de otro propietario, alguien escaso de liquidez y sin apego por el lugar, alguien que felizmente habría aceptado una oferta muy inferior a la que ahora deberían poner sobre la mesa, que debería poner él, Percy, a su pesar, aunque estaba resuelto a ello, pues había dado su palabra, pero sería su último intento por complacer a su mujer.

¿Qué te dice?

Me habla de esta casa. Del tiempo que pasamos aquí. Está obsesionado.

¿Te envía mensajes?

Te digo que me habla.

Entonces os veis. Sabes dónde está.

No nos vemos. Pero me habla. Oigo su voz.

Entiendo.

No entiendes nada. Siempre has sido un necio. Katharina era lista, pero tú…

No has recibido ningún mensaje suyo. No te escribe.

Ella te dejó, ¿cierto? Eso demuestra que es lista. No mucho, pero sí más que tú. Y aun así lo jodisteis todo. Nos jodisteis a Markel y a mí, soltó con rabia, como si su intento por apropiarse de la casa hubiera sido absolutamente lícito.

¿Markel no te ha escrito nunca?, insistió él.

Me habla cuando sabe que puedo escucharlo.

¿Habla con alguien más?

Buena pregunta. Se la haré la próxima vez que hablemos. Pero creo que la respuesta es no.

¿Has venido porque te lo ha pedido él?

A lo mejor no eres tan necio como pareces.

Percy y el padre de Jon salieron a la terraza, concluida la visita.

Virginia, pensé que nos acompañarías.

Conozco bien el sitio. ¿Qué te ha parecido?

Curioso, sobre todo por la ubicación. La casa está bien, no me malinterpreten, pero el sitio…

Tiene posibilidades, ¿cierto?, le alentó ella.

Sin duda.

¿Entonces?

Percy Blake se miró los pies, incómodo.

¿Considerarían ustedes una oferta de un millón de euros?

Ya hemos dicho que no está en venta, respondió el padre.

No hagas caso, Percy, dijo Virginia. Si estuvieran tan decididos a no vender no nos habrían dejado verla.

Solo hemos sido amables, se defendió el padre de Jon.

¡Amables! ¡Lo que hay que oír!

Virginia, por favor, dijo su marido. ¿Me permites hablar a mí?

Ella se cruzó de brazos.

Te lo permito. Pero insiste. ¿Para qué hemos venido si no?

¿Un millón cien mil?, dijo Percy. En realidad la casa no le había impresionado, y el entorno presentaba dificultades tanto arquitectónicas como legales. Dudaba que las autoridades le permitieran levantar un hotel a tan escasa distancia de la ría y de un yacimiento rupestre.

¿Por qué está tan interesado en esta casa?, quiso saber Jon.

Los niños salieron a la terraza. Habían notado el endurecimiento en las voces y no querían perderse lo que fuera a suceder. Volvieron a ocupar las mecedoras.

Percy habló del proyecto de construir un pequeño hotel, obviando que la interesada era su mujer.

Lo siento, pero no aceptamos la oferta, dijo el padre.

Percy miró a Jon, que negó con la cabeza.

Se sobresaltaron cuando Virginia golpeó la barandilla con los puños.

¿Por qué te andas con rodeos? No lo haces cuando los negocios son idea tuya. Me dijiste que me escucharías.

¿No hemos venido?

Ofréceles un millón y medio.

Es demasiado.

Un millón y medio, dijo Virginia al padre de Jon, ignorando a su marido. ¿Aceptáis un millón y medio?

Por última vez, respondió el padre, esta casa no se vende. Nos dijeron que solo querían verla. Ya la han visto. Ahora, si nos perdonan, tenemos cosas que hacer.

Los niños se pusieron en pie para refrendar las palabras de su abuelo. Estaban ansiosos por ir a botar la lancha.

Somos nosotros los que debemos pedirles disculpas, dijo Percy. No los molestamos más. Querida, nos vamos. Estas personas están ocupadas.

Virginia no se movió. Estaba apoyada en la barandilla con las dos manos, la cabeza gacha. Continuaba llevando el pelo muy largo, casi hasta la cintura, y ahora le caía ante la cara como un velo que se mecía atrás y adelante, impulsado por la respiración acelerada.

¿Estás bien?, preguntó su marido pasándole un brazo sobre los hombros.

Ella dio un respingo y se apartó de él. Se retiró el pelo de la cara, que le brillaba de sudor. Miró a todos como si no los conociera.

No queremos construir ningún hotel.

¿Cómo?, preguntó su marido.

Nada de hoteles. Quiero la casa.

Me habías dicho que…

¡La casa!

No grites, por favor. ¿De qué estás hablando? La casa es de esta gente. Es su casa.

¡Es mía! No pienso irme de aquí. El dinero no importa. Y a continuación exclamó: ¡Me ahogo! ¡No puedo respirar!

Jon le acercó una silla. El padre fue a por un vaso de agua. Los niños la miraban un poco asustados.

Percy se agachó junto a ella susurrándole palabras tranquilizadoras. Virginia bebió un sorbo de agua. Jon retrocedió hasta situarse junto a sus hijos. Les dijo que no se preocuparan y que fueran adentro. Obedecieron en silencio.

¿Estás mejor, querida?

Ella se había abierto el abrigo de piel y se apretaba el vientre con las manos. Trataba de hundir los dedos, pero estaba demasiado delgada.

Virginia, ¿qué te pasa?

Percy, dijo ella, mirándolo a él, luego mirando a su vientre, sin dejar de estrujárselo, Percy, mi amor, tengo algo dentro.

¿Llamamos a un médico?, preguntó el padre de Jon.

No es necesario, dijo Percy. Se calmará en seguida. Le ha pasado otras veces.

No me voy a calmar. Lo siento dentro de mí. ¡Percy!, exclamó de repente, ¿por qué estoy tan cansada?

Percy Blake miró a Jon y a su padre. Parecía enormemente molesto.

Puede descansar aquí el tiempo que haga falta, dijo el padre de Jon. No se preocupe por nosotros.

Son muy amables, pero nos vamos.

No quiero subir al helicóptero, dijo ella. Siempre me siento a punto de caer. Me siento como cuando sueño que vuelo y que me mantengo en el aire solo por la fuerza de mi voluntad, y que si me distraigo, por poco que sea, o si me fallan las fuerzas, caeré a plomo.

Cariño, no lo sabía. Sí me había fijado en que siempre que volamos estás muy callada.

¡Por supuesto! ¡Porque soy yo la que sostiene el helicóptero en el aire! Tengo que estar concentrada.

Todos guardaron silencio. Virginia seguía apretándose el vientre.

Percy se puso en pie y en tono avergonzado preguntó a Jon y a su padre si había algún sitio donde su mujer pudiera descansar unos momentos.

Jon le ofreció su habitación.

No, dijo Virginia levantándose. En la habitación de abajo.

Hay otras más cómodas.

Me da igual. La de abajo. La habitación de Markel.

Por supuesto, dijo Percy y al mohín involuntario de sus labios se sumó otro muy intencionado. La habitación de Markel.

Virginia abrió la marcha. En el pasillo se encontraron con los niños.

¿Ya nos vamos?, preguntaron esperanzados.

Volved a vuestra habitación.

¿Qué pasa?

Nadie les respondió. Su abuelo se quedó con ellos. Virginia, Percy y Jon bajaron las escaleras. Giraron a la derecha, luego a la izquierda y recorrieron un pasillo hasta el extremo de la planta baja, donde estaba la habitación en que se había alojado Markel. La estancia se hallaba vacía salvo por un somier con un colchón.

No queda nada, dijo ella.

Arriba estarías más cómoda.

No. Aquí.

Solo será un momento, dijo Percy.

Jon salió de la habitación. En lo alto de las escaleras le esperaban su padre y los niños.

No vamos a botar la lancha, ¿verdad?

Os dije que lo haríamos y lo haremos. Solo hay que tener un poco de paciencia.

Iba a añadir algo, pero sintió vibrar su móvil. Un mensaje. Lo leyó allí mismo. Sus hijos reconocían sus expresiones mucho mejor de lo que a él le gustaría.

¿Qué pasa, aita?

Nada.

¿Quién te escribe?

Nadie. Pero tengo que salir un momento.

¿Ahora?

Sí, ahora. Vuelvo en seguida.

¿Qué pasa?, preguntó su padre.

Nada, he dicho. Tranquilos. Esa gente se irá ahora mismo.

Cruzó el puente en su coche y entró en el aparcamiento junto al viejo mercado de abastos. Vio el coche de su madre aparcado mirando hacia la ría. Dejó el suyo en una plaza libre cercana. Su madre estaba sentada al volante. No se apeó cuando lo vio acercarse. Jon ocupó el asiento del acompañante.

¿Se te ha olvidado el camino?

Ella miraba hacia la casa, en la otra orilla de la ría, desde donde parecía acechar agazapada entre los árboles.

Creía que iba a poder, pero me han fallado las fuerzas, dijo enojada consigo misma.

Él se fijó en cómo apretaba el volante con las manos.

Al menos me has esperado con el motor parado.

Lo siento. ¿Les has dicho a tu padre y a los niños que iba a venir?

No.

¿Por qué?

Por si acaso.

No confiabas en mí.

Por si acaso, ama.

Lo entiendo y lo siento, pero lo pasé demasiado mal allí, dijo señalando con el mentón hacia la casa.

Ya lo sé, respondió él en el tono de quien teme que le cuenten una historia oída demasiadas veces.

Tenía muchas ganas de ver a los niños. Las tengo. Me crees, ¿verdad?

Por supuesto. Tenemos una lancha nueva. La botaremos dentro de un rato. ¿Nos quieres acompañar? Podemos dar un paseo todos juntos. Eso siempre te gustó.

Su madre sonrió dándole la razón, pero negó con la cabeza. Jon lo comprendió. Su padre sabría que ella no se había atrevido a acercarse a la casa.

No les digas que he venido. ¿Los niños están bien? Por tu padre no te pregunto. Imagino que no ha estado mejor en su vida.

Se están acostumbrando a la casa y a todo lo demás, dijo Jon y miró a su madre retándola a replicarle.

Supongo que lo conseguirán.

Claro que lo harán. Están conmigo y con su abuelo. Hablan con Katharina todos los días. La casa está bien y la dejaremos aún mejor. Yo fui muy feliz en ella.

Hizo una pausa y sorprendiéndose a sí mismo añadió: A veces me avergüenzo.

¿De qué?

De haberme sentido bien mientras tú te sentías tan mal, y sabiendo perfectamente que te sentías mal.

Eras un crío. No podías saber lo mal que me sentía. Me alegro de que disfrutaras de tu infancia en esa casa. Para mí es un alivio. Habría que poner una placa conmemorativa en los sitios donde alguien fue feliz. Feliz de verdad, de manera prolongada, nada grandilocuente. Una placa así significaría más que las que informan de dónde nació, vivió o murió quien sea. También me alegro de que aspires a ser feliz de nuevo en esa casa, con tu familia.

La madre calló y Jon siguió guardando silencio, previendo que aún tenía algo que añadir.

Y me alegra también que no te produzca embarazo usar la palabra «felicidad». Es una buena señal. Hubo una época en que yo habría abofeteado al que se atreviera a pronunciarla en mi presencia. No, rectificó, no lo habría hecho porque ni siquiera la habría entendido, como si fuera una palabra de un idioma desconocido para mí. Lo que llevaba dentro no me dejaba comprenderla.

¿Lo que llevabas dentro?

Ella alzó las cejas, sorprendida de que no entendiera a qué se refería.

Esa Araña de la que tú escribes. ¿Yo no puedo llamar así a lo que me pasó? Ahora imagino que lo que siento dentro es la Araña.

¿La sientes?

Por supuesto.

¿Cuándo?

Siempre. Pero la mayor parte del tiempo está quieta. Solo me

preocupo cuando se mueve.

Y ahora se está moviendo.

Un poco. Empezó en cuanto tomé la salida de la autovía para entrar en el pueblo.

¿Estás preocupada?

No es la primera vez que pasa y seguro que volverá a ocurrir. Pero prefiero ir con cuidado. Utilizando de nuevo tu metáfora, es hora de atender a la Araña. Sí, sí, quieres saber cómo se hace. A la Araña no la puedes arrancar de dentro de ti. A lo mejor tampoco eso sería deseable, pues se llevaría consigo una parte importante de lo que eres; dejarías de ser tú. Lo que hay que conseguir es que la Araña se empequeñezca y se quede quieta. No te debes olvidar de ella. No la puedes arrinconar en un sótano de ti mismo. Le tienes que ceder una buena habitación, discreta y a la que puedas acceder sin esfuerzo. ¿Me entiendes? Allí dentro, en el centro, colocas a la Araña, pequeña e inmóvil. No importa que cierres la puerta porque, si ella quiere salir, lo hará. Una vez la tengas en su habitación propia, la transformas en estatua. La visitas periódicamente para no olvidarte de que sigue allí, para asegurarte de que no ha vuelto a crecer, y en cada visita le aplicas una mano de argamasa. A eso me refiero cuando digo que hay que transformarla en estatua, una estatua de cuyo peso serás siempre consciente. ¿Me comprendes? Una mano y otra y otra de argamasa, en todas las visitas, sin desfallecer, hasta que ya no se distinga lo que hay debajo. Aun así, no hay que dejar de atender la estatua, porque en su interior hay encerrado algo vivo. ¿Podemos decir que la Araña está viva? Yo afirmaría que sí. A veces, te lo aseguro, está mucho más viva que tú. Si notas que se vuelve a mover, que sale del letargo, que la prisión se le queda pequeña, si el extremo de una pata o la punta ponzoñosa de un colmillo desgastan la argamasa desde dentro tratando de abrir una brecha, entonces debes volver a la habitación para mirar de frente a la estatua y aplicarle nuevas manos que, una vez endurecidas, la inmovilizarán o al menos retrasarán su fuga. Eso es lo que ahora tengo que hacer. Ir a su habitación.

Y esa habitación está dentro de ti y, a la vez, lejos de aquí.

Lo has entendido.

¿Y te tienes que ir ahora mismo?

Lo preferiría.

También Jon prefería volver a casa lo antes posible. No quería dejar más tiempo solos a los niños y a su padre con Virginia y con el marido de esta, particularmente con Virginia. Viéndola sufrir el ataque de ansiedad había sido testigo de una Virginia diferente a la que había conocido años atrás. La nueva continuaba siendo problemática pero más dependiente, menos armada de recursos. Quería pensar que también menos peligrosa. Aun así Jon había empezado a sentir angustia nada más salir de casa.

¿Tienes tiempo para dar un paseo?, preguntó.

Su madre no había soltado las manos del volante.

¿Tomamos algo en el pueblo?, insistió él.

Es mejor que no.

¿El pueblo también hace que la Araña se revuelva?

Ella asintió.

Entonces nunca vendrás a visitarnos.

No lo sé. Pero nos veremos. Tengo muchas ganas de ver a los niños. Y podemos volver a ir juntos de vacaciones. Esta vez con el mayor.

Muy bien. Como quieras.

Les he traído unos regalos. ¿Quieres dárselos tú con cualquier disculpa? No les digas que los he comprado yo. Una camiseta de baloncesto para el mayor y…

Déjalo. Dáselos tú la próxima vez, ama. Les hará más ilusión.

¿Cómo puedo narrar lo que estaba sucediendo en la casa mientras Jon hablaba con su madre? ¿Cómo puedo hacerlo de manera que sea comprensible y a la vez guarde coherencia con todo lo que he escrito hasta este momento?

De entre las formas posibles, lo contaré tal como lo haría Jon, en el caso de que este fuera uno de sus libros.

Después de quedarse a solas en la habitación de la planta baja, Virginia se tumbó en la cama sin quitarse el abrigo de piel ni las botas. Al cabo de unos momentos se dejó de apretar el vientre con las manos y las posó en el colchón. Oyó cerrarse la puerta de la casa y un coche que bajaba la rampa y se alejaba por la carretera; Jon acudía al encuentro de su madre. Fue reconociendo uno por uno los sonidos propios de la casa: los crujidos de la madera, los pasos en el piso de arriba, supuso que de los críos, siempre poco dados a refrenar su caminar, las conversaciones susurradas para no provocarle molestias. La arquitectura de la vivienda discriminaba, de acuerdo a un criterio intrincado, las palabras a las que permitía descender las escaleras, recorrer los pasillos y llegar a sus oídos. Virginia oía fragmentos de frases, ahora, creía, pronunciadas por su marido, ahora, creía, por el padre de Jon, ahora, sin duda, por alguno de los críos, aunque no sabía cuál, agudas, enfadadas, henchidas de exigencia.

Se había acostado con Markel en aquella habitación. La inspeccionó con la mirada en busca de cualquier cosa que le recordara a él.

Algo le cayó en la cara. ¿Polvo, arenilla…? Se lo sacudió.

Justo encima de la cama, el techo estaba deteriorado por lo que parecía una antigua gotera: una mancha negruzca de humedad en cuyo centro se abría un agujero. Eso era nuevo. No comprendió cómo había podido haber allí una gotera. De acuerdo a lo que recordaba, encima de esa habitación había otra, donde antes dormían Jon y Katharina. Oyó pasos en el piso de arriba, cortos y acelerados, de los críos, y del agujero se desmoronaron más polvo y fragmentos de cemento y ladrillo. Apartó la cabeza. Los restos cayeron sobre la cama, su pelo y el abrigo. No dejó de mirar el agujero, tercamente oscuro. Escuchó poniendo toda su atención.

¿Markel? Lo siento mucho… No lo he conseguido… Pero lo haré… La casa será tuya… No te enfades… Por supuesto que te escucho… ¿No ves que estoy aquí, que hago cada cosa que me pides? Pensaré otra forma… Hablaré con Percy… Tranquilo, podemos contar con él… Por favor, no me riñas… No puedo aguantar más riñas. Sobre

todo si vienen de ti… ¿Adónde quieres que vaya ahora? ¿Qué vas a enseñarme?

Se levantó y salió de la habitación sigilosamente. No quería que los de arriba bajaran a husmear. Aquello solo era asunto de ella y de Markel.

Al final del pasillo, bajo las escaleras que comunicaban las dos plantas, había una puerta. Al otro lado una escalera casi vertical, de madera, descendía al sótano.

En su anterior visita llegó a estar segura de que Jon o Katharina se escondían detrás de aquella puerta para espiarlos a Markel y a ella, para oír cómo hacían el amor, para descubrir lo que tramaban. En una de esas ocasiones, Virginia había intentado abrir la puerta y se la había encontrado cerrada. No, no había sucedido así. No estaba cerrada. La puerta no tenía cerrojo. Había intentado mover la manilla, pero esta se resistió como si alguien, al otro lado, la sujetara para impedirle abrir la puerta. El forcejeo se prolongó unos momentos, al cabo de los cuales ella terminó por ceder. Recordó lo que había sentido entonces: la indignación por saberse acechada, por sentir violada su intimidad, la preocupación por lo que pudieran haber descubierto acerca de ella, y por último, la angustia y el miedo.

¿Markel, estás ahí?, susurró.

Como la otra vez, aferró la manilla e intentó girarla. También como la otra vez, no se movió, sujeta por alguien.

Volvió a sentir miedo. ¿Quién había al otro lado? El miedo le agarrotaba el cuerpo, pero aun así seguía tratando de girar la manilla.

¿Markel, eres tú?

La manilla cedió y la puerta se abrió súbitamente, empujada con violencia desde dentro. Virginia retrocedió trastabillando. De la oscuridad del sótano saltó una araña grande como una persona que le hundió los dientes en el corazón. De manera instantánea, circuló el veneno y fue acallado el grito de horror. La gran araña desclavó los dientes. La boca de Virginia seguía abierta, casi dislocada la mandíbula. La araña introdujo en ella el extremo de las dos patas delanteras y, acercando la cabeza a su nueva madriguera, la abrió aún más, con la facilidad y la familiaridad de quien aparta las mantas para tenderse en su cama.

INTERLUDIO DURANTE TRES DÍAS

DE REVUELTAS EN SAN FRANCISCO

La casa de Florine Villard, la tía de Lucrecia, disponía de un servicio de siete personas: un cochero, una doncella para la planta baja, una doncella para las plantas superiores, una institutriz contratada para el cuidado y la educación de Felicidad, una lavandera, una cocinera y una camarera. Aquella tarde el cochero no estaba presente. Había llevado a la tía Florine al mitin que se iba a celebrar en el solar contiguo al ayuntamiento. El *Daily Alta California* había informado de que el mitin comenzaría a las siete y media, pero aunque desde la calle Beale solo había un trayecto de quince minutos hasta el ayuntamiento, la tía Florine había salido de casa a las seis, resuelta a situarse lo más cerca posible de los oradores, donde se aseguraría de escuchar cada una de sus palabras y tomaría buena nota de cualquier alusión, soflama o propuesta que no engranara con sus principios morales o sus intereses mercantiles.

Faltaban unos minutos para las siete y también Lucrecia estaba inquieta. Ya se había vestido y hasta tenía puesto el sombrero. En el vestíbulo, revisaba el contenido del bolso. Si su tía hubiera estado en casa, Lucrecia no se habría permitido manifestar de aquel modo su ansiedad. Habría esperado en su habitación hasta que el coche llegara a recogerla y luego aún se habría demorado unos minutos en bajar.

Por el contrario, la posibilidad de suscitar cuchicheos entre el servicio no le inspiraba ningún recato.

Felicidad la contemplaba desde el banco al pie de la ancha escalera de secuoya. Con la excepción del cochero, el resto del servicio estaba en casa. La niña se encontraría acompañada y Lucrecia no albergaba intención de regresar tarde, o no demasiado tarde.

Había escogido un bolso pequeño. No le cabía el revólver. En el *Daily Alta California* había leído también que el jefe del Departamento de Policía había solicitado la movilización de la milicia del estado de California como medida ante posibles altercados. Durante el desayuno, la tía Florine había comentado el rumor de que un grupo organizado pretendía incendiar el muelle de la Pacific Mail Steamship Company, la naviera responsable del traslado de la mayoría de los inmigrantes chinos a los Estados Unidos.

Sonaron siete campanadas en el reloj del vestíbulo. Lucrecia continuaba dudando si debía cambiar el bolso y coger el revólver. Lamentó no haber comprado un Derringer, pero hasta ese día nunca había sentido la necesidad de ir armada en San Francisco.

Descartó el cambio de bolso. Llevar el revólver sería admitir que algo grave podía suceder esa noche, y entonces no podría salir dejando a Felicidad en casa.

La niña acarició a un gato que se le encaramó al regazo. Otro felino hundía las uñas en la tapicería de terciopelo del banco. Lucrecia lo empujó al suelo. El animal le enseñó los colmillos. En la casa de la calle Beale vivía una veintena de gatos. El servicio había sido rigurosamente instruido para dirigirse a ellos como «señorito» o «señorita», según fuera el caso.

Lucrecia oyó detenerse un coche en la calle y el resoplido de un caballo. Se despidió de Felicidad. La institutriz debía de haber estado pendiente de la llegada del coche porque apareció de inmediato para llevarse a su pupila. Llamaron a la puerta y una doncella acudió a abrir. Lucrecia le pidió que esperara. Felicidad y la institutriz terminaron de subir las escaleras y desaparecieron en el piso de arriba.

Buenas noches, señora Dunbar, dijo Ambrose Katcher, sin traspasar el umbral.

Lucrecia murmuró una despedida a la doncella y descendió los dos tramos de escaleras hasta la calle tomada del brazo de su banquero.

Sentía ya la tenue y picante embriaguez. Había bastado el saludo de Katcher, exageradamente formal a esas alturas, para que se olvidara del tenso ambiente que pendía sobre la ciudad, de la tía Florine y hasta de su hija. El saludo del banquero había señalado el inicio de uno de los intervalos que Lucrecia había aprendido a concederse. Durante tales intervalos, de unas pocas horas a lo sumo, quedaba vedado todo cuanto no tuviera que ver con ella misma y su disfrute personal. Si en aquel momento, mientras se dirigía al coche, Felicidad la hubiera llamado desde la ventana de su habitación para despedirse una vez más, Lucrecia habría respondido de manera brusca y desairada.

Incluso le molestó que Katcher, después de ayudarla a subir al carruaje, se detuviera para dedicar una mirada de desconcierto a la casa.

Al difunto marido de la tía Florine, Hans Villard, le habrían sobrado los recursos para levantar su vivienda en el entorno más exclusivo de Nob Hill, si así lo hubiera querido. Había escogido aquella ubicación por su cercanía al muelle privado de la Oregon Improvement Company, que él presidía. El muelle, situado al final de la calle Beale, a modo de una prolongación de esta que se adentraba en la bahía, era el mayor de la Costa Oeste dedicado a la carga y descarga de carbón.

La tía Florine disfrutaba relatando que, como parte de su cortejo, Hans Villard solía llevarla al muelle, ante cuyas básculas siempre había filas de carros a la espera de repartir pedidos por toda la ciudad. Hans y Florine revisaban los pedidos del día en busca de clientes hacia los que sintieran alguna inquina. Localizado el carro que llevaba el pedido en cuestión, y cubiertos con guardapolvos y guantes, retiraban unos cuantos cubos de carbón, que sustituían por la misma cantidad de guijarros pintados de negro. «Carbón eterno», lo llamaba Villard.

En la actualidad, los días en que estaba especialmente aburrida o experimentaba una sensación inconcreta de agravio, Florine seguía haciendo lo mismo. Lucrecia incluso la había sorprendido pintando guijarros ayudada por Felicidad; anciana y niña entre gatos con la nariz y las pezuñas manchadas de pintura y caóticos senderitos de negras huellas felinas. A aquellas alturas, toda la ciudad de San Francisco estaba al tanto de la excentricidad de la viuda y nadie se

presentaba en las oficinas de la Oregon Improvement Company quejándose por haber encontrado carbón incombustible en su pedido.

La casa de la calle Beale era de estilo Reina Ana. Cada tejadillo, gablete, mirador, entrante, saledizo y la torre esquinera culminada por un capirote brujil se habían ideado huyendo de la simetría característica del primer estilo victoriano. En manos de un arquitecto menos ducho que el escogido por Villard, el proyecto se habría concretado en un batiburrillo arquitectónico, quizá no incómodo de habitar pero sin duda sí de presenciar. No fiándose Villard de los aserraderos de la bahía, la casa se había construido en Maine y transportado por secciones en los vapores de la Oregon Improvement Company. El diseño aunaba la osadía con una gracia apreciable solo al cabo de varios parpadeos de perplejidad y una mirada más detenida, como si fuera necesario un particular acomodo del ojo antes de poder afirmar que la casa, al menos en su exterior, tenía todo cuanto debía tener una casa y allí donde debía estar.

Esto era lo que ahora le sucedía a Ambrose Katcher, al que tres gatos, apoltronados en sendos alféizares, le lanzaban a su vez miradas penetrantes, como si quisieran transmitirle el ansia de Lucrecia por ponerse en marcha, ansia que él debería haber percibido y atendido con mayor prontitud.

Si el saludo de Katcher había dado inicio al intervalo, a la burbuja que Lucrecia se concedía a sí misma, ver el carruaje que los esperaba había fortalecido la pared de la burbuja, que de sutil mezcla de agua y jabón pasó a ser de fino cristal soplado.

Para su encuentro de esa tarde, Katcher no había escogido el landó, más cómodo pero abierto. A finales de julio y con el cielo despejado, llevar la capota desplegada habría despertado sospechas y tampoco les habría proporcionado intimidad suficiente. En su lugar, Katcher había ordenado a su cochero disponer la berlina, en cuyo interior completamente cerrado nadie podría verlos si echaban las cortinillas.

En cuanto se acomodó en el asiento y respiró el olor a cera y jabón, Lucrecia se reafirmó en sus planes privados para la velada. Un carraspeo puso a Katcher en marcha.

Sí, querida.

Para Lucrecia, Ambrose había comenzado siendo el señor Katcher.

Y aún siguió siéndolo varios meses después de que, en una de las primeras visitas de ella a la ciudad, Ambrose le preguntó si le podía dar un beso y ella, sonrojándose no por la petición de aquel hombre, sino por la inmediatez de su respuesta, asintió.

Tras aquel beso había habido otros, y cenas y paseos cuando Lucrecia iba a San Francisco, y cartas cuando volvía al Valle de las Rocas, y, en una de las cartas escrita por ella, el señor Katcher pasó a ser Ambrose, y que el cambio de tratamiento se hubiera producido no hallándose los dos físicamente juntos, sino a cientos de millas uno del otro, era para Lucrecia algo aún más íntimo y sentido, por cuanto quedaba constancia documental y por el alto valor que concedía al hecho de la escritura. Cuando volvieron a verse, no quiso confesar a Ambrose esa significancia añadida y tan emotiva para ella en el paso a tratarlo por su nombre de pila. No lo hizo por temor a que para él, hombre habituado a trabajar con cifras, resultara algo incomprensible si no absurdo.

Disfrutando del balanceo que los empujaba uno contra el otro, Ambrose dijo que planeaba llevarla a un sitio «singular».

¿Cenaremos allí?

La comida es buena. Todo depende de que el local sea de tu gusto.

Se negó a dar detalles sobre el sitio. Quería sorprenderla.

Eso sí, querida, si me lo permites, antes quisiera hacer una parada.

Ambrose tenía interés en acercarse al solar junto al ayuntamiento, donde el mitin estaría a punto de comenzar. Quería comprobar el tono de los oradores y el número de asistentes.

Tres meses antes, el banquero había convocado de urgencia a Lucrecia en San Francisco. La recesión económica que había comenzado en el setenta y tres se ensañaba con el sector ferroviario. El desempleo no cesaba de aumentar. En los últimos meses habían estallado huelgas en varias ciudades y aún se esperaba lo peor. Ambrose insistía en que Lucrecia debía vender sus bonos de la Northern Pacific Railroad. También le recomendaba reubicar los fondos invertidos en compañías mineras de Virginia City. Los indicios de agotamiento del filón Comstock eran irrefutables.

En San Francisco, el malestar social había llevado al recién formado Partido de los Trabajadores a convocar el mitin de aquella tarde. Su propósito era discutir propuestas contra el desempleo. No

obstante, los rumores clamaban que la verdadera intención de los oradores era arengar contra la población china, a la que se acusaba de abaratar los salarios y de robar el trabajo a los estadounidenses.

A Lucrecia y a Ambrose les sorprendió la cantidad de asistentes. Al día siguiente la prensa los contabilizaría en más de siete mil. Sobre sus cabezas se alzaba el nuevo edificio del ayuntamiento, todavía a medio construir. Al cochero le costó acercarse. Las calles alrededor del solar estaban colapsadas por los carruajes de quienes, como Ambrose, solo querían echar un vistazo. James D'Arcy, presidente del Partido de los Trabajadores, subió al estrado y llamó a la solidaridad con los empleados del ferrocarril de Pittsburgh, que en ese momento se hallaban en huelga. Los que habían llegado temprano y podido situar sus carruajes cerca del estrado escuchaban desde estos como si ocuparan palcos privilegiados. Lucrecia vio a la tía Florine, que, a diferencia de Ambrose, había escogido un landó y llevaba la capota plegada. La tía mantenía los labios apretados. Los huelguistas le gustaban tan poco como los chinos.

El público próximo al estrado escuchaba en silencio. Desde las últimas filas llegaban exclamaciones aisladas: «¡Habla de los chinos!», «¡Los pararemos con votos o con balas!».

Junto a la berlina de Ambrose alguien gritó «¡Fuera los paganos idólatras!», con tanta rabia que hizo revolverse al caballo. Ambrose dio unos golpes en el techo y el cochero se puso en marcha con enorme dificultad, abriéndose paso entre los carruajes que no cesaban de llegar.

Ni Lucrecia ni Ambrose se fijaron en otra berlina que se había detenido cerca de la suya y cuyo único ocupante no había prestado atención al mitin. El carruaje los había seguido desde la calle Beale y ahora también se encaminó, a una discreta distancia por detrás de ellos, al norte de la ciudad.

Ambrose guardaba un silencio pensativo. A Lucrecia no se le ocurría qué decir para tranquilizarlo. No sabía qué parte de lo visto en el solar le causaba inquietud. En realidad, ni siquiera tenía la certeza de que estuviera preocupado. No lo conocía lo bastante.

Después de liquidar las posesiones de su familia en Boston, Lucrecia había escrito a la tía Florine en busca de consejo: necesitaba a alguien de confianza que gestionara el capital obtenido. Su tía le

había hablado del banquero. Florine, que se había trasladado a San Francisco a los catorce años, que nunca había regresado a Boston ni manifestado añoranza por su ciudad natal y que disfrutaba de la viudez al menos tanto como había disfrutado del matrimonio, no había expresado ninguna opinión acerca de la quema de puentes llevada a cabo por Lucrecia. Aunque el hecho de que continuara abriéndole la puerta de su casa podía considerarse si no como un aplauso sí como una aceptación.

Lo mismo se podía concluir de que Florine, sabedora de que Lucrecia ya había resuelto las cuestiones financieras que la trajeron a San Francisco y encontrado un colegio para Felicidad, no dijera nada acerca de que su sobrina continuara en la calle Beale, ni de que esta vez se hubiera hecho acompañar de la niña, ni de que no hubiera informado de cuándo planeaba volver al Valle de las Rocas, si es que pensaba hacerlo, ni de que las doncellas recogieran a diario notas de Ambrose Katcher traídas por recaderos, ni de que los paseos y las cenas de Lucrecia y Ambrose fueran tan frecuentes que por la ciudad borboteaban los rumores al respecto.

A lo más que Florine había llegado fue a mencionar que Ambrose Katcher estaba casado y era padre de dos hijas. Deslizó el comentario un día en que almorzaban las dos solas. Ambrose había invitado a Lucrecia esa tarde a admirar juntos las vistas desde Pionner Park. Las palabras de Florine no albergaban censura. Eran un sutil recordatorio del alivio que podía suponer la división en partes iguales de la culpa, en el caso de que existiera culpa, o de que se sintiera culpa alguna.

El local sobre el que Ambrose prefería no dar detalles estaba en Meiggs Wharf, un muelle en North Beach, antes dedicado al tráfico de madera y cuyos edificios habían acabado ocupados por negocios de toda índole. Se apearon y continuaron a pie por el irregular suelo de tablones. Del brazo de Katcher, Lucrecia se vio encaminada hacia un edificio con aspecto de almacén, de dos plantas, con la madera agrisada y alabeada por el aire de la bahía y muchos cristales rotos. No había en la fachada ningún cartel que informara de la actividad desarrollada en el interior. A los lados de la puerta se alzaban sendos tótems alasqueños, junto a uno de los cuales vendía cacahuetes un anciano sin piernas.

Lucrecia vio entrar y salir a varias personas. Su apariencia era

tranquilizadora, gentes bien vestidas, algunas acompañadas por niños.

La segunda berlina también había llegado al muelle. El ocupante vio a Lucrecia y a Katcher traspasar las puertas de lo que, en efecto, antiguamente había sido un almacén. Pagó al cochero y lo despidió.

El primer impulso de Lucrecia fue retroceder de un salto. Cuando Katcher le dijo el nombre del sitio: el Palacio de las Telarañas, ella comprendió el motivo.

El techo se hallaba espesamente cubierto de telas de araña. Bajaban por las paredes y colgaban ante las ventanas como cortinones. El propietario, Old Abe Warner, se jactaba de no haber matado una araña en su vida. En su local, las dejaba vivir en paz. Entre la densa urdimbre del techo convivían especies variopintas y exóticas, venidas en los cargamentos de madera que antes arribaban al muelle. Las telas estaban tan cargadas de polvo, carcasas de insectos y huevos de araña, que partes de ellas caían sobre los clientes como bloques de nieve desprendidos de un alero en invierno. Old Abe Warner, vestido con frac y chistera, despachaba bebidas detrás de una barra.

Lucrecia se dejó llevar a una mesa reservada. Antes de que se sentara, Katcher le desempolvó la silla con un pañuelo.

Había docenas de personas en el local. Casi todas caminaban como en procesión junto a las paredes, donde se hallaba expuesta, sin ningún criterio, la colección de curiosidades de Old Abe Warner. Por los huecos que se abrían entre los clientes, Lucrecia entrevió colmillos de morsa, dientes de cachalote tallados, bibelots, óleos negruzcos y más tótems. El mayor motivo de atracción era el pequeño zoológico del Palacio de las Telarañas. Encerrados en jaulas herrumbrosas, había un oso negro, una pareja de canguros, murciélagos frugívoros y media docena de monos araña. Salvo estos, que saltaban y chillaban enloquecidos, el resto de los animales parecían adormilados o medio muertos. Old Abe Warner los alimentaba con las sobras del salón.

¿Vamos a cenar aquí?, preguntó Lucrecia, espantada.

La sopa de pescado es famosa. Un sitio pintoresco, ¿cierto? Abe compra las curiosidades y los animales a los marineros. Pero, si no te gusta, podemos limitarnos a beber algo. Hay un vino español bastante decente. Y coñac. Aunque si prefieres que nos vayamos… ¿Lucrecia?

Katcher pensó que ella miraba alguna pieza de la colección de Old Abe. Lo que miraba en realidad era al hombre que se había acercado a

su mesa con una expresión que John le había enseñado a identificar: la de alguien al filo de la desesperación, si no ya sumido en ella, y capaz de cualquier cosa. Y bastó el recuerdo de aquella enseñanza impartida por el marido para recordarle a su vez que existía el marido, y la burbuja de cristal soplado que Lucrecia había construido saltó hecha añicos. Sucedió muy rápido, antes incluso de que el instinto le hiciera llevar la mano al bolso y de que recordara que no había cogido el revólver.

El hombre se había aproximado con los brazos colgando, desarmado o sin armas visibles, y aun así alzó las manos para que quedara más claro que no llevaba nada en ellas.

¿Señora Dunbar? Necesito hablarle sobre su marido.

No dijo que tenía algo que decir. No dijo que había algo que contar. Dijo que necesitaba hablar sobre John.

¿Lucrecia? ¿Conoces a este hombre?

No. Ella no me conoce. Nunca nos hemos visto.

Y el hombre se quitó el sombrero y lo sostuvo con ambas manos ante el vientre.

¿Qué edad tendría? ¿Acaso treinta años? ¿Más? Había sido apuesto y en cierto modo continuaba siéndolo. Lucrecia llegaría a saber que era un hombre instruido y reflexivo. Acaso demasiado reflexivo. Llegaría también a compararlo con un maniquí de una tienda de ropa masculina que hubiera pasado demasiado tiempo expuesto al sol, con el mismo traje y la misma camisa.

Y el hombre: Necesito hablarle sobre su marido.

Una vez más. Con una falta de tacto que ella llegaría a excusar, que achacaría al apresuramiento y no a una descortesía natural, que achacaría a la importancia de lo que aquel hombre necesitaba decirle. Porque Lucrecia ya había aceptado que aquel hombre sabía algo que ella ignoraba, y que ese algo era importante, una revelación. Lo había aceptado por el comportamiento de John durante los meses previos a que ella viniera a San Francisco, y también porque quería saber de él. No, no *quería* sino que, asimismo ella, *necesitaba* saber de él.

Y el hombre: He viajado desde muy lejos para hablar con usted, señora Dunbar. Para hablarle del Basilisco.

Y el hombre, de nuevo: ¿Me permite sentarme?

Y el hombre, una vez más: Señora Dunbar, ¿sería usted tan

amable? Solo le robaré unos momentos.

Salvo que en realidad no serían solo unos momentos, como él sabía y ella intuía. Pero no fue por eso por lo que Lucrecia respondió con una negativa. Dijo que no por la expresión que Ambrose Katcher había adoptado en cuanto oyó mencionar al Basilisco. Porque, digámoslo ya, Ambrose Katcher desconocía que aquella mujer cuyo capital ayudaba a gestionar, aquella mujer a la que había besado en repetidas ocasiones, aquella mujer a la que había escrito cartas donde le decía y le pedía cosas que no había dicho ni pedido a ninguna otra, era en realidad la esposa de John Dunbar, también conocido como el Basilisco.

Y Lucrecia respondió con una negativa porque la cara de Ambrose Katcher no traslucía desconcierto, decepción o miedo, sino una excitación imposible de ocultar.

Le preguntó a aquel hombre si tendría la amabilidad de decirle cómo se llamaba, y él se excusó por no haberse presentado y dijo llamarse Marcus Compson y venir desde Boston, y ella le preguntó si se alojaba en la ciudad y a continuación le pidió que se vieran al día siguiente, en el salón de su hotel, pero Marcus Compson respondió que su hotel carecía de salón y que si lo hubiera no sería un lugar apropiado para recibir a una dama.

En ese caso, lo espero mañana al mediodía en el Occidental. Allí podremos hablar. Y ahora, si nos disculpa…

Compson se despidió de Lucrecia con una venia. Repitió el gesto en dirección a Katcher, al que hasta entonces ni siquiera había mirado, y salió del Palacio de las Telarañas.

¿Estás bien, querida?

Lucrecia asintió.

Pero prefiero que nos vayamos.

Pensé que el sitio te divertiría. Buscaremos un restaurante.

Te pido disculpas, Ambrose. Quiero volver a casa.

Pero no se levantó. Katcher comprendió que esperaba a que aquel hombre, el tal Compson, se alejara, para no encontrarse con él de nuevo.

Mientras aguardaban, Lucrecia sentía la mirada de excitación de Katcher, una excitación que marchitaba la que ella había sentido mientras se preparaba esa tarde para salir, cuando había esperado en

el vestíbulo con el sombrero puesto.

Alzó la mirada al techo. Solo alcanzó a ver la cubierta de telarañas, no a las criaturas que la habían tejido. A continuación observó a la clientela enfrascada en la admiración de las bagatelas y su mirada se tornó incrédula, también censuradora, también decepcionada.

¿Cómo lo hacen?

Él no supo a qué se refería.

¿Cómo pueden estar tan tranquilos bajo el peso de tantas miradas?

Añadió que ya se podían ir.

En el trayecto de regreso, Lucrecia guardó silencio. De un modo que no podía explicar mediante la razón, ahora que Ambrose Katcher sabía quién era su marido, los dos hombres habían pasado a formar parte del mismo mundo. Antes lo hacían de mundos diferentes, ajenos por completo uno del otro. Y hallándose los dos en el mismo mundo, Lucrecia, sin poder evitarlo ni demorarlo, estaba haciendo lo que hasta entonces había logrado eludir: los comparaba. El proceso se desencadenó de modo tan inmediato y natural, discurrió tan fluida y exhaustivamente, como si se produjera por sí mismo, que desplazó a Lucrecia de la posición de agente a la de simple testigo amordazado y maniatado.

En los encuentros con Ambrose Katcher, antes incluso de que él le preguntara si le podía dar un beso, Lucrecia había venido realizando los asientos correspondientes a las virtudes y defectos del banquero, como haría con cualquiera con quien mantuviera una relación de interés profesional mutuo. Después del primer beso, pasó a hacerlo con un ánimo más escrupuloso aún. Las caricias, las cenas y el disfrute guiado y compartido de la ciudad no la habían dejado ciega ni hecho que rebajara su nivel de exigencia, pero ahora, cuando la berlina no había superado aún la primera de las cuestas que mediaban entre Meiggs Wharf y la calle Beale, el contraste de las virtudes y defectos del banquero con los de su marido arrojaba un claro perdedor.

Al mismo tiempo, era consciente del silencio de Ambrose Katcher, un silencio que no era un gesto de respeto al silencio de ella, sino que venía causado por sus propias cavilaciones. Al banquero le excitaba la idea de estar viviendo un romance con la mujer del Basilisco. Había bastado una sola mención del odioso sobrenombre para que Lucrecia

dejara de ser vista como un objeto de deseo en sí misma y pasara a ser un burdo medio, una vara de medir para que, una vez más, un hombre se envaneciera a costa de otro hombre.

El resto del trayecto lo pasó Lucrecia tratando de predecir la posibilidad, o no, ojalá no, de que, cuando Ambrose Katcher se hallara en la compañía exclusiva de hombres a los que considerara sus pares, insinuara o incluso se vanagloriara de mantener una relación íntima con la mujer del Basilisco.

La berlina se detuvo en la calle Beale sin que Lucrecia hubiera alcanzado ninguna conclusión. Le pidió a Katcher que no la acompañara a la puerta. Por supuesto, él podía escribirle al día siguiente si lo deseaba.

En esta ocasión eran cinco los gatos subidos a los alféizares. Contemplaron a Lucrecia mientras entraba en la casa. Subió directamente a ver a Felicidad.

El mitin junto al ayuntamiento había concluido prematuramente cuando doscientos matones se abrieron paso a la fuerza hasta el estrado y exigieron a los oradores abordar el tema de los chinos. Al negarse los oradores, los matones lanzaron soflamas contra los bárbaros, contra los inmorales, contra los amarillos comerratas. Un chino que pasaba por la aledaña calle Leavenworth fue agredido. La policía prendió al atacante y los matones se enfrentaron a los agentes para que liberaran a su compañero. Aquella fue la chispa. Las fuerzas policiales, en desventaja numérica, tuvieron que replegarse. Alguien hizo sonar una sirena antiincendios y los asistentes al mitin se dispersaron. Otras bandas, procedentes de diferentes barrios de la ciudad, se sumaron a los matones y se encaminaron a Chinatown incendiando lavanderías chinas a su paso.

Lucrecia fue a pie al hotel Occidental. Florine había vuelto a necesitar

el coche. Lucrecia ni siquiera había visto a su tía esa mañana. La camarera le dijo que desde antes del amanecer habían llegado recaderos con mensajes para la señora. Florine había ordenado el desayuno antes de la hora acostumbrada y después había salido.

Lucrecia había elegido el Occidental por su proximidad a la calle Beale, además de por lo grato del lugar. Un botones la guio a la *salle à manger*. Lucrecia pidió la carta, más por tener algo que hacer mientras esperaba que por sentir hambre.

Marcus Compson se presentó con la misma ropa de la víspera, gastada aunque impecablemente limpia. Debía de habérselas apañado para lavarla durante la noche. En el gran comedor del Occidental, adornado con columnas y árboles gomeros en tinajas vidriadas grandes como barriles, parecía más desvaído aún. A Lucrecia le pareció un hombre en tránsito a la desaparición. Si la luz incidiera de manera directa sobre él, se podría ver tenuemente lo que había detrás. Leer la carta del Occidental lo sumió en un estado de confusión. Lucrecia no supo si por lo sofisticado de los platos o por sentir mucha hambre.

¿Le apetece que pidamos algo para comer?, preguntó ella.

No. La verdad es que no. Bueno, si usted quiere podemos pedirlo, por supuesto.

¿Y de beber?

Compson negó con la cabeza. Lucrecia ordenó una cafetera y una bandeja de pastas de limón.

¿Quién es usted y qué necesita decirme de mi marido?

Lucrecia llevaba un bolso amplio. Lo sostenía abierto sobre el regazo, de manera que el hombre sentado frente a ella no viera el contenido.

Compson repitió que venía desde Boston, donde trabajaba, o siendo más preciso, había trabajado, como editor. Había sido el editor de las novelas de James Bramble.

¿Conoce usted a James Bramble?, preguntó.

He leído varios de sus libros.

¿Varios?, exclamó Compson, complacido de una manera infantil. ¿Y le gustaron?

No puedo decir que me desagradaran, dijo ella, a la expectativa. La mención de James Bramble la había desconcertado.

Y quizá sepa usted lo que fue de James Bramble y de su familia.

Lucrecia se mantuvo firme en su cautela.

Sé que las novelas de su… personaje ahora las escriben otras personas.

¿También las ha leído?

Alguna.

¿Y tampoco puede decir que le desagradaran?

Las de Bramble eran mejores.

Compson sonrió de felicidad. Vio la bandeja de pastas que el camarero había dejado en la mesa y se metió una entera en la boca. Masticó sin dejar de sonreír.

Además de su editor, Compson había sido amigo de Bramble desde antes de que empezaran a afeitarse. Había sido él quien lo animó a escribir, había aplaudido el hallazgo del personaje de John Dunbar, el Basilisco, había publicado sus libros y, añadió sin ocultar el orgullo, los había limado. James Bramble no había creado el personaje, no exactamente. Había oído hablar de él, un personaje recurrente en las historias que contaban los viajeros llegados del oeste, un personaje que era pura simplificación y, a la vez, pura exageración, historias como la de su enemistad larga y misteriosa con el jefe shoshone Lengua Azul, o como la de cuando desenterró el cadáver de su madre en Virginia City para recuperar el anillo de diamantes de esta y saldar la deuda que su familia había contraído con el usurero y asesino LePage.

Compson reconoció que siempre había dudado de que John Dunbar, el Basilisco, existiera realmente, y, si existía, que fuera una sola persona. Había compartido esas dudas con James Bramble, pero su amigo nunca quiso prestarles oídos. Bramble creía en Dunbar. Resultó que Bramble necesitaba a Dunbar. Con mimo y paciencia recolectó toda la simplicidad y toda la exageración, cada una de las historias fragmentarias, inconclusas, contradictorias que llegaban al este y las transformó en novelas. Luego las historias comenzaron a espaciarse y a menudo las que llegaban no eran sino versiones tergiversadas de las antiguas. James Bramble no desesperó. Para entonces ya había hecho suyas la simplificación y la exageración y había rellenado con carne, ideas y emociones lo que mediaba entre ellas. Se había apropiado del personaje, lo que lo enorgullecía y al

mismo tiempo lo angustiaba. Se sentía un traidor, a sí mismo y a Dunbar, pues su John Dunbar no era el verdadero John Dunbar. Continuaba negándose a atender las palabras de Compson, que seguía pensando que Dunbar jamás había existido, o que, a lo sumo, existía ahora, en las páginas de los libros. Bramble destiló rumores, exprimió relatos apócrifos hasta convertirlos en semillas de nuevos títulos, no con John Dunbar sino, recordémoslo, con su John Dunbar. Y entonces las historias cesaron por completo de llegar. Y James Bramble, desoyendo primero el consejo, después la petición y finalmente la súplica de su editor y amigo Marcus Compson, no solo había partido hacia el oeste resuelto a encontrar al John Dunbar verdadero, sino que se había llevado a su familia consigo, a su mujer, a su hija y a su hijo, al oeste, donde los cuatro habían desaparecido. Compson no había sabido nada de ellos en seis años.

Todo esto lo escuchó Lucrecia con las manos sobre el bolso, mientras el café se enfriaba y las moscas se paseaban sobre las pastas de limón. Y ella: Y usted los está buscando, a su amigo y a su familia.

Y él: Pero no he pasado todo este tiempo haciéndolo. Tardé años en ponerme en marcha, por desconocimiento, por codicia, por cobardía.

Los lectores querían más libros del Basilisco, también ellos los necesitaban. Al principio se planteó escribirlos él mismo, pero descartó la idea antes de redactar una sola frase. Se declaró incapacitado para la usurpación, le dijo a Lucrecia, y era cierto, pero asimismo lo era que nunca había tenido talento para la escritura; sabía limar, pero no escribir. Buscó a otros que sustituyeran a James Bramble y a nadie le importó porque nadie se fijaba en quién escribía los libros, solo les importaba la continuidad del Basilisco, libros que se vendieron bien pero que nunca fueron como los de James Bramble, no por su menor calidad ni por su menor originalidad, sino por algo que solo Bramble era capaz de aportar y que solo quienes lo conocían íntimamente eran capaces de reconocer: su modo de perseguir al personaje, de acorralarlo, de inmovilizarlo por la fuerza y de añadirle nuevas ideas, nuevas angustias, nuevas aspiraciones, que en realidad nada tenían de nuevas pues eran las que el propio Bramble arrastraba desde antiguo. Bramble buscaba confundirse con Dunbar. Necesitaba ser él.

Compson dijo que dos años atrás por fin había acumulado el valor suficiente para ir en busca de Bramble y de su familia. Se le habían agotado las excusas para retrasar la partida.

Comenzó por seguir los pasos de Bramble. Así llegó en tren hasta Ogden, en el territorio de Utah, y encontró el almacén donde el escritor había cargado de víveres y pertrechos un carromato y comentado que había adquirido una concesión minera, lo que Compson reconoció al punto como una mentira para ocultar sus verdaderas intenciones. Los Bramble habían contratado a un guía, Pete-Arri-Wa-Wa, y con él se habían adentrado en el desierto. Pete-Arri-Wa-Wa también había desaparecido. En Ogden se daba por sentado que a todos los habían matado los indios. Compson averiguó que, en la región a la que se habían encaminado, había sido vista en las mismas fechas una partida de shoshones, la tribu de Lengua Azul, el enemigo de John Dunbar. También Compson contrató un guía. Pasó semanas recorriendo aquella zona del territorio, pero, si encontrar a una persona en un paraje semejante es difícil, más aún lo es encontrar una tumba, sobre todo si es anónima.

Había perdido el rastro de James Bramble, pero no desistió. Cambió de estrategia, hizo lo mismo que había llevado a su amigo al oeste: buscar a John Dunbar. Albergaba la tenue esperanza de que Bramble hubiera conseguido encontrarlo y de que el mítico personaje pudiera decirle algo sobre él. Y llegados a este punto es necesario señalar que, pese al nuevo rumbo de sus pesquisas, Compson no había abandonado la idea de que John Dunbar no había existido nunca. Ni siquiera le hicieron renunciar a ella las nuevas historias sobre el personaje que empezó a oír en el oeste. Recopiló información, ordenó los datos y descartó los que juzgó exagerados y los que eran pura ficción a fuerza de pasar por demasiados narradores, y el proceso de descarte fue arduo porque todo cuanto a Compson le contaron parecía demasiado exagerado y ficticio. En la primavera y el verano del setentaidós, John Dunbar había guiado una expedición de peregrinos que se dirigía a la desembocadura del Columbia. En muchas localidades del suroeste aún se los recordaba con resentimiento. La expedición la integraban hombres, en busca de un Paraíso destinado exclusivamente a los varones, donde la entrada de toda hembra humana se hallaría vedada, y no habían sido pocos los maridos y los

padres, tan insatisfechos como crédulos, que habían volcado su fe en las promesas del líder de los peregrinos, un tal David Grouard, natural de Boston, de quien se decía que había sido hombre de fortuna hasta que dio la espalda a los negocios familiares al ser elegido, golpeado, acaso maldito, por lo que él denominaba la Luz, una Luz que lo visitaba en sueños y que ante sus ojos cerrados desplegaba imágenes en vivos colores, más intensos que los colores reales, imágenes que lo colmaban de asco a los tirabuzones, las enaguas, las nalgas tersas, los pechos, la leche materna, y le adelantaban de modo fragmentario cómo sería el Paraíso hacia el que con tanto esfuerzo avanzaban, y lo fuertes y plenos que allí se sentirían él y sus compañeros, a los que llamaba sus amigos desde el mismo momento en que abandonaban los jacales o las viviendas excavadas en la ladera de una loma y se sumaban a la marcha. No a todos los integrantes de la expedición Grouard los llamaba amigos. No se lo llamaba, quizá por no atreverse, a John Dunbar, al que había contratado como guía. Y no se lo llamaba a la única mujer que los acompañaba, su hermana, cuya presencia no se explicaba nadie en la expedición salvo ella misma y quizá el propio David Grouard.

Lucrecia escuchaba inexpresiva, como si no conociera a aquellas personas de las que Compson le hablaba.

Nadie sabía qué había sido de la expedición, si habían encontrado la muerte o si lo que habían encontrado fue su Paraíso, o algo que aceptaron como su Paraíso, y continuaban allí, quizá felices, quizá enfrentados entre ellos, pero sin duda consumiéndose, toda aquella caterva de hombres incapaces. Podría parecer que Compson había llegado a un nuevo callejón sin salida, y así habría sido si no hubiera recordado algo que oyó en Boston antes de partir hacia el oeste: que la familia Grouard, propietaria de una factoría textil y de minas de carbón, estaba perdiendo notoriedad tras la muerte del patriarca y la desaparición de sus dos hijos, quienes habían dejado las empresas en manos de gestores. También había oído que un año más tarde, en el setenta y tres, un abogado provisto de poderes había llegado desde Virginia City y comenzado a liquidar las propiedades de los Grouard.

Compson había viajado a Nevada. En Virginia City visitó bufetes de abogados hasta dar con la pista de los Grouard, de Lucrecia Grouard en concreto, quien, para enorme excitación de Compson,

había dejado de ser Lucrecia Grouard y pasado a ser Lucrecia Dunbar. El abogado que le facilitó esta información desconocía el paradero actual de la señora Dunbar, pero sí sabía la dirección del gestor de sus capitales: Ambrose Katcher.

El siguiente paso fue ir a San Francisco y visitar el despacho de Katcher. Esto había sucedido la víspera de la actual reunión en el Occidental, con el café ya frío y las pastas de limón abandonadas a las moscas. No dio con Katcher, que en ese momento se hallaba ausente, y aquello jugó en favor de Compson, aunque él no lo supiera, porque, si hubiera hablado con Katcher, interrogándole acerca de la señora Dunbar, habría desencadenado unos recelos y unos interrogantes cuyas consecuencias no acertamos a prever pero que bien podrían haber dificultado o incluso impedido el encuentro de Compson con Lucrecia. En lugar de con Katcher, habló con un subalterno, que le facilitó la dirección en San Francisco de la señora Dunbar, y, como si eso fuera poco, cuando Compson ya se dirigía a la puerta, con el corazón agitado, sintiéndose cerca no de su objetivo pero sí de un objetivo, el subalterno añadió despreocupadamente que también le podía dar la dirección de la señora Dunbar cuando ella no estaba en San Francisco: alguna clase de almacén o de tienda en el Valle de las Rocas, en la frontera entre el territorio de Utah y el de Arizona, un lugar dejado de la mano de Dios, donde no vivían más que indios navajos y la familia Dunbar, y Compson se había quedado paralizado con la mano en el picaporte y un pie ya fuera de la oficina, el cerebro chasqueando como un aparato de telégrafo, pues lo que acababa de oír refrendaba una hipótesis a la que había venido dando forma desde que partió de Boston, hacía ya dos años.

Aquella misma tarde, Compson había tomado una berlina e ido a la casa de la calle Beale, de la que había visto salir a una mujer, que por su edad podría ser Lucrecia Dunbar, acompañada de un caballero, y los había seguido hasta el Palacio de las Telarañas. Compson no sabía, y nunca llegaría a saber, porque Lucrecia nada le dijo al respecto, que el caballero con el que la había visto era su banquero.

¿Esa hipótesis guarda relación con lo que quiere contarme sobre mi marido? ¿Con lo que necesita contarme?

Compson respiró hondo. Reconoció que así era, y seguidamente reconoció también que a lo largo de los casi dos años desde que salió

de Boston había ido abandonando la esperanza de dar con su amigo James Bramble porque, aunque este continuara con vida y él lograra encontrarlo, ya no sería James Bramble.

¿Quién sería?

Sería otra persona, respondió Compson, u ocuparía el lugar de otra persona, viviría la vida de otra persona. Y Compson volvió a recordar a Lucrecia que él en ningún momento, ni siquiera allí, en presencia de ella, quizá nunca menos que ahora, había compartido la certidumbre profesada por su amigo en la existencia real de John Dunbar.

Lucrecia alzó una mano en petición de silencio. Un camarero se acercó y les preguntó si deseaban algo más. Lucrecia lo despachó con una negativa.

Y ella: Lo que necesita decirme, señor Compson, ¿es que el hombre con el que estoy casada no es el hombre que creo que es? ¿Necesita decirme que su amigo James Bramble asumió la identidad de John Dunbar? ¿Que vino al oeste, se deshizo de su familia de algún modo, o acaso esta halló la muerte por causas naturales, y entonces él, viéndose liberado, se hizo llamar John Dunbar, el Basilisco, igual que su personaje, quien podía tener origen o no en una persona real? ¿Que si John Dunbar no fue antes alguien real, sino nada más que un nombre genérico al que se atribuían las acciones de una serie de individuos anónimos, él, James Bramble, había tomado los rasgos y gestos manidos y básicos de aquel John Dunbar de las historias que llegaban al este, rasgos y gestos tan manidos y básicos como los de un bebé, que son idénticos a los de todos los bebés, salvo que en este caso eran los rasgos y gestos manidos y básicos del hombre que cabalga en solitario y armado, con la carga de un pesar privado y oscuro, rasgos y gestos idénticos a los de todos los hombres similares, y que él, James Bramble, había tomado esa cáscara y, a través de las novelas que usted le editaba, la había provisto de detalle, profundidad, personalidad, pasado, hasta que ya no se la pudo seguir calificando de simple cáscara, y a continuación él, de nuevo James Bramble, abandonó su identidad, a su vez una cáscara, quizá por insatisfactoria, quizá porque se le había quedado pequeña, y asumió la nueva identidad, creada por él mismo?

Alzó un poco más la mano, acercándola a Compson, aumentando

la firmeza del gesto, como si él hubiera realizado un amago de interrumpirla o de moverse, aunque no había hecho ninguna de las dos cosas.

Y ella: ¿Que si John Dunbar sí fue alguien real, antes de las novelas, una única persona real o varias personas reales, él, James Bramble, pudo haber buscado a esa única o a esas varias personas y las había eliminado quién sabe de qué modo, y entonces, doblemente libre, tanto de su familia como del verdadero o de los verdaderos John Dunbar, había encarnado la identidad que él había forjado en sus novelas, identidad mucho mayor y más rica y más misteriosa que la de todos los John Dunbar verdaderos juntos?

Y aún con la mano en alto, sin tolerar ni una palabra de Compson hasta que ella dijera todo lo que no necesitaba sino que solamente quería decir: ¿Que como yo solo conozco desde hace cinco años al hombre con el que estoy casada, y la desaparición de James Bramble fue anterior, es posible que ese hombre, mi marido, sea en realidad…?

Dejó la pregunta en suspenso, como si invitara a Compson a responder, aunque no era así, porque la mano continuaba firme en el aire. Era solo que necesitaba un descanso. Decir lo que había dicho no había supuesto un enorme esfuerzo, pero sí decirlo como lo había hecho, manifestando un interés sincero a la vez que dominaba el entusiasmo que sentía crecer, a la vez que controlaba el impulso de inclinarse hacia Compson, de acercarse a él y alejarse de los clientes y camareros del Occidental, a la vez que dominaba el brillo de los ojos y el erizamiento del vello de sus brazos.

Compson la había escuchado boquiabierto. Él sí se había inclinado, a él sí le brillaban los ojos. Había atendido sin dejar de asentir involuntariamente en solicitud de mayor detalle, de alargamiento y profundización del relato. Había recorrido el suroeste del país, pasado por Virginia City y finalmente ido a San Francisco porque tenía algo que necesitaba contar, pero no a alguien cualquiera sino a alguien a quien le fuera imposible escucharle con indiferencia, alguien, además, capaz de corroborarlo, provisto del poder de sancionar lo que él necesitaba decir, y alguien, por añadidura, cuya negativa a la corroboración, si tal fuera el caso, se podría descartar por, quizá, venir causada por el encubrimiento, por el interés propio, por la protección del ser querido.

Salvo que, cuando Lucrecia alzó la mano y asumió la palabra, Compson descubrió que, si bien necesitaba hablar, estaba aún mucho más necesitado de escuchar. Porque lo que ella dijo era en esencia lo que él podría haber dicho, salvo que ella lo hizo mejor, pues conocía la historia mucho más profundamente de lo que él llegaría a conocerla jamás, y ella sabía qué debía contar y qué no, y ella era dueña de un núcleo de pasión rodeado por una corteza de serenidad, de los que él carecía, y a ella la impulsaba un hastío callado pero que ya no podía continuar ignorando, pues si debía contarse, de nuevo, una historia de hombres, donde la mujer, ella misma además, no era sino personaje secundario, nota de color, correa de transmisión para que un hombre lograra encontrar, de nuevo, a otro hombre, al menos prefería ser ella quien la contara, así formaría parte de la historia en mayor medida que su protagonista masculino y que el resto de hombres, pues ella sería electora y responsable de cada palabra con que se mostraran y se dijeran los hombres, ella sería cada palabra y ella sería cada hombre.

A Compson se le escapaban las lágrimas como si acabara de reencontrarse con su amigo. Muy despacio, Lucrecia bajó su mano y volvió a posarla sobre el bolso. No era capaz de imaginar lo que aquel hombre había dejado en Boston dos años atrás, si tenía familia, si la había abandonado. Pensó que podría haber sido un perfecto integrante de la expedición de su hermano, alguien no desprovisto de imaginación pero sí del brío y el arrojo requeridos para ponerla en funcionamiento, por lo que como detonador de su imaginación necesitaba la cercanía de personas, dígase James Bramble, dotadas de, o condenadas a cargar con, una fantasía que se desbordaba del ámbito de la mente e inundaba el de la realidad con consecuencias imprevisibles.

Cuando haya concluido sus asuntos en San Francisco, ¿volverá a Boston?

Él asintió, aunque no había convencimiento en sus ojos.

Ha hecho un viaje muy largo. Deseará volver a casa. ¿Se aloja en el centro?

Sí.

¿En qué hotel?

Él se lo dijo.

No lo conozco.

Está en Leavenworth.

Entiendo.

Y él supo que ese mismo día un cochero pasaría por el hotel y saldaría su cuenta, y que él lo aceptaría, interpretándolo como una invitación a irse de inmediato.

Las anteriores palabras podían parecer una despedida, pero aún restaba algo que decir, lo más importante.

Mientras Compson se enjugaba las lágrimas con una servilleta, Lucrecia formuló la pregunta que en realidad no necesitaba hacer porque ya conocía la respuesta, pero que había de formular porque la pregunta era parte esencial del relato.

¿Por qué no va al Valle de las Rocas y comprueba con sus propios ojos si quien vive allí es quien usted cree que es?

Usando la misma servilleta con que se había enjugado las lágrimas, Compson se enjugaba ahora el sudor de la frente. Miró a su alrededor, ansioso por marcharse. Sabía que no le era necesario responder porque, si aquella mujer había dicho todo lo que había dicho, sin duda también conocía la respuesta a la pregunta. Compson no se atrevía a acometer la comprobación última de su idea. Sería devastador para él, al margen de quién le abriera la puerta en el Valle de las Rocas. Esto no podría ser más cierto, pero existía otro motivo de mayor prevalencia. Nunca iría al Valle de las Rocas porque no lo necesitaba.

Que Lucrecia se hubiera adelantado a él contando lo que él pretendía contar, y haciéndolo con más coherencia de la que él habría sido capaz, ya suponía una corroboración mucho mayor que la esperada por Compson. Se habría conformado con algo más sencillo, pero no por ello fácil de llevar a cabo. Le habría bastado con el mutismo de Lucrecia, con que ella escuchara su relato con un interés sincero y que seguidamente guardara silencio, que no negara ni afirmara, lo que él podría interpretar como que ella le concedía libertad para pensar de aquel modo, por lo que se sentiría tan complacido que ya nunca más necesitaría volver a contárselo a nadie, le bastaría saber que quizá su amigo era ahora feliz siendo quien había aspirado a ser.

Entiendo, dijo Lucrecia como si Compson la hubiera hecho partícipe de todo lo anterior, y agachó la mirada al bolso donde

llevaba el revólver y la mantuvo así, a la vez que adoptaba un rostro inexpresivo y guardaba silencio, y continuó haciéndolo cuando oyó a Compson levantarse y musitar unas palabras de despedida y salir del comedor con pasos apresurados.

Dejó transcurrir unos segundos más y pidió a un camarero que retirara las pastas y le trajera otra cafetera y un trozo de tarta de melocotón. El dulce la ayudó a relajarse. Para Compson, al que nunca volvería a ver y del que no tendría más noticias, ella no era la esposa de John Dunbar, sino del escritor que había creado a John Dunbar. La idea le complació. Mientras rebañaba con la cucharilla los restos de tarta, sonrió al pensar que le habría gustado que Compson fuera más fornido y, puesta a pedir, también más atractivo, que aquella idea se albergara en una envoltura menos endeble, más capaz de preservarla.

Pasó la tarde con Felicidad. A las cinco, un recadero le llevó una nota de Ambrose Katcher. Tenía órdenes de esperar hasta que ella le entregara la respuesta, pero Lucrecia lo despidió con las manos vacías.

Ese día ardieron seis lavanderías. La población china se mantuvo encerrada en sus casas. Casi todos los enfrentamientos se produjeron entre los grupos antichinos y la policía. Hubo también altercados con las brigadas de bomberos, a las que los matones cortaban las mangueras para que no pudieran apagar los fuegos. Las autoridades de San Francisco organizaron un comité de seguridad civil y movilizaron a cientos de voluntarios. La tía Florine confraternizaba con quienes querían ver reducido el número de chinos en la ciudad, pero no por eso iba a perder la oportunidad de sacar beneficio de la situación. Asistió a la reunión de formación del comité de seguridad y consiguió que los voluntarios fueran armados con flamantes mangos de pico, procedentes del almacén de madera de su propiedad, aledaño al muelle de carbón.

La cocinera volvió del mercado con la noticia de que los bomberos habían encontrado a un chino muerto entre las ruinas carbonizadas de una lavandería. Por la noche, un grupo de matones había rodeado el edificio, en Western Adittion, abierto fuego contra él con rifles y revólveres, y ordenado salir a los ocupantes. Después lo habían incendiado. Al parecer, nadie se percató de que uno de los chinos se había quedado dentro.

En la calle, los rumores coincidían en que las revueltas crecerían en violencia. La tía Florine parecía preocupada. Salió temprano y Lucrecia no volvió a verla hasta la mañana siguiente. Ella decidió no separarse de Felicidad en todo el día. Ni siquiera saldrían de casa.

El servicio estaba inquieto. No cesaban de asomarse a las ventanas y sometían a interrogatorio a cada repartidor que llamaba a la puerta de la cocina. El nerviosismo se contagió a los gatos, más irritables e irritantes que de costumbre. Las doncellas los apartaban de su camino con el canto del pie y ellos se les colgaban de las faldas bufando como posesos.

Al difunto esposo de Florine nunca le había bastado con su cargo al frente de la Oregon Improvement Company. Buscaba alivio a su insaciable gula comercial en negocios de la índole más diversa, de la misma manera que ahora lo hacía la tía Florine. Los almacenes, negocios y viviendas de la franja portuaria sufrían una plaga creciente de ratas, y Hans Villard vio en ello una posibilidad de negocio. Usando el muelle de su propia compañía, llevó a la ciudad vapores cargados de gatos, que él afirmaba haber adquirido en Méjico, felinos por cuyas venas corría sangre de jaguar, mucho mejores cazadores que los gatos estadounidenses. Los subastaba en el mismo muelle, a un precio de salida de diez dólares por felino, ayudándose de una banda de música y de ginebra gratuita para atraer a los compradores. Cuando construyó la casa de la calle Beale, él mismo se convirtió en su mejor cliente, animado por Florine, a quien le horrorizaban las ratas.

La madre y la hija cenaron temprano y después Lucrecia dio al servicio permiso para retirarse. Felicidad, que no había salido de casa en todo el día, no tenía sueño. Quería seguir jugando.

Anochecía cuando alguien llamó a la puerta principal. Lucrecia fue a abrir en persona, pensando que sería la tía Florine. Era Ambrose Katcher. Esa mañana le había enviado otra nota a Lucrecia y ella

tampoco le había respondido. Pero ese no era el motivo por el que se había presentado allí en persona. Dijo estar preocupado por Lucrecia y por la tía Florine. Se acababa de celebrar otro mitin junto al ayuntamiento, convocado en esta ocasión por grupos antichinos. Como había hecho dos días antes, Ambrose se había acercado para comprobar cuáles eran los ánimos. Los oradores estaban bebidos y llamaban a los asistentes a prender fuego a todo Chinatown. Se volvía a hablar de incendiar el muelle de la Pacific Mail Steamship Company, cercano al muelle carbonero de la familia Villard.

Lucrecia dijo que Florine no estaba en casa, quizá se encontrara en las oficinas de la compañía.

Pero no te quedes ahí. Pasa, por favor.

Era la primera vez que lo invitaba a entrar. Ambrose Katcher contempló el vestíbulo del mismo modo, primero perplejo y a continuación admirado, como él y todos quienes no estaban familiarizados con la casa miraban el interior. Su vista se detuvo en Felicidad, que había seguido a su madre. Ambrose la saludó con una amabilidad que sorprendió a Lucrecia. El banquero sabía tratar con los niños. Lucrecia recordó que era padre de dos hijas; ignoraba de qué edades. Era algo en lo que nunca había pensado, la faceta de Ambrose como padre; no era de su interés, de la misma manera que no lo eran sus facetas como integrante de la iglesia episcopaliana o como paciente del dentista.

Felicidad dijo que estaban jugando al escondite y preguntó al banquero si quería jugar con ellas. Ambrose miró a Lucrecia de reojo.

Cariño, seguramente Ambrose tiene otras cosas que hacer. No debemos entretenerlo.

En realidad, no tengo tanta prisa. Y además prefiero esperar a que vuelva tu tía. Si no, no me iría tranquilo.

Felicidad se apresuró a tomar esas palabras como una afirmación y ordenó a su madre y a Ambrose pasar al salón, donde deberían esperar contando hasta diez, hasta cincuenta, mejor hasta cien, mientras ella se escondía. La cocinera y una doncella vivían en la casa, y Lucrecia ordenó a su hija no ir adonde tenían sus habitaciones ni, en cualquier caso, hacer ruido. Felicidad salió corriendo seguida por tres gatos.

Siento lo de la otra noche.

No me debes ninguna disculpa. Fue desacertado llevarte allí. ¿Te reuniste con aquel hombre en el Occidental?

Me di cuenta de que en realidad no quería hacerlo. Le dejé una nota en la recepción disculpándome. ¿Crees que pasará algo, que incendiarán el muelle de la Pacific?

Sucederá algo. Pero no sé qué ni dónde.

Lucrecia le ofreció algo de beber. Él aceptó un whisky y ella sirvió dos vasos.

Bebieron en silencio, frente a la ventana, vigilando el tráfico de carruajes y de transeúntes en dirección al muelle. Ella evitaba mirarlo a él. Volvía a sentir la excitación de Ambrose, escrutadora pero contenida, quizá también amedrentada, ante la esposa del Basilisco.

Será mejor que vayamos a buscar a Felicidad o empezará a llamarnos a gritos. Miraremos arriba. La he oído subir las escaleras.

Recorrieron el pasillo de la segunda planta acallando los pasos, escoltados por gatos, abriendo puertas y encontrándose con dormitorios vacíos y dispuestos. En algún momento se tomaron de la mano.

Es la habitación de la tía, informó Lucrecia ante una puerta cerrada.

Ambrose le soltó la mano y se quedó respetuosamente atrás mientras ella abría la puerta nada más que una rendija y echaba un vistazo. Tampoco ella había traspasado nunca aquel umbral. Vio a Felicidad profundamente dormida en la cama de Florine y volvió a cerrar la puerta.

No está aquí.

Continuó adelante, siguiendo ruidos que los gatos hacían en otras habitaciones, como si creyera que su hija era la autora, adentrándose cada vez más en la casa, de nuevo tomada de la mano de Ambrose.

Poco antes de fallecer, el marido de la tía Florine había adquirido la parcela aledaña a la casa. En ella había construido un almacén para las mercancías con que trataba al margen del carbón. El almacén tenía el doble de superficie que la vivienda y se había levantado anejo a esta por la fachada trasera, con el fin de aprovechar la parcela al máximo. Se podía acceder al almacén desde la calle, pero no la calle Beale sino una vía a trasmano, más discreta, y también directamente desde la casa, a través de una puerta que Hans Villard había ordenado

abrir para comunicar las dos construcciones.

Ambrose se detuvo frente a una ventana. Un carruaje pasó al trote por la calle Beale en dirección al muelle. Un par de personas corrían en la misma dirección.

Algo sucede.

Lucrecia tiró de él hacia la puerta en el extremo del corredor. La abrió y accedió a una plataforma de madera de pino, protegida por una barandilla y suspendida sobre un espacio cavernoso. De un clavo junto a la puerta colgaba un farol de queroseno. Lucrecia lo encendió y Ambrose vio la escalera que descendía hacia la oscuridad.

A veces le gusta jugar aquí.

El banquero la siguió escaleras abajo. La luz del farol resultaba pobre, apenas mayor que la de una vela, en aquella oscuridad espesa, abigarrada y olorosa. Llegaron al nivel del suelo y Lucrecia avanzó resuelta entre estanterías donde el farol alumbraba fugazmente cajas de champán, torres de platos de porcelana, gamellas, cepillos de dientes… El pasillo de estanterías desembocó en un corredor en el que había una fila de puertas. Lucrecia se detuvo ante una. La abrió.

No creo que tu hija esté ahí.

¿De qué tienes miedo?

No tengo miedo.

Entonces…

Lucrecia pasó al interior, seguida por Ambrose, y la puerta volvió a cerrarse. El almacén quedó sumido de nuevo en la oscuridad, entre la que se oyó, lejana y equívoca, fácilmente pasable por alto para alguien que tuviera su atención puesta en algo más, la campana de un carro de bomberos.

Las bandas antichinas habían ido al muelle de la Pacific decididas a incendiarlo. Quizá lo habrían conseguido si no hubieran anunciado sus intenciones tan ruidosamente y con tanta antelación. Se toparon con una barrera de policías y con cientos de miembros del comité de seguridad, armados estos con los mangos de pico proporcionados por la tía Florine. Los matones se vieron forzados a recular. Fuera de su alcance la Pacific Mail Steamship Company, desahogaron la rabia con el almacén maderero de la familia Villard, de donde habían salido los mangos de pico, ubicado entre las instalaciones de la Pacific y el muelle carbonero de la Oregon Improvement. Lo incendiaron. El

viento soplaba con fuerza del oeste. Las llamas se elevaron hasta cien pies de altura. Las pavesas arrastradas por el viento generaron nuevos focos en las embarcaciones atracadas en las proximidades. El *Cultivator* de Nueva York se habría ido a pique de no ser por los voluntarios que subieron a bordo para sofocar el fuego. El *Like Like* de Hawái se salvó gracias a que fue remolcado a toda prisa al interior de la bahía. Nadie hizo nada por apagar el incendio del almacén de madera. Los bomberos estaban ocupados luchando contra las bandas de matones, que les cortaban las mangueras y volcaban las bombas manuales. Llovían adoquines. Las pocas mangueras en servicio se usaban para chorrear a los matones. La policía se veía entorpecida por los cientos de curiosos que acudieron a presenciar el incendio. Entre los pies de la gente corrían ratas que escapaban del almacén. Se produjeron disparos.

Desde las oficinas de la Oregon Improvement, la tía Florine fue testigo de cómo el fuego se propagaba a las pilas de carbón de su muelle. Estos nuevos focos fueron controlados por el personal de la compañía, pero el almacén de madera quedó consumido por completo. Las pérdidas ascendieron a doscientos mil dólares.

El enfrentamiento en el muelle, que se saldó con cuatro fallecidos y decenas de heridos, y el incendio del almacén, fueron el clímax de las revueltas que se vivieron en la ciudad entre el veintitrés y el veinticinco de julio. A petición del gobernador William Irving, las cañoneras *USS Pensacola* y *USS Lackawanna* se desplazaron a la bahía de San Francisco como medida disuasoria. El resto de la noche del veinticinco al veintiséis de julio fue tranquila en comparación, con tan solo una lavandería asaltada y varios conatos de incendio sofocados con prontitud.

El fuego aún ardía con saña en el almacén de madera cuando Lucrecia y Ambrose deshicieron el camino entre las estanterías y volvieron a entrar en la casa, ambos en silencio. Se despidieron en la puerta. En la calle, el cochero de Ambrose aguardaba sumamente inquieto. El cielo era de un color naranja sucio. Los vecinos habían acumulado cubos de agua ante sus casas y extinguían a pisotones las pavesas que caían al suelo.

Lo primero que hizo Lucrecia fue trasladar a Felicidad del cuarto de la tía Florine al suyo. No la desvistió para no despertarla. Se limitó

a meterla en la cama. Un par de gatos la acompañaron durante todo el proceso, con la cabeza estirada hacia ella, sumamente interesados en cuanto hacía. La casa se hallaba silenciosa. Si la cocinera o la doncella se habían despertado, continuaban en sus habitaciones.

Regresó al almacén. En primer lugar abrió de par en par la puerta principal, la que daba a una calle a trasmano. Después fue al cuarto donde había estado con Ambrose Katcher.

Volvió a sufrir la ofensa, a la vista y al olfato. Las paredes estaban recorridas por estanterías, ocupadas por jaulas de tela de gallinero. Dentro de cada jaula había un gato. Lucrecia ignoraba si aquellos felinos también procedían de Méjico y tenían sangre de jaguar, pero dudaba que el recinto pudiera oler peor si en lugar de gatos albergara a jaguares auténticos.

Los animales apenas reaccionaron al verla. Parecían amodorrados, ahítos. La primera vez, cuando entró con Ambrose, habían erizado el lomo, habían bufado, se habían colgado con las uñas de la tela de gallinero.

Estar con la mujer del Basilisco no podía ser como hacerlo con cualquier otra, algo convencional, del gusto de todos. Lucrecia no se había permitido disfrutar demasiado. Tampoco quería, ni para ella ni para él, un recuerdo grato, que revisitar y magnificar.

Mientras había buscado a Felicidad y sobre todo cuando había simulado buscarla, había vuelto a crear una burbuja a su alrededor, dejando fuera todo lo que no tuviera que ver consigo misma y con la posibilidad de placer físico: su hija, la tía Florine, la alarma que se percibía en las calles y la perspectiva de un desastre inminente. Nunca le había sido más sencillo, pero aun así añadió, a modo de barniz, una capa adicional para endurecer y opacar la pared de la burbuja: pensó que no era a John Dunbar a quien engañaba, sino a alguien que se hacía pasar por John Dunbar, que había renunciado a ser quien era para transformarse en alguien diferente. Engañaba a otro hombre, a un farsante, a alguien merecedor de escaso respeto y de menos fidelidad aún, pues él ni siquiera había sido fiel a sí mismo.

Dejó que el olor de los animales le empapara la ropa, el pelo y la piel. Deseó que en lugar de gatos fueran lobos. Deseó que una vez que ella había acabado con Katcher, ellos a su vez hubieran acabado con él. De ese modo, ahora, mientras abría las jaulas, no solo se estaría

librando de los testigos, sino asimismo de las pruebas. Los gatos saltaron al suelo, salieron del almacén como si conocieran el camino y se abalanzaron sobre las ratas procedentes del muelle.

También ella salió a la calle. Dobló la esquina con Beale y miró, a semejanza de los vecinos que no querían alejarse de sus casas y de los curiosos que no se atrevían a acercarse más, hacia el punto de fuga de la calle, donde no se veía ningún fuego, sino un poderoso resplandor anaranjado, pulsátil, que viraba a tonalidades ahora de más intensidad, ahora de menos, como un orificio en la realidad de la noche por el que se colaran apretujados, estorbándose entre sí, gritos, disparos y campanas de alarma.

Caminó ensimismada, los ojos fijos en el resplandor, animado este por hipnóticas espirales de humo negro, hasta llegar a la entrada principal de la casa, donde él la estaba esperando, sentado en las escaleras, acariciando uno de los gatos que ella acababa de liberar, con un morral a sus pies, como si hubiera hecho a pie todo el camino desde el Valle de las Rocas, sereno y enorme, indiferente a cuanto ocurría, como si los sucesos de los tres días previos solo hubieran sido perturbaciones fruto de su inminente llegada, como si las llamas que se elevaban mucho más arriba de los edificios y de los mástiles de los veleros no tuvieran otro fin que el de suavizar, emparejar y embellecer con su cálida luz los rasgos de John y de Lucrecia.

REGRESO A CASA
UN RELATO EN DOS ACTOS
II. LA MIRADA DE LA ARAÑA

La casa había cambiado. En el encuentro de las paredes con el techo proliferaban manchas de humedad, brotaban unas en el corazón de otras, con relieve, formando colonias, verdes y negras. Alguien había empezado a rascarlas antes de volver a pintar. En el suelo protegido con cartones se amontonaba aquí y allí una harina mohosa de la que asomaban trozos de moldura que hacían pensar en huesos, restos de pequeñas cremaciones celebradas con incompetencia. El polvo se había levantado al abrir la puerta. ¿Virginia? Percy bajó las escaleras. ¿Te encuentras mejor? El polvo le cosquilleaba en la nariz. ¿Qué haces? Ahí solo está el sótano. Lo sentía entre los dientes. ¿Buscas algo? Me pareció oír ruido dentro. Percy se asomó. No vio nada, pero eso era imposible. Simuló no ver nada. Cerró la puerta con demasiada fuerza. Levantó más polvo. Si no quieres descansar, ven conmigo. Los pasillos no eran tan largos ni tan anchos. No había manera de mantenerse alejada de las manchas de las paredes. A lo mejor la casa… Ven conmigo. … nunca había sido como la recordaba. Percy la había tomado del codo. Tiraba de ella. ¿Por qué tanta prisa? La miraba de una forma rara. Ella dio un paso. Qué poco le gustaba

aquella expresión de sus labios. De pronto le parecía detestable. Tuvo que apartar la mirada. ¿Por qué caminas así? Intentaba no pisar el polvo del suelo. No entendía por qué debía moverse. Se reprochó estar cediendo de nuevo, apresurándose para llegar a un sitio adonde no quería ir y donde, seguro, tendría que hacer algo que tampoco quería hacer. Se detuvo. ¿Qué te pasa? Estaban frente a la puerta del salón. Abochornada súbitamente, como si se estuviera orinando en presencia de un desconocido, miró a Percy, como si él fuera un desconocido, como si su orina continuara y continuara cayendo a chorro entre sus pies y ella fuera incapaz de contenerse, igual que la orina de una yegua, empapando los cartones, deshaciéndolos, formando una papilla grumosa con aquel polvo ya de por sí inmundo. ¿Percy la veía, la olía, la suciedad? La suciedad que ella había acumulado en el salón durante semanas, entre la que gustaba de comer y de soñar, entre la que se cobijaba, como si la suciedad fuera un parapeto que la protegía de los demás, o que la mantenía separada de ellos al menos, una barricada que les causara tanta repugnancia como para que renunciaran a acercarse, la suciedad, la sordidez, el insulto, las sobras de comida, los zapatos caros comprados con el dinero de Markel, tirados en el suelo, sin estrenar, despreciados, los pañuelos de papel con que se limpiaba negligentemente después de que Markel se corriera, manifestaciones de la aversión que entonces padecía contra todo el mundo y cuyo recuerdo rompió con saña sobre ella, desorientándola, dejándola sumergida en la vergüenza y el desprecio hacia sí misma. Quiso recular, esconderse de aquel hombre que la sujetaba. ¿Estás lista para irnos? ¿Irnos? Sí. Pero antes tenemos que despedirnos de esta gente. ¿Y subir las escaleras? Ellos están arriba. ¿No puedes? Puedo. Muy bien. Oyó los chasquidos. ¿Qué pasa ahora? No habían llegado ni a la mitad de las escaleras. Se apoyó en la barandilla. Los chasquidos. De las uñas contra el suelo de madera. De las pezuñas de los perros. Dos pastores alemanes. Le vinieron los nombres a la cabeza. Edgar y Edmund. Los chasquidos de las pezuñas de Edgar y Edmund al subir y bajar aquella misma escalera. Markel tenía en gran aprecio a aquellos perros. Ella también. Aun así los había dejado atrás cuando se fue de Ribadesella, los abandonó igual que a Markel. En los años que habían mediado desde entonces no había pensado en ellos ni una sola vez. Edgar y Edmund. Le parecía inaudito no haberlos recordado. Se lo

reprochó. Katharina no permitía que entraran en la casa. Detestaba a los perros. Le aterraban. Habían llegado a la casa, como una pieza de equipaje que se extravía y se demora, al día siguiente de que Katharina se sintiera mal por primera vez; no cuando perdió a su hijo, sino cuando estuvo a punto de perderlo, o cuando recibió el aviso de que lo iba a perder. Pero aunque aquella desafortunada coincidencia no se hubiera producido, Katharina habría aborrecido de igual modo a Edgar y Edmund. Ella desoía la prohibición y siempre que Jon y Katharina salían de casa, abría la puerta a los perros. Verlos entrar olisqueando en el salón y abrir senderos entre el maremágnum y subirse al sofá donde ella dormía y tumbarse con ellos y fumar dejando caer la ceniza sobre Edgar y Edmund y sobre sí misma le producía algo que guardaba similitud con el placer. La agredió otro recuerdo, el del día en que, creyéndose sola en la casa, había dejado entrar a uno de los perros, no sabía si a Edgar o a Edmund, para que recorriera pasillos y habitaciones a su antojo, esparciendo su olor, pero Katharina no había salido. Katharina se había topado con Edgar o con Edmund y, aterrada, se había encerrado en el pequeño aseo de la planta de arriba, junto a la puerta trasera de la casa, y pedido ayuda a gritos mientras ella, en la planta de abajo, se daba una ducha y luego, después de haber oído las peticiones de auxilio, se había secado el pelo y se había aplicado crema hidratante en el cuerpo y había subido por fin las escaleras, afirmando que no había oído nada aunque dando a entender por todos los demás medios, su parsimonia y su sonrisa, que sí lo había hecho. Y ahora, subiendo de nuevo las escaleras, se sintió como se debió de sentir Katharina encerrada en el aseo, no con un perro sino con los dos arremetiendo contra la puerta, arañándola, ladrando, dos perros que, en la vorágine borrosa de su cabeza, eran mayores de lo que habían sido, y más dañinos y más tenaces, así lo sintió Katharina, que, recuérdalo también, no lo olvides, había estado a punto de perder al hijo que llevaba en su vientre, que padecía la angustia por lo que casi había sucedido y que podía llegar a suceder y que a la postre sucedió, Katharina horrorizada, encogida, en un aseo diminuto, sin ni siquiera la posibilidad de distanciarse de la puerta acometida por los perros, desoída por ti. Necesito descansar. ¿Puedes llegar arriba? Creo que sí. Subió otro escalón. Ya no oía los chasquidos de las uñas. Sentía la mano de Percy aferrándole el codo y a través de

ella sentía la reticencia de él, la incomprensión, el enojo creciente, el rictus de los labios. Necesito sentarme. Vamos a la cocina. Levantó un pie para subir otro escalón, pero no concluyó el movimiento. Nunca terminarían de subir. Se encogió como si acabara de recibir un coscorrón y humilló los ojos. Uno de los críos había pasado por el pasillo despotricando, pisando con fuerza. Sonó un portazo. Por suerte ella no había llegado a verle la cara. Quedaban el eco de las pisadas, del despotrique, del portazo, y un olor que le llenó la boca de bilis. Se llevó una mano a los labios. Tragó con desesperación. En un instante se le había velado la cara de sudor. ¿Vamos? ¿Qué? A la cocina. ¿No querías sentarte? Terminaron de subir. Percy le estaba haciendo daño. Me haces daño. ¿Qué? Ahí estaban: la reticencia, la incomprensión, el enojo y ¿qué más? Me haces daño. Suéltame. Perdona, querida. Querida, dice. La soltó. Doblaron a la derecha. Un tramo de pasillo y al fondo la cocina. Aquel hombre, el padre de Jon, los esperaba en pie. Le ofreció una silla. Ella se sentó. Lo detestó por tratarla como a una enferma. Descansas un poco y nos vamos. Ese era Percy otra vez. No se molestó en contestar. ¿Quiere comer algo? Ese era el padre de Jon. No recordaba su nombre. Prefería no mirarlo porque… Creo que no quiere. Percy de nuevo. ¿Por qué no se callaba? ¿Y algo de beber? Quizá un té. Percy, por supuesto. Ella no podía hablar porque la cocina le repugnaba. Olía igual que un taller mecánico. Había manchas de grasa de motor en la encimera y en la mesa donde Percy y el padre de Jon habían estado comiendo, y la comida también olía de manera nauseabunda. No podía mirar al padre de Jon. Le recordaba demasiado a su padre. También olía mal en la casa de su padre cuando fue a buscarlo para que la acompañara a Ribadesella. Estaba viajando con Markel. Otro recuerdo cáustico. Se habían detenido en Londres. Ella había alquilado un coche y conducido hasta Hull. Era de noche. Tomó un camino sin asfaltar que se introdujo entre árboles. Fue a parar a un calvero con una casa prefabricada. No tenía ni una línea curva. Era un paralelepípedo de cristal y losetas de piedra gris. Le abrió la puerta una mujer negra que la miró frunciendo el ceño. Ella sabía que su padre estaba con otra mujer, algo entre una novia y una amiga, pero no se había esperado aquello. De mediana edad, alta. Un turbante elaborado, con un estampado rojo sobre fondo pistacho, la hacía parecer más alta aún, anormal, deforme, y se estiró aún más

al verla. Se presentó como Rose. Algunos la habrían considerado atractiva. Ella no. Su madre sí había sido guapa. Lo había sido incluso cuando empezó a salir a pasear por las mañanas, muy temprano. Eso contaba. Pero si alguna mañana, por alguna razón, no podía salir, se ponía nerviosa y hasta violenta. Una mañana la siguieron. Visitaba parques, aparcamientos, áreas de descanso, sitios adonde la gente iba a follar por las noches en sus vehículos. Buscaba los preservativos abandonados y los rociaba con alcohol. Poco después ya no fue posible dejarla sin vigilancia. Le irritó, a ella, que aquella negra pudiera saber lo que había sido de su madre. La invitó a pasar, la negra, viéndose obligada, tratándose ella de quien era. En el recibidor había cajas de cartón apiladas y lámparas envueltas en plástico de burbujas. Se acababan de mudar. Así que vivían juntos. La casa olía a aglomerado de madera, a cola de carpintero, a espuma de poliuretano y a sobras de comida china. Su padre estaba nervioso. No sabía qué ofrecerle, cómo conseguir que estuviera cómoda. Hacía mucho que no se veían. Y mientras tanto la del turbante sin relajar el ceño. Ella la ignoraba. Su padre hablaba de la casa. Modular. Le podía añadir un garaje o más habitaciones cuando se le antojara. Se la había comprado a un pariente de Rose, muy barata, un pariente de un pariente, que también se encargó de montarla. Ella asentía. Todo lo que veía de la casa le hablaba de su deficiente construcción: materiales de baja calidad, tabiques mal escuadrados. El tejado plano no era la mejor opción para un clima donde llovía tanto. Era una casa para la costa del Mediterráneo. Muy bonita, dijo, y le preguntó si podían hablar a solas. Rose salió de la habitación lanzando una mirada de advertencia al padre. Papá, necesito que me ayudes. Habría preferido que él fuera menos servil, que se negara. Aquí está el té. El padre de Jon dejó la taza en la mesa. Ella la tocó y retiró despacio la mano. No lo probó. El padre de Jon se había vuelto a sentar. También Percy. Hablaban entre ellos. Hablaba sobre todo el padre de Jon. Percy masticaba y asentía y se rebañaba con la lengua entre los dientes, sin enterarse de lo que le estaba diciendo, fingiendo interés. Engullían queso podrido y embutidos grasientos. Trajinaban un líquido del color de la orina que escanciaban de una botella sin etiqueta. Los críos entraban en la cocina a rapiñar comida. Comían con las manos. Su abuelo los alentaba. En cuanto ella oía acercarse los pasos de uno, cerraba los

ojos con fuerza. Se quedaba así hasta que se iba, dejando atrás su olor. Casi de inmediato aparecía el otro. El padre de Jon cortó más embutido. Percy le lanzaba a ella miradas de reojo y cogía más comida. Le brillaban los dedos. Él se daba cuenta de que ella no estaba bien, pero se regodeaba comportándose como si no lo supiera. Lo mismo hacía el abuelo de los críos. Se burlaban de ella ignorándola. Querían que se sintiera peor. ¿No está bueno el té? ¿Qué? El té. No lo has probado, dijo el padre de Jon. Lo he probado. El padre de Jon siguió hablando con Percy, haciéndole a ella el vacío. Después de irse de Ribadesella, ella había regresado a Inglaterra. Su padre también, a saber por qué medios. Unos meses más tarde, ella aprovechó un viaje que la llevó cerca de Hull para hacerle una visita. Ya no vivía en la casa prefabricada. Había alquilado un apartamento en un edificio violeta sucio frente a las vías del tren. El ascensor llevaba a un corredor abierto que recorría la fachada delantera. Pasó por delante de ventanas protegidas por rejas y esquivó bolsas de basura. Llegó a una puerta del mismo color que la fachada y llamó al timbre. No respondió nadie. Esperó. Contigua a las vías había una explanada de grava salpicada de charcos. Unos gatos se revolcaban sobre un sofá abandonado y empapado por la lluvia. Al sofá le asomaban los muelles y un gato acabó enredado en uno. Forcejeó soltando maullidos agudos. Cuanto más se debatía, más se enredaba. Los demás lo miraban impasibles. Su padre apareció cubierto con un abrigo demasiado grande y la cabeza envuelta en una bufanda que podría haber estado más limpia. Llevaba una bolsa del supermercado. Hablaron en el corredor azotado por el viento, sin que él la invitara a entrar. Desde entonces no se habían visto mucho. La última vez que habló con él fue para anunciarle la boda con Percy. Su padre le dio la enhorabuena. Le dijo que estaba muy atareado y que no podría asistir. Ella ni siquiera le había dicho en qué fecha se celebraría la ceremonia. Tampoco que él estuviera invitado. Para entonces ya hacía mucho tiempo que su madre había muerto. Percy se levantó. Se limpió los dedos con su pañuelo, tan escrupuloso él, porque en la mesa no había servilletas. Miró por la ventana, las manos en los bolsillos. Cualquier disculpa era buena con tal de darle la espalda. Hasta sus palabras eran reacias a llegar a sus oídos. Lo que Percy decía, respuestas y comentarios al padre de Jon, porque a ella no se dignaba dirigirse, le

llegaba con demora. Las palabras salían de los labios de su marido, pero no llegaban a ella hasta el cabo de unos segundos, como si él estuviera mucho más lejos de lo que en realidad se encontraba. El padre de Jon decía algo y la respuesta de Percy solo se hacía audible, para ella, cuando el padre de Jon ya estaba diciendo algo más. Las preguntas pisaban respuestas que no eran las correspondientes, o las respuestas llegaban cuando el padre de Jon estaba untando más queso podrido en el pan y no las oía o no le interesaban o a lo mejor es que ya las había oído antes, aunque quizá tampoco entonces le habían interesado. Sonó el móvil de Percy. Ella dio un respingo. Percy se llevó el móvil a la oreja, pero no dijo nada. Pasado un momento comenzó a hablar y siguió haciéndolo cuando ya había vuelto a guardar el teléfono en el bolsillo. Supo que hablaba con su secretaria. Le decía, él a ella, a la secretaria, comprensivo y paciente hasta la náusea, que no se preocupara, restando importancia a otro error, olvido o demora. Con ella, con su mujer, no se comportaba de igual modo, le recriminó ella para sus adentros, mirándole a la nuca porque él seguía dándole la espalda, como si ella no estuviera en la cocina, soportando los olores nauseabundos, la humedad y el frío. Se arrebujó en el abrigo de piel. Pero al abrigo se le habían pegado los olores. Percy la estaba dejando sola. Aunque antes de eso ella lo había dejado solo a él. Percy se sentía como un instrumento de ella, un recurso acaso molesto pero necesario para satisfacer un fin que ella ni siquiera tenía claro. A lo mejor, pensó, y el pensamiento fue como una estrella de hielo pletórica de aristas y vértices que naciera en el centro de su cerebro, a lo mejor el apoyo que él le había ofrecido para adquirir la casa, un apoyo desganado, rígido, burocrático y a la postre estéril, había sido lo último que él había estado dispuesto a hacer por ella. La casa, si hubieran conseguido comprarla, si él la hubiera comprado, habría sido su regalo de despedida. Ahora, como regalo, se tendría que conformar con la nada, con menos que la nada, con estar sentada allí. Claro que, pensó también, y la flor de hielo creció hasta pinchar el interior del cráneo en múltiples lugares, empujando el hueso, astillándose, recreciendo, empujando de nuevo, con más fuerza, abriéndose paso, claro que si Percy había arrojado la toalla con ella eso no significaba que lo hubiera hecho con todo, pues no sabía vivir sin proyectos. Quizá aquel teléfono que no cesaba de sonar en los

momentos más inoportunos… Sin duda. Qué estúpida y ciega había sido. Porque acaso no había sido ella, antes de casarse con Percy, su secretaria eficiente, pronta en la respuesta, comedida en las muestras de afecto, no como la actual. Porque acaso ella no se había comprometido con él, dejando de ser su secretaria, poco después de que él enviudara, cuando se hallaba vulnerable y necesitado de sentirse querido, sacando ella ventaja de su debilidad, como bien sabía que algunos murmuraban a sus espaldas y como quizá había hecho. Oyó acercarse a los críos. Cerró los ojos. No querían más comida. Querían irse. Oyó sus voces estridentes hablar de una lancha, de la marea, de la noche, creándole sensación de urgencia, de que llegaba tarde a algo que se le debía de haber olvidado, lo que era imperdonable. Su abuelo los despachó de malos modos. Los envió de vuelta a la habitación. Los oyó alejarse. Discutían. Despreciaban la casa, el pueblo. Lanzaron reproches al abuelo, al padre. Qué certeros e hirientes. Un portazo en el otro extremo del pasillo. Se puso en pie. Tengo que ir al baño. Percy la miró por encima del hombro. El padre de Jon dijo que había un aseo junto a la puerta trasera. Ella salió de la cocina tambaleándose. Se apoyó en una pared. Pasó de largo ante el aseo. Sabía que más adelante había un cuarto de baño mayor, más luminoso. Entró y echó el pestillo. Se mojó los dedos con agua fría y se los pasó por el cuello, la frente, los pómulos. Cerró los ojos de satisfacción. Se sobresaltó. Alguien llamaba a la puerta. Virginia, ¿estás bien? Llevas mucho rato ahí dentro. ¿Qué? Sí, estoy bien. Salgo en seguida. No salió. Esperó hasta oír alejarse a Percy. ¿Por qué la acosaban de aquella manera? Había menos luz. Estaba atardeciendo. ¿Cuánto tiempo había pasado en el baño? Salió al pasillo. En el otro extremo, la puerta de la cocina estaba cerrada. Caminó desganada hacia allí. El olor la detuvo. Había llegado a la mitad del pasillo. A su izquierda estaba la puerta trasera de la casa. A la derecha nacían otro pasillo, que llevaba a la terraza superior, y las escaleras que comunicaban las dos plantas de la casa. En las escaleras, subiendo hacia ella, estaba uno de los críos. Ella se llevó las manos a la boca, sofocando un grito, al verle la cara. El miedo la salvó del olor, que no llegó a notar. ¿Qué haces? No había sido el crío. La pregunta provino de algún lugar a su espalda. Se volvió. El otro crío. ¿No había un niño y una niña? Con las nuevas caras no los distinguía. El otro crío estaba

en el pasillo, cerrándole el paso, impidiéndole volver al cuarto de baño, donde se había sentido bien, o donde al menos no había sentido nada mientras caía la luz y el día se acercaba a su final. ¿Ya te vas? Querían que se fuera. Si no lo hacía, ellos la echarían. ¿Ya estás bien? El crío de las escaleras subió unos escalones más. Sus pisadas retumbaron como si calzara zapatos de hierro. ¿Te vas en tu helicóptero? No podía retroceder. No podía bajar las escaleras. La cocina estaba cerrada para ella. Abrió la puerta trasera. Ante ella, la ladera del macizo, el desorden de árboles, maleza y afloramientos de roca. En la cima, contra el cielo amoratado, la ringlera de eucaliptos que señalaba la linde de la finca, siluetas negras e intrincadas, una reja entre cuyos barrotes, no obstante, podría escurrirse. Al otro lado estaba el bosque donde había desaparecido Markel. Debía subir. Se detuvo a mitad de la ladera. En la puerta, los críos, inmóviles, callados, se burlaban de su azoro. Desde aquella altura veía por encima de la casa. En el pueblo se habían encendido las luces. Pensó en las luces que Markel había seguido, de las que ella había oído hablar tanto que casi recordaba haberlas visto, surcando el cielo, aproximándose a la cima del macizo e invitándola a seguirlas.

En la puerta trasera de la casa, los hijos de Jon vieron a aquella mujer subir hacia los eucaliptos. Tropezó con algo y continuó ayudándose de pies y manos. Del voluminoso abrigo de piel asomaban unas extremidades largas y flacas que tanteaban el camino. El pelo le caía sobre la cara. Cuando se le enganchaba en un arbusto se liberaba a tirones. Oyeron llegar el coche de su padre y corrieron a avisar de lo que estaba pasando.

Virginia alcanzó los eucaliptos, sorteó un muro de piedra seca y se introdujo en un prado de hierba áspera como papel de lija. Debía seguir alejándose de la casa y de la claridad de las farolas del pueblo.

El terreno empezó a descender suavemente. Sus pisadas hacían un ruido distinto y no notaba resistencia al caminar. Ya no pisaba hierba. También el olor era diferente; de ácido, casi cítrico, había pasado a

terroso y húmedo. Avanzaba sobre una alfombra de hojas muertas, tan gruesa que sus tacones se hundían por completo. Entró sin saberlo en un bosquecillo de castaños. Había esperado encontrarse con luces que la guiaran, magnéticas, pero allí se concentraba una oscuridad poblada de susurros y chasquidos.

¿Hay alguien?

Miró a su alrededor. Había creído oír pasos. Giró sobre sí misma. No quería que nada la sorprendiera por la espalda.

No vio a nadie, pero cuando quiso seguir adelante descubrió que se había desorientado. Ya no tenía la referencia de la claridad sulfurosa proyectada por el pueblo. Solo veía oscuridad, con brochazos de una oscuridad más densa donde crecía un árbol. Dio unos pasos, las manos extendidas ante ella para no golpearse.

Tropezó con algo y fue a parar de bruces al suelo. Un tronco caído. Se había hecho daño en una espinilla. Se sentó en el tronco. Le sorprendió lo confortable que era, mullido por el musgo, seco y cálido, como depositado ante ella por la providencia. El dolor desapareció de inmediato. La oscuridad dejó de preocuparle. Los ruidos de antes los habían producido los animales del bosquecillo, bestias pero bestias menores, inofensivas, que quizá picaran o arañaran pero que no se llevaban trozos de tu carne. Se dio cuenta de lo cansada que estaba. Quizá en lugar de continuar caminando tenía que quedarse allí. A media altura, entre su cabeza y las copas de los árboles, pendía una bruma paralizada.

Se sintió más serena. Allí no la molestarían. Cada vez veía mejor en la oscuridad. Era posible que saliera la luna y que la situación aún mejorara. El recuerdo de que algunas noches salía la luna llegó hasta ella desde un lugar remoto. Era una información que no había tenido que utilizar en mucho tiempo.

La araña que llevaba dentro se revolvió, haciéndose notar, ávida de protagonismo, inoculando en carne y fluidos grumos de remordimiento y desesperanza.

Ahora sí, unos pasos. Se acercaban. No de bestia, sino de persona. A lo mejor si se quedaba sentada en el tronco, pensó Virginia, si se quedaba muy quieta y callada, quien fuera pasaría de largo. Hasta podía suceder que estuviera allí por razones que nada tenían que ver con ella.

Los pasos siguieron aproximándose, a la vez que la bruma entre los árboles se hacía más visible, alumbrada no desde arriba, como habría causado la luna, sino desde abajo, y con una luz cálida, propia del sol.

Si hubiera sido una persona quien avanzaba hacia ella entre los castaños, iluminándolos al pasar junto a ellos, devolviéndolos a la oscuridad en cuanto los dejaba atrás, Virginia habría huido o pedido que la dejaran en paz o le habría arrojado con poca puntería lo primero que hubiera encontrado a mano, un puñado de hojas pegajosas, medio deshechas, un almohadón de musgo arrancado del tronco.

Le vino a la cabeza la idea de una pantalla de cine, con la forma, el tamaño y el volumen de una persona, de un hombre, que seguía acercándose, hasta que se detuvo a pocos metros. La imagen proyectada en la pantalla con forma humana se hinchaba y se volvía a desinflar, rítmicamente, por la respiración del hombre pantalla, respiración que se fue serenando poco a poco, recuperó su cadencia normal y dejó de deformar la imagen.

No era una pantalla de cine, rectificó Virginia. La imagen no se proyectaba sobre ella. La luz no incidía sobre el hombre. Salía de él. El hombre era una ventana a través de la que mirar, y por la que con generosidad se derramaba, a su alrededor, la luz del desierto. Virginia sintió el calor. Cambió de postura, se acomodó en el tronco, como una campista ante las llamas de una hoguera, dispuesta a que le cuenten una historia.

A través del hombre vio un paisaje familiar, después de haberlo presenciado en incontables películas: una tierra rojiza de la que se alzaban elevaciones rocosas de la misma tonalidad, con la cima plana. El tiempo y los elementos habían desmigado y cortado grandes porciones de las mesas, diseminando el polvo bermejo por las zonas llanas, acumulándolo en las cañadas, creando arquitecturas inopinadas: arbotantes e hileras de columnas con la responsabilidad de soportar la nada.

El bosquecillo de castaños disfrutaba de una primavera inesperada. La luz inédita atrajo a una nube de polillas que revolotearon alrededor del hombre. Se lanzaban contra él y rebotaban con un tintineo cristalino.

El hombre permanecía inmóvil, los brazos colgando, la espalda recta, para no desviar la atención sobre sí mismo y distraer a Virginia. La imagen que mostraba se desplazó hacia un lado, hasta encontrarse, en la cresta de una loma, con una fila de indios a caballo, recortados sobre el cielo azul profundo. No pertenecían a ninguna tribu concreta. Unos lucían penacho de plumas de águila, otros cresta iroquesa, otros tocado de cuero adornado con cuernos de bisonte, crin de caballo y plumas de búho, otros pañuelo atado a la frente, otros quepis del ejército. Empuñaban arcos, rifles, mazas de piedra pulida o fabricadas con una mandíbula de oso, hachas, escudos de piel de bisonte y lanzas adornadas altivamente con las cabelleras de Ana Bolena, Sansón y Lady Godiva.

En la imagen los indios aparecían de espaldas, de modo que Virginia también viera lo que ellos observaban en tensión, conteniendo a las monturas. Por una franja llana, entre las elevaciones de roca, generando tras ella una nube de polvo como la que levantaría una estampida de bisontes, avanzaba resuelta, con cuanta rapidez su tamaño le permitía, una gigantesca tarántula. Cada vez que se alzaban, las articulaciones de las patas alcanzaban la altura de las mesas a su alrededor.

Virginia contemplaba la imagen absorta, inmóvil, pero en su interior hubo una convulsión. La araña, la suya propia, la que portaba dentro, la araña que aún estaba buscando acomodo en la mujer, que aún no había despejado el espacio necesario en aquel cuerpo para ejercer su dictadura, retrocedió de un salto, se pegó a la cara interior de la nuca, de la espalda, de las nalgas de Virginia, se refugió tras la columna vertebral como el niño que, jugando al escondite, se oculta detrás del árbol más escuálido del parque.

Los indios se lanzaron en pos del monstruo lanzando gritos de guerra. Descendieron la loma, se sumergieron en la polvareda levantada por la araña y reaparecieron entre sus patas. Galopaban bajo el vientre pardo y le lanzaban flechas en busca de las partes vitales. El sol hacía destellar las puntas de obsidiana.

La gran tarántula no varió el rumbo. Perseguía algo y la partida de indios no bastaba para distraerla de su objetivo. Las patas avanzaban, golpeaban a un indio y este y su montura salían despedidos y caían con todos los huesos rotos entre las yucas. Las flechas y las lanzas no

la frenaban.

La imagen se desplazaba junto con la tarántula. El monstruo cambió de dirección para rodear una elevación de arenisca y causó un nuevo revuelo. Sus patas se habían ido a posar en medio de una manada de vacas, aplastando a unos cuantos animales. De inmediato, los vaqueros que guiaban el ganado desenfundaron rifles y revólveres y abrieron fuego. Las vacas rompieron en estampida, pero no huyeron del monstruo, sino que corrieron en círculo entre sus patas, tratando de entorpecer su avance, agregando su esfuerzo al de los indios y los vaqueros.

Por fin, la imagen mostró lo que la gran tarántula perseguía. Un hombre y una mujer, compartiendo montura, cabalgaban frente al monstruo. La velocidad y el polvo dificultaban distinguir sus caras, pero lo que se entreveía bastaba para identificarlos como la pareja atractiva que acostumbra protagonizar esa clase de narraciones. Él, en mangas de camisa, con un pañuelo alrededor del cuello, empuñaba las riendas inclinado sobre el cuello del caballo. Ella, con una blusa escotada, montada a la grupa, disparaba a la araña con un rifle, recargaba y disparaba, recargaba y disparaba. La montura estaba al límite de sus fuerzas. De la boca se desprendían espumarajos.

La pareja dio un quiebro y enfiló el cauce seco de un río. La araña fue tras ellos. El ganado, los vaqueros y los indios, tras ella. Las patas de la araña dejaban en el cauce huellas profundas, que se llenaban lentamente de un agua turbia filtrada desde los estratos inferiores. Vacas y caballos se detenían a aliviar la sed. Los jinetes se lo permitían; mientras tanto unos recargaban sus rifles y otros dirigían plegarias al Gran Espíritu. Casi de inmediato, se reincorporaban a la persecución.

Varió la imagen. El punto desde el que se mostraba se elevó y dejó ver el paisaje en toda su extensión. Desde aquella altura, el monstruo parecía del tamaño de una tarántula común.

Colindantes con el desierto rojizo y las mesas de arenisca del Monument Valley, figuraban otros parajes habituales en las ficciones del Lejano Oeste, todos a mano, dispuestos para ser utilizados en cuanto la narración requiriera de ellos: las grandes llanuras herbosas, aradas por tornados, los bosques de coníferas norteños, los pútridos pantanos de Florida, hogar de manatíes, caimanes y bandadas de

pelícanos, las cumbres nevadas de las Rocosas, los glaciares de Alaska, el ancho Missouri y el manso Mississippi, surcado por vapores de paletas que tocaban la sirena y hacían levantar la mirada a los esclavos en los algodonales.

La imagen volvió a centrarse en la pareja que huía a caballo. La mujer disparó su última bala y dejó caer el rifle. Apoyándose en los hombros del jinete se alzó para otear el paisaje. Miró a la derecha. Miró a la izquierda, con más angustia aún. El caballo desfallecía.

De nuevo desde las alturas, la imagen reveló el motivo de la angustia. Ante ellos, el Gran Cañón del Colorado trazaba una curva cerrándoles el paso en todas direcciones.

La mujer gritó algo al oído del hombre y señaló hacia el frente. En el seno de la curva del Gran Cañón se elevaba la última mesa del valle. El hombre clavó las espuelas. Hizo sangrar al caballo. No era suficiente. La araña ganaba terreno. La mujer desenvainó un cuchillo e hizo cortes en la grupa de la montura. Sacó una bala de la pistolera del hombre. Con ayuda del cuchillo, extrajo el proyectil de plomo de la vaina, vertió la pólvora en la palma de la mano y la restregó en los cortes. El caballo dio un arreón para escapar del dolor.

A la elevación la rodeaba un talud de materiales desprendidos de sus paredes. El caballo acometió la pendiente. El terreno se desmoronaba bajo los cascos. No había alcanzado la mitad del talud cuando las fuerzas se le extinguieron. Se derrumbó y ya no fue capaz de levantarse. El hombre y la mujer, tomados de la mano, sudorosos, resbalando, continuaron la ascensión en un último intento por ponerse a salvo de la araña. A ella se le había desgarrado la blusa al caer del caballo. Él había perdido el sombrero.

Ignorando a los indios, a los vaqueros y al ganado que arremetían contra él, el monstruo llegó a la base del talud. Apoyó con tiento una pata delantera, otra, y se impulsó con las restantes. El terreno no soportó el peso. Se produjo una avalancha. El hombre y la mujer se detuvieron. Miraron jadeantes hacia atrás. Cuando el polvo se dispersó, allí seguía la araña, que cobró impulso y se lanzó ladera arriba, subiendo más rápido de lo que el suelo se deshacía. La pareja continuó la ascensión, ahora él la ayudaba a ella, ahora ella a él. El talud concluía en una cornisa de piedra. Ante ellos: una pared lisa de arenisca. No podían seguir huyendo. Se volvieron para mirar de frente

al monstruo.

Y entonces un sonido vino a salvarlos. Una corneta emitía el toque de carga de la caballería. Los jinetes al galope, desplegados por el desierto. Los estandartes del regimiento bien firmes. Los sables desenvainados. Los sombreros con la delantera del ala alzada y el barboquejo apretado. Directos hacia la araña. Los vaqueros los jalearon. Los indios los miraron con recelo. Y se sumaron todos a la carga. También las vacas. Y procedentes de los diferentes escenarios que rodeaban el Monument Valley llegaron caravanas de colonos, dispuestos a contribuir a aquella lucha con las escasas fuerzas que les quedaban, llegaron exploradores y cazadores con ropas de ante cosidas por mujeres indias, tocados con sombreros de piel de mapache y empuñando rifles tan largos como altos eran ellos, llegó el caballo de hierro, llegaron las diligencias, llegaron los bisontes, los alces, los osos y las águilas, llegaron sheriffs, tahúres y cazarrecompensas, llegaron tropas confederadas con el uniforme hecho jirones y su bandera parcheada con retales, llegaron bandas de forajidos embozados, llegaron predicadores lunáticos, de ojos inflamados y verbo mordiente, y sobre una colina se alinearon los cañones del ejército y los artilleros apuntaron a la araña y abrieron fuego.

El monstruo dio media vuelta y bajó la ladera. Se olvidó de la pareja. Al pie del talud se topó con una plétora de gentes y de bestias que la atacaban con balas, flechas, lanzas, picos, cuernos, garras y dientes, que la zaherían con sus gritos, y luego con sus burlas, cuando empezó a recular. Las patas no encontraban asiento. Se hundían en el suelo minado por los perros de la pradera. Al igual que una tarántula común se da por vencida ante una legión de hormigas rojas, el monstruo retrocedió. Varios cañonazos la alcanzaron en los ojos y la gelatina se derramó en cascadas. Medio ciega, la araña buscaba una escapatoria, pero ahora se encontraba con una banda de cuatreros, ahora con una caravana de mujeres que iban al oeste en busca de un marido y una vida mejor, y todos y todas eran dueños de una puntería infalible, y continuaron haciéndola retroceder hasta que las patas traseras dejaron de encontrar apoyo, y las delanteras trataron de aferrarse desesperadas a lo que fuera, el suelo, el aire mismo, sin conseguirlo, y se despeñó por el Cañón del Colorado, y mientras caía, con voz de araña, tan poderosa que partió rocas, dijo:

Tú osas hacerme esto a mí, que he sido tu alfa y tu omega, tu becerro de oro, tu sol negro, tu…

Nada más dijo, acallada por el impacto contra el fondo, y siguió una ovación de todas las gargantas, y un viento diligente fue a llevarse las polvaredas y el humo de la pólvora, y cuando el aire quedó limpio se vieron dos patas de araña, engarfiadas e inmóviles, que asomaban sobre el borde del cañón y en las que ya se posaban los buitres a centenares.

Todas las miradas se dirigieron a la ladera, donde la pareja continuaba en la cornisa de piedra, y la ovación fue ahora para ellos.

La imagen se centró en el hombre y en la mujer, mostrándolos desde tan cerca que se hacía imprescindible revelar por fin sus rostros, y estos fueron cambiando, como si quien se hallara detrás de aquella fabulación no terminara de decidir qué rasgos otorgar a sus personajes. Barbara Stanwyck, Angie Dickinson, Carroll Baker… Joel McCrea, Giuliano Gemma, William Holden… Y el rostro de ella aún cambió una vez más, un rostro que para Virginia ya no fue conocido; una mujer de pelo castaño ondulado, nariz fina, frente alta y sonrisa franca, con tres pecas en la mejilla derecha formando un pequeño triángulo. El rostro del hombre aún hubo de sufrir más ajustes: primero una cara ancha, curtida, barbuda y marcada por la cicatriz de una quemadura en una mejilla, y a continuación, finalmente, adoptó los rasgos de Jon, bien conocidos por Virginia. Una vez que poseyeron sus rasgos definitivos, ella y él sonrieron como si se disculparan por su tardanza en hacer acto de presencia. El viento les secó el sudor, les agitó el pelo.

Miraron a la derecha y el capitán al frente de la caballería los saludó agitando el sombrero. Miraron a la izquierda y el jefe indio alzó su escudo. Miraron al frente y el jefe de la cuadrilla de vaqueros lanzó un grito chillón. Ellos devolvieron todos los saludos. Luego se miraron entre sí y se besaron, dignos de ser inmortalizados por la lava de un volcán.

Su beso fue la última imagen. El hombre en pie ante Virginia se apagó lentamente, fundió a negro. Ella, deslumbrada por la luz del desierto, no veía nada más que su silueta inmóvil. Las polillas se dispersaron.

El hombre tomó asiento en el tronco. Dentro de Virginia, la araña continuaba encogida, preocupada porque, aunque solo hubiera sido durante unos momentos, su anfitriona se había olvidado por completo de ella, había sentido algo diferente a lo que ella decretaba, y eso le restaba poder, a ella, a la araña, le dificultaba crecer, afianzarse, terminar de encajar su cuerpo en el otro cuerpo. Virginia no entendía lo que acababa de suceder, pero la araña sí.

Virginia, dijo el hombre, necesitas ayuda. Es mejor que no estés sola. Ven conmigo.

Ella asintió, recuperada pasajeramente la serenidad. Y antes de levantarse lo abrazó, y lloró, porque la voz que había oído era la de Markel, y detrás de la oscuridad que ocultaba los rasgos del hombre, ella imaginaba a Markel. Él no supo esto, pero aun así le devolvió el abrazo y, cuando ella se enjugó las lágrimas, le dijo: Te pondrás bien, y la tomó de la mano y la guio para que no tropezara, saliendo de entre los castaños, bajando la ladera y entrando en la casa, donde los demás los esperaban preocupados y donde ella dijo a su marido: Necesito ayuda. No quiero estar sola. Y luego añadió: Lo siento mucho.

Virginia miró a su alrededor y no le extrañó ver a Jon en lugar de a Markel. Markel había estado arriba; aquí abajo estaba Jon.

Salieron a la terraza para ver despegar el helicóptero.

Cuando se perdió de vista, los cuatro miraron la ría. Hacía dos horas que había pasado la pleamar.

Vamos, dijo Jon antes de que nadie más hablara. Coged un jersey, les dijo a los niños.

Quince minutos después estaban en el muelle. El remolque con la lancha los esperaba en la rampa de botadura.

¿Podemos subir?, preguntó el niño.

El abuelo apoyó una escalera en la lancha y el niño subió.

Ayuda a tu hermana. Con cuidado. Así. Muy bien.

Jon se enfundó unos vadeadores y se metió en el agua. Su padre,

al volante del coche, puso la marcha atrás. El remolque se fue sumergiendo. Jon hacía señas: Sigue, sigue… La lancha empezó a flotar.

¡Aita!, dijo la niña.

No pasa nada. ¡Listo!

Su padre metió la primera. Las ruedas del coche patinaron en el verdín de la rampa. Si hubieran ido con la marea alta, eso no habría pasado, pero nadie dijo nada. El padre de Jon lo intentó de nuevo, acelerando al mínimo. El remolque salió del agua.

Jon se aupó torpemente a la lancha. Los niños se rieron.

Ya vale.

En las ventanas de los chalés cercanos había siluetas que se preguntaban qué hacían a esas horas. Eran más de las diez de la noche.

Jon empuñó un bichero, lo enganchó a una escalera de mano en el muelle y tiró para arrimar la lancha a la escalera. La sostuvo hasta que su padre subió a bordo.

El padre arrancó el motor. La lancha tenía un viejo embrague de camión, con palanca y pedal. El padre metió la segunda marcha, la más adecuada para el diámetro de la hélice.

Dieron una vuelta por la bahía. Jon observaba a los niños, que iban muy callados. Veían el pueblo desde una perspectiva nueva. Parecía desierto. Nuevo. Dispuesto para que lo estrenaran.

¿Salimos?, dijo el padre de Jon. La mar está llana.

Vamos.

Enfilaron la bocana. El paseo de la Grúa desfiló a su derecha. A la izquierda apareció la curva de puntos anaranjados que formaban las farolas de la playa. Al asomarse al mar, la lancha cabeceó.

Navegaron en paralelo a la playa. Llegaron a la Punta del Pozo, al pie del monte Somos. Los niños continuaban silenciosos. Tenían frío. El jersey no era suficiente. Él se puso el impermeable del abuelo y ella el chaquetón del padre. El abuelo y el padre se quedaron en mangas de camisa.

Navega bien, dijo el padre de Jon. ¿Quieres llevarla de vuelta?

Mejor ellos. ¿Queréis?

Por turnos, la niña y el niño guiaron la lancha de regreso a la bahía. Del atraque se ocupó el abuelo.

Alguien se tenía que quedar en la lancha durante la noche. Después de semanas en seco, la madera se había contraído y entraba agua por las juntas. Al día siguiente la madera ya habría vuelto a hincharse. El primer turno lo haría el padre de Jon, mientras este iba a casa y acostaba a los niños. Luego Jon volvería al muelle, reemplazaría a su padre y se quedaría en la lancha hasta la mañana.

Cuando llegaron a casa, los niños se tambaleaban de sueño. De momento compartían habitación. Entre las dos camas, una lámpara en una mesilla. Un pañuelo sobre la pantalla atenuaba la luz.

¿Os ha gustado el paseo?

El niño, tapado hasta la nariz, dijo que sí.

¿Otro día iremos a pescar?

Por supuesto.

¿Nos enseñarás tú?

Mejor aitite.

¿Mañana?

Puede.

Aita, dijo la niña, ¿esa mujer estaba mala?

Jon asintió.

¿Se pondrá bien?

Jon asintió de nuevo y les deseó buenas noches.

Aita, dijo la niña antes de que él saliera de la habitación, gracias.

EL VALLE DE LAS ROCAS
UN RELATO EN TRES ACTOS
III. TERMINALIA

Las hormigas entraban y salían de la cesta de pícnic, ellos las dejaban hacer, tumbados sobre una manta, John y Lucrecia, abrazados, rondándose las bocas, sobre la manta navajo que cambiaron por una sartén el día que llegaron al Valle de las Rocas, le acariciaban las mejillas al otro, le peinaban las cejas con la punta de la nariz, ¿Estás cómoda?, le apartaban un mechón de la frente, Muy cómoda, susurró a la oreja de él, falsamente avergonzada, como si de entre sus labios se hubiera escapado una vulgaridad, ¿Y tú?, un asentimiento y le empezó a desabotonar el vestido, la arena se amoldaba a sus cuerpos mejor que el colchón de su casa, una fila de hormigas cargaba migas de pan y trocitos de pastel de carne duna arriba, ¿Los oyes?, No, Tranquila, No sé, Vuelve aquí, ella se había incorporado apoyada en un codo y miraba a su alrededor, en lo alto de la duna un arco esculpido en una pared de arenisca, la Oreja del Viento, abajo la carreta con el caballo, a Felicidad le gustaba bajar la duna rodando, la arena fina y limpia, como tamizada cada noche por cuadrillas de chinos, cuando el viento soplaba del oeste la Oreja silbaba, gritaba incluso, también eso le gustaba a Felicidad, una oreja

en la que no entraba el ruido, sino que salía de ella, había querido despedirse del sitio, pero ese día no hacía viento y la oreja callaba, No los veo, Estarán jugando, Felicidad y Horacio, el perro, ¿Los llamo?, Déjalos tranquilos, a lo mejor nunca volvemos aquí, se terminó de abrir el vestido, Lucrecia, con dedos más diestros que los de él, se lo sacó por la cabeza, lo colgó de una rama del enebro que les daba sombra, Con esta luz tienes los ojos más verdes, dijo, tumbada de nuevo, le quitó la camisa, le acarició el pecho, el vientre, las cicatrices, se colocó de espaldas, abrió las piernas, exponiéndose a las caricias de él, sintiéndose ligera, el sol se colaba entre el enebro, le llovía luz en la cara, cerró los ojos, él le desnudó los pechos y besó, lamió charquitos de sol, los mordisqueó, y ella, los ojos aún cerrados, imitaba inconscientemente el gesto de morder y se humedecía los labios.

Había sido cada vez mejor desde que John fue a buscarla a San Francisco, la ligereza, Lucrecia lo había notado en cuanto se tocaron, en cuanto él le introdujo los dedos en el pelo como si se lavara las manos en una fuente, y ella vio, y él vio, y ella supo, y él supo también, y supieron que el otro sabía, que habían sucedido cosas, pero que aun así allí estaban, a pesar de todo, juntos, él había viajado desde el Valle de las Rocas para acariciarle el pelo, mirarla a los ojos y que ella viera que él sabía, Te echaba mucho de menos, había dicho él, así había empezado la ligereza, Y a Felicidad, ¿Estáis bien?, y ella había asentido, la frente apoyada en el pecho de él, como si se secara la cara con una toalla fragante y un poco áspera, Ahora muy bien, y John había dicho que hasta que la conoció a ella su vida, la de él, había consistido en sentirse solo en diferentes lugares y en presencia de diferentes personas, Y no quiero volver a sentirme así nunca más, y la ligereza había aumentado aquella noche, en el dormitorio, cuando el resto de la casa dormía ya, o quizá no, pero sin que a ellos les importara, igual que ahora no les importaba que las hormigas les robaran la comida, y entonces ella supo que él se había liberado de una carga pesada, sin necesidad de que él dijera Me he liberado de una carga pesada, ella lo supo por la forma como la tocaba y la miraba, abandonado al gozo de tocar y mirar a la mujer que quería, sin que ningún pensamiento, duda, recuerdo obstaculizara el momento, por su forma de respirar cuando al cabo se durmió,

abrazado aún a ella, asido a ella, y del mismo modo, al día siguiente, cuando Lucrecia volvió a casa tras ocuparse de un recado sobre el que no dio detalles, él supo que lo que fuera que hubiera sucedido entre ella y el banquero ya no estaba sucediendo, y que ella se alegraba de que así fuera, también Lucrecia se había desprendido de una carga, él lo supo sin necesidad de que ella se lo dijera, lo que no significa que luego, semanas, meses o acaso años más tarde, no hablaran de cuanto les había sucedido, pero de momento, aquel día en que Lucrecia regresó tras hacer un recado, la ligereza continuó creciendo, y siguió haciéndolo cuando él manifestó un interés sincero sobre el colegio que Lucrecia y Felicidad habían visitado en San Francisco, y la niña dijo que le gustaría aprender muchas cosas allí, pero solo si ellos, sus padres, estaban cerca, por lo que John dijo lo que llevaba queriendo decir desde que se subió a la diligencia en Tuba City, Entonces aprenderás mucho, mi amor, todos viviremos aquí, pero antes volveremos al Valle de las Rocas para recoger nuestras cosas y despedirnos de nuestros amigos, Y para recoger a Horacio, dijo Felicidad, sí, a Horacio, al que su amo había dejado con los navajos, Más les vale que no se lo hayan comido, dijo él, o les quemaré el poblado, a lo que su hija respondió Estás de broma, papá, Sí, claro que bromeo.

Habían ido al poblado de los navajos para decir adiós e informarlos de que a partir de entonces Pipa Colorada regentaría el almacén, se lo cedían, habían tomado la decisión durante el viaje de regreso desde San Francisco, después de que John le hablara a Lucrecia del ataque de los niños, de lo que él recordaba, de lo que alcanzaba a comprender, incluyendo la muerte de Baca y de Lorenzo, que él decidió atribuir a los niños, lo decidió aún con el revólver en la mano, mientras del cañón se elevaban caracolas de humo, y la ligereza posterior no había hecho mella en su decisión, porque no todo se debía compartir, pero tampoco se debía olvidar, por eso John había decidido asimismo que Pipa Colorada viajaría con ellos, con Lucrecia, con Felicidad y con él, allá adonde ellos fueran, y cuidarían de ella y de su hijo, así, en una medida modesta, John le compensaría el daño causado, al mismo tiempo que, viéndola a diario, viendo crecer a aquel niño sin padre ni hermanastro, él, John Dunbar, nunca olvidaría lo que había hecho, y eso le impediría hacerlo de nuevo, decisión que

asumió, dejó que se sedimentara en su interior durante el viaje a San Francisco, siendo consciente de cuanto en ella había de egoísmo, pues no le importaban tanto Pipa Colorada y su hijo como el recordatorio que los dos encarnarían en adelante, durante el resto de su vida, pero el remordimiento que tal egoísmo le causaría supondría un refuerzo al recordatorio, una línea defensiva adicional para que él, John Dunbar, no volviera a hacer nada semejante, matar a sangre fría a dos personas que habían acudido a su lado con la voluntad de ofrecerle su auxilio, dos personas asustadas, imperfectas y prestas a la ayuda, pero John había llegado a San Francisco, había introducido las manos en el pelo de Lucrecia, había compartido con ella sus planes respecto a Pipa Colorada y Lucrecia había dicho No, no harás eso, no lo haremos, y había añadido Ella no querrá, solo la haremos más desgraciada, y al decirlo Lucrecia miraba más allá de la buena voluntad de su marido y vislumbraba el egoísmo, el plan a largo plazo, la ocultación, en definitiva una rémora del pasado, alimentada no por argumentos de quien su marido era, sino por ecos de quien su marido había sido, y supo que con el tiempo la navajo terminaría por atisbar el motivo egoísta, sucio, deforme, y que ella, Lucrecia, contaminada su conciencia por la cercanía de la india, asimismo daría por cierto eso sobre lo que ahora no quería, por nada del mundo, detenerse a conjeturar, y él había respondido Bien, no lo haremos, había accedido porque pese a la firmeza de su decisión, había temido, y en la misma medida esperado, que ella dijera No lo haremos, de ese modo, con estas tres palabras, el sedimento de la decisión quedó barrido, dejando al descubierto un suelo firme y limpio sobre el que caminar con ligereza, Lo que sí haremos será cederle el almacén, esto también lo dijo él, a lo que ella había respondido Sí, eso sí lo haremos, con lo que la ligereza aumentó todavía más, y aquella mañana, antes del pícnic en la Oreja del Viento, los navajos les habían dicho que velarían por Pipa Colorada, a quien seguro alguien empezaría a cortejar en breve.

Lucrecia volvió a ponerse el vestido. John apartaba a manotazos las hormigas de la cesta de pícnic. Ella miraba alrededor, agradecida por el momento de intimidad que Felicidad les había concedido sin saberlo. No los veo, y de inmediato oyó ladrar a Horacio, lejos.

Voy a buscarlos.

Se quedó inmóvil. Y también John. ¿Eso había sido un disparo?

Otro más. En la misma dirección que los ladridos.

Lucrecia corrió duna abajo, se detuvo en la carreta para coger un rifle y continuó a la carrera.

John Dunbar supo que no la alcanzaría a pie y que ella no se detendría por mucho que la llamara. Desenganchó el caballo, montó a pelo y cabalgó tras su mujer. Al llegar a ella, se detuvo lo justo para que saltara a la grupa, un brazo en torno a la cintura de su marido, en la otra mano el rifle. No se oían más ladridos, pero sí disparos. Los siguieron como un rastro de miguitas de pan.

Cabalgaron media milla, directos hacia una de las mesas del valle. El sonido de los disparos llegaba por duplicado, primero el disparo y luego el eco, devuelto por la pared de roca.

Subieron una loma desde cuya cima vieron lo que sucedía.

Un hombre a caballo disparaba un rifle hacia la base de la mesa, donde se abría una cueva. La entrada era lo bastante amplia como para que por ella entrara holgadamente un carromato. El caballo del pistolero pastaba la escasa hierba que asomaba del suelo terroso. Tan concentrado estaba el hombre en lo que tenía lugar en la cueva que no se percató de la aparición de John y de Lucrecia, quienes tampoco daban crédito a lo que estaba pasando.

De manera atolondrada, tropezando, escurriéndoseles su carga de entre las manos, culpándose uno al otro mediante alaridos y volviendo a levantarla, de manera temeraria también, exponiéndose a los disparos del desconocido, dos hombres sacaron a la boca de la cueva lo que, desde donde se encontraban John y Lucrecia, parecía una alfombra de grandes dimensiones enrollada. La colocaron en posición vertical a un costado de la entrada y procedieron a desenrollarla. No era una alfombra, sino un decorado teatral. Extendido por completo, abarcaba de lado a lado de la entrada y casi doblaba en altura a los hombres que se debatían con él. Los extremos iban fijados a sendas pértigas de madera, cuyo extremo hincaron en el suelo.

Representaba el Valle de las Rocas bajo la luz del ocaso, con los colores realzados, salpicado el paraje de dramáticas sombras.

¿Pensaban que así camuflarían la cueva? El decorado no era tan alto como para cubrir la totalidad de la entrada. Y aunque el trampantojo hubiera sido perfecto, ¿se les podía haber ocurrido que, por el mero hecho de embaucar la mirada del pistolero, lograrían

hacer lo mismo con su cerebro, que se olvidaría de los hombres contra los que un momento antes había estado disparando?

El pistolero continuó haciendo fuego, abriendo orificios en las mesas, en el cielo y en las nubes pintadas al óleo. Desde detrás del decorado llegaron ladridos y John y Lucrecia se sacudieron las especulaciones de encima.

Descabalgaron. Ella con el rifle y él empuñando un revólver, separados unos pasos entre sí y con el sol a la espalda, se aproximaron al pistolero.

¡Eh!

El desconocido se volvió hacia ellos.

Si no hubieran oído los ladridos, lo que significaba que Horacio estaba en la cueva hacia la que disparaba el pistolero, y que el perro estuviera allí quería decir que también estaba Felicidad, quizá se hubieran detenido a interrogarlo sobre su identidad e intenciones. Dispararon al unísono, Lucrecia y John, y las balas le entraron por la base del esternón, a idéntica altura, atravesaron el torso en trayectoria oblicua ascendente y salieron por la espalda, perforando cada una el centro de un omóplato.

El pistolero se deslizó de la silla de montar. Un pie quedó trabado en el estribo. El sombrero cayó, dejando el pelo a la vista. A Lucrecia se le escapó una exclamación de asombro.

Tendría unos treinta años, el mentón cuadrado, sin afeitar, las cejas prominentes, la nariz rota, atractivo, sin duda, pero era el pelo su rasgo más llamativo, negro y espeso, formaba una suerte de halo ondulante, agrupado en mechones que parecían vivos. Aquel pelo podría haber bastado para hacerlo famoso, para convertirlo en el protagonista absoluto de una saga del Salvaje Oeste.

El caballo, una yegua torda en realidad, celosa de la mirada de Lucrecia, echó a caminar y se lo llevó a rastras, prendido del estribo, fuera de escena, y a su vez el cadáver se llevó su rifle, enganchado aún el gatillo en el índice, y su sombrero, enganchado el barboquejo en el mentón.

Inconscientemente, Lucrecia dio unos pasos tras él.

Lucrecia.

Perdón.

Vuelve aquí.

Sí.

Tu hija…

Sí, sí.

Se acercaron a la cueva sin bajar las armas. Los dos hombres habían salido de detrás del decorado y miraban incrédulos los orificios abiertos por las balas, como si pensaran que las montañas pintadas les deberían haber prestado la misma protección que la roca auténtica. Eran de una delgadez extrema y su piel tenía una coloración malsana, entre grisácea y amarillenta. Uno iba disfrazado de vaquero. Era imposible que aquello fuera auténtica ropa de trabajo: zahones de piel de oveja, camisa escarlata y sombrero blanco, impoluto. El otro llevaba un uniforme de gala de la caballería con divisas de sargento, casco y guantes blancos. Cuando estuvieron más cerca, John vio que este atuendo también era un disfraz. El águila dorada del casco no era de metal, sino que estaba pintada, y el penacho distaba mucho de ser de pelo de yak. En ninguna insignia figuraba el número de regimiento. Iban desarmados.

Lucrecia llamó a su hija y se oyeron ladridos y Felicidad y Horacio salieron corriendo de detrás del decorado. La niña abrazó a su madre. Se alegraba de verla, pero no porque hubiera tenido miedo. Ni siquiera respondió cuando Lucrecia le preguntó si se encontraba bien. Estaba demasiado entusiasmada. Tiró de su madre hacia la cueva.

¿Quiénes sois?, preguntó John a los hombres disfrazados.

Lo miraron como si fueran cortos de entendederas.

¿No me habéis oído?, insistió apuntándoles con el revólver.

¡Calma! ¡Calma!, dijo alguien saliendo de detrás del decorado. Aquí nadie va a hacer daño a nadie. Disculpen a estos dos. Se han quedado impresionados al verlos. ¿Qué hacéis ahí parados?, preguntó al vaquero y al sargento de caballería. Recoged el decorado.

Era un hombre de la misma edad que John, con nariz curva, pelo oscuro y rizado y barba canosa. Llevaba un traje negro, agrisado por el polvo y el uso, y camisa blanca sin cuello. Tampoco él iba armado. Sostenía en la mano un sombrero negro, de fieltro y ala ancha. Suavemente, como si los dos hombres fueran unas monturas fatigadas tras prestar un largo servicio, los azotó con él.

¡Vamos!

John y Lucrecia continuaban en guardia, reteniendo a la niña, que

insistía en llevarlos a la cueva. Horacio deambulaba como si no percibiera ninguna amenaza. Se acercó al hombre y le olfateó los zapatos.

Lo has hecho muy bien. Los has traído hasta aquí.

Felicidad explicó que, mientras estaban jugando en la Oreja del Viento, Horacio había echado a correr y ella había ido tras él. Así habían llegado a la cueva.

Por fin has hecho tu trabajo, dijo el hombre.

Hemos oído los disparos, dijo Dunbar.

También eso es cierto. Los disparos han sido una motivación añadida.

¿Cómo dice?

Me llamo Juan, dijo el hombre acercándose. Horacio se mantenía a su lado. Me alegro de conocer a los padres de esta niña tan maravillosa. Seguramente querrán descansar tras el sobresalto. Pasen, por favor.

El vaquero y el sargento de caballería terminaron de enrollar el decorado del Valle de las Rocas, permitiendo ver el interior de la cueva.

Felicidad dio un brinco de alegría y tironeó de la ropa de sus padres. La emoción le impedía pronunciar: ¿Veis lo que os decía?

Era la misma cueva donde unas semanas atrás habían acampado Osro y Andrus, los falsos hermanos, junto con los seis engendros que los acompañaban, por lo que no será necesario que nos detengamos a describirla de nuevo. Baste con recordar el orificio en lo alto del techo, a modo de óculo, perforado por el viento arenoso. John Dunbar desconocía que sus enemigos habían pasado por allí, pero incluso de haberlo sabido, descubrir que su perro lo había conducido a aquel lugar no habría sido su mayor motivo de sorpresa.

Cedieron por fin a la insistencia de su hija y se dejaron llevar a la cueva.

Cuatro caballos apersogados les dirigieron miradas fatigadas. Los dos carros de los que habían tirado estaban uno junto al otro, situados en paralelo. Uno parecía una casa rodante, con paredes de madera y tejado a dos aguas. De los aleros colgaban farolillos. En un lateral había una doble puerta corredera que se encontraba abierta.

Al principio John pensó que se trataba de la modesta vivienda de

alguien, quizá la del tal Juan, pero cayó en la cuenta de que estaba ante un decorado.

En un costado había un lecho con un tosco armazón de madera y un baúl al pie. En otro, una mesa y un taburete. Sobre la mesa, un farol y varios libros. La pared del fondo estaba cubierta por un lienzo pintado que no reproducía un paisaje, sino otra pared, esta de gruesos troncos, una cocina y una ventana a través de la que se veía una pradera de un verde intenso. En definitiva, el decorado de una tosca cabaña de madera.

El segundo carro, situado ante la pared abierta del segundo, no era más que una plataforma desnuda que servía de escenario. En sus laterales había colocados sendos cajones a modo de escalón para facilitar las entradas y salidas de escena.

Contra las paredes de la cueva se hallaban extendidos más decorados pintados, como el que habían usado para cubrir la entrada: un apeadero de ferrocarril con un tren detenido, la chimenea de la locomotora vomitando negrísimas bocanadas de humo; un fuerte del ejército con una gran bandera de los Estados Unidos ondeando en el patio de armas, y un poblado indio en la orilla de un río.

De un lado para otro, sin propósito apreciable, correteaban como piojos los miembros de la compañía teatral. Había hombres y mujeres, aunque solo se distinguía a los unos de las otras por la presencia o ausencia de barba y por su atuendo. Eran idénticos en su escualidez y en el aspecto enfermizo. Había un sheriff, un trampero forrado con pieles de animales, una bailarina de cabaret, indios blandiendo manojos de cabelleras falsas y *tomahawks* romos… A todos la ropa les venía demasiado grande. Dos iban disfrazados de bisonte; uno la parte delantera del cuerpo y el otro la trasera. El primero quizá no veía bien por los orificios abiertos en el disfraz a modo de ojos, o quizá se había ofuscado por algún motivo, y había echado a correr separándose de su compañero. Algunos lo perseguían tratando de atraparlo o calmarlo, en cualquier caso sin éxito. El medio bisonte ciego embestía a sus compañeros, tropezaba y se revolcaba en el polvo. La otra mitad gimoteaba abandonada. Felicidad se lo estaba pasando de maravilla, tanto que acabó por sumarse a la persecución. John y Lucrecia no sabían si los actores estaban actuando para divertir a la niña o si se comportaban siempre como unos payasos. De sus bocas no salía nada

parecido a palabras. Proferían una jerigonza de gritos, gruñidos y carraspeos que despertaba serias dudas sobre su eficiencia comunicativa. John quiso pensar que se trataba de una parte más del número para entretener a Felicidad, que lloró de risa cuando Horacio mordió una pata delantera del bisonte e hizo caer de bruces al actor disfrazado. La parte trasera corrió a tumbarse a su lado. Los indios bailaron triunfantes a su alrededor.

Lucrecia se interesó por una peana con forma de columna dórica colocada ante el escenario. En lo alto de la misma se erguía el busto de un hombre barbudo con expresión atribulada.

Es Término, les explicó Juan, dios de los umbrales, de los espacios fronterizos y patrón de nuestra humilde troupe. Y, adelantándose a la pregunta que se empezaba a dibujar en los labios de Lucrecia, añadió: Porque qué son las tablas del escenario y esos lienzos pintados más que un umbral entre mundos: el de la realidad y el de la ficción.

Tras ofrecerle el brazo, guio a Lucrecia hacia donde un general de la Confederación y un buscador de oro borrachín acababan de disponer una mesa de patas torneadas con tres sillas a juego. A continuación dejaron fuentes con galletas de soda, salmón ahumado, queso de oveja y uvas pasas, además de una jarra de agua, una botella de whisky y otra de coñac. John Dunbar tenía un ojo puesto en su hija y el otro en aquel hombre que se llevaba a su mujer.

Juan le retiró la silla a Lucrecia, hizo una seña a John para que tomara asiento y él también se sentó. Lucrecia le dio las gracias por la comida. Reconoció estar hambrienta. No habían llegado a celebrar el pícnic, del que las hormigas se estarían beneficiando con total libertad.

Coman y beban, por favor. Quiero que se sientan cómodos. Es lo menos que les puedo ofrecer después de que nos hayan librado del apuro en que estábamos metidos.

¿Quién les estaba disparando?, preguntó John.

Juan se sirvió un dedo de whisky.

Alguien que en tiempos me pareció interesante pero ya no. Aunque dejemos ese tema para luego. Tendremos tiempo de hablar de todo lo que queramos. Antes he de satisfacer la petición de su esposa.

No he pedido nada.

Pero quiere hacerlo.

El umbral entre la realidad y la ficción, empezó a decir ella.

¿Sí?

Háble me de él.

Juan asintió complacido, pero se demoró tomando un sorbo de su bebida, como si requiriera de un momento para dar forma a la respuesta. Ella extendió queso sobre una galleta aprovechando la pausa. John los miraba alternativamente, sentado de medio lado.

Podemos pensar, comenzó Juan con algo similar a la cautela, que la realidad en la que habitamos, perceptible a través de los sentidos, es, digámoslo así, nuestro suelo firme.

Lucrecia asintió a la vez que masticaba.

Si decidimos pensar así, siguió Juan, cualquier ficción, cualquier fantasía, estará supeditada a la realidad, y será por lo tanto inferior a ella. Y todas las ficciones ulteriores, las que surgen del seno de otras ficciones, engastadas unas en otras, se situarán debajo de la que les sirve como origen. De esta manera podemos continuar descendiendo hasta quién sabe qué honduras.

Los umbrales se disponen verticalmente, dice usted.

En vertical, sí, pero, y he aquí mi hipótesis y mi anhelo, no en el orden que acabo de exponer, con la realidad en la cumbre y todas las ficciones debajo de ella. Esa estructura condena a las ficciones, y en mayor medida cuanto más abajo, cuanto más profundamente se ubiquen, a la condición de sumidero de los detritos arrojados desde la realidad y desde cuantas ficciones se hallan por encima. Las ficciones quizá no verían reducidas sus dimensiones, pero sí ocluido su espacio por todo a cuanto han de dar cabida forzosa, cada vez más tortuosas y angostas a medida que descendemos por ellas, nivel tras nivel, más lóbregas, más hediondas, más condicionadas. Disculpe esta obsesión mía, que me hace dar una respuesta demasiado extensa a una petición formulada solo por cortesía.

Frente al escenario, el buscador de oro borrachín se había unido al baile de los indios y, llevado por el entusiasmo, le ofrecía una botella de whisky a Felicidad. Lucrecia vio cómo la niña le daba un trago.

Tranquila, dijo Juan. Es de atrezo. Solo zumo de manzana. Les estaba diciendo que yo propongo un orden diferente para los umbrales, el opuesto, con la realidad en la base y las ficciones por encima, más altas cuanto más imbricadas. De este modo, las ficciones

se convierten en algo hacia lo que alzamos la mirada y alargamos los brazos. Aspiramos a controlarlas, a servirnos de ellas, pero nunca lo conseguimos por completo. Una parte de la ficción siempre permanece fuera de nuestro alcance, se niega a dejarse domar y a servir de alivio a nuestras necesidades. Las ficciones se apilan unas sobre las otras, construyen torres que no necesariamente se vuelven más esbeltas a medida que se elevan, sino que pueden engrosarse, aspirando a emular la base en que se apoyan, nuestra realidad, no lo olvidemos, a emularla en lo complejo y lo tangible, pero declinando imposiciones, condicionamientos y servidumbres.

Creo que lo entiendo, dijo Lucrecia. A través de la lectura yo he buscado ayuda en las ficciones. Se la he exigido incluso.

Juan asintió comprensivamente.

Pero no olvide que la ayuda que la ficción nos presta es limitada, es transitoria y puede ser ilusoria. Puede hacernos tropezar con la tergiversación y llevarnos por derroteros vanos y hasta dañosos. No obstante, a la ficción hay que respetarla.

Dijo esto último dirigiéndose a John, que miraba con desdén a los hombres y las mujeres burdamente disfrazados y los decorados repletos de lugares comunes.

Sé lo que está pensando. En el «parecido inexacto», ¿cierto? Pero recuerde que estamos en un umbral, en un lugar donde los mundos de la realidad y de la ficción entran en contacto y se entremezclan. Si desde la óptica de uno de ellos algo nos parece inexacto es porque ese algo corresponde en realidad al otro.

Demasiado complicado para mí, dijo John. ¿Quién era el que les disparaba?

Por supuesto, pensó Juan. ¿Quién era el que disparaba? Y no lo pregunta obligado por el temor al arrepentimiento, por haber matado a quien no lo merecía, a quien no portaba intenciones que justificaran plenamente, forzaran plenamente, el disparo, la herida, el golpe contra el suelo, la rutina encallecida y vaciada de significado a fuerza de repetición. Tampoco lo pregunta llevado por el afán de saber, ni siquiera por una curiosidad pasajera. En su mente se ha abierto un agujero en forma de pregunta: ¿Quién era el que disparaba?, y no se quedará tranquilo hasta que ese agujero sea tapado con una respuesta, como el niño que no descansa hasta encajar la última pieza del

rompecabezas, y una vez que el agujero haya sido tapado, jamás volverá a pensar en ese hombre al que él y ella, también ella, han disparado. Así piensa y siente. A eso le ha llevado cuanto ha tenido que vivir hasta el día de hoy, hasta entrar en esta cueva, otra más en su historia.

¿Les puedo ofrecer algo más de comer o de beber?

¿Qué problema tenía ese hombre con ustedes?

Un problema que seguramente usted entienda, señor Dunbar. Sí, no se inquieten. Sé quiénes son. Es imposible pasar por el Valle de las Rocas y no oír hablar de John y de Lucrecia Dunbar. En cuanto a ese hombre, era un señorito de Georgia que, aun así, en la guerra acabó luchando del lado de la Unión. Se le permitieron muchas insubordinaciones que a cualquier otro le habrían costado una corte marcial, pero él estaba bien cubierto bajo el ala del general Sherman. Más tarde, finalizado el conflicto, se metió en un asunto turbio. Se le asignó la misión de viajar a Méjico y recuperar quinientos mil dólares en oro que los confederados habían ocultado allí antes de perder la guerra. Por lo visto, encontró el oro, pero ni un lingote llegó a Washington. Esa vez ni siquiera la protección de Sherman pudo protegerlo y pasó un tiempo en la cárcel. Un tipo exuberante, de esos que parecen haber vivido muchas vidas en una sola.

¿En alguna se enemistó con usted?

No fue mi intención.

¿Qué le hizo?

Juan señaló el escenario.

Durante un tiempo, sus aventuras nos sirvieron de inspiración. Dramatizamos algunas.

¿Con su permiso?

Reconozco que no.

Y él lo supo y no le gustó, dijo John.

En realidad, lo que no le gustó fue que dejáramos de representar sus hazañas.

¿Por qué dejaron de hacerlo?

Porque preferimos representar las suyas, señor Dunbar. Aunque…, se apresuró a añadir alzando las manos en gesto de paz, eso también vamos a dejarlo atrás.

Me alegro.

¿De dónde sacan las historias sobre John?, preguntó Lucrecia con malicia.

De las novelas, sobre todo. De las del desaparecido James Bramble y de las de sus imitadores.

John Dunbar digería la respuesta cuando Lucrecia, aplaudiendo como una niña, dijo: Me encantaría ver una de esas obras.

Su entusiasmo atrajo la atención de Felicidad, que se acercó a ellos.

¿Y a ti, preciosa, te gustaría ver una obra de teatro sobre tu padre?, preguntó Juan.

¿Papá va a actuar? ¿Se va a vestir como esa gente?

A Lucrecia se le escapó una carcajada.

No, él no actuará. Uno de nuestros actores interpretará a tu padre.

Y Juan añadió: Precisamente nos disponíamos a ensayar una de sus obras. Ahí tienen el decorado, dijo señalando la falsa cabaña.

Y, en tono de disculpa, añadió también: Aunque es una obra que no me convence. Quería verla en escena para tomar una decisión al respecto. Su presencia no podría ser más oportuna. Me ayudarán a decidir.

No estoy seguro, dijo John.

Le ayudaremos, dijo Lucrecia. Vamos, John, será divertido.

Él resopló.

Eso significa que no se opone, explicó Lucrecia.

Discúlpenme, dijo Juan. Debo repartir instrucciones.

Se levantó e hizo señas al elenco para que lo siguiera. Desaparecieron detrás de los carros.

¿Qué va a pasar?, preguntó Felicidad.

Van a interpretar una obra de teatro, le explicó su madre.

Pero esto no es un teatro.

El sol asomó por el orificio del techo. Un haz de luz cayó sobre el escenario. Hasta entonces, la luz que entraba por la boca de la cueva, al igual que le sucedía al sonido, se reflejaba en las paredes alisadas por el viento y llegaba hasta el último rincón, sin dejar ningún espacio en sombra; al mismo tiempo, como si se apropiara de la coloración de la roca, adoptaba un tono rosado. Sin embargo, cuando el haz luminoso, chisporroteante, de contornos duros, asomó por el óculo, la iluminación anterior quedó rebajada, por contraste, a una

semioscuridad sin matices.

Juan subió al escenario. Iluminado por la luz del desierto, dijo: Damas, caballero y Horacio. La compañía de teatro Término tiene el gusto y el honor de ofrecerles, a ustedes y a nadie más que ustedes, la primera representación en el mundo de la obra titulada: *Basilisco.*

Siguió una pausa. Los actores permanecían ocultos. Lucrecia observó a su marido, que miraba con desagrado hacia el escenario.

Pero les solicito un poco de paciencia, pues antes, y como nuestra compañía tiene por costumbre, procederemos a celebrar una modesta terminalia, una ofrenda a nuestro patrón, Término, dios de los umbrales, como este en el que moramos y donde hoy acogemos a un público tan especial.

Bajó del escenario y regresó junto a la familia. Los actores y las actrices salieron divididos en dos filas, una por cada lado del escenario. Encabezaban las filas el general confederado y una india que lucía un tocado de plumas propio de un jefe de guerra y unos pantalones cortos que ninguna mujer de ninguna tribu se habría puesto jamás.

El general y la india se detuvieron ante al busto de Término y aguardaron mientras los demás tomaban acomodo en el suelo para ver la obra. El general dejó al pie de la imagen un trozo de carne roja. Junto a esta, la india depositó un trozo de un panal rezumante de miel. A continuación el general esparció sobre la carne y el panal unos granos de maíz, y la india vertió sobre todo ello el contenido de una jarra de vino. Inclinaron la cabeza ante Término y se instalaron en el suelo con sus compañeros.

Juan estudiaba las reacciones de John y Lucrecia. Felicidad había recibido permiso para acomodarse entre los actores y Horacio había ido con ella. Juan cruzó las piernas y encendió un cigarro.

Estaba siendo más difícil de lo que esperaba. Creía haberlo orquestado de manera que fuera satisfactorio para todos, pero para él no lo estaba siendo. La tristeza lo nublaba todo, como unas cataratas que le cubrieran los ojos.

Le dolía sobremanera ver a Lucrecia, con el pelo revuelto después de haber estado tumbada en la manta, con el vestido sin abotonar del todo. En sus mejillas se superponían los arreboles, por el gozo disfrutado con el marido, por el arrebatamiento del duelo con el

pistolero, por la emoción de asistir, inesperadamente, a una obra de teatro. Juan tuvo que apartar la mirada, presa de celos.

John Dunbar estaba envarado, como se podía esperar de él. Trataba de coaccionar a todos con la mirada. Apenas disimulaba su deseo de salir de allí; un hombre enfurruñado y, en ocasiones como aquella, inconscientemente ridículo; un hombre que realizaba concesiones a cambio de las que esperaba un agradecimiento tan humilde como tácito. No había probado la comida ni la bebida; qué mezquino gesto de desprecio. Juan lo admiraba, sin embargo, a Dunbar, un hombre inmerso en su actitud porfiada como en un baño caliente y aromático, lo admiraba no por su actitud, sino por su capacidad para sostenerla, para defenderla no solo con palabras y gestos, sino también con acciones. Su actitud, rectificó Juan, no era ridícula porque era inexpugnable.

Los actores de la compañía no habían despertado las sospechas de Dunbar. Los atuendos le habían parecido de una falsedad ridícula. Para su aspecto enfermizo hallaba una explicación fácil en las paupérrimas condiciones de vida de una compañía teatral con un criterio tan errado como para ir en busca de espectadores al Valle de las Rocas.

Juan conocía mejor a los actores. Sabía de las heridas que nunca se terminaban de cerrar, de los dientes flojos, de las encías llagadas, de la piel estirada directamente sobre los huesos, de la degeneración de la capacidad comunicativa, de la amnesia, rasgos todos ellos característicos de quienes habían pasado demasiado tiempo en el Umbral, pues ya es hora de singularizarlo y de señalar su importancia, al menos a efectos del presente relato: el Umbral. Se trataba de una Arcadia engañosa, de un refugio al que acudir cuando no te satisfacía ninguno de los mundos que delimitaba: ni el de la realidad ni el de la ficción. El Umbral era un espacio sagrado que había que respetar y donde nadie podía hacer daño a nadie. Solo el propio Umbral te hería, a la postre. La naturaleza de aquel espacio de tránsito, naturaleza inconcreta, dislocada, resultante de la superposición de naturalezas diferentes y en algunos aspectos irreconciliables, acababa siendo dañina para quienes se quedaban en él demasiado tiempo. Y una vez que la degradación superaba cierto estadio, la escapatoria dejaba de ser posible. A los moradores del Umbral no les restaban fuerzas para

salir de él ni recuerdos que los guiaran de regreso a casa. Al cabo de una atrofia gradual de la que solo eran conscientes cuando ya era demasiado tarde, se transformaban en criaturas liminares, indefinidas, ni reales ni ficticias, ni vivas ni muertas, ni machos ni hembras, ni infantes ni adultos. Se manifestaba entonces la cruel paradoja: entre la pura confusión a que había quedado reducida la no existencia de los moradores, se abría paso una sola certeza, el anhelo de movimiento y de cambio, posibilidades ambas que les habían quedado vedadas. El lugar de tránsito se convertía en una trampa, en un desierto ontológico donde sus moradores se consumían infinitamente hasta que acontecía la aparición de alguien que no se limitaba a cruzar de un lado a otro, alguien que se detenía en el Umbral pero que, a diferencia de los moradores, ostentaba la capacidad de traslación física y el valor para hacer uso de ella, y ese alguien era seguido de manera presta y leal por los moradores, que no pudiendo decidir qué hacer se hallaban ansiosos por hacer cuanto otros les dijeran, alguien como Juan.

Un actor salió al escenario. John Dunbar y Lucrecia dieron un respingo. Era alto, llevaba el pelo largo y tenía la barba revuelta. El pómulo derecho estaba manchado por la cicatriz de una quemadura. A John y a Lucrecia les había sorprendido la semejanza del actor con él. Parecía un John Dunbar enflaquecido, avejentado y apaleado. Vestía una camisa agrisada por la vejez y unos pantalones de ante cortados por las rodillas, con unas perneras de tela de manta cosidas.

Entró al escenario por el lado derecho, arrastrando los pies y llorando; no simulando que lloraba, sino llorando de verdad. Puntuaba los sollozos con alaridos de desesperación o de rabia o de frustración, que en cualquier caso la cueva multiplicaba. Las lágrimas se mezclaban con los mocos y el engrudo se le prendía en la barba como gusanos. En brazos llevaba un perro muerto.

John y Lucrecia miraron a Horacio. Tendido en el suelo, junto a Felicidad, se lamía las patas delanteras sin hacer caso a la obra. El perro muerto era idéntico a él. ¿De dónde lo habían sacado? ¿Cuánto tiempo llevaba muerto? ¿Lo habían matado para la obra?

En el centro del escenario, el actor se volvió de cara al público, se dejó caer de rodillas, posó el cuerpo sin vida en el suelo y siguió llorando sobre él.

Felicidad se arrimó a sus padres. La función no se parecía a las

payasadas previas de los actores.

El actor se levantó, entró en la cabaña, abrió el baúl que había al pie de la cama y sacó una pala. Volvió a coger el perro en brazos y, con él y con la pala, salió por el costado izquierdo del escenario. Desapareció tras los carros. Durante los instantes que permaneció fuera de la vista, nadie se movió ni pronunció palabra. El actor retornó al escenario llevando nada más que la pala, que ahora tenía la hoja manchada de tierra. Entró en su cabaña, se sentó en el taburete y bebió de la botella de whisky llena de zumo de manzana.

Por la derecha del escenario, entró pisando con fuerza el actor vestido de vaquero al que habían visto antes. Al atuendo, ya excesivo, de zahones de piel de oveja, camisa roja y sombrero blanco, había añadido un gran pañuelo verde hoja anudado al cuello y un par de espuelas doradas. Caminaba contoneándose, empeñado en que las espuelas tintinearan lo más posible. Escupió y el salivazo cayó a un palmo de la primera fila del público.

El falso John Dunbar lo miraba con sospecha. El vaquero le entregó un libro, que el falso John Dunbar arrojó sobre el camastro sin mirarlo. Realizada la ofrenda, el vaquero se sintió libre de explicar las razones por las que estaba allí. Se señaló a sí mismo, señaló hacia el exterior del escenario, señaló al falso John Dunbar, se golpeó el pecho. Muy enfático todo. Parecía reclamar algo al falso John Dunbar, algo que debía de ser importante para el vaquero y de lo que tenía urgencia, pero que no solicitaba con diplomacia ni respeto, sino de manera imperativa y exigiendo una satisfacción inmediata. Se expresaba mediante un fárrago de gruñidos, gangueos y hasta rebuznos que imposibilitaba la comprensión de sus cuitas. El falso John Dunbar miraba hacia otro lado.

A menudo actuamos para inmigrantes que no hablan nuestro idioma, explicó Juan. Por eso esta técnica de interpretación.

Una técnica que en aquel caso no era efectiva. Sobre el papel, el vaquero afirmaba ser sobrino de John Dunbar, aunque albergaba sospechas de que en realidad se trataba de su hijo, sospechas basadas en nada más que una admiración infundada hacia John y un desprecio asimismo infundado hacia su verdadero padre. Se había presentado en la cabaña sin avisar para que John Dunbar lo sacara de dudas, pero nada de esto quedaba claro. Entre su galimatías solo una palabra era

digna de tal denominación, y la repetía con insistencia: «Basilisco».

Colmada su paciencia, el falso John Dunbar se puso en pie. El vaquero retrocedió amilanado. El faso John Dunbar le hizo gestos amenazadores para que se fuera. El vaquero paseó arriba y abajo por el escenario, rascándose la cabeza por debajo del sombrero. Asestó un taconazo en el suelo y se acuclilló, mirando hacia la cabaña con gesto resuelto, dispuesto a esperar cuanto fuera necesario hasta que el falso John Dunbar satisficiera sus demandas. Este arrastró el taburete hasta el fondo de la cabaña y se sentó de espaldas al vaquero, simulando mirar hacia el exterior por la ventana pintada.

Varados en el Umbral, atorados en el sinsentido, los moradores se hallaban dispuestos a obedecer a alguien como Juan y también a algo como la Araña. La cualidad porosa del Umbral había propiciado acaso el nacimiento de la Araña, acaso su advenimiento desde un tercer espacio que no era ninguno de los delimitados por el Umbral. Acaso la Araña se había colado por una fisura, acaso fue la voz inesperada e impertinente que se alzó con una objeción durante las nupcias eternas entre la ficción y la realidad. Cabría detenernos a pensar en, o a espantarnos por, la perversa paradoja de que algo como la Araña hubiera nacido en, o llegado hasta nosotros por, un espacio sagrado como era el Umbral.

La Araña no se había demorado en aquel lugar de tránsito que, debemos aclararlo, poseía una arquitectura y un emplazamiento cambiantes. Ella, o él, o ello, aunque por motivos de claridad diremos ella, tenía libertad para desplazarse por los reinos separados por el Umbral, para entrar y salir a su antojo. Decíamos que sin demorarse había introducido dos patas musculosas y velludas por uno de los bordes blandos del Umbral y lo había abierto. Desconocemos si era sabedora de lo que iba a encontrar al otro lado, si sabía dónde se hallaba entonces el Umbral, si ella había influido o incluso determinado su ubicación. Produce alarma, a la par que invita a especulaciones, que esto último se contara entre sus poderes. En cualquier caso, separó con las patas el borde del Umbral y sobre sus crueles ojos sin párpado incidió la luz del Lejano Oeste americano.

Culminado el alumbramiento, se quedó inmóvil, las ocho patas asentadas en el suelo virgen, acaso una sensación inédita para ella, si es que era capaz de experimentar sensaciones, mientras el sol secaba

los inexplicables humores y supuraciones que la pringaban, le tonificaba las articulaciones y activaba su veneno, todo ello ante la mirada sobrecogida de coyotes, bisontes y serpientes de cascabel, que retrocedieron humillando la cabeza. Sí, también las serpientes, humillando aún más la cabeza. Los perros de la pradera escaparon por sus túneles bajo tierra. En aquel momento la Araña era tan grande como un elefante y brillaba. Adherida a los humores había una fina capa de polvo, cristales diminutos que reflejaban la luz y la multiplicaban.

No estaba sola. El poder de entrar y salir a su antojo del Umbral la rodeaba como un aura invisible, bajo cuyo amparo los moradores la habían seguido. El cambio aún les estaba vetado, eran las mismas criaturas indefinidas y semideshechas, pero gracias al pábulo de la Araña, después de largo tiempo, disfrutaban del don del movimiento. Así que ya no se separaron de ella, la escoltaron como el banco de peces limpiadores que acompaña al tiburón blanco y lo libra de parásitos, tejidos muertos y restos de comida.

Su primera labor fue bañarla. La Araña se introdujo en un río embalsado por castores. Sus seguidores la rodearon y, formando un cuenco con las manos, tomaron agua y la vertieron sobre abdomen inflado, tórax esbelto, cabeza horripilante.

Recordando lo que, más adelante, los moradores del Umbral llegaron a hacer, Juan pensó en que demostraron una entrega y una eficacia al servicio de la Araña mucho mayores de la que parecían capaces ahora, como integrantes de la troupe. O quizá lo que sucedió fue que ella era mucho, muchísimo mejor que él, incomparablemente mejor, a la hora de facilitar instrucciones claras, de arrastrar en su empeño, de despertar anhelos y terrores hermanados.

Cuando el sol tocaba el horizonte, la Araña se puso en movimiento acompañada por los antiguos moradores del Umbral, ahora los acólitos de la Araña, camino de La Tejera, el rancho californiano donde ese día, en el mismo momento en que la Araña había asomado la cabeza dentuda por el borde del Umbral, Elvira Closter, la madre de John Dunbar, había roto aguas y sido trasladada a su dormitorio, en lo más alto de la mansión que su marido, el arquitecto James Closter, había levantado para ella.

Se demoró en llegar. Los espantos y desgracias que ella y los suyos

causaron a lo largo del viaje merecen un relato aparte. Tardó tanto que, cuando finalmente se cernió una noche sobre la mansión donde Elvira Closter se retorcía presa de pesadillas incomprensibles, acaso una suerte de anticipo de la llegada de la Araña, John ya no estaba allí. Su padre lo había dejado bajo el cuidado de su tía, Zora Elizabeth Dunbar, en la ciudad de San Francisco; Zora Elizabeth, que lo criaría como si fuera su hijo, lo que no significa que lo criara bien. Y la Araña, cegada por el apetito, cegada por la imperiosidad de cumplir su cometido, cegada por la necesidad de ocupar un cuerpo ajeno al suyo y doblegarlo a su antojo, en ausencia de John, cayó sobre Elvira Closter. De ese modo, sin ser consciente de ello, la madre libró al hijo de la carga de la Araña por espacio de varias décadas. Pero al cabo la Araña, gobernando a la madre, que para entonces había olvidado que era madre e incluso que era hija, al frente de su banda de acólitos profanos y violentos, dio con el hijo y entró en él, como había sido su propósito desde el inicio, y en aquel tránsito adoptó una hechura más concorde a su nuevo anfitrión: la del Basilisco.

Casi de inmediato se oyeron unos gritos detrás de los carros y, por la derecha del escenario, aparecieron dos nuevos personajes que anunciaban de ese modo su llegada, un hombre y una mujer. Él llevaba un abrigo remendado y una chistera abollada; ella, un vestido negro y una especie de turbante en la cabeza. Acarreaban sendos morrales. Estos eran voluminosos y en apariencia muy pesados, pero aun así no bastaban para albergar toda su carga. Del exterior colgaban sartenes, cazos de hojalata, rosarios, manojos de plantas aromáticas, soldaditos de plomo y collares de uñas de oso, de modo que, al caminar, el hombre y la mujer producían una cantinela aún mayor que la del vaquero con sus espuelas.

El hombre se desprendió de su morral con amplio despliegue de gestos de fatiga y estiró la espalda. Los crujidos de las vértebras se oyeron en toda la cueva. La mujer se había librado mucho más rápidamente de la carga y corrido junto al falso John Dunbar, al que abrazó. Este parecía incómodo, pero le devolvió al abrazo, si bien de modo mucho menos efusivo. Ella miró a su alrededor, comprobando el estado de la cabaña. Cogió una escoba y se puso a barrer. Mientras tanto, el hombre había abierto su morral y comenzado a extraer latas de conserva, cajas de munición y herramientas de carpintería que

mostraba al falso John Dunbar a la par que lucía una sonrisa tan fatua como desdentada.

Lucrecia y John Dunbar comprendieron que era un buhonero que trataba de vender su mercancía. No tenían tan claro el papel de la mujer. Las descaradas miradas de arrobo que dedicaba al falso John Dunbar ponían en duda que fuera la esposa del buhonero. ¿Era quizá su hermana o alguna clase de empleada?

Dejó de barrer. Miraba de nuevo a su alrededor como si echara algo en falta. Soltó la escoba y empezó a chasquear la lengua y dar palmadas, buscando por los rincones.

Está llamando al perro, aclaró Felicidad a sus padres.

El falso John Dunbar recayó en la tristeza. Negó enfáticamente y, con una serie de ruidos guturales, le dio a entender que el perro había muerto. Ella soltó un alarido y se dejó caer en el taburete. Usó el bajo del vestido para enjugarse las lágrimas. El buhonero trató de animarla propinándole unas palmadas en la espalda, tan violentas que por poco la lanzaron al suelo. Esto provocó carcajadas entre el público.

Ella se recompuso y fue a consolar al falso John Dunbar. Le acarició el pelo y la barba con actitud maternal. Hasta se alzó de puntillas para besarlo en la mejilla.

El buhonero apartó la mirada, molesto. ¿Era posible que fuera su esposa?

De pronto el buhonero se envaró y miró hacia más allá del escenario, al lugar donde estaba plantado el decorado del poblado indio. Subrayó el gesto llevándose una mano a la frente a modo de visera.

¿Qué habría sucedido si las exploratorias patas de la Araña hubieran abierto el lado opuesto del Umbral? ¿Con qué se habría encontrado? Habría emergido asimismo el día del nacimiento de John, pero un nacimiento diferente; no cuando fue alumbrado por Elvira Closter, sino cuando se comenzó a escribir la primera historia protagonizada por él, en el salón de la casa de Ribadesella, en una mesa camilla frente a una ventana con vistas a la ría, el relato ya lejano en el que John ayudaba a su hermano Matthew, que no era en realidad su hermano aunque ninguno de los dos lo sabía por aquel entonces, a desenterrar el cadáver de su madre, en realidad la madre solo de Matthew, y recuperar el anillo de diamantes de aquella.

Aunque quizá eso sucedió también, pensó Juan mirando a John Dunbar y a Lucrecia, y se nos ocurre a nosotros ahora, al verlos a todos juntos. Quizá la Araña no salió por un lado del Umbral sino por los dos al mismo tiempo, como si, vistos desde el interior, los lados del Umbral fueran dos espejos enfrentados donde los reflejos se multiplicaban, y así la Araña no solo se duplicó sino que se replicó hasta el infinito, en reflejos que no quedaron atrapados en la geometría plana de ningún espejo, sino que se proyectaron hacia el exterior del Umbral, y al proyectarse los reflejos, tras los que escaparon los moradores, los espejos se rompieron, se pulverizaron, y los restos también fueron arrastrados en su estela. Este era el polvo resplandeciente que cubría a la Araña.

El Umbral permaneció vacío breve tiempo. Pronto quedaron atrapadas en él más personas que se demoraron demasiado, embaucadas por el entorno protector. Y luego había llegado Juan, quien moldeó el Umbral para darle forma de troupe ambulante, circunscrita al espacio de la cueva, y convirtió a los nuevos moradores en su elenco.

El vaquero, que seguía acuclillado en una esquina, se puso en pie y miró en la misma dirección que el buhonero. La mujer y el falso John Dunbar salieron de la cabaña e hicieron lo mismo. El buhonero paseaba arriba y abajo, preocupado. Con calma, el falso John Dunbar abrió el baúl y sacó un cinturón con pistolera. Se lo puso. Comprobó que el arma estuviera cargada y volvió a enfundarla. John reconoció el modelo, un Colt Walker, cuatro libras y media de peso y más del doble de carga de pólvora que los revólveres convencionales. Hacía mucho tiempo, cuando acudió a Virginia City al funeral de Zora Elizabeth y acabó ayudando a Matthew a desenterrarla para recuperar el anillo de diamantes, él llevaba no uno, sino dos revólveres como aquel al cinto.

El público volvió también la cabeza hacia el decorado del poblado indio. Todos menos el actor con la parte delantera del disfraz de bisonte. No veía nada, así que orientaba la cabeza hacia donde oyera voces. El repentino silencio lo tenía confundido.

De detrás del escenario del poblado apareció un actor vestido de indio. Llevaba una camisa de ante adornada con púas de puercoespín y pantalones y mocasines del mismo material. Lucía también un

maltrecho penacho de jefe, como si lo hubiera sacado del fondo de un arcón donde hubiera estado guardado bajo objetos pesados. Tenía la cara engalanada con lo que se debía interpretar como pinturas de guerra. No obstante, no portaba armas, sino una garrafa de barro, marcada con tres X y cerrada con un tapón de madera.

Subió al escenario por la izquierda. Saludó al falso John Dunbar alzando la mano derecha. Además de la garrafa llevaba un libro con la encuadernación desarmada. Se lo entregó al falso John Dunbar ceremoniosamente y, cumplida la formalidad, procedió con lo que había ido a hacer.

Señaló al buhonero. Señaló la garrafa. Se señaló a sí mismo. Sacó el tapón de la garrafa, tomó un trago y lo escupió asqueado. Volvió a encajar el tapón y le arrojó la garrafa al buhonero. Este la atrapó antes de que cayera al suelo. Parecía angustiado. Había roto a sudar. El indio señaló de nuevo al buhonero. Se señaló de nuevo a sí mismo. Le hizo al buhonero un gesto con la mano como si lo invitara a darle algo. Exigía la devolución del pago.

El vaquero, el falso John Dunbar y la mujer los observaban. También ella estaba preocupada. Había retrocedido hacia el interior de la cabaña. El falso John Dunbar descansaba la mano derecha en la empuñadura del revólver.

El buhonero se palpó los bolsillos y negó con la cabeza. Le ofreció al indio algunas de las mercancías que había sacado del morral, pero este no aceptó ninguna. El buhonero repitió el gesto de palparse los bolsillos y negar con la cabeza. Pero se le ocurrió una idea. Alzó el índice en el aire y sonrió abriendo mucho los ojos.

Entró en la cabaña, agarró a la mujer por el codo y tiró de ella hacia la parte delantera del escenario. Se la puso al indio delante y la señaló con una gestualidad tan ampulosa como la del jefe de pista de un circo.

El indio caminó alrededor de la mujer, valorándola. Le arrancó el turbante para verle el pelo. Le palpó las carnes. Ella permanecía encogida. El indio miró al buhonero y asintió. El buhonero sacó un pañuelo sucio de un bolsillo y se enjugó la frente.

Sin embargo, el vaquero no opinaba que aquel fuera un trato decente. Se interpuso entre el indio y la mujer e increpó al buhonero usando la oratoria ininteligible de la troupe. Dio inicio un forcejeo

entre el vaquero, el indio y el buhonero. El público los jaleó. Felicidad rompió a reír; aquello se parecía más a las gansadas de antes.

Aprovechando la distracción de la pelea, la mujer huyó junto al falso John Dunbar y le tironeó de la ropa en actitud suplicante. Se señaló a sí misma y señaló la cabaña. Volvió a coger la escoba y barrió un poco más. Miró al falso John Dunbar con una sonrisa ansiosa. Señaló a los tres hombres enfrascados en la pelea y negó con la cabeza. Señaló al falso John Dunbar y asintió.

El falso John Dunbar aguardaba inmóvil, con el ceño fruncido y los labios apretados, en un gesto idéntico, observó Juan, al del Dunbar real en ese momento.

Mediante un bramido, el falso John Dunbar atrajo la atención de los tres hombres. Pararon de forcejear. El vaquero había perdido el sombrero y al indio se le había torcido el penacho.

Cuando los ecos del grito se apagaron, se hizo un profundo silencio. Todos, en el escenario y fuera de él, estaban pendientes de lo que fuera a hacer el falso John Dunbar.

Alzó el Colt Walker y disparó. Los caballos de la compañía dieron un respingo. El actor con la parte delantera del disfraz de bisonte se arrojó al suelo. Horacio trotó junto a sus amos, se instaló bajo la mesa y continuó viendo la obra desde allí.

El revólver solo estaba cargado con pólvora, pero el sonido fue el mismo que habría producido la bóveda de la cueva si se resquebrajara. El escenario quedó cubierto por una humareda espesa, de entre la que salió trastabillando, con una gran mancha de sangre falsa en el pecho, la mujer.

Permaneció unos instantes en el borde del escenario para asegurarse de que el público la viera bien y se desplomó. La cueva volvió a sumirse en un silencio expectante.

El falso John Dunbar, empuñando el arma, se adelantó hasta el cadáver. Sin mirarlos siquiera, hizo un gesto vago hacia los tres hombres. Señaló a la mujer con el cañón del revólver y a continuación señaló hacia fuera del escenario. Retrocedió de vuelta a la cabaña.

El vaquero, el buhonero y el indio levantaron el cuerpo de la mujer y abandonaron con él el escenario. El falso John Dunbar se sentó en el taburete, ante la ventana pintada. Alargó el brazo para coger uno de los libros que le habían ofrendado y se puso a leer.

Dos miembros del público empujaron las puertas correderas del carro. En cada una había pintado medio rostro del dios Término. Las dos mitades se acercaron una a la otra, ocultando al falso John Dunbar, hasta que el retrato íntegro de Término miró circunspecto a los espectadores. El sol dejó de asomar por el óculo del techo, extinguiéndose el haz de luz que iluminaba el escenario.

Y, si la realidad y las ficciones y las ficciones dentro de las ficciones se ordenaban como Juan especulaba, deseaba, que fuera, con la realidad en la base y las ficciones sucesivas elevándose, ¿no cabría esperar una transferencia en ambas direcciones? Las ficciones se nutrirían de la realidad y la realidad se beneficiaría de los frutos de aquellas. Las personas alzaríamos con curiosidad y afán y codicia los brazos hacia los frutos de las ramas más bajas, los arrancaríamos cuando el pedúnculo aún estuviera firme, la carne en el punto justo de madurez, y los saborearíamos y ponderaríamos con aire de superioridad. Los frutos de las ramas más elevadas, sin embargo, los frutos de las ficciones nacidas de otras ficciones, escaparían a nuestro alcance, serían especies nuevas, evolucionadas, rebeldes, a las que solo podríamos acceder cuando, maduras ya, se desprendieran por sí mismas y cayeran y cayeran y golpearan el suelo, solo entonces podríamos probar esos frutos desconocidos y mancillados cuyo sabor quizá nos repugnara y cuyo zumo quizás nos envenenara.

¿Por qué ha matado a la mujer?, preguntó Lucrecia. No lo entiendo.

Podemos ser muy crueles con quien intenta ser amable con nosotros, dijo Juan, si esa no es la persona de quien ansiamos amabilidad.

¿Y quién quería que fuera amable con él?

A mí no me preguntes, dijo John.

No lo sabe, explicó Juan. Puede que ni siquiera sepa que necesita la amabilidad de alguien.

Vieron al falso John Dunbar bajar del carro. Miraba a su alrededor aturdido. Tuvo que apoyarse en una rueda, como si hubiera sufrido un mareo. Sus compañeros lo rodearon y le susurraron lo que debían de ser felicitaciones. Alguien le llevó una taza de agua.

Quien escribió esta historia, dijo Juan, sin duda no le conocía a usted, señor Dunbar. O al menos no ha tenido el privilegio de

conocerlo recientemente. Me imagino que oyó relatos y que con ellos se formó una opinión de cómo era usted. Partiendo de ella, se atrevió a especular sobre cómo sería la vida futura de John Dunbar.

Juan miró a Lucrecia y a Felicidad.

Me temo que el autor no sabía tanto como para especular de manera fundamentada. Está claro que usted no se parece al personaje de la obra. Y, viendo a su familia, dudo que pueda convertirse en alguien así. Lo que hemos presenciado nunca sucederá.

John Dunbar, que había empezado a escucharlo con un interés fingido, asintió sentidamente.

¿Volverá a representar la obra?, quiso saber Lucrecia.

No. No me gusta. No está bien.

Se lo agradezco, dijo John.

En realidad, soy yo quien tiene que estarle agradecido a usted. Me ha dado mucho. Llevo años ofreciendo al público historias de John Dunbar, siempre sin su permiso. Debo darle las gracias y pedirle disculpas.

Entonces, no representará más obras de ese… personaje, dijo John.

Juan negó con la cabeza.

Es hora de renovar el repertorio. No hay que forzar las ficciones pidiéndoles demasiado.

Me gustaría conocerlo, dijo Lucrecia.

¿A quién?

Al actor.

Por supuesto.

Juan se levantó y regresó un instante después acompañado por el morador del Umbral que había interpretado a John Dunbar. Lo llevaba de la mano, tirando de él igual que haría de un niño cohibido. Este, al verse ante el John Dunbar real y Lucrecia, agachó la mirada.

¿Cómo se llama?, quiso saber Lucrecia.

El actor no respondió.

Se llama John, dijo Juan.

¿De veras?, dijo Lucrecia, y se le escapó una risa maravillosa, tanto que el actor levantó los ojos y sonrió brevemente. Tenía menos dientes que el John Dunbar real, más cicatrices y muchas más arrugas.

John Dunbar le tendió la mano para saludarlo. El actor dudó.

Como si le atemorizaran las posibles consecuencias de aquel contacto, estiró lentamente su mano y se la estrechó sin fuerza. A continuación, John Dunbar retrocedió y el actor se quedó con la mano suspendida en el aire. Se la tomó Lucrecia, que la apretó entre las suyas y lo felicitó por su actuación.

Juan observaba atentamente aquel encuentro.

El actor no respondió. Tenía la barbilla pegada al pecho y los ojos cerrados con fuerza. Aun así se le escapó una lágrima. A ella también. Lucrecia estaba siendo testigo de cómo podría llegar a ser su marido. Pero el futuro que tenía delante, del que estrechaba una mano como de cuero mal cuidado, con las uñas largas, rotas y sucias, nunca se haría presente.

Por su parte, el actor tenía el privilegio de ver a la mujer que el John Dunbar al que había interpretado nunca llegó a conocer.

Lucrecia se apartó y tomó del brazo a su marido con un sentimiento que hizo que Felicidad la imitase y se colgara de su padre.

Juan le dio al actor una palmada en el hombro. Lo contempló mientras regresaba arrastrando los pies junto a sus compañeros de la troupe. Lo envidió. Los recuerdos se borraban rápidamente de la memoria de los moradores del Umbral. Antes de que el sol se pusiera, el actor ya no se acordaría del contacto de las manos de Lucrecia, de haber respirado su olor a desierto, habría olvidado para siempre aquel encuentro cruel, en efecto, muy cruel, lo sabemos, con lo que podría haber sido y que ni para él ni para el personaje al que había interpretado sería jamás.

También Lucrecia lo observaba, aferrada a su marido. Lo que ella sentía no era envidia, ni mucho menos, sino agradecimiento, tan desmesurado que imposibilitaba su materialización e incluso su expresión, lo que suponía asimismo un desmesurado alivio. Lucrecia le estaba agradecía porque sentía que aquel hombre, aquel otro John, al haber representado sobre el escenario aquel futuro funesto, violento y estéril se lo había arrogado para sí mismo, lo había cargado sobre sus hombros encallecidos, librando de él a su John.

Hace años conocimos a otro Juan, dijo Lucrecia. Era un hombre extraño, con el que nos encontramos en circunstancias también extrañas. Nos aseguró que seríamos felices durante un tiempo.

¿Y se cumplió?

Ella afirmó que sí.

Yo no puedo asegurarles nada parecido. Que sean felices o desgraciados dependerá solo de ustedes y de los mismos azares que todos debemos afrontar. A partir de ahora así será.

Y Juan añadió: Creo que mis actores y yo hemos abusado suficiente de su paciencia. Les deseo lo mejor. Y tú, le dijo a Horacio, cuida mucho de ellos.

A modo de despedida, Juan estrechó la mano de John Dunbar y besó la de Lucrecia. Le fue difícil dejarlos ir; en especial a Lucrecia, sabedor de que también él podría hacer feliz a aquella mujer, o a una mujer como aquella.

A la niña no la tocó. Apenas se atrevió a mirarla. Debía permanecer lo más limpia posible, libre de condiciones y determinismos.

La familia le dio la espalda. Los vio encaminarse a la boca de la cueva, los tres juntos y Horacio trotando a su lado. Salieron a la luz del sol. Dieron unos pasos más y desaparecieron tras una ondulación del terreno. Oyó unos ladridos débiles y luego nada.

Imaginó cómo iban en busca del caballo, que los habría esperado pastando la hierba que crecía en las zonas bajas del Valle de las Rocas, y montarían padre, madre e hija, y regresarían con calma hacia donde estaba la carreta, al pie de la Oreja del Viento, con Horacio por delante, como si los guiara, y luego…

Se obligó a no pensar más.

Los moradores que no habían participado en la función rodeaban a los que sí lo habían hecho. Para todos ellos actuar en una obra representaba un recordatorio de lo que era estar vivos. Los rasgos se les animaban. Se sentían unos privilegiados. Quienes no habían tenido la suerte de formar parte del reparto querían disfrutar al menos de un sorbo, de una inhalación de ese sentir. Se arrimaban a los actores, los acariciaban, y los actores se dejaban hacer porque lo que experimentaban tras la función era placentero pero también opresivo, como un regalo que conllevara una responsabilidad inesperada, y se dejaban tocar, apretujados en el corazón de una piña de espantajos disfrazados, ansiosos por compartir lo que sentían y librarse cuanto antes de ello. Era un comportamiento íntimo, a medio camino entre lo humano y lo animal, que Juan no deseaba interrumpir ni presenciar.

Caminó hacia la salida de la cueva.

Pasó ante unos petroglifos anasazi con siglos de antigüedad que parecían grabados la víspera y aminoró la zancada, dilatando el tránsito de la luz sedosa del interior de la cueva a la implacabilidad del exterior, a los rebaños raquíticos de una docena de ovejas pastoreadas por un par de perros de raza incierta, cachorros apenas, a los caballos solitarios, circunspectos, sin herrar, que nadie tocaba porque todos en el valle sabían a quién pertenecían en el poblado navajo, como si fueran hijos de, hermanos de, a las nubes de libélulas, chispas azul tornasolado que rayaban el campo visual con un zumbido mecánico a la zaga y que, llegada la noche, eran reemplazadas por murciélagos, vomitados por las cuevas, antiguas bolsas de cuarcita en el vientre de la arenisca, disueltas por las aguas del invierno, que las transformaban en dormidero de roedores orejudos y alados que en el crepúsculo compartían con las libélulas el cielo del valle, escenario de una cacería diaria, copiosa y muda, murciélagos que ni tiempo para tragar sus presas tenían, volando en quiebros, impelidos por el dictado del radar, con dos, tres y hasta cuatro abdómenes de libélula asomando de la boca, ramilletes de abdómenes largos como cigarrillos, a las viviendas de navajos que habían elegido instalarse lejos del poblado y que ofrecían a quien se acercara pan frito con miel, que podías sentarte a comer en una mesa polvorienta, enjugándote la frente y el cuello, que acababan pegajosos de miel, mirando de reojo el cielo a la espera de que el panel solar sobre el tejado de la vivienda o la canasta de baloncesto que el navajo que allí vivía había plantado donde el suelo era lo bastante llano, o la furgoneta con el parabrisas roto y las ruedas desinfladas te dieran un poco de sombra, la justa para terminar de tragar el pan pesado y empalagoso y seguir tu camino hacia la salida del valle, por una pista de grava surcada por rodadas de vehículos, una pista sobre la que se diría que nunca se posaba la nube de polvo levantado por el tráfico y para cuyo trazado se aprovechó otra pista pretérita, allanada para el paso de la diligencia en la película de Ford, cosa que sabía Juan porque la sabía Jon, que vio ovejas, caballos, libélulas, murciélagos, pan, pista en el Valle de las Rocas, *Tsé Bii' Ndzisgaii,* el Monument Valley, y los petroglifos quedaron atrás y continuó hacia la salida parpadeando por la demasiada luz, más oliendo que viendo, pero sereno porque conocía el

suelo que pisaba y podría salir de la cueva con los ojos cerrados, oliendo las matas de romero, la resina de pino, el salitre, el limo de la ría en la bajamar y el barro fresco, musgoso, siempre húmedo, un olor, el del barro, que provenía del fondo de la cueva, de roca calcárea, ya no arenisca, y bajo la luz del sol Jon se detuvo y miró hacia atrás, la cueva que se llenaba con un palmo de agua salada durante las mareas vivas y donde zigzagueaban quisquillas y hasta angulas por unas horas, antes de desaparecer junto con el agua por las grietas de la roca, la cueva donde su padre aparcaba hace mucho el Land Rover con el que iba a trabajar, al que, en las mañanas de invierno, le tapaba amorosamente la parrilla del radiador con cartones y él montaba y arrancaba y esperaba unos minutos hasta que el motor baqueteado, fiable casi siempre, entraba en calor ayudado por los cartones, mientras él pasaba frío, templándose las manos con el aliento, en una cueva, quizá inundada, las ruedas del Land Rover cortadas por la superficie opaca, pensando con resignación y resolución en la faena que le aguardaba o, asimismo con resignación y resolución, en la familia que aún dormía en la casa, la cueva dentro de la que estaba la otra cueva, la del orificio en el techo, y estaba el Valle de las Rocas y estaban Arizona y Utah y todo el Lejano Oeste, y Jon se quedó allí, reacio a irse, y el griterío de las gaviotas que sobrevolaban la ría parecía una exteriorización de lo que pensaba, mientras yo comienzo a subir la cuesta adoquinada hacia la casa, habiéndome despedido para siempre de Dunbar, al que no le puedo pedir más, lo que no significa que no lo siga necesitando, subo hacia la casa iluminada por el sol de la mañana, incólume, que nunca ha sufrido daños, sino solo cuidados y mejoras, que nunca ha sido comprada porque siempre ha sido nuestra desde que mi abuelo la construyó en una concavidad cárstica por la que descendía una veta de arcilla, explotada antaño por una pequeña tejera, la casa donde, desde una de sus terrazas, mi hija y mi hijo me llaman, sonrientes, ansiosos, muy vivos, porque es primavera y tenemos que jugar, que explorar, que hacer.

POSFACIO EN UN SALÓN DE VARIEDADES DE LA CALLE DIVISADERO DE SAN FRANCISCO

No puedo mantener mi palabra. Tengo que ver a John Dunbar una vez más. Sin embargo, he respetado lo prometido hasta casi el último momento. En la fracción de segundo empleada en pasar una página de este libro, para John Dunbar y su familia han transcurrido veintisiete años. Acerca de lo que en ese tiempo hicieron, nada voy a contar porque nada sé.

Llegaron en un carruaje de alquiler, John, Lucrecia y Felicidad. El cochero saltó del pescante para ayudar a apearse a John, cercano a los ochenta años. Seguidamente prestó ayuda a Lucrecia y por último, en este caso solo como muestra de cortesía, también a su hija. Habían cenado en casa, junto con la familia de Felicidad, para celebrar el aniversario de boda de John y de Lucrecia.

John pagó al cochero, añadió dos dólares de propina y miró el

reloj. Felicidad había decidido en el último momento que los acompañaría. Ella y su madre se habían entretenido decidiendo el atuendo adecuado. Los vestidos que habían llevado durante la cena habrían sido apropiados en caso de ir al teatro, pero resultaban excesivos dado el plan de esa noche. Lucrecia se había decantado por un vestido de tarde con mangas hasta el codo y un estampado de cuadros blancos y negros, complementado con guantes largos de piel y un sombrero de ala ancha adornado con flores artificiales y colibríes disecados. Aunque el otoño en San Francisco acostumbraba a ser más templado que el verano, últimamente ella siempre se quejaba de tener frío en las manos y no salía de casa sin un manguito, en esta ocasión de piel de zorro blanco. También Felicidad se había cambiado el vestido por uno de tarde: de damasco con adornos de encaje, botones de diamante falso y cuello alto reforzado con ballenas. John se había dejado el traje de tres piezas. Cediendo a la insistencia de Lucrecia, había acabado por acostumbrarse al sombrero hongo. No necesitaba bastón.

Con Lucrecia tomada de su brazo derecho y Felicidad del izquierdo, se demoraron en la acera intercambiando unas palabras con otros asistentes. Nadie parecía tener prisa. El primer número siempre era flojo. No obstante, John volvió a consultar el reloj, chascó la lengua y los tres subieron los peldaños de entrada.

Pagó diez centavos por cada uno en la mesa colocada junto a la puerta y entraron al salón vecinal. El local tenía usos diversos. Se celebraban bailes, los niños del barrio informaban a Santa Claus de los regalos que querían por Navidad y también, como sucedía esa noche, se representaban espectáculos de variedades. Ni John ni Lucrecia eran aficionados a esta clase de entretenimiento, pero el programa incluía una novedad sobre la que últimamente habían leído mucho en la prensa. La compañía de variedades se había hecho con un kinetoscopio proyector de la Edison Manufacturing Company. El número principal consistiría en la proyección de la película *El gran robo al tren,* dirigida por Edwin S. Potter.

Más gente se acercó a saludar a John y a Lucrecia. Los dos respondían con cortesía forzada, mirando de reojo los asientos libres. A Felicidad le divertía verlos ansiosos. Era la primera vez que sus padres asistían a una película.

Los asientos eran viejos bancos de iglesia y sillas de índole muy variada. Consiguieron acomodarse cerca del escenario. Jack, el oso patinador, perseguía en círculos a un actor disfrazado de payaso. Detrás estaba preparada la pantalla para la proyección. Los cristales de las ventanas se habían oscurecido con pintura negra. El salón estaba alquilado por un mes. *El gran robo al tren* se proyectaría sin interrupción, de la mañana a la noche, reservando los números de variedades solo para los fines de semana.

El oso patinador dedicó una mirada triste al público y abandonó el escenario. Lo mismo hizo el payaso, simulando que tropezaba. Actuaron un tenor que interpretó una selección de piezas de ópera, una familia de acróbatas y un monologuista cómico. John fumaba con las piernas cruzadas, sin quitarse el sombrero. Casi todos los hombres fumaban. El suelo de tablones estaba sin barrer. Cuando el público lo pateaba al cabo de cada número, se levantaban nubes de polvo. Lucrecia sacó las manos del manguito y se tapó la boca y la nariz con un pañuelo. La gente entraba y salía sin esperar a los descansos entre actuaciones y hablaba si perdía interés por lo que sucedía en el escenario.

Se apagaron las luces. Alguien puso en marcha un gramófono y comenzó a sonar música de piano. Se encendió el proyector. Por un instante todos miraron asombrados el haz de luz, como si esa fuera la maravilla que habían ido a presenciar. En la pantalla parpadearon unas manchas grises antes de que apareciera el título de la película, en letras blancas sobre fondo negro, y de inmediato, sin introducción ni preparación alguna, comenzó la acción. En una oficina, un hombre trabaja en mangas de camisa. Otros dos hombres, vestidos de negro y cubiertos con sombrero de vaquero, irrumpen revólver en mano. La imagen es poco nítida, no se distinguen los rasgos de los personajes. Uno de los bandidos, que se diferencia por llevar un gran bigote, exige al oficinista a punta de revólver que le muestre un documento que tiene sobre el escritorio. Al mismo tiempo, a través de una ventana se ve un tren que aminora la marcha y se detiene a unos pasos de la oficina; sabemos así que el lugar es una estación de ferrocarril. Los bandidos se ocultan, sin dejar de apuntar al empleado de la estación, mientras un revisor se asoma a una ventanilla y el empleado le entrega el documento que quiso ver el asaltante. En cuanto el revisor

desaparece, los bandidos dejan inconsciente al empleado golpeándolo con un revólver. Uno le ata las manos y el otro las piernas.

John Dunbar contemplaba la película absorto. La ceniza del cigarro le cayó al pantalón y se la sacudió con un gesto demasiado brusco. Había visto algo muy parecido a aquellas fotografías en movimiento, sin color ni sonido, hacía mucho tiempo, en la visión que había tenido en La Tejera, la vieja hacienda de su padre en Monterrey, cuando le fue mostrado cómo su madre se convirtió en la Araña. Los mismos movimientos levemente acelerados. El mismo temblor de las imágenes. Las mismas personas reales, que caminaban, abrían y cerraban puertas y empuñaban armas, pero asimismo la misma impresión de irrealidad. ¿Acaso estaba experimentando otra visión?

John, ¿te encuentras bien?, preguntó Lucrecia.

La miró sobresaltado. Asintió.

Ha habido un cambio brusco en las imágenes. La acción ha abandonado la estación de ferrocarril y saltado al aire libre. El tren se detiene junto a un depósito de agua al pie de la vía. Un maquinista rellena el depósito de la caldera. Antes de que el tren vuelva a ponerse en movimiento, los bandidos, que estaban escondidos detrás del depósito, lo abordan sigilosamente. Ahora son cuatro.

Consiguen entrar en el vagón donde se transportan el correo y los caudales. El único empleado que hay allí cae abatido a disparos. Varias personas del público se rieron de la pantomima exagerada que hizo antes de morir. Se dieron codazos y se dijeron unos a otros que no estaba muerto de verdad. A continuación los bandidos tratan de abrir la caja fuerte, pero el empleado había arrojado la llave por la puerta del vagón. No les queda más remedio que abrirla con dinamita. Se ponen a cubierto en el vagón contiguo y la dinamita estalla a pocos palmos del cuerpo del empleado. Salta la tapa de la caja fuerte, el vagón se llena de humo y vuelan papeles. El empleado, no obstante, no se ha movido. Esa perfecta simulación de la muerte atrapó la atención de John. Se olvidó de que estaba presenciando una ficción. A partir de ese momento se dejó llevar por la película.

Los bandidos neutralizan a los maquinistas y detienen el tren en mitad del campo. Obligan a los pasajeros a apearse y les roban sus pertenencias. Luego huyen en la locomotora, que previamente han desenganchado. La abandonan en un paraje boscoso, donde los

esperan sus caballos.

Mientras tanto, una niña entra en la oficina de la estación y descubre al empleado maniatado. Le suelta las ligaduras y lo despierta echándole agua en la cara. El empleado corre a pedir auxilio y de inmediato se forma una partida de voluntarios que sale en persecución de los bandidos. Los descubren en el bosque, donde se estaban repartiendo el botín. Sigue un tiroteo. Los bandidos son abatidos. El último en caer es el jefe, el del bigote. La partida de voluntarios recupera el botín. Parece que la película ha terminado. El público empezó a aplaudir.

Pero no ha terminado aún. El director, Edwin S. Potter, había filmado un plano más, desligado de la película y que se podía montar tanto al principio como al final de la misma. La elección quedaba en manos del proyeccionista, y el de aquella noche había escogido hacerlo al final.

El plano adicional rodado por Potter buscaba impresionar al público mostrándole las posibilidades inéditas de aquel nuevo medio de narración.

Los aplausos se interrumpieron en seco. El desconcierto fue general cuando en la pantalla apareció el líder de la banda de salteadores, cuya muerte acababan de presenciar.

Lo que habían visto hasta el momento de *El gran robo al tren* se hallaba compuesto de planos largos, y en cada uno se mostraba a varios personajes, todos de cuerpo entero. Pero ahora, el bandido, interpretado por el actor Justus D. Barnes, figura en solitario, en primer plano, sobre un fondo negro y mira directamente a la cámara, rompiendo la cuarta pared. La imagen recuerda a las ilustraciones de los carteles de «Se Busca». El bandido, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, alza un revólver y apunta al público. Realiza seis disparos. Con los tres primeros, parpadea a la vez que se produce la detonación. Los disparos causan una humareda que difumina el contorno de Barnes. Su expresión se mantiene impasible. Vaciado el tambor, aún aprieta el gatillo tres veces más.

John Dunbar se había puesto en pie con el segundo disparo. Varias personas del público se fijaron en él. Recordaban que antaño fue el Basilisco. La reacción de John atrajo más interés que lo que sucedía en la pantalla. Se llevó una mano al pecho. Lucrecia le pidió

que se sentara. Luego le vio la expresión de dolor y se alarmó. John flexionó las piernas como si quisiera volver a tomar asiento, pero se derrumbó arrastrando consigo la silla. Barnes había agotado la munición e insistía en apretar el gatillo. La pantalla se quedó en blanco. Las luces del salón no se encendieron. La única iluminación provenía del proyector. Cesó la música del gramófono. Lucrecia y Felicidad se habían arrodillado junto a John. El resto del público se debatía entre el ansia por ver lo que sucedía y el temor que los llevaba a mantener la distancia.

Tendido de espaldas en el suelo sucio, John miraba la luz del proyector. Había tanto humo y polvo en suspensión que el haz parecía sólido.

¿Esto está pasando de verdad?, preguntó.

Lucrecia le aferraba una mano. Felicidad la otra.

Sí, John.

Él sonrió.

Bien, dijo asintiendo con la cabeza. Entonces todo está bien. Dadme un beso. Rápido.

Primero se agachó Lucrecia y lo besó en los labios. A continuación Felicidad. Las lágrimas de las dos le cayeron en la cara. Lucrecia se las secó con el pañuelo.

No necesito más equipaje. Gracias a las dos. Os quiero, dijo John, y murió sin dejar de sonreír.

En la pantalla se proyectaban las sombras del público. Las de los hombres se quitaron el sombrero y las de las mujeres agacharon la cabeza. Varias siluetas levantaron el cuerpo de John y se lo llevaron. La pantalla se fue vaciando de sombras a medida que el público abandonaba el salón. Quedaron nada más que las de Lucrecia y Felicidad, abrazadas. Luego fueron tras John y el proyeccionista apagó el proyector.

Al día siguiente el salón se llenó en todos los pases y lo mismo sucedió en los días posteriores. Cuando llegaba el momento en que el jefe de los bandidos dispara contra los espectadores, la gente se arrojaba al suelo para ponerse a cubierto.

La silla donde John Dunbar se había sentado se colocó aparte, en lo alto de un atril. Si alguien quería ver la película sentado en ella, podía hacerlo previo abono de diez centavos adicionales. Al cartel de

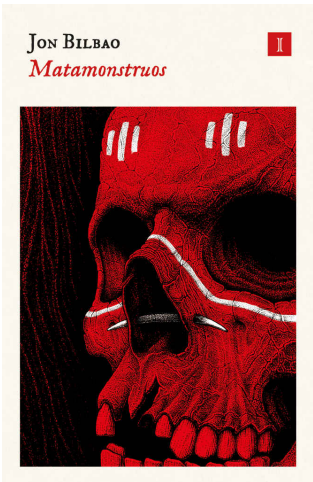
El gran robo al tren colgado a la entrada del salón se le encoló un añadido: «El último duelo del Basilisco». Para entonces circulaba ampliamente la versión de que John Dunbar había desenfundado su revólver y abierto fuego contra el bandido. Nadie la ponía en duda. Incluso quienes estuvieron presentes la noche de su muerte contaban así la historia. Las discusiones se centraron en quién había disparado primero. La mayoría opinaba que Dunbar. Sin embargo, la naturaleza incorpórea del bandido hacía de este un enemigo imbatible.

Con el paso de las semanas, la historia dejó de suscitar interés. El público descendió. El promotor del espectáculo de variedades necesitaba un aliciente que reanimara el negocio.

Una noche, tras el último pase de la jornada, cuando ya no quedaba nadie en el salón, puso una vez más *El gran robo al tren.* Ocupó una silla situada aproximadamente donde se había sentado John Dunbar. Le sudaban las manos. Apoyado en el regazo sostenía un revólver. Cuando apareció el primer plano del bandido, el promotor disparó todas sus balas. No era un hombre dado a la violencia, ni siquiera buen tirador. Había pedido prestada el arma y la devolvería esa misma noche. Al apretar el gatillo cerró los ojos. Los abrió cuando la pantalla ya estaba en blanco. Había en ella varios orificios. Tuvo que pasar de nuevo la película para asegurarse de que alguno de los disparos efectuados por John Dunbar había acertado al bandido.

Al día siguiente, el salón se volvió a llenar.

La culminación de una de las sagas western más celebradas de los últimos años. La novela definitiva de uno de los escritores clave del actual panorama narrativo español.



John Dunbar, conocido como «el Basilisco», quiere dar la espalda a su pasado de brutalidad y errancia y vivir por fin en paz junto a su familia. Se asienta con Lucrecia y su hija, Felicidad, en el inhóspito Valle de las Rocas, en pleno territorio navajo. Sin embargo, hasta allí le perseguirán los enemigos más aterradores que haya conocido nunca, unos enemigos que no parecen proceder de su mismo mundo. Por su parte, Jon, el escritor creador de las aventuras del Basilisco, regresa a su pueblo natal. Pretende rehabilitar la vieja casa familiar e instalarse en ella. Mientras, en el lejano oeste, Dunbar acoge al hijo de un antiguo enemigo y duda del amor de Lucrecia, dificultades para las que su experiencia como pistolero no le ha preparado, Jon se topa con una rival que estuvo a punto de arruinarle la vida y que parece dispuesta a intentarlo de nuevo. Así, las vidas del personaje y su autor se aproximan hasta casi confundirse.

Matamonstruos **concluye la exitosa saga iniciada en** ***Basilisco*** **y continuada en** ***Araña*** **, y retoma personajes de sus libros**

anteriores, como la nouvelle *Los extraños* , en un cierre épico, redondo, en un magistral juego de espejos entre la realidad y la ficción.

CITAS

«Jon Bilbao perfecciona, a cada nuevo libro, su peculiar y, a ratos, muy anglosajón don para aquello que Roberto Bolaño llamó el ejercicio de esgrima.» — **Laura Fernández, *Babelia***

«Domina un trozo del mundo que ha conseguido hacer suyo y donde prima la atención al detalle. Jon Bilbao es uno de los escritores más dotados de la actualidad.» —**Juan Ángel Juristo** , ***ABC***

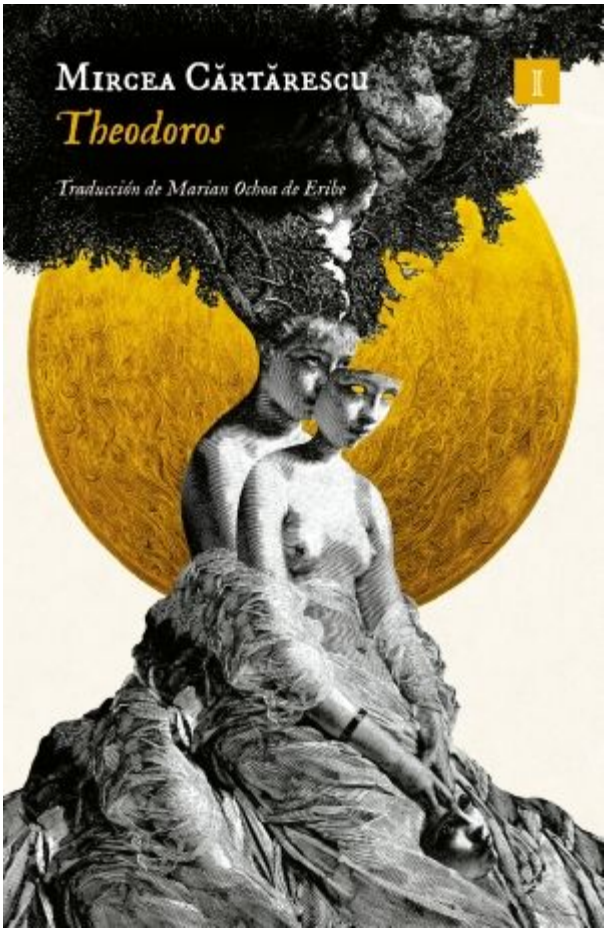
Jon Bilbao nació en Ribadesella (Asturias) en 1972. Es autor de los libros de cuentos «Como una historia de terror» (2008; Premio Ojo Crítico de Narrativa), «Bajo el influjo del cometa» (2010; Premio Tigre Juan y Premio Euskadi de Literatura) y «Física familiar» (2014); así como de las novelas «El hermano de las moscas» (2008), «Padres, hijos y primates» (2011; Premio Otras Voces, Otros Ámbitos) y «Shakespeare y la ballena blanca» (2013). En Impedimenta ha publicado su volumen de relatos «Estrómboli» (2016), su tríptico «El silencio y los crujidos» (2018), el western «Basilisco» (2020), la nouvelle «Los extraños» (2021), «Araña» (2023) y «Matamonstruos» (2024). Actualmente reside en Bilbao.

Edición en ebook: septiembre de 2024
Copyright © Jon Bilbao, 2024
Imagen de cubierta: © Yury Skorohod (artscore.ink), Voodoo, 2024
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2024
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid www.impedimenta.es
Composición digital: leerendigital.com ISBN: 978-84-19581-71-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
Matamonstruos
Prefacio en el cine Divino Argüelles de Ribadesella
Virginia City
Área 51
El Valle de las Rocas. Un relato en tres actos. I. El Matamonstruos
Bajamar en el Egeo
El Valle de las Rocas. Un relato en tres actos. II. Los seis monstruos
Regreso a casa. Un relato en dos actos. I. El refugio de la Araña
Interludio durante tres días de revueltas en San Francisco
Regreso a casa. Un relato en dos actos. II. La mirada de la Arana
El Valle de las Rocas. Un relato en tres actos. III. Terminalia
Posfacio en un salón de variedades de la calle Divisadero de San Francisco
Sobre este libro
Sobre Jon Bilbao
Créditos



Theodoros

Cartarescu, Mircea
9788419581709
656 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un ejercicio de pura libertad literaria, una obra torrencial, libérrima, exuberante, inclasificable. Una novela épica que va desde lo realista hasta lo fantasmagórico.

Tudor es el hijo menor de dos sirvientes de la corte de un gran

boyardo de la atrasada Valaquia. Desde su nacimiento, la ambición parece guiar cada uno de sus pasos, y en su arduo ascenso al poder no dudará en dejar su camino sembrado de cadáveres. En su historia se cruzan el rey Salomón, la reina de Saba, el bisabuelo de John Lennon, el general Napier y la reina Victoria. Tudor será Theodoros: bandido y pirata, pecador devoto, el terror de los mares de la Hélade. Vivirá en bosques y monasterios, presenciará batallas y milagros, y finalmente se convertirá en Tewodros: el despiadado Emperador de Emperadores, soberano absoluto de Abisinia. Theodoros constituye un ejercicio de pura libertad creativa en una narración torrencial, libérrima, exuberante, la culminación de una obra absolutamente épica. Un terremoto literario. Una novela arrolladora que abarca desde lo realista hasta lo fantasmagórico.

Historias de amor y de aventuras, reales y fantásticas, voluptuosas y crueles. Cărtărescu entrelaza lo histórico, lo legendario y lo filosófico con pasajes prodigiosamente hermosos para crear un universo que abarca desde la Creación hasta nuestros días y que va incluso más lejos: hasta el Juicio Final.

CRÍTICA

«Cărtărescu es la gran estrella de las letras europeas.» **—Xavi Ayén, *La vanguardia***

«Nadie puede leer un libro de Cărtărescu y seguir siendo la misma persona..» **—Andrés Ibáñez, *ABC Cultural***

«Cada libro de Cărtărescu es una pequeña victoria de la literatura. Pocos autores son capaces de andar tan al fondo de sí mismos. Libro tras libro, se confirma que la suya es una de las aventuras literarias más sólidas de las letras contemporáneas.» **—Frances Serés, *El País***

«Leer a Cărtărescu es una experiencia que nada tiene que ver con la evasión y el entretenimiento, sino que nos procura puro éxtasis y alegría.» ***—Le Monde***

«Mircea Cărtărescu pertenece a una tradición de literatura fantástica desmedida y alucinada, cerca de la influencia universal de Borges y

Cortázar, y también de su país, Rumanía, con Mircea Eliade.» **—Ariadna Castellarnau, *Página|12***

«Cărtărescu es uno de los grandes magos de la narrativa contemporánea; uno de esos escritores de quien es imprescindible leer algo antes de morir» **—Antonio J. Ubero, *La Opinión***

«Una catedral de la imaginación y la erudición que catapulta a Mircea Cărtărescu a los más altos niveles de la literatura europea.» ***—Neue Zürcher Zeitung***

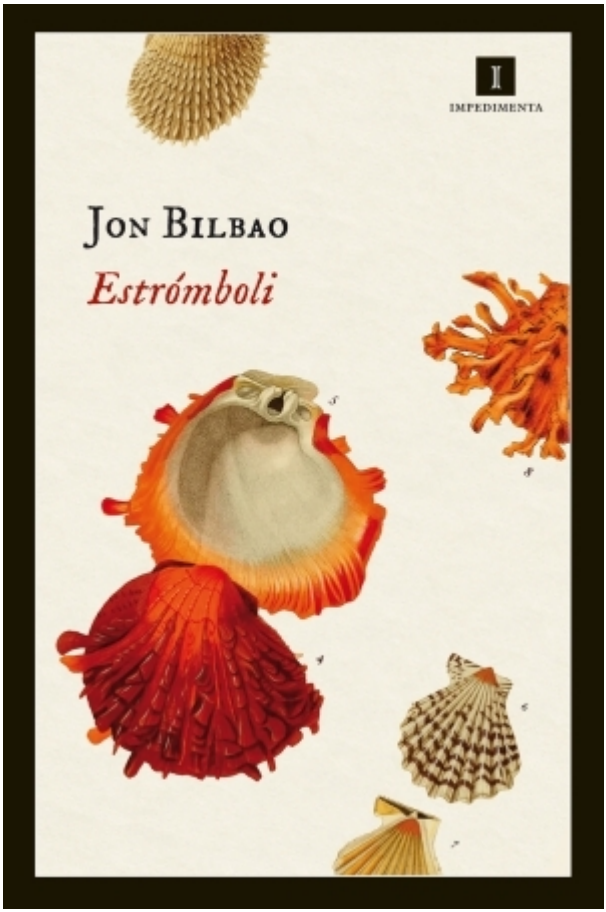
«Cada libro de Cărtărescu constituye una nueva oportunidad para llamar la atención sobre la obra de un gran escritor que, como hiciera Thomas Mann desde la frontera con la filosofía, ha dedicado su vida a explorar el alma humana.» **—Nelson Fredy Padilla, *El Espectador***

«La escritura de Cărtărescu es mágica, siempre a la búsqueda de fórmulas, hechizos, cambios de ritmo que sirven para desbrozar el camino y exorcizar nuestros más íntimos demonios.» **—Alfred Goubran, *Die Presse***

«No conozco un solo autor del talento de Mircea Cărtărescu: con su capacidad para hablar de nuestros deseos, de nuestros sueños.» ***—Die Zeit***

«Con cada libro de Cărtărescu, el lector está invitado a abrazar un sentimiento de comprensión abrumadora, una visión que excede la vida y la imaginación. Como dijo Borges cuando se publicó el Ulises de Joyce, los libros de Cărtărescu no aspiran a ser novelas, sino auténticas catedrales.» **—Bogdan Suceavă, *Los Angeles Review of Books***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Estrómboli

Bilbao, Jon 9788417115081
272 Páginas Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una banda de motoristas que acosa a una pareja que viaja por Estados Unidos; un hombre se ve obligado a comer una tarántula viva ante las cámaras de un programa de televisión para solucionar los problemas económicos de su familia; dos buscadores de oro aficionados sufren un terrible accidente en las montañas que pone a prueba su amistad; la muerte de dos vagabundos y el descubrimiento de unas ruinas misteriosas perturban la celebración de una boda; un hombre casado y su amante emprenden un viaje a la isla de Estrómboli para auxiliar a

alguien muy importante para ambos… Los nuevos y esperados relatos de Jon Bilbao, en los que manifiesta una maestría fuera de lo común, mientras refleja de un modo inquietante y demoledor la extrañeza que se esconde tras la vida y las relaciones humanas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los niños están mirando

Koenig, Laird
9788419581549
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un asfixiante thriller en el que los niños no son la víctima, un inquietante retrato de la maldad en la infancia. Uno de las novelas más singulares del gótico americano.

El resplandeciente sol californiano baña las playas de Malibú durante

la última semana del verano. Los cinco hijos del matrimonio Moss, una pareja de actores que está terminando de rodar en Italia su última película, se encuentran solos en casa, enganchados a la pantalla del televisor. Sentados estáticos frente a los tubos catódicos, los cinco hermanos Moss parecen vivir dentro del universo de los sueños que se fabrica en el otro lado de las colinas, en un Hollywood decadente y violento. ¿Quién cuida de ellos? La niñera acaba de ser encontrada muerta, flotando en el mar. Encerrados en su propio horror secreto, siempre con las persianas a medio bajar, los niños insisten en mantenerse ajenos a un mundo adulto de entrometidos que pretenden invadir su hogar aporreando la puerta: la policía, los carteros, los vecinos y un misterioso hombre que los vigila cada noche a través de las cortinas.

Vuelve Laird Koenig (*La chica que vive al final del camino*) junto a Peter L. Dixon en esta novela de suspense aterrador. Una historia que se adentra en el oscuro mundo de pesadilla de unos niños abandonados a su suerte en la California de la filosofía hippie, las series de acción y la histeria del *Satanic Panic* .

CRÍTICA

«Puro gótico americano repleto de secretos macabros que aguardan en la engañosa tranquilidad de los suburbios.» ***—Cine y Literatura***

«Un hiperrealista cosmos infantil donde el universo moral de los niños, ampliado bajo la lupa, revela fragilidades, grietas, que apuntalan la dolorosa transición al mundo adulto..» **—Xavier R. Ruera, *Zenda***

La atmósfera creada por Koenig y Dixon a lo largo de la novela es tremendamente escalofriante. Su prosa bebe directamente de la rama gótica.**—Marcos Gendre, *Mondosonoro***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes

Tibuleac, Tatiana
9788417553159
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Premio *Las Librerías Recomiendan* 2020 Ficción.

Premio *Cálamo* al mejor libro del año 2019.

Aleksy aún recuerda el último verano que pasó con su madre.

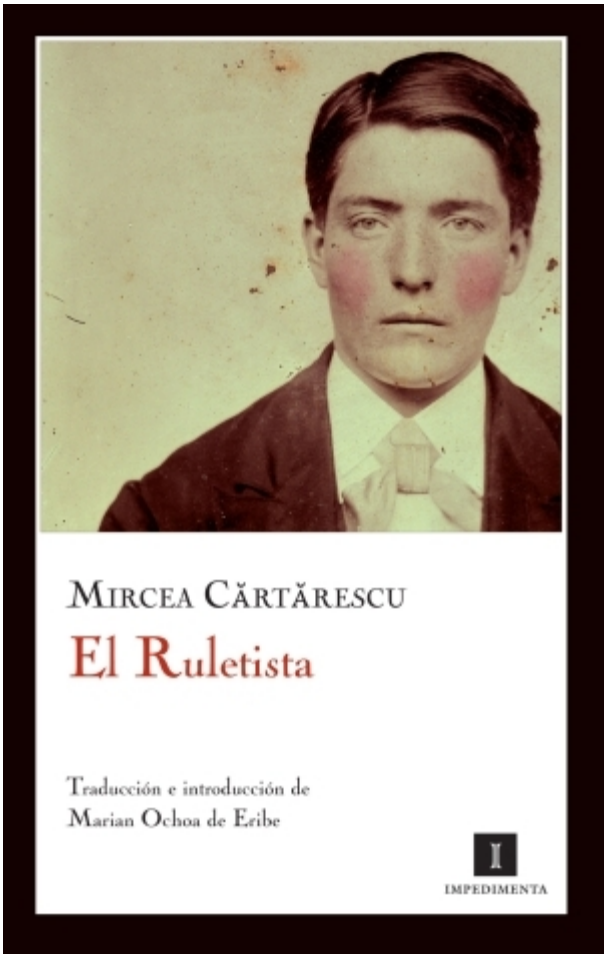
Han transcurrido muchos años desde entonces, pero, cuando su psiquiatra le recomienda revivir esa época como posible remedio al bloqueo artístico que está sufriendo como pintor, Aleksy no tarda en sumergirse en su memoria y vuelve a verse sacudido por las emociones que lo asediaron cuando llegaron a aquel pueblecito vacacional francés: el rencor, la tristeza, la rabia.

¿Cómo superar la desaparición de su hermana? ¿Cómo perdonar a la madre que lo rechazó? ¿Cómo enfrentarse a la enfermedad que la está consumiendo?

Este es el relato de un verano de reconciliación, de tres meses en los que madre e hijo por fin bajan las armas, espoleados por la llegada de lo inevitable y por la necesidad de hacer las paces entre sí y consigo mismos.

Plena de emoción y crudeza, Tatiana Ţîbuleac muestra una intensísima fuerza narrativa en este brutal testimonio que conjuga el resentimiento, la impotencia y la fragilidad de las relaciones maternofiliales. Una poderosa novela que entrelaza la vida y la muerte en una apelación al amor y al perdón. Uno de los grandes descubrimientos de la literatura europea actual.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El Ruletista

Cartarescu, Mircea 9788415979883
62 Páginas Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Prohibido durante años en Rumanía por lo explícito de su argumento, "El Ruletista" constituye uno de los más brillantes hitos narrativos de la reciente literatura europea. Esta pieza, tan breve como intensa, narra la improbable historia de un hombre al que nunca le ha sonreído la suerte, un desarraigado que sorprendentemente hace fortuna participando en letales sesiones de ruleta rusa. Multitudes enfervorecidas, presas del morbo, guardan cola para participar en las

ceremonias de muerte y redención en que se convierten sus apariciones, y que dan paso a la histeria colectiva. Un escritor moribundo que conoció al Ruletista en su juventud intenta explicar cómo ese hombre insulso termina convirtiéndose en alguien inmortal y aparentemente inexpugnable, cuando en realidad en él solo anida el más desesperado espíritu de la autodestrucción.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)